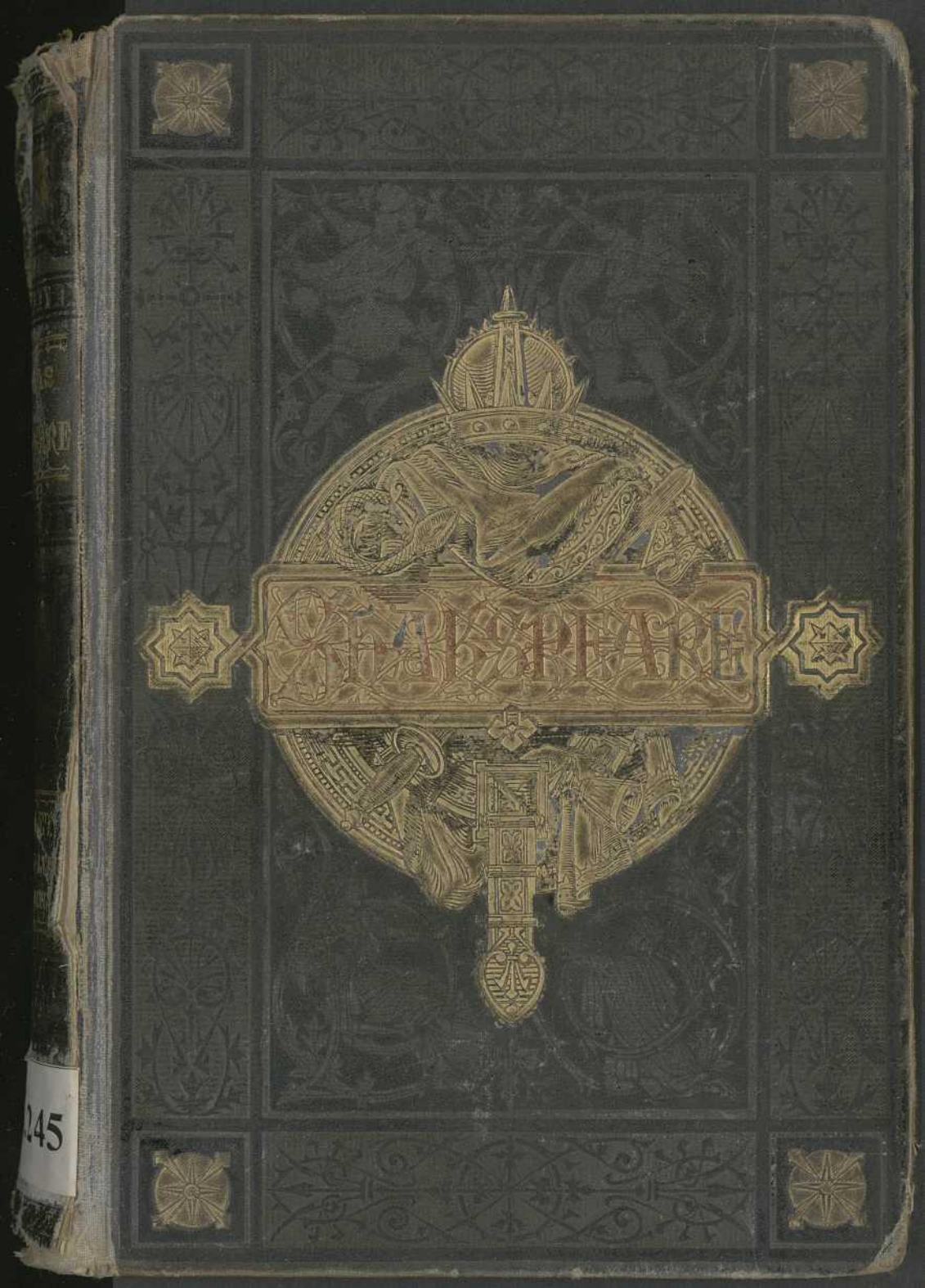

SHAKSPEARE

122 | 145 | 343 | 387 | 402

14245

29
426

183 Nau.

SHAKSPEARE

ES PROPIEDAD

DRAMAS

DE

GUILLERMO SHAKSPEARE

HAMLET

Traducción de L. Fernández Moratín

EL REY LEAR - CIMBELINA

Traducción de A. Blanco Prieto

Dibujos y grabados al boj de los principales artistas ingleses y alemanes

BARCELONA

BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»

DANIEL CORTEZO y C.ª Calle de Pallars (Salón de S. Juan)

1886

Establecimiento tipográfico-editorial de Daniel Cortezo y C.ª

HAMLET

PERSONAJES

CLAUDIO, rey de Dinamarca.
GERTRUDIS, reina de Dinamarca.
HAMLET, príncipe.
FORTIMBRAS, príncipe de Noruega.
La sombra del rey Hamlet.
POLONIO, sumiller de corps.
LAERTES, hijo de Polonio.
OFELIA, hija de Polonio.
HORACIO, amigo de Hamlet.
VOLTIMAN, CORNELIO, RICARDO, GUILLERMO, ENRIQUE, } cortesanos.
MARCELO, BERNARDO, FRANCISCO, } soldados.
REINALDO, criado de Polonio.
Dos embajadores de Inglaterra.
Un cura.
Un caballero.
Un capitán.
Un guardia.
Un criado.
Dos marineros.
Dos sepultureros.
Cuatro cómicos.
Acompañamiento de grandes, caballeros, damas, soldados, curas, cómicos, criados, etc.

La escena se representa en el palacio y ciudad de Elsingor, en sus cercanías y en las fronteras de Dinamarca.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Esplanada delante del palacio real de Elsingor
Noche oscura

FRANCISCO, BERNARDO

Francisco estará paseándose haciendo centinela. Bernardo se va acercando hacia él. Estos personajes y los de la escena siguiente estarán armados con espada y lanza.

BERNARDO.—¿Quién está ahí?

FRANCISCO.—No: respóndame él á mí. Deténgase, y diga quién es...

BERNARDO.—Viva el rey.

FRANCISCO.—¿Es Bernardo?

BERNARDO.—El mismo.

FRANCISCO.—Tú eres el más puntual en venir á la hora.

BERNARDO.—Las doce han dado ya; bien puedes ir á recogerte.

FRANCISCO.—Te doy mil gracias por la mudanza.

Hace un frío que penetra, y yo estoy delicado del pecho.

BERNARDO.—¿Has hecho tu guardia tranquilamente?

FRANCISCO.—Ni un ratón se ha movido.

BERNARDO.—Muy bien. Buenas noches. Si encuentras á Horacio y Marcelo, mis compañeros de guardia, diles que vengan presto.

FRANCISCO.—Me parece que los oigo... Alto ahí. ¡Eh! ¿Quién va?

ESCENA II

HORACIO, MARCELO y dichos

HORACIO.—Amigos de este país.

MARCELO.—Y fieles vasallos del rey de Dinamarca.

FRANCISCO.—Buenas noches.

MARCELO.—¡Oh honrado soldado! Pásalo bien. ¿Quién te relevó de la centinela?

FRANCISCO.—Bernardo, que queda en mi lugar. Buenas noches.

(*Vase Francisco: Marcelo y Horacio se acercan adonde está Bernardo haciendo centinela.*)

MARCELO.—¡Hola, Bernardo!

BERNARDO.—¿Quién está ahí? ¿Es Horacio?

HORACIO.—Un pedazo de él.

BERNARDO.—Bien venido, Horacio; Marcelo, bien venido.

MARCELO.—Y qué, ¿se ha vuelto á aparecer aquella cosa esta noche?

BERNARDO.—Yo nada he visto.

MARCELO.—Horacio dice que es aprensión nuestra, y nada quiere creer de cuanto le he dicho acerca de esa espantosa fantasma que hemos visto ya en dos ocasiones. Por eso le he rogado que se venga á la guardia con nosotros, para que si esta noche vuelve el apare-

cido, pueda dar crédito á nuestros ojos, y le hable si quiere.

HORACIO.—¡Qué! No, no vendrá.

BERNARDO.—Sentémonos un rato, y deja que asaltemos de nuevo tus oídos con el suceso que tanto repugnan oir, y que en dos noches seguidas hemos ya presenciado nosotros.

HORACIO.—Muy bien: sentémonos, y oigamos lo que Bernardo nos cuente. (*Siéntanse los tres.*)

BERNARDO.—La noche pasada, cuando esa misma estrella que está al occidente del polo había hecho ya su carrera para iluminar aquel espacio del cielo donde ahora resplandece, Marcelo y yo, á tiempo que el reloj daba la una...

MARCELO.—Chit. Calla; mírale por donde viene otra vez.

(*Se aparece á un extremo del teatro la sombra del rey Hamlet armado de todas armas, con un manto real, yelmo en la cabeza, y la visera alzada. Los soldados y Horacio se levantan despavoridos.*)

BERNARDO.—Con la misma figura que tenía el difunto rey.

MARCELO.—Horacio, tú que eres hombre de estudios, háblale.

BERNARDO.—¿No se parece todo al rey? Mírale, Horacio.

HORACIO.—Muy parecido es... Su vista me conturba con miedo y asombro.

BERNARDO.—Querrá que le hablen.

MARCELO.—Háblale, Horacio.

HORACIO (*se encamina hacia donde está la sombra*).—¿Quién eres tú, que así usurpas este tiempo á la noche, y esa presencia noble y guerrera que tuvo un día la majestad del soberano dinamarqués que yace en el sepulcro? Habla: por el cielo te lo pido.

(*Vase la sombra á paso lento.*)

MARCELO.—Parece que está irritado.
BERNARDO.—¿Ves? Se va como despreciándonos.
HORACIO.—Detente, habla. Yo te lo mando, habla.
MARCELO.—Ya se fué. No quiere respondernos.

BERNARDO.—¿Qué tal, Horacio? Tú tiemblas, y has perdido el color. ¿No es esto algo más que aprensión? ¿Qué te parece?

HORACIO.—Por Dios, que nunca lo hubiera creído sin la sensible y cierta demostración de mis propios ojos.

MARCELO.—¿No es enteramente parecido al rey?

HORACIO.—Cómo tú á ti mismo. Y tal era el arnés de que iba ceñido cuando peleó con el ambicioso rey de Noruega; y así le ví arrugar ceñudo la frente cuando en una alteración colérica hizo caer al de Polonia sobre

el hielo, de un solo golpe..... ¡Extraña aparición es esta!

MARCELO.—Pues de esa manera, y á esta misma hora de la noche, se ha paseado dos veces con ademán guerrero delante de nuestra guardia.

HORACIO.—Yo no comprendo el fin particular con que esto sucede; pero en mi ruda manera de pensar, pronostica alguna extraordinaria mudanza á nuestra nación.

MARCELO.—Ahora bien, sentémonos (*siéntanse*); y decidme, cualquiera de vosotros que lo sepa, ¿por qué fatigan todas las noches á los vasallos con estas guardias tan penosas y vigilantes? ¿Para qué es esta fundición de cañones de bronce, y este acopio extranjero de máquinas de guerra? ¿Á qué fin esa multitud de carpinteros de marina, precisados á un afán molesto, que no distingue el domingo de lo restante de la semana? ¿Qué causas puede haber para que sudando el trabajador apresurado junte las noches á los días? ¿Quién de vosotros podrá decírmelo?

HORACIO.—Yo te lo diré, ó á lo menos los rumores que sobre esto corren. Nuestro último rey (cuya imagen acaba de aparecérsenos) fué provocado á combate, como ya sabéis, por Fortimbrás de Noruega, estimulado éste de la más orgullosa emulación. En aquel desafío, nuestro valeroso Hamlet (que tal renombre alcanzó en la parte del mundo que nos es conocida) mató á Fortimbrás, el cual por un contrato sellado y ratificado según el fuero de las armas, cedía al vencedor (dado caso que muriese en la pelea) todos aquellos países que estaban bajo su dominio. Nuestro rey se obligó también á cederle una porción equivalente, que hubiera pasado á manos de Fortimbrás, como herencia suya, si hubiese vencido; así como, en virtud de aquel convenio y de los artículos estipulados, recayó todo en Hamlet. Ahora el joven Fortimbrás, de un

carácter fogoso, falto de experiencia y lleno de presunción, ha ido recogiendo de aquí y de allí por las fronteras de Noruega una turba de gente resuelta y perdida, á quien la necesidad de comer determina á intentar empresas que piden valor; y según claramente vemos, su fin no es otro que el de recobrar con violencia y á fuerza de armas los mencionados países que perdió su padre. Este es, en mi dictamen, el motivo principal de nuestras prevenciones, el de esta guardia que hacemos, y la verdadera causa de la agitación y movimiento en que toda la nación está.

BERNARDO.—Si no es esa, yo no alcanzo cuál puede ser... Y en parte lo confirma la visión espantosa que se ha presentado armada en nuestro puesto con la figura misma del rey que fué y es todavía el autor de estas guerras.

HORACIO.—Es por cierto una mota que turba los ojos del entendimiento. En la época más gloriosa y feliz de Roma, poco antes que el poderoso César cayese, quedaron vacíos los sepulcros, y los amortajados cadáveres vagaron por las calles de la ciudad gimiendo en voz confusa; las estrellas resplandecieron con encendidas colas, cayó lluvia de sangre, se ocultó el sol entre celajes funestos, y el húmedo planeta, cuya influencia gobierna el imperio de Neptuno, padeció eclipse, como si el fin del mundo hubiese llegado. Hemos visto ya iguales anuncios de sucesos terribles, precursores que avisan los futuros destinos: el cielo y la tierra juntos los han manifestado á nuestro país y á nuestra gente... Pero... silencio... ¿Veis?... Allí... Otra vez vuelve... (*Vuelve á salir la sombra por otro lado. Se levantan los tres, y echan mano á las lanzas. Horacio se encamina hacia la sombra, y los otros dos siguen detrás.*) Aunque el terror me hiela, yo le quiero salir al encuentro... Detente, fantasma. Si puedes articular sonidos, si tienes voz, háblame. Si allá donde estás pue-

des recibir algún beneficio para tu descanso y mi perdón, háblame. Si sabes los hados que amenazan á tu país, los cuales felizmente previstos puedan evitarse, ¡ay! habla... Ó si acaso durante tu vida acumulaste en las entrañas de la tierra mal habidos tesoros, por lo que se dice que vosotros, infelices espíritus, después de la muerte vagáis inquietos, decláralo... detente y habla... Marcelo, detenle...

(Canta un gallo á lo lejos, y empieza á retirarse la sombra; los soldados quieren detenerla haciendo uso de las lanzas; pero la sombra los evita, y desaparece con prontitud.)

MARCELO.—¿Le daré con mi lanza?

HORACIO.—Sí, hiérele, si no quiere detenerse.

BERNARDO.—Aquí está.

HORACIO.—Aquí.

MARCELO.—Se ha ido. Nosotros le ofendemos, siendo él un soberano, en hacer demostraciones de violencia. Bien que, según parece, es invulnerable como el aire, y nuestros esfuerzos vanos y cosa de burla.

BERNARDO.—Él iba ya á hablar cuando el gallo cantó.

HORACIO.—Es verdad, y al punto se estremeció como el delincuente apremiado con terrible precepto. Yo he oído decir que el gallo, trompeta de la mañana, hace despertar al dios del día con la alta y aguda voz de su garganta sonora, y que á este anuncio todo extraño espíritu errante por la tierra ó el mar, el fuego ó el aire, huye á su centro; y la fantasma que hemos visto acaba de confirmar la certeza de esta opinión.

(Empieza á iluminarse lentamente el teatro.)

MARCELO.—En efecto, desapareció al cantar el gallo. Algunos dicen que cuando se acerca el tiempo en que se celebra el nacimiento de nuestro Redentor, este pájaro matutino canta toda la noche, y que entonces ningún espíritu se atreve á salir de su morada; las noches son saludables, ningún planeta influye siniestramente,

ningún maleficio produce efecto, ni las hechiceras tienen poder para sus encantos: ¡tan sagrados son y tan felices aquellos días!

HORACIO.—Yo también lo tengo entendido así, y en parte lo creo. Pero ved cómo ya la mañana, cubierta con la rosada túnica, viene pisando el rocío de aquel alto monte oriental. Demos fin á la guardia, y soy de opinión que digamos al joven Hamlet lo que hemos visto esta noche; porque yo os prometo que este espíritu hablará con él, aunque ha sido para nosotros mudo. ¿No os parece que le demos esta noticia, indispensable en nuestro celo y tan propia de nuestra obligación?

MARCELO.—Sí, sí, hagámoslo. Yo sé en dónde le hallaremos esta mañana con más seguridad.

ESCENA III

Salón de palacio

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, POLONIO, LAERTES, VOLTIMAN, CORNELIO, caballeros, damas y acompañamiento.

CLAUDIO.—Aunque la muerte de mi querido hermano Hamlet está todavía tan reciente en nuestra memoria, que obliga á mantener en tristeza los corazones, y á que en todo el reino sólo se observe la imagen del dolor, con todo eso, tanto ha combatido en mí la razón á la naturaleza, que he conservado un prudente sentimiento de su pérdida, junto con la memoria de lo que á nosotros nos debemos. Á este fin he recibido por esposa á la que un tiempo fué mi hermana y hoy reina conmigo, compañera en el trono de esta belicosa nación; si bien estas alegrías son imperfectas, pues en ellas se han unido á la felicidad las lágrimas, las fiestas á la pompa fúnebre, los cánticos de muerte á los

epitalamios de himeneo, pesados en igual balanza el placer y la aflicción. Ni hemos dejado de seguir los dictámenes de vuestra prudencia, que en esta ocasión ha procedido con absoluta libertad, de lo cual os quedo muy agradecido. Ahora falta deciros que el joven Fortimbrás, estimándome en poco, ó presumiendo que la reciente muerte de mi querido hermano habrá producido en el reino trastorno y desunión, fiado en esta soñada superioridad, no ha cesado de importunarme con mensajes, pidiéndome le restituya aquellas tierras que perdió su padre, y adquirió mi valeroso hermano con todas las formalidades de la ley. Basta ya lo que de él he dicho. Por lo que á mí toca, y en cuanto al objeto que hoy nos reune, véisle aquí: Escribo al rey de Noruega, tío del joven Fortimbrás, que doliente y postrado en el lecho apenas tiene noticia de los proyectos de su sobrino, á fin de que le impida llevarlos adelante; pues tengo ya exactos informes de la gente que levanta contra mí, su calidad, su número y fuerzas. Prudente Cornelio, y tú, Voltiman, vosotros saludaréis en mi nombre al anciano rey; aunque no os doy facultad personal para celebrar con él tratado alguno que exceda los límites expresados en estos artículos. (*Les da unas cartas.*) Id con Dios, y espero que manifestaréis en vuestra diligencia el celo de servirme.

VOLTIMAN.—En esta y cualquiera otra comisión os daremos pruebas de nuestro respeto.

CLAUDIO.—No lo dudaré. El cielo os guarde.

ESCENA IV

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, POLONIO, LAERTES, damas, caballeros y acompañamiento

CLAUDIO.—Y tú, Laertes, ¿qué solicitas? Me has hablado de una pretensión: ¿no me dirás cuál sea? En

cualquiera cosa justa que pidas al rey de Dinamarca, no será vano el ruego. ¿Ni qué podrás pedirme, que no sea más ofrecimiento mío que demanda tuya? No es más adicto á la cabeza el corazón, ni más pronta la mano en servir á la boca, que lo es el trono de Dinamarca para con tu padre. En fin, ¿qué pretendes?

LAERTES.—Respetable soberano, solicito la gracia de vuestro permiso para volver á Francia. De allí he venido voluntariamente á Dinamarca á manifestaros mi leal afecto, con motivo de vuestra coronación; pero ya cumplida esta deuda, fuerza es confesaros que mis ideas y mi inclinación me llaman de nuevo á aquel país, y espero de vuestra mucha bondad esta licencia.

CLAUDIO.—¿Has obtenido ya la de tu padre? ¿Qué dices, Polonio?

POLONIO.—Á fuerza de importunaciones ha logrado arrancar mi tardío consentimiento. Al verle tan inclinado, firmé últimamente la licencia de que se vaya, aunque á pesar mío, y os ruego, señor, que se la concedáis.

CLAUDIO.—Elige el tiempo que te parezca más oportuno para salir, y haz cuanto gustes y sea más conducente á tu felicidad. ¡Y tú, Hamlet, mi deudo, mi hijo!

HAMLET.—Algo más que deudo y menos que amigo.

CLAUDIO.—¿Qué sombras de tristeza te cubren siempre?

HAMLET.—Al contrario, señor: estoy demasiado á la luz.

GERTRUDIS.—Mi buen Hamlet, no así tu semblante manifieste aflicción; véase en él que eres amigo de Dinamarca: ni siempre con abatidos párpados busques entre el polvo á tu generoso padre. Tú lo sabes, común es á todos; el que vive debe morir, pasando de la naturaleza á la eternidad.

HAMLET.—Sí, señora, á todos es común.

CLAUDIO.—*¿Qué sombras de tristeza te cubren siempre?*

GERTRUDIS.—Pues si lo es, ¿por qué aparentas tan particular sentimiento?

HAMLET.—¿Aparentar? No, señora, yo no sé aparentar. Ni el color negro de este manto, ni el traje acostumbrado en solemnes lutos, ni los interrumpidos sollozos, ni en los ojos un abundante río, ni la dolorida expresión del semblante, junto con las fórmulas, los ademanes, las exterioridades de sentimiento, bastarán por sí solos, mi querida madre, á manifestar el verdadero afecto que me ocupa el ánimo. Estos signos aparentan, es verdad, pero son acciones que un hombre puede fingir... Aquí *(tocándose el pecho)*, aquí dentro tengo lo que es más que apariencia: lo restante no es otra cosa que atavíos y adornos del dolor.

CLAUDIO.—Bueno y laudable es que tu corazón pague á un padre esa lúgubre deuda, Hamlet; pero no debes ignorarlo; tu padre perdió un padre también, y aquel perdió el suyo. El que sobrevive limita la filial obligación de su obsequiosa tristeza á un cierto término; pero continuar en interminable desconsuelo es una conducta de obstinación impía. Ni es natural en el hombre tan permanente afecto, que anuncia una voluntad rebelde á los decretos de la Providencia, un corazón débil, un alma indócil, un talento limitado y falto de luces. ¿Será bien que el corazón padezca, queriendo neciamente resistir á lo que es y debe ser inevitable? ¿á lo que es tan común como cualquiera de las cosas que más á menudo hieren nuestros sentidos? Este es un delito contra el cielo, contra la muerte, contra la naturaleza misma; es hacer una injuria absurda á la razón, que nos da en la muerte de nuestros padres la más frecuente de sus lecciones, y que nos está diciendo desde el primero de los hombres hasta el último que hoy espira: «mortales, ved aquí vuestra irrevocable suerte.» Modera, pues, yo te lo ruego, esa inútil tristeza; considera que tienes un padre en mí, puesto

que debe ser notorio al mundo que tú eres la persona más inmediata á mi trono, y que te amo con el afecto más puro que puede tener á su hijo un padre. Tu resolución de volver á los estudios de Witemberga es la más opuesta á nuestro deseo, y antes bien te pedimos que desistas de ella, permaneciendo aquí estimado y querido á vista nuestra, como el primero de mis cortesanos, mi pariente y mi hijo.

GERTRUDIS.—Yo te ruego, Hamlet, que no vayas á Witemberga: quédate con nosotros. No sean vanas las súplicas de tu madre.

HAMLET.—Obedeceros en todo será siempre mi primer conato.

CLAUDIO.—Por esa afectuosa y plausible respuesta quiero que seas otro yo en el imperio danés. Venid, señora. La sincera y fiel condescendencia de Hamlet ha llenado de alegría mi corazón. En aplauso de este acontecimiento no celebrará hoy Dinamarca festivos brindis, sin que lo anuncie á las nubes el cañón robusto, y el cielo retumbe muchas veces á las aclamaciones del rey, repitiendo el trueno de la tierra. Venid.

ESCENA V

HAMLET

¡Oh, si esta demasiado sólida masa de carne pudiera ablandarse y liquidarse disuelta en lluvia de lágrimas, ó el Todopoderoso no asestara el cañón contra el homicida de sí mismo! ¡Oh Dios! ¡oh Dios mío! ¡Cuán fatigado ya de todo, juzgo molestos, insípidos y vanos los placeres del mundo! Nada, nada quiero de él: es un campo inculto y rudo, que sólo abunda en frutos groseros y amargos. ¡Que esto haya llegado á suceder á los dos meses que él ha muerto!... No, ni tanto; aún

no há dos meses. Aquel excelente rey que fué, comparado con éste, como con un sátiro, Hiperión; tan amante de mi madre, que ni á los aires celestes permitía llegar atrevidos á su rostro. ¡Oh cielo y tierra!... ¿para qué conservo la memoria? Ella, que se le mostraba tan amorosa como si en la posesión hubieran crecido sus deseos. Y no obstante, en un mes... ¡ah! no quisiera pensar en esto. ¡Fragilidad, tú tienes nombre de mujer! En el corto espacio de un mes, y aun antes de romper los zapatos con que, semejante á Niobe, bañada en lágrimas, acompañó el cuerpo de mi triste padre... sí, ella, ella misma... ¡Cielos! una fiera, incapaz de razón y discurso, hubiera mostrado aflicción más durable. Se ha casado, en fin, con mi tío, hermano de mi padre; pero no más parecido á él, que yo lo soy á Hércules. En un mes... enrojecidos aún los ojos con el pérfido llanto, se casó. ¡Ah delincuente precipitación, ir á ocupar con tal diligencia un lecho incestuoso! Ni esto es bueno, ni puede producir bien. Pero hazte pedazos, corazón mío, que mi lengua debe reprimirse.

ESCENA VI

HAMLET, HORACIO, BERNARDO, MARCELO

HORACIO.—Buenos días, señor.

HAMLET.—Me alegro de verte bueno... ¿Es Horacio, ó me he olvidado de mí propio?

HORACIO.—El mismo soy, y siempre vuestro humilde criado.

HAMLET.—Mi buen amigo, yo quiero trocar contigo ese título que te das. ¿Á qué has venido de Witemberga?... ¡Ah, Marcelo!

MARCELO.—Señor.

HAMLET.—Mucho me alegro de verte con salud también. Pero, la verdad, á qué has venido de Witemberga?

HORACIO.—Señor... deseos de holgarme.

HAMLET.—No quiera oir de boca de tu enemigo otro tanto; ni podrás forzar mis oídos á que admitan una disculpa que te ofende. Yo sé que no eres desaplicado. Pero díme, ¿qué asuntos tienes en Elsingor? Aquí te enseñaremos á ser gran bebedor antes que te vuelvas.

HORACIO.—He venido á ver los funerales de vuestro padre.

HAMLET.—No se burle de mí, por Dios, señor condiscípulo. Yo creo que habrás venido á las bodas de mi madre.

HORACIO.—Es verdad: ¡como se han celebrado inmediatamente!

HAMLET.—Economía, Horacio, economía. Aún no se habían enfriado los manjares cocidos para el convite del duelo, cuando se sirvieron en las mesas de la boda... ¡Oh! yo quisiera haberme hallado en el cielo con mi mayor enemigo, antes que haber visto aquel día. ¡Mi padre!... me parece que veo á mi padre.

HORACIO.—¿En dónde, señor?

HAMLET.—Con los ojos del alma, Horacio.

HORACIO.—Alguna vez le ví. Era un buen rey.

HAMLET.—Era un hombre tan cabal en todo, que no espero hallar otro semejante.

HORACIO.—Señor, yo creo que le ví anoche.

HAMLET.—¿Le viste? ¿Á quién?

HORACIO.—Al rey vuestro padre.

HAMLET.—¿Al rey mi padre?

HORACIO.—Prestadme oído atento, suspendiendo un rato vuestra admiración, mientras os refiero este caso maravilloso, apoyado con el testimonio de estos caballeros.

HAMLET.—Sí, por Dios, dímelo.

HORACIO.—Estos dos señores, Marcelo y Bernardo, le habían visto dos veces hallándose de guardia, como á la mitad de la profunda noche. Una figura semejante á vuestro padre, armado según él solía de piés á cabeza, se les puso delante, caminando grave, tardo y majestuoso por donde ellos estaban. Tres veces pasó de esta manera ante sus ojos, que oprimía el pavor, acercándose hasta donde ellos podían alcanzar con sus lanzas; pero débiles y casi helados con el miedo, permanecieron mudos sin osar hablarle. Diéronme parte de este secreto horrible; voyme á la guardia con ellos la tercera noche, y allí encontré ser cierto cuanto me habían dicho, así en la hora como en la forma y circunstancias de aquella aparición. La sombra volvió en efecto. Yo conocí á vuestro padre, y es tan parecido á él, como lo son entre sí estas dos manos mías.

HAMLET.—¿Y en dónde fué eso?

MARCELO.—En la muralla de palacio, donde estábamos de centinela.

HAMLET.—¿Y no le hablasteis?

HORACIO.—Sí, señor, yo le hablé; pero no me dió respuesta alguna. No obstante, una vez me parece que alzó la cabeza haciendo con ella un movimiento, como si fuese á hablarme; pero al mismo tiempo se oyó la aguda voz del gallo matutino, y al sonido huyó con presta fuga desapareciendo de nuestra vista.

HAMLET.—¡Es cosa bien admirable!

HORACIO.—Y tan cierta como mi propia existencia. Nosotros hemos creído que era obligación nuestra avisaros de ello, mi venerado príncipe.

HAMLET.—Sí, amigos, sí... pero esto me llena de turbación. ¿Estáis de centinela esta noche?

TODOS.—Sí, señor.

HAMLET.—¿Decís que iba armado?

TODOS.—Sí, señor, armado.

HAMLET.—¿De la frente al pié?

TODOS.—Sí, señor, de piés á cabeza.

HAMLET.—Luego no le visteis el rostro.

HORACIO.—Le vimos, porque traía la visera alzada.

HAMLET.—Y qué, ¿parecía que estaba irritado?

HORACIO.—Más anunciaba su semblante el dolor, que la ira.

HAMLET.—¿Pálido, ó encendido?

HORACIO.—No, muy pálido.

HAMLET.—¿Y fijaba la vista en vosotros?

HORACIO.—Constantemente.

HAMLET.—Yo hubiera querido hallarme allí.

HORACIO.—Mucho pavor os hubiera causado.

HAMLET.—Sí, es verdad, sí... ¿Y permaneció mucho tiempo?

HORACIO.—El que puede emplearse en contar desde uno hasta ciento con moderada diligencia.

MARCELO.—Más, más estuvo.

HORACIO.—Cuando yo le ví, no.

HAMLET.—La barba blanca, ¿eh?

HORACIO.—Sí, señor, como yo se la había visto, cuando vivía, de un color ceniciento.

HAMLET.—Quiero ir esta noche con vosotros al puesto, por si acaso vuelve.

HORACIO.—¡Oh! sí volverá, yo os lo aseguro.

HAMLET.—Si él se me presenta en la figura de mi noble padre, yo le hablaré, aunque el infierno mismo abriendo sus entrañas me impusiera silencio. Yo os pido á todos, que así como hasta ahora habéis callado á los demás lo que visteis, de hoy en adelante lo ocultéis con el mayor sigilo; y sea cual fuere el suceso de esta noche, fiadlo al pensamiento, pero no á la lengua; yo sabré remunerar vuestro celo. Dios os guarde, amigos. Entre once y doce iré á buscaros á la muralla.

TODOS.—Nuestra obligación es serviros.

HAMLET.—Sí, conservadme vuestro amor, y estad

seguros del mío. Adiós. (*Vanse los tres.*) El espíritu de mi padre... con armas... no es esto bueno. Recelo alguna maldad. ¡Oh, si la noche hubiese ya llegado! Esperémosla tranquilamente, alma mía. Las malas acciones, aunque toda la tierra las oculte, se descubren al fin á la vista humana.

ESCENA VII

Sala de casa de Polonio

LAERTES, OFELIA

LAERTES.—Ya tengo todo mi equipaje á bordo. Adiós, hermana, y cuando los vientos sean favorables y seguro el paso del mar, no te descuides en darme nuevas de ti.

OFELIA.—¿Puedes dudarlo?

LAERTES.—Por lo que hace al frívolo obsequio de Hamlet, debes considerarle como una mera cortesanía, un hervor de la sangre, una violeta que en la primavera juvenil de la naturaleza se adelanta á vivir, y no permanece; hermosa, no durable; perfume de un momento, y nada más.

OFELIA.—¿Nada más?

LAERTES.—Pienso que no; porque no sólo en nuestra juventud se aumentan las fuerzas y tamaño del cuerpo, sino que las facultades interiores del talento y del alma crecen también con el templo en que ella reside. Puede ser que él te ame ahora con sinceridad, sin que manche borrón alguno la pureza de su intención; pero debes temer al considerar su grandeza, que no tiene voluntad propia, y que vive sujeto á obrar según á su nacimiento corresponde. Él no puede, como una persona vulgar, elegir por sí mismo, puesto que

de su elección depende la salud y prosperidad de todo un reino; y ve aquí por qué esta elección debe arreglarse á la condescendencia unánime de aquel cuerpo de quien es cabeza. Así pues, cuando él diga que te ama, será prudencia en ti no darle crédito, reflexionando que en el alto lugar que ocupa, nada puede cumplir de lo que promete, sino aquello que obtenga el consentimiento de la parte más principal de Dinamarca. Considera cuál pérdida padecería tu honor, si con demasiada credulidad dieras oídos á su voz lisonjera, perdiendo la libertad del corazón, ó facilitando á sus instancias impetuosas el tesoro de tu honestidad. Teme, Ofelia; teme, querida hermana; no sigas inconsiderada tu inclinación; huye el peligro, colocándote fuera del tiro de los amorosos deseos. La doncella más honesta es libre en exceso, si descubre su belleza al rayo de la luna. La virtud misma no puede librarse de los golpes de la calumnia. Muchas veces el insecto roe las flores hijas del verano, aun antes que su botón se rompa; y al tiempo que la aurora matutina de la juventud esparce su blando rocío, los vientos mortíferos son más frecuentes. Conviene pues no omitir precaución alguna, pues la mayor seguridad estriba en el temor prudente. La juventud, aun cuando nadie la combata, halla en sí misma su propio enemigo.

OFELIA.— Yo conservaré para defensa de mi corazón tus saludables máximas. Pero, mi buen hermano, mira no hagas tú lo que algunos rígidos pastores hacen, mostrando áspero y espinoso el camino del cielo, mientras como impíos y abandonados disolutos pisan ellos la senda florida de los placeres, sin cuidarse de practicar su propia doctrina.

LAERTES.— ¡Oh! no lo receles. Yo me detengo demasiado; pero allí viene mi padre: pues la ocasión es favorable, me despediré de él otra vez. Su bendición repetida será un nuevo consuelo para mí.

ESCENA VIII

POLONIO, LAERTES, OFELIA

POLONIO.—¿Aún estás aquí? ¡Qué mala vergüenza! Á bordo, á bordo; el viento impele ya por la popa tus velas, y á ti solo aguardan. Recibe mi bendición, y procura imprimir en la memoria estos pocos preceptos. No publiques con facilidad lo que pienses, ni ejecutes cosa no bien premeditada primero. Debes ser afable, pero no vulgar en el trato. Une á tu alma con vínculos de acero aquellos amigos que adoptaste después de examinada su conducta; pero no acaricies con mano pródiga á los que acaban de salir del cascarón y aún están sin plumas. Huye siempre de mezclarte en disputas; pero una vez metido en ellas, obra de manera que tu contrario huya de ti. Presta el oído á todos, y á pocos la voz. Oye las censuras de los demás; pero reserva tu propia opinión. Sea tu vestido tan costoso cuanto tus facultades lo permitan, pero no afectado en su hechura; rico, no extravagante; porque el traje dice por lo común quién es el sujeto, y los caballeros y principales señores franceses tienen el gusto muy delicado en esta materia. Procura no dar ni pedir prestado á nadie; porque el que presta suele perder á un tiempo el dinero y el amigo, y el que se acostumbra á pedir prestado falta al espíritu de economía y buen orden que nos es tan útil. Pero sobre todo, usa de ingenuidad contigo mismo, y no podrás ser falso con los demás: consecuencia tan necesaria como que la noche suceda al día. Adiós, y él permita que mi bendición haga fructificar en ti estos consejos.

LAERTES.—Humildemente os pido vuestra licencia.

(*Se arrodilla y besa la mano á Polonio.*)

POLONIO.—Sí, el tiempo te está convidando, y tus criados esperan; vête.

LAERTES.—Adiós, Ofelia (*abrazándose Ofelia y Laertes*) y acuérdate bien de lo que te he dicho.

OFELIA.—En mi memoria queda guardado, y tú mismo tendrás la llave.

LAERTES.—Adiós.

ESCENA IX

POLONIO, OFELIA

POLONIO.—¿Y qué es lo que te ha dicho, Ofelia?

OFELIA.—Si gustáis de saberlo, cosas eran relativas al príncipe Hamlet.

POLONIO.—Bien pensado, en verdad. Me han dicho que de poco tiempo á esta parte te ha visitado varias veces privadamente, y que tú le has admitido con mucha complacencia y libertad. Si esto es así (como me lo han asegurado, á fin de que prevenga el riesgo), debo advertirte que no te has portado con aquella delicadeza que corresponde á una hija mía y á tu propio honor. ¿Qué es lo que ha pasado entre los dos? Dime la verdad.

OFELIA.—Últimamente me ha declarado con mucha ternura su amor.

POLONIO.—¡Amor! ¡ah! Tú hablas como una muchacha loquilla y sin experiencia en circunstancias tan peligrosas. ¡Ternura la llamas! ¿Y tú das crédito á esa ternura?

OFELIA.—Yo, señor, ignoro lo que debo creer.

POLONIO.—En efecto es así, y yo quiero enseñártelo. Piensa bien, que eres una niña, que has recibido por verdadera paga esas ternuras que no son moneda corriente. Estímate en más á ti propia; pues si te aprecias en menos de lo que vales (por seguir la comen-

zada alusión), harás que pierda el entendimiento.

OFELIA.— Él me ha requerido de amores, es verdad; pero siempre con una apariencia honesta, que...

POLONIO.— Sí por cierto, apariencia puedes llamarla. ¿Y bien? Prosigue.

OFELIA.— Y autorizó cuanto me decía con los más sagrados juramentos.

POLONIO.— Sí, esas son redes para coger codornices. Yo sé muy bien, cuando la sangre hierve, con cuánta prodigalidad presta el alma juramentos á la lengua; pero son relámpagos, hija mía, que dan más luz que calor: estos y aquellos se apagan pronto, y no debes tomarlos por fuego verdadero, ni aun en el instante mismo en que parece que sus promesas van á efectuarse. De hoy en adelante cuida de ser más avara de tu presencia virginal; pon tu conversación á precio más alto, y no á la primera insinuación admitas coloquios. Por lo que toca al príncipe, debes creer de él solamente que es un joven, y que si una vez afloja las riendas, pasará más allá de lo que tú le puedes permitir. En suma, Ofelia, no creas sus palabras, que son fementidas, ni es verdadero el color que aparenta; son intercesoras de profanos deseos; y si parecen sagrados y piadosos votos, es sólo para engañar mejor. Por último, te digo claramente, que de hoy más no quiero que pierdas los momentos ociosos en hablar ni mantener conversación al príncipe. Cuidado con hacerlo así; yo te lo mando. Véte á tu aposento.

OFELIA.— Así lo haré, señor.

ESCENA X

Esplanada delante del palacio. Noche oscura

HAMLET, HORACIO, MARCELO

HAMLET.— El aire es frío y sutil en demasía.

HORACIO.—En efecto, es agudo y penetrante.

HAMLET.—¿Qué hora es ya?

HORACIO.—Me parece que aún no son las doce.

MARCELO.—No, ya han dado.

HORACIO.—No las he oído. Pues en tal caso ya está cerca el tiempo en que el muerto suele pasearse. Pero ¿qué significa este ruido, señor?

(*Suena á lo lejos música de clarines y timbales.*)

HAMLET.—Esta noche se huelga el rey, pasándola desvelado en un banquete con gran vocería y traspieses de embriaguez; y á cada copa del Rhin que bebe, los timbales y trompetas anuncian con estrépito sus victoriosos brindis.

HORACIO.—¿Se acostumbra eso aquí?

HAMLET.—Sí se acostumbra; pero aunque he nacido en este país y estoy hecho á sus estilos, me parece que sería más decoroso quebrantar esta costumbre que seguirla. Un exceso tal, que embrutece el entendimiento, nos infama á los ojos de las otras naciones desde oriente á occidente. Nos llaman ebrios; manchan nuestro nombre con este dictado afrentoso, y en verdad que él solo, por más que poseamos en alto grado otras buenas cualidades, basta á empañar el lustre de nuestra reputación. Así acontece frecuentemente á los hombres. Cualquiera defecto natural en ellos, sea de su nacimiento, del cual no son culpables (puesto que nadie puede escoger su origen), sea cualquiera desorden ocurrido en su temperamento, que muchas veces rompe los límites y reparos de la razón, ó sea cualquier hábito que se aparta demasiado de las costumbres recibidas, llevando estos hombres consigo el signo de un solo defecto que imprimió en ellos la naturaleza ó el acaso, aunque sus virtudes fuesen tantas cuantas es concedido á un mortal, y tan puras como la bondad celeste, serán no obstante amancilladas en el concepto público por aquel único vicio que las acompaña: un

HAMLET.—*¡Ángeles y ministros de piedad, defendednos!*

solo adarme de mezcla quita el valor al más precioso metal, y le envilece.

HORACIO.—¿Veis, señor? ya viene.

(*Aparécese la sombra del rey Hamlet hacia el fondo del teatro. Hamlet al verla se retira lleno de horror, y después se encamina hacia ella.*)

HAMLET.—¡Ángeles y ministros de piedad, defendednos! Ya seas alma dichosa ó condenada visión, traigas contigo aura celestial ó ardores del infierno, sea malvada ó benéfica intención la tuya, en tal forma te me presentas, que es necesario que yo te hable. Sí, te he de hablar... Hamlet, mi rey, mi padre, soberano de Dinamarca... ¡Oh! respóndeme, no me atormentes con la duda. Dime, ¿por qué tus venerables huesos, ya sepultados, han roto su vestidura fúnebre? ¿Por qué el sepulcro, donde te dimos urna pacífica, te ha echado de sí, abriendo sus senos que cerraban pesados mármoles? ¿Cuál puede ser la causa de que tu difunto cuerpo, del todo armado, vuelva otra vez á ver los rayos pálidos de la luna, añadiendo á la noche horror? ¿y que nosotros, ignorantes y débiles por naturaleza, padezcamos agitación espantosa con ideas que exceden á los alcances de nuestra razón? Di, ¿por qué es esto? ¿por qué? ó ¿qué debemos hacer nosotros?

HORACIO.—Os hace señas de que le sigáis, como si deseara comunicaros algo á solas.

MARCELO.—Ved con qué expresivo ademán os indica que le acompañéis á lugar más remoto; pero no hay que ir con él.

HORACIO.—No, por ningún motivo.

HAMLET.—Si no quiere hablar, habré de seguirle.

HORACIO.—No hagáis tal, señor.

HAMLET.—¿Y por qué no? ¿Qué temores debo tener? Yo no estimo la vida en nada, y á mi alma ¿qué puede él hacerla, siendo como él mismo cosa inmortal?... Otra vez me llama... Voyle á seguir.

HORACIO.—Pero, señor, si os arrebata al mar ó á la espantosa cima de ese monte, levantado sobre los peñascos que baten las ondas, y allí tomase alguna otra forma horrible, capaz de impediros el uso de razón, y enajenarla con frenesí... ¡Ay! ved lo que hacéis. El lugar solo inspira ideas melancólicas á cualquiera que mire la enorme distancia desde aquella cumbre al mar, y sienta en la profundidad su bramido ronco.

HAMLET.—Todavía me llama... Camina. Ya te sigo. (*La sombra hará los movimientos que indica el diálogo. Horacio y Marcelo quieren detener á Hamlet, y él los aparta con violencia, y la sigue.*)

MARCELO.—No, señor, no iréis.

HAMLET.—Dejadme.

HORACIO.—Creedme, no le sigáis.

HAMLET.—Mis hados me conducen y prestan á la menor fibra de mi cuerpo la nerviosa robustez del león de Nemea. Aún me llama... Señores, apartad esas manos... por Dios... ó quedará muerto á las mías el que me detenga... Otra vez te digo que andes, que voy á seguirte.

ESCENA XI

HORACIO, MARCELO

HORACIO.—Su exaltada imaginación le arrebata.

MARCELO.—Sigámosle, que en esto no debemos obedecerle.

HORACIO.—Sí, vamos detrás de él..... ¿Cuál será el fin de este suceso?

MARCELO.—Algún grave mal se oculta en Dinamarca.

HORACIO.—Los cielos dirigirán el éxito.

MARCELO.—Vamos, sigámosle.

ESCENA XII

Parte remota cercana al mar, vista á lo lejos del palacio de Elsingor

HAMLET, la sombra del rey HAMLET

HAMLET.—¿Á dónde me quieres llevar? Habla, yo no paso de aquí.

LA SOMBRA.—Mírame.

HAMLET.—Ya te miro.

LA SOMBRA.—Cuasi es ya llegada la hora en que debo restituirme á las sulfúreas y atormentadoras llamas.

HAMLET.—¡Oh, alma infeliz!

LA SOMBRA.—No me compadezcas: presta sólo atentos oídos á lo que voy á revelarte.

HAMLET.—Habla, yo te prometo atención.

LA SOMBRA.—Luégo que me oigas, prometerás venganza.

HAMLET.—¿Por qué?

LA SOMBRA.—Yo soy el alma de tu padre, destinada por cierto tiempo á vagar de noche, y aprisionada en fuego durante el día, hasta que sus llamas purifiquen las culpas que cometí en el mundo. ¡Oh! si no me fuera vedado manifestar los secretos de la prisión que habito, pudiera decirte cosas que la menor de ellas bastaría á despedazar tu corazón; helar tu sangre juvenil; tus ojos, inflamados como estrellas, saltar de sus órbitas; tus anudados cabellos separarse, erizándose como las púas del colérico espín. Pero estos eternos misterios no son para los oídos humanos. Atiende, atiende, ¡ay! atiende. Si tuviste amor á tu tierno padre...

HAMLET.—¡Oh Dios!

La sombra.—Venga su muerte; venga un homicidio cruel y atroz.

Hamlet.—¿Homicidio?

La sombra.—Sí, homicidio cruel, como todos lo son; pero el más cruel y el más injusto y el más aleve.

Hamlet.—Refiéremelo presto, para que con alas veloces como la fantasía, ó con la prontitud de los pensamientos amorosos, me precipite á la venganza.

La sombra.—Ya veo cuán dispuesto te hallas, y aunque tan insensible fueras como las malezas que se pudren incultas en las orillas del Leteo, no dejaría de conmoverte lo que voy á decir. Escúchame ahora, Hamlet. Esparcióse la voz de que estando en mi jardín dormido me mordió una serpiente. Todos los oídos de Dinamarca fueron groseramente engañados con esta fabulosa invención; pero tú debes saber, mancebo generoso, que la serpiente que mordió á tu padre hoy ciñe su corona.

Hamlet.—¡Oh! Présago me lo decía el corazón. ¡Mi tio!.....

La sombra.—Sí; aquel incestuoso, aquel monstruo adúltero, valiéndose de su talento diabólico, valiéndose de traidores dádivas... (¡Oh, talento y dádivas malditas, que tal poder tenéis para seducir!) supo inclinar á su deshonesto apetito la voluntad de la reina mi esposa, que yo creía tan llena de virtud. ¡Oh, Hamlet, cuán grande fué su caída! Yo, cuyo amor para con ella fué tan puro... yo, siempre tan fiel á los solemnes juramentos que en nuestro desposorio la hice, yo fuí aborrecido, y se rindió á aquel miserable, cuyas prendas eran en verdad harto inferiores á las mías. Pero así como la virtud será incorruptible aunque la disolución procure excitarla bajo divina forma, así la incontinencia, aunque viviese unida á un ángel radiante, profanará con oprobio su tálamo celeste... Pero ya me parece que percibo el ambiente de la maña-

na. Debo ser breve. Dormía yo una tarde en mi jardín, según lo acostumbraba siempre. Tu tío me sorprende en aquella hora de quietud, y trayendo consigo una ampolla de licor venenoso, derrama en mi oído su ponzoñosa destilación, la cual de tal manera es contraria á la sangre del hombre, que semejante en la sutileza al mercurio, se dilata por todas las entradas y conductos del cuerpo, y con súbita fuerza le ocupa, cuajando la más pura y robusta sangre como la leche con las gotas ácidas. Este efecto produjo inmediatamente en mí, y el cutis hinchado, comenzó á despegarse á trechos con una especie de lepra en ásperas y asquerosas costras. Así fué, que estando durmiendo perdí á manos de mi hermano mismo mi corona, mi esposa y mi vida á un tiempo. Perdí la vida cuando mi pecado estaba en todo su vigor, sin hallarme dispuesto para aquel trance, sin haber recibido el pan eucarístico, sin haber sonado el clamor de agonía, sin lugar al reconocimiento de tanta culpa, presentado al tribunal eterno con todas mis imperfecciones sobre mi cabeza. ¡Oh, maldad horrible, horrible!... Si oyes la voz de la naturaleza, no sufras, no, que el tálamo real de Dinamarca sea el lecho de la lujuria y abominable incesto. Pero de cualquier modo que dirijas la acción, no manches con delito el alma, previniendo ofensas á tu madre. Abandona este cuidado al cielo; deja que aquellas agudas puntas, que tiene fijas en su pecho, la hieran y atormenten. Adiós. Ya la luciérnaga, amortiguando su aparente fuego, nos anuncia la proximidad del día. Adiós, adiós. Acuérdate de mí.

ESCENA XIII

HAMLET, y después HORACIO y MARCELO

HAMLET.—¡Oh vosotros, ejércitos celestiales! ¡oh tierra!... ¿y quién más? ¿invocaré al infierno tam-

bién?... ¡Eh! no... Detente, corazón mío, detente; y vos, mis nervios, no así os debilitéis en un momento, sostenedme robustos... ¡Acordarme de ti! Sí, alma infeliz, mientras haya memoria en este agitado mundo. ¡Acordarme de ti! Sí, yo me acordaré y yo borraré de mi fantasía todos los recuerdos frívolos, las sentencias de los libros, las ideas é impresiones de lo pasado que la juventud y la observación estamparon en ella. Tu precepto solo, sin mezcla de otra cosa menos digna, vivirá escrito en el volumen de mi entendimiento. Sí, por los cielos te lo juro... ¡Oh, mujer la más delincuente! ¡Oh, malvado, malvado! ¡halagüeño y execrable malvado! Conviene que yo apunte en este libro... (*Saca un libro de memorias, y escribe en él.*) Sí... que un hombre puede halagar y sonreirse, y ser un malvado: á lo menos estoy seguro de que en Dinamarca hay un hombre así, y este es mi tío... Sí, tú eres... ¡Ah! pero la expresión que debo conservar es ésta: «Adiós, adiós, acuérdate de mí.» Yo he jurado acordarme.

HORACIO (*gritando desde adentro*).—¡Señor! ¡señor!

MARCELO (*gritando desde adentro*).—¡Hamlet!

HORACIO.—Los cielos le asistan.

HAMLET.—¡Oh! háganlo así.

MARCELO.—¡Hola! ¡eh! señor.

HAMLET.—¡Hola! amigos, ¡eh! venid, venid acá.

(*Salen Horacio y Marcelo.*)

MARCELO.—¿Qué ha sucedido?

HORACIO.—¿Qué noticias nos dais?

HAMLET.—¡Oh! maravillosas.

HORACIO.—Mi amado señor, decidlas.

HAMLET.—No, que lo revelaréis.

HORACIO.—No, yo os prometo que no haré tal.

MARCELO.—Ni yo tampoco.

HAMLET.—¿Creéis vosotros que pudiese haber cabido en el corazón humano... Pero ¿guardaréis secreto?

LOS DOS.—Sí, señor, yo os lo juro.

HAMLET.—No existe en toda Dinamarca un infame... que no sea un gran malvado.

HORACIO.—Pero no era necesario, señor, que un muerto saliera del sepulcro á persuadirnos esa verdad.

HAMLET.—Sí, cierto, tenéis razón; y por eso mismo, sin tratar más del asunto, será bien despedirnos y separarnos; vosotros adonde vuestros negocios ó vuestra inclinación os lleven... que todos tienen sus inclinaciones y negocios, sean los que sean; y yo, ya lo sabéis, á mi triste ejercicio, á rezar.

HORACIO.—Todas esas palabras, señor, carecen de sentido y orden.

HAMLET.—Mucho me pesa de haberos ofendido con ellas; sí por cierto, me pesa en el alma.

HORACIO.—¡Oh! señor, no hay ofensa ninguna.

HAMLET.—Sí, por san Patricio que sí la hay, y muy grande, Horacio... En cuanto á la aparición... es un difunto venerable... sí, yo os lo aseguro... Pero reprimid cuanto os fuese posible el deseo de saber lo que ha pasado entre él y yo. ¡Ah, mis buenos amigos! yo os pido, pues sois mis amigos y mis compañeros en el estudio y en las armas, que me concedáis una corta merced.

HORACIO.—Con mucho gusto, señor: decid cuál sea.

HAMLET.—Que nunca revelaréis á nadie lo que habéis visto esta noche.

LOS DOS.—Á nadie lo diremos.

HAMLET.—Pero es menester que lo juréis.

HORACIO.—Os doy mi palabra de no decirlo.

MARCELO.—Yo os prometo lo mismo.

HAMLET.—Sobre mi espada.

MARCELO.—Ved que ya lo hemos prometido.

HAMLET.—Sí, sí, sobre mi espada.

LA SOMBRA.—Juradlo.

(Se oirá la voz de la sombra, que suena á varias distancias debajo de tierra. Hamlet y los demás, horrorizados, mudan de situación, según lo indica el diálogo.)

HAMLET.—¡Ah! ¿eso dices?... ¿Estás ahí, hombre de bien?... Vamos, ya le oís hablar en lo profundo. ¿Queréis jurar?

HORACIO.—Proponed la fórmula.

HAMLET.—Que nunca diréis lo que habéis visto. Juradlo por mi espada.

LA SOMBRA.—Juradlo.

HAMLET.—*¿Hic et ubique?* Mudaremos de lugar. Señores, acercaos aquí; poned otra vez las manos en mi espada, y jurad por ella que nunca diréis nada de esto que habéis oído y visto.

LA SOMBRA.—Juradlo por su espada.

HAMLET.—Bien has dicho, topo viejo, bien has dicho... Pero ¿cómo puedes taladrar con tal prontitud los senos de la tierra, diestro minador? Mudemos otra vez de puesto, amigos.

HORACIO.—¡Oh! Dios de la luz y de las tinieblas, ¡qué extraño prodigio es este!

HAMLET.—Por eso como á un extraño debéis hospedarle y tenerle oculto. Ello es, Horacio, que en el cielo y en la tierra hay más de lo que puede soñar tu filosofía. Pero venid acá, y, como antes dije, prometedme (así el cielo os haga felices) que por más singular y extraordinaria que sea de hoy más mi conducta (puesto que acaso juzgaré á propósito afectar un proceder del todo extravagante), nunca vosotros al verme así daréis nada á entender, cruzando los brazos de esta manera, ó haciendo con la cabeza este movimiento, ó con frases equívocas como: sí, sí, nosotros sabemos; nosotros pudiéramos si quisiéramos... si gustáramos de hablar; hay tanto que decir en eso; pudiera ser que... ó en fin, cualquiera otra expresión ambigua, semejante á estas, por donde se infiera que vosotros sa-

béis algo de mí. Juradlo: así en vuestras necesidades os asista el favor de Dios. Juradlo.

La sombra.—Jurad.

Hamlet.—Descansa, descansa, agitado espíritu. Señores, yo me recomiendo á vosotros con la mayor instancia, y creed que por más infeliz que Hamlet se halle, Dios querrá que no le falten medios para manifestaros la estimación y amistad que os profesa. Vámonos. Poned el dedo en la boca, yo os lo ruego... La naturaleza está en desorden... ¡Iniquidad execrable! ¡Oh! ¡nunca yo hubiera nacido para castigarla! Venid, vámonos juntos.

ACTO II

ESCENA PRIMERA

Sala en casa de Polonio

POLONIO, REINALDO

POLONIO.—Reinaldo, entrégale este dinero y estas cartas. (*Le da un bolsillo y unas cartas.*)

REINALDO.—Así lo haré, señor.

POLONIO.—Sería un admirable golpe de prudencia, que antes de verle te informaras de su conducta.

REINALDO.—En eso mismo estaba yo.

POLONIO.—Sí, es muy buena idea, muy buena. Mira, lo primero has de averiguar qué dinamarqueses hay en París, y cómo, en qué términos, con quién y en dónde están, á quién tratan, qué gastos tienen; y sabiendo por estos rodeos y preguntas indirectas que conocen á mi hijo, entonces ve en derechura á tu objeto, encaminando á él en particular tus indagaciones. Haz como si le conocieras de lejos, diciendo: sí, conozco á su padre, y á algunos amigos suyos, y aun á él un poco... ¿Lo has entendido?

REINALDO.—Sí, señor, muy bien.

POLONIO.—Sí, le conozco un poco; pero... (has de añadir entonces) pero no le he tratado. Si es el que yo creo, á fe que es bien calavera; inclinado á tal ó tal vicio... y luégo dirás de él cuanto quieras fingir; digo, pero que no sean cosas tan fuertes que puedan deshonrarle. Cuidado con eso. Habla sólo de aquellas travesuras, aquellas locuras y extravíos comunes á todos, que ya se reconocen por compañeros inseparables de la juventud y la libertad.

REINALDO.—Como el jugar, ¿eh?

POLONIO.—Sí, el jugar, beber, esgrimir, jurar, disputar, putear... Hasta esto bien puedes alargarte.

REINALDO.—Y aun con eso hay harto para quitarle el honor.

POLONIO.—No por cierto; además, que todo depende del modo que le acuses. No debes achacarle delitos escandalosos, ni pintarle como un joven abandonado enteramente á la disolución; no, no es esa mi idea. Has de insinuar sus defectos con tal arte, que parezcan nulidades producidas de falta de sujeción, y no otra cosa, extravíos de una imaginación ardiente, ímpetus nacidos de la efervescencia general de la sangre.

REINALDO.—Pero, señor...

POLONIO.—¡Ah! tú querrás saber con qué fin debes hacer esto, ¿eh?

REINALDO.—Gustaría de saberlo.

POLONIO.—Pues, señor, mi fin es éste, y creo que es proceder con mucha cordura. Cargando estas pequeñas faltas sobre mi hijo (como ligeras manchas de una obra preciosa), ganarás por medio de la conversación la confianza de aquel á quien pretendas examinar. Si él está persuadido de que el muchacho tiene los mencionados vicios que tú le imputas, no dudes que él convenga con tu opinión, diciendo: señor mío, ó ami-

go, ó caballero, en fin, según el título ó dictado de la persona ó del país...

REINALDO.—Sí, ya estoy.

POLONIO.—Pues entonces él dice... dice... ¿Qué iba yo á decir ahora?... Algo iba yo á decir. ¿En qué estábamos?

REINALDO.—En que él concluirá diciendo al amigo ó al caballero...

POLONIO.—Sí, concluirá diciendo... es verdad... así te dirá precisamente: Es verdad, yo conozco á ese mozo, ayer le ví, ó cualquier otro día, ó en tal y tal ocasión, con éste ó con aquel sujeto; y allí, como habéis dicho, le ví que jugaba, allá le encontré en una comilona, acullá en una quimera sobre el juego de pelota, y... (puede ser que añada) le he visto entrar en una casa pública, *videlicet*, en un burdel, ó cosa tal. ¿Lo entiendes ahora? Con el anzuelo de la mentira pescarás la verdad, que así es cómo nosotros los que tenemos talento y prudencia solemos conseguir por indirectas el fin directo, usando de artificios y disimulación. Así lo harás con mi hijo, según la instrucción y advertencias que acabo de darte. ¿Me has entendido?

REINALDO.—Sí, señor, quedo enterado.

POLONIO.—Pues adiós, buen viaje.

REINALDO.—Señor...

POLONIO.—Examina por ti mismo sus inclinaciones.

REINALDO.—Así lo haré.

POLONIO.—Dejándole que obre libremente.

REINALDO.—Está bien, señor.

POLONIO.—Adiós.

ESCENA II

POLONIO, OFELIA

POLONIO.—Y bien, Ofelia, ¿qué hay de nuevo?

OFELIA.—¡Ay, señor, que he tenido un susto muy grande!

POLONIO.—¿Con qué motivo? Por Dios que me lo digas.

OFELIA.—Yo estaba haciendo labor en mi cuarto, cuando el príncipe Hamlet, la ropa desceñida, sin sombrero en la cabeza, sucias las medias, sin atar, caídas hasta los piés, pálido como su camisa, las piernas trémulas, el semblante triste como si hubiera salido del infierno para anunciar horror... se presenta delante de mí.

POLONIO.—Loco, sin duda por tus amores, ¿eh?

OFELIA.—Yo, señor, no lo sé; pero en verdad lo temo.

POLONIO.—¿Y qué te dijo?

OFELIA.—Me asió una mano y me la apretó fuertemente. Apartóse después á la distancia de su brazo, y poniendo así la otra mano sobre su frente, fijó la vista en mi rostro recorriéndole con atención, como si hubiese de retratarle. De este modo permaneció largo rato, hasta que por último sacudiéndome ligeramente el brazo, y moviendo tres veces la cabeza abajo y arriba, exhaló un suspiro tan profundo y triste, que pareció deshacérsele en pedazos el cuerpo y dar fin á su vida. Hecho esto, me dejó, y levantada la cabeza comenzó á andar, sin valerse de los ojos para hallar el camino; salió de la puerta sin verla, y al pasar por ella fijó la vista en mí.

POLONIO.—Ven, conmigo; quiero ver al rey. Ese es un verdadero éxtasis de amor, que siempre fatal á sí mismo en su exceso violento, inclina la voluntad á empresas temerarias, más que ninguna otra pasión de cuantas debajo del cielo combaten nuestra naturaleza. Mucho siento este accidente. Pero díme, ¿le has tratado con dureza en estos últimos días?

OFELIA.—No, señor: sólo en cumplimiento de lo que

mandasteis, le he devuelto sus cartas, y me he negado á sus visitas.

POLONIO.—Y eso basta por haberle trastornado así. Me pesa no haber juzgado con más acierto de su pasión. Yo temí que era sólo un artificio suyo para perderte... ¡Sospecha indigna! ¡Eh! Tan propio parece de la edad anciana pasar más allá de lo justo en sus conjeturas, como lo es en la juventud la falta de previsión. Vamos, vamos á ver al rey. Conviene que lo sepa. Si le callo este amor, sería más grande el sentimiento que pudiera causarle teniéndole oculto, que el disgusto que recibirá al saberlo. Vamos.

ESCENA III

Salón de palacio

CLAUDIO, GERTRUDIS, RICARDO, GUILLERMO, acompañamiento

CLAUDIO.—Bien venido, Guillermo; y tú también, querido Ricardo. Además de lo mucho que se me dilata el veros, la necesidad que tengo de vosotros me ha determinado á solicitar vuestra venida. Algo habéis oído ya de la transformación de Hamlet. Así puedo llamarla, puesto que ni en lo interior ni en lo exterior se parece nada al que antes era; ni llego á imaginar qué otra causa haya podido privarle así de la razón, si ya no es la muerte de su padre. Yo os ruego á entrambos, pues desde la primera infancia os habéis criado con él, y existe entre vosotros aquella intimidad nacida de la igualdad en los años y el genio, que tengáis á bien deteneros en mi corte algunos días. Acaso el trato vuestro restablecerá su alegría; y aprovechando las ocasiones que se presenten, ved cuál sea la ignorada

aflicción que así le consume, para que descubriéndola procuremos su alivio.

GERTRUDIS.—Él ha hablado mucho de vosotros, mis buenos señores, y estoy segura de que no se hallarán otros dos sujetos á quienes él profese mayor cariño. Si tanta fuese vuestra bondad, que gustéis de pasar con nosotros algún tiempo para contribuir al logro de mi esperanza, vuestra asistencia será remunerada como corresponde al agradecimiento de un rey.

RICARDO.—VV. MM. tienen soberana autoridad en nosotros, y en vez de rogar deben mandarnos.

GUILLERMO.—Uno y otro obedeceremos, y postramos á vuestros piés, con el más puro afecto, el celo de serviros que nos anima.

CLAUDIO.—Muchas gracias, cortés Guillermo. Gracias, Ricardo.

GERTRUDIS.—Os quedo muy agradecida, señores, y os pido que veáis cuanto antes á mi doliente hijo. *(A los criados.)* Conduzca alguno de vosotros á estos caballeros adonde Hamlet se halle.

GUILLERMO.—Haga el cielo que nuestra compañía y nuestros conatos puedan serle agradables y útiles.

GERTRUDIS.—Sí. Amén.

ESCENA IV

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, acompañamiento

POLONIO.—Señor, los embajadores enviados á Noruega han vuelto ya en extremo contentos.

CLAUDIO.—Siempre has sido tú padre de buenas nuevas.

POLONIO.—¡Oh! sí, ¿no es verdad? Y os puedo asegurar, venerado señor, que mis acciones y mi corazón no tienen otro objeto que el servicio de Dios y el de

mi rey; y si este talento mío no ha perdido enteramente aquel seguro olfato con que supo siempre rastrear asuntos políticos, pienso haber descubierto ya la verdadera causa de la locura del príncipe.

CLAUDIO.—Pues dínosla, que estoy impaciente de saberla.

POLONIO.—Será bien que déis primero audiencia á los embajadores: mi informe servirá de postres á este gran festín.

CLAUDIO.—Tú mismo puedes ir á cumplimentarlos é introducirlos. *(Vase Polonio.)* Dice que ha descubierto, amada Gertrudis, la causa verdadera de la indisposición de tu hijo.

GERTRUDIS.—¡Ah! yo dudo que él tenga otra mayor que la muerte de su padre y nuestro acelerado casamiento.

CLAUDIO.—Yo sabré examinarle.

ESCENA V

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, VOLTIMAN, CORNELIO, acompañamiento

CLAUDIO.—Bien venidos, amigos. Dí, Voltiman, ¿qué respondió nuestro hermano el rey de Noruega?

VOLTIMAN.—Corresponde con la más sincera amistad á vuestras atenciones y á vuestro ruego. Así que llegamos mandó suspender los armamentos que hacía su sobrino, fingiendo ser preparativos contra el polaco; pero mejor informado después, halló ser cierto que se dirigían en ofensa vuestra. Indignado de que abusaran así de la impotencia á que le han reducido su edad y sus males, envió estrechas órdenes á Fortimbrás, que sometiéndose prontamente á las reprensiones del tío, le ha jurado por último que nunca más

tomará las armas contra V. M. Satisfecho de este procedimiento el anciano rey, le señala sesenta mil escudos anuales, y le permite emplear contra Polonia las tropas que había levantado. Á este fin os ruega concedáis paso libre por vuestros estados al ejército prevenido para tal empresa, bajo las condiciones de recíproca seguridad, expresadas aquí.

(*Saca unos papeles, y se los da á Claudio.*)

CLAUDIO.—Está bien: leeré en tiempo más oportuno sus proposiciones, y reflexionaré lo que debo en este caso responderle. Entre tanto os doy gracias por el feliz desempeño de vuestro encargo. Descansad. Á la noche seréis conmigo en el festín. Tendré gusto de veros.

ESCENA VI

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO

POLONIO.—Este asunto se ha concluído muy bien. (*Claudio hace una seña, y se retira el acompañamiento.*) Mi soberano, y vos, señora: explicar lo que es la dignidad de un monarca, las obligaciones del vasallo, porque el día es día, noche la noche, y tiempo el tiempo, sería gastar inútilmente el día, la noche y el tiempo. Así pues, como quiera que la brevedad es el alma del talento, y que nada hay más enfadoso que los rodeos y perífrasis... seré muy breve. Vuestro noble hijo está loco; y le llamo loco, porque, si en rigor se examina, ¿qué otra cosa es la locura sino estar uno enteramente loco? Pero dejando esto aparte...

GERTRUDIS.—Al caso, Polonio, al caso, y menos artificios.

POLONIO.—Yo os prometo, señora, que no me valgo de artificio alguno; ¡es cierto que él está loco! es cierto que es lástima, y es lástima que sea cierto; pero

dejemos á un lado esta pueril antítesis, que no quiero usar de artificios. Convengamos pues en que está loco, y ahora falta descubrir la causa de este efecto, ó por decir, la causa de este defecto; porque este efecto defectuoso nace de una causa, y así resta considerar lo restante. Yo tengo una hija... la tengo mientras es mía: que en prueba de su respeto y sumisión... notad lo que os digo... me ha entregado esta carta. *(Saca una carta y lee en ella los pedazos que indica el diálogo.)* Ahora resumid los hechos y sacaréis la consecuencia. *Al ídolo celestial de mi alma, á la sin par Ofelia...* Esta es una alta frase... una falta de frase sin par... Es una falta de frase, pero oíd lo demás. *Estas letras destinadas á que tu blanco y hermoso pecho las guarde: estas...*

GERTRUDIS.—¿Y esa carta se la ha enviado Hamlet?

POLONIO.—¡Bueno por cierto! Esperad un poco, seré muy fiel.

Duda que son de fuego las estrellas,
duda si al sol el movimiento falta,
duda lo cierto, admite lo dudoso;
pero no dudes de mi amor las ansias.

Estos versos aumentan mi dolor, querida Ofelia; ni sé tampoco expresar mis penas con arte; pero cree que te amo en extremo, con el mayor extremo posible. Adiós. Tuyo siempre, mi adorada niña, mientras esta máquina exista.—HAMLET.

Mi hija, en fuerza de su obediencia, me ha hecho ver esta carta, y además me ha contado las solicitudes del príncipe, según han ocurrido, con todas las circunstancias del tiempo, el lugar y el modo.

CLAUDIO.—Y ella ¿cómo ha recibido su amor?

POLONIO.—¿En qué opinión me tenéis?

CLAUDIO.—En la de un hombre honrado y veraz.

POLONIO.—Y me complazco en probaros que lo soy. Pero ¿qué hubiérais pensado de mí, si cuando he visto

que tomaba vuelo este ardiente amor... porque os puedo asegurar que aun antes que mi hija me hablase, ya lo había yo advertido... ¿qué hubiera pensado de mí V. M. y la reina que está presente, si hubiera tolerado este galanteo? ¿Si haciéndome violencia á mí propio hubiera permanecido silencioso y mudo, mirándolo con indiferencia? ¿Qué hubiérais pensado de mí? No, señor, yo he ido en derechura al asunto, y le dije á la niña, ni más ni menos: hija, el señor Hamlet es un príncipe muy superior á tu esfera... Esto no debe pasar adelante. Y después la mandé que se encerrase en su estancia, sin admitir recados ni recibir presentes. Ella ha sabido aprovecharse de mis preceptos, y el príncipe... (para abreviar la historia) al verse desdeñado, comenzó á padecer melancolías, después inapetencia, después vigilias, después debilidad, después aturdimiento, y después (por una graduación natural) la locura que le saca fuera de sí, y que todos nosotros lloramos.

CLAUDIO.—¿Creéis, señora, que esto haya pasado así?

GERTRUDIS.—Me parece bastante probable.

POLONIO.—¿Ha sucedido alguna vez... (tendría gusto de saberlo) que yo haya dicho positivamente, esto hay, y que haya resultado lo contrario?

CLAUDIO.—No se me acuerda.

POLONIO.—Pues separadme ésta de éste (*señalando la cabeza y el cuello*) si otra cosa hubiere en el asunto... ¡Ah! por poco que las circunstancias me ayuden, yo descubriré la verdad donde quiera que se oculte, aunque el centro de la tierra la sepultara.

CLAUDIO.—¿Y cómo te parece que pudiéramos hacer nuevas indagaciones?

POLONIO.—Bien sabéis que el príncipe suele pasearse algunas veces por esa galería cuatro horas enteras.

GERTRUDIS.—Es verdad, así suele hacerlo.

POLONIO.—Pues cuando él venga, yo haré que mi hija le salga al paso. Vos y yo nos ocultaremos detrás de los tapices, para observar lo que hace al verla. Si él no la ama y no es esta la causa de haber perdido el juicio, despedidme de vuestro lado y de vuestra corte, y enviadme á una alquería á guiar un arado.

CLAUDIO.—Sí, y lo quiero averiguar.

GERTRUDIS.—Pero, ¿veis? ¡Qué lástima! Leyendo viene el infeliz.

POLONIO.—Retiraos, yo os lo suplico: retiraos entrambos, que le quiero hablar si me dais licencia.

ESCENA VII

POLONIO, HAMLET

POLONIO.—¿Cómo os va, mi buen señor?

(*Hamlet sale leyendo un libro.*)

HAMLET.—Bien, á Dios gracias.

POLONIO.—¿Me conocéis?

HAMLET.—Perfectamente. Tú vendes peces.

POLONIO.—¿Yo? No, señor.

HAMLET.—Así fueras honrado.

POLONIO.—¿Honrado decís?

HAMLET.—Sí, señor, que lo digo. El ser honrado, según va el mundo, es lo mismo que ser escogido uno entre diez mil.

POLONIO.—Todo eso es verdad.

HAMLET.—Si el sol engendra gusanos en un perro muerto, y aunque es un dios, alumbra benigno con sus rayos á un cadáver corrupto... ¿No tienes una hija?

POLONIO.—Sí, señor, una tengo.

HAMLET.—Pues no la dejes pasear al sol. La concepción es una bendición del cielo, pero no del modo en

que tu hija podrá concebir. Cuida mucho de esto, amigo.

POLONIO.—Pero ¿qué queréis decir con eso? Siempre está pensando en mi hija. No obstante, al principio no me conoció... Dice que vendo peces... ¡Está rematado, rematado!... Y en verdad que yo también, siendo mozo, me ví muy trastornado por el amor... casi tanto como él. Quiero hablarle otra vez. ¿Qué estáis leyendo?

HAMLET.—Palabras, palabras, todo palabras.

POLONIO.—¿Y de qué se trata?

HAMLET.—¿Entre quién?

POLONIO.—Digo que de qué trata el libro que leéis.

HAMLET.—De calumnias. Aquí dice el malvado satírico, que los viejos tienen la barba blanca, las caras con arrugas, que vierten de sus ojos ámbar abundante y goma de ciruela, que padecen gran debilidad de piernas y mucha falta de entendimiento. Todo lo cual, señor mío, aunque yo plena y eficazmente lo creo, con todo eso, no me parece bien hallarlo afirmado en tales términos; porque al fin vos seríais sin duda tan joven como yo, si os fuera posible andar hacia atrás como el cangrejo.

POLONIO.—Aunque todo es locura, no deja de observar método en lo que dice. ¿Queréis venir, señor, adonde no os dé el aire?

HAMLET.—¿Adónde? ¿Á la sepultura?

POLONIO.—Cierto que allí no da el aire. ¡Con qué agudeza responde siempre! Estos golpes felices son frecuentes en la locura, cuando en el estado de razón y salud tal vez no se logran. Voyle á dejar, y disponer al instante el careo entre él y mi hija. Señor, si me dais licencia de que me vaya...

HAMLET.—No me puedes pedir cosa que con más gusto te conceda, exceptuando la vida, eso sí, exceptuando la vida.

POLONIO.—Adiós, señor.

HAMLET.—¡Fastidiosos y extravagantes viejos!

POLONIO *(á Guillermo y Ricardo, que salen por donde él se va).*—Si buscáis al príncipe, vedle ahí.

ESCENA VIII

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO

RICARDO.—Buenos días, señor.

GUILLERMO.—Dios guarde á V. A.

RICARDO.—Mi venerado príncipe.

HAMLET.—¡Oh, buenos amigos! ¿Cómo va? ¡Guillermo, Ricardo, guapos mozos! ¿Cómo va? ¿Qué se hace de bueno?

RICARDO.—Nada, señor: pasamos una vida muy indiferente.

GUILLERMO.—Nos creemos felices en no ser demasiado felices. No, no servimos de airón al tocado de la fortuna.

HAMLET.—¿Ni de suelas á su calzado?

RICARDO.—Ni uno ni otro.

HAMLET.—En tal caso estaréis colocados hacia su cintura: allí es el centro de los favores.

GUILLERMO.—Cierto, como privados suyos.

HAMLET.—Pues allí en lo más oculto... ¡Ah! dices bien, ella es una prostituta... ¿Qué hay de nuevo?

RICARDO.—Nada, sino que ya los hombres van siendo buenos.

HAMLET.—Señal que el día del juicio va á venir pronto. Pero vuestras noticias no son ciertas... Permitid que os pregunte más particularmente: ¿por qué delitos os ha traído aquí vuestra mala suerte á vivir en prisión?

GUILLERMO.—¿En prisión decís?

HAMLET.—Sí: Dinamarca es una cárcel.

RICARDO.—También el mundo lo será.

HAMLET.—Y muy grande, con muchas guardas, encierros y calabozos; y Dinamarca es uno de los peores.

RICARDO.—Nosotros no éramos de esa opinión.

HAMLET.—Para vosotros podrá no serlo, porque nada hay bueno ni malo sino en fuerza de nuestra fantasía. Para mí es una verdadera cárcel.

RICARDO.—Será vuestra ambición la que os le figura tal: la grandeza de vuestro ánimo le hallará estrecho.

HAMLET.—¡Oh, Dios mío! Yo pudiera estar encerrado en la cáscara de una nuez, y creerme soberano de un estado inmenso... Pero estos sueños terribles me hacen infeliz.

RICARDO.—Todos esos sueños son ambición, y todo cuanto al ambicioso le agita no es más que la sombra de un sueño.

HAMLET.—El sueño en sí no es más que una sombra.

RICARDO.—Ciertamente, y yo considero la ambición por tan ligera y vana, que me parece la sombra de una sombra.

HAMLET.—De donde resulta que los mendigos son cuerpos, y los monarcas y héroes agigantados, sombras de los mendigos... Iremos un rato á la corte, señores, porque á la verdad no tengo la cabeza para discurrir.

LOS DOS.—Os iremos sirviendo.

HAMLET.—¡Oh! no se trate de eso. No os quiero confundir con mis criados, que, á fe de hombre de bien, me sirven indignamente. Pero decidme, por nuestra amistad antigua: ¿qué hacéis en Elsingor?

RICARDO.—Señor, hemos venido únicamente á veros.

HAMLET.—Tan pobre soy, que aun de gracias estoy escaso: no obstante, agradezco vuestra fineza... Bien que os puedo asegurar que mis gracias, aunque se paguen á ochavo, se pagan mucho. ¿Y quién os ha

HAMLET.— *Ya os he dicho que lo estoy viendo en vuestros ojos.*

hecho venir? ¿Es libre esta visita? ¿Me la hacéis por vuestro gusto propio? Vaya, habladme con franqueza; vaya, decidmelo.

GUILLERMO.—¿Y qué os hemos de decir, señor?

HAMLET.—Todo lo que haya acerca de esto. Á vosotros os envían sin duda, y en vuestros ojos hallo una especie de confesión, que toda vuestra reserva no puede desmentir. Yo sé que el bueno del rey y también la reina os han mandado que vengáis.

RICARDO.—Pero ¿á qué fin?

HAMLET.—Eso es lo que debéis decirme. Pero os pido por los derechos de nuestra amistad, por la conformidad de nuestros años juveniles, por las obligaciones de nuestro no interrumpido afecto, por todo aquello, en fin, que sea para vosotros más grato y respetable, que me digáis con sencillez la verdad. ¿Os han mandado venir, ó no?

RICARDO *(mirando á Guillermo)*.—¿Qué dices tú?

HAMLET.—Ya os he dicho que lo estoy viendo en vuestros ojos: si me estimáis de veras, no hay que desmentirlos.

GUILLERMO.—Pues, señor, es cierto: nos han hecho venir.

HAMLET.—Y yo os voy á decir el motivo: así me anticiparé á vuestra propia confesión, sin que la fidelidad que debéis al rey y la reina quede por vosotros ofendida. Yo he perdido de poco tiempo á esta parte, sin saber la causa, toda mi alegría, olvidando mis ordinarias ocupaciones; y este accidente ha sido tan funesto á mi salud, que la tierra, esa divina máquina, me parece un promontorio estéril; ese dosel magnífico de los cielos, ese hermoso firmamento que veis sobre nosotros, esa techumbre majestuosa sembrada de doradas luces, no otra cosa me parece que una desagrable y pestífera multitud de vapores. ¡Qué admirable fábrica es la del hombre! ¡Qué noble su razón! ¡Qué

infinitas sus facultades! ¡Qué expresivo y maravilloso en su forma y sus movimientos! ¡Qué semejante á un ángel en sus acciones! Y en su espíritu ¡qué semejante á Dios! Él es sin duda lo más hermoso de la tierra, el más perfecto de todos los animales. Pues no obstante, ¿qué juzgáis que es en mi estimación ese purificado polvo? El hombre no me deleita... ni menos la mujer... bien que ya veo en vuestra sonrisa que aprobáis mi opinión.

RICARDO.—En verdad, señor, que no habéis acertado mis ideas.

HAMLET.—Pues ¿por qué te reías cuando dije que no me deleita el hombre?

RICARDO.—Me reí al considerar, puesto que los hombres no os deleitan, qué comidas de cuaresma daréis á los cómicos que hemos hallado en el camino, y están ahí deseando emplearse en servicio vuestro.

HAMLET. —El que hace de rey sea muy bien venido; S. M. recibirá mis obsequios como es de razón: el arrojado caballero sacará á lucir su espada y su broquel, el enamorado no suspirará de balde, el que hace de loco acabará su papel en paz, el patán dará aquellas risotadas con que sacude los pulmones áridos, y la dama expresará libremente su pasión, ó las interrupciones del verso hablarán por ella. ¿Y qué cómicos son?

RICARDO. —Los que más os agradan regularmente. La compañía trágica de nuestra ciudad.

HAMLET. —¿Y por qué andan vagando así? ¿No les sería mejor para su reputación y sus intereses establecerse en alguna parte?

RICARDO.—Creo que los últimos reglamentos se lo prohiben.

HAMLET.—¿Son hoy tan bien recibidos como cuando yo estuve en la ciudad? ¿Acude siempre el mismo concurso?

RICARDO.—No, señor, no por cierto.

HAMLET.—¿Y en qué consiste? ¿Se han echado á perder?

RICARDO.—No, señor. Ellos han procurado seguir siempre su acostumbrado método; pero hay aquí una cría de chiquillos, vencejos chillones, que gritando en la declamación fuera de propósito, son por esto mismo palmoteados hasta el exceso. Esta es la diversión del día; y tanto han denigrado los espectáculos ordinarios (como ellos los llaman), que muchos caballeros de espada en cinta, atemorizados de las plumas de ganso de este teatro, rara vez se atreven á poner el pié en los otros.

HAMLET.—¡Oiga! ¿Con que son muchachos? ¿Y quién los sostiene? ¿Qué sueldo les dan? ¿Abandonarán el ejercicio cuando pierdan la voz para cantar? Y cuando tengan que hacerse cómicos ordinarios, como parece verosímil que suceda, si carecen de otros medios, ¿no dirán entonces que sus compositores los han perjudicado, haciéndoles declamar contra la profesión misma que han tenido que abrazar después?

RICARDO.—Lo cierto es que han ocurrido ya muchos disgustos por ambas partes, y la nación ve sin escrúpulo continuarse la discordia entre ellos. Ha habido tiempo en que el dinero de las piezas no se cobraba hasta que el poeta y el cómico reñían y se hartaban de bofetones.

HAMLET.—¿Es posible?

GUILLERMO.—¡Oh si lo es! Como que ha habido ya muchas cabezas rotas.

HAMLET.—Y qué, ¿los chicos han vencido en esas peleas?

RICARDO.—Cierto que sí, y se hubieran burlado del mismo Hércules con maza y todo.

HAMLET.—No es extraño. Ya veis mi tío, rey de Dinamarca. Los que se mofaban de él mientras vivió mi

padre, ahora dan veinte, cuarenta y aun cien ducados por su retrato de miniatura. En esto hay algo que es más que natural, si la filosofía pudiera descubrirlo.

GUILLERMO.—Ya están ahí los cómicos.

HAMLET.—Pues, caballeros, muy bien venidos á Elsingor; acercaos aquí, dadme las manos. Las señales de una buena acogida consisten por lo común en ceremonias y cumplimientos; pero permitid que os trate así, porque os hago saber que yo debo recibir muy bien á los cómicos en lo exterior, y no quisiera que las distinciones que á ellos les haga pareciesen mayores que las que os hago á vosotros. Bien venidos... Pero mi tío padre, y mi madre tía, á fe á fe, que se equivocan mucho.

GUILLERMO.—¿En qué, señor?

HAMLET.—Yo no estoy loco, sino cuando sopla el nornordeste; pero cuando corre el sur, distingo muy bien un huevo de una castaña.

ESCENA IX

POLONIO y dichos

POLONIO.—Dios os guarde, señores.

HAMLET.—Oye aquí, Guillermo, y tú también... un oyente á cada lado. ¿Veis aquel vejestorio que acaba de entrar? Pues aún no ha salido de mantillas.

RICARDO. — O acaso habrá vuelto á ellas, porque según se dice, la vejez es segunda infancia.

HAMLET. — Apostaré que me viene á hablar de los cómicos, tened cuidado... Pues, señor, tú tienes razón; eso fué el lunes por la mañana, no hay duda.

POLONIO.—Señor, tengo que daros una noticia.

HAMLET.—Señor, tengo que daros una noticia. (*Imitando la voz de Polonio.*) Cuando Roscio era actor en Roma...

POLONIO.—Señor, los cómicos han venido.

HAMLET.—¡Tuh! ¡tuh! ¡tuh!

POLONIO.—Como soy hombre de bien que sí.

HAMLET.—Cada actor viene caballero en burro.

(*Hamlet declama este verso en tono trágico y los que dice poco después.*)

POLONIO.—Estos son los más excelentes actores del mundo, así en la tragedia como en la comedia, historia ó pastoral, en lo cómico-pastoral, histórico-pastoral, trágico-histórico, tragi-cómico-histórico-pastoral, escena indivisible, poema ilimitado... ¡Qué! Para ellos ni Séneca es demasiado grave, ni Plauto demasiado ligero, y en cuanto á las reglas de composición y á la franqueza cómica, estos son los únicos.

HAMLET.—¡Oh Jepté, juez de Israel!...
¡Qué tesoro poseíste!

POLONIO.—¿Y qué tesoro era el suyo, señor?

HAMLET.—¿Qué tesoro?

No más que una hermosa hija
á quien amaba en extremo.

POLONIO.—Siempre pensando en mi hija.

HAMLET.—¿No tengo razón, anciano Jepté?

POLONIO.—Señor, si me llamáis Jepté, cierto es que tengo una hija á quien amo en extremo.

HAMLET.—¡Oh! no es eso lo que sigue.

POLONIO.—Pues ¿qué sigue, señor?

HAMLET.—Esto:

No hay más suerte que Dios, ni más destino.

Y luégo, ya sabes:

Que cuanto nos sucede él lo previno.

Lee la primera línea de aquella devota canción, y ella sola te manifestará lo demás. Pero, ¿veis? Ahí vienen otros á hablar por mí.

ESCENA X

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO, POLONIO y cuatro cómicos

HAMLET.—Bien venidos, señores; me alegro de veros á todos tan buenos. Bien venidos... ¡Oh! ¡oh camarada antiguo! mucho se te ha arrugado la cara desde la última vez que te ví. ¿Vienes á Dinamarca á hacerme parecer viejo á mí también? ¡Y tú, mi niña, oiga! ya eres una señorita; por la Virgen, que ya está vuesarced una cuarta más cerca del cielo desde que no la he visto. Dios quiera que tu voz, semejante á una pieza de oro falso, no se descubra al echarla en el crisol. Señores, muy bien venidos todos. Pero, amigos, yo voy en derechura al caso, y corro detrás del primer objeto que se me presenta, como halconero francés. Yo quiero al instante una relación. Sí, veamos alguna prueba de vuestra habilidad. Vaya un pasaje afectuoso.

CÓMICO 1.°—¿Y cuál queréis, señor?

HAMLET.—Me acuerdo de haberte oído en otro tiempo una relación que nunca se ha representado al público, ó una sola vez cuando más... Sí, y me acuerdo también que no agradaba á la multitud; no era ciertamente manjar para el vulgo. Pero á mí me pareció entonces, y aun á otros cuyo dictamen vale más que el mío, una excelente pieza, bien dispuesta la fábula, y escrita con elegancia y decoro. No faltó sin embargo quien dijo que no había en los versos toda la sal necesaria para sazonar el asunto, y que lo insignificante del estilo anunciaba poca sensibilidad en el autor; bien que no dejaban de tenerla por obra escrita con método, instructiva y elegante, y más brillante que delicada. Particularmente me gustó mucho en ella una relación que Eneas hace á Dido, y sobre todo cuando habla de la muerte de Príamo. Si la tienes en la me-

moria... empieza por aquel verso... deja, deja, veré si me acuerdo.

Pirro feroz como la hircana tigre...

(*Todos los versos de esta escena los dicen con declamación trágica.*)

No es este; pero empieza con Pirro... ¡ah!...

Pirro feroz, con pavonadas armas,
negras como su intento, reclinado
dentro en los senos del caballo enorme,
á la lóbrega noche parecía.
Ya su terrible, ennegrecido aspecto
mayor espanto da. Todo le tiñe
de la cabeza al pié caliente sangre
de ancianos y matronas, de robustos
mancebos y de vírgenes, que abrasa
el fuego de inflamados edificios
en confuso montón; á cuya horrenda
luz que despiden, el caudillo insano
muerte y estrago esparce. Ardiendo en ira,
cubierto de cuajada sangre, vuelve
los ojos, al carbunclo semejantes,
y busca, instado de infernal venganza,
al viejo abuelo Príamo...

Prosigue tú.

POLONIO. —¡Muy bien declamado, á fe mía! con buen acento y bella expresión.

CÓMICO 1.º— Al momento
le ve lidiando, ¡resistencia breve!
contra los griegos; su temida espada
rebelde al brazo ya, le pesa inútil.
Pirro, de furias lleno, le provoca
á liza desigual; herirle intenta,
y el aire solo del funesto acero

postra al débil anciano. Y cual si fuese
á tanto golpe el Ilïon sensible,
al suelo desplomó sus techos altos,
ardiendo en llamas, y al rumor suspenso.
Pirro... ¿Le veis? la espada que venía
á herir del teucro la nevada frente
se detiene en los aires, y él inmoble,
absorto y mudo y sin acción su enojo,
la imagen de un tirano representa
que figuró el pincel. Mas como suele
tal vez el cielo en tempestad oscura
parar su movimiento, de los aires
el ímpetu cesar, y en silenciosa
quietud de muerte reposar el orbe,
hasta que el trueno, con horror zumbando,
rompe la alta región; así un instante
suspensa fué la cólera de Pirro,
y así, dispuesto á la venganza, el duro
combate renovó. No más tremendo
golpe en las armas de Mavorte eternas
dieron jamás los cíclopes tostados,
que sobre el triste anciano la cuchilla
sangrienta dió del sucesor de Aquiles.
¡Oh fortuna falaz!... Vos, poderosos
dioses, quitadla su dominio injusto;
romped los rayos de su rueda y calces,
y el eje circular desde el Olimpo
caiga en pedazos del abismo al centro.

POLONIO.—Es demasiado largo.

HAMLET.—Lo mismo dirá de tus barbas el barbero. Prosigue. Éste sólo gusta de ver bailar ó de oir cuentos de alcahuetas, ó si no se duerme. Prosigue con aquello de Hécuba.

CÓMICO 1.º—Pero quién viese ¡oh vista dolorosa!
la mal ceñida reina...

HAMLET.—¡La mal ceñida Reina!
POLONIO.—Eso es bueno, mal ceñida reina, ¡bueno!

CÓMICO 1.º—Pero quién viese, ¡oh vista dolorosa!
la mal ceñida reina, el pié desnudo,
girar de un lado al otro, amenazando
extinguir con sus lágrimas el fuego...
En vez de vestidura rozagante
cubierto el seno, harto fecundo un día,
con las ropas del lecho arrebatadas
(ni á más la dió lugar el susto horrible),
rasgado un velo en su cabeza, donde
antes resplandeció corona augusta...
¡Ay! quien la viese, á los supremos hados
con lengua venenosa execraría.
Los dioses mismos, si á piedad les mueve
el linaje mortal, dolor sintieran
de verla, cuando al implacable Pirro
halló esparciendo en trozos con su espada
del muerto esposo los helados miembros.
Lo ve, y exclama con gemido triste,
bastante á conturbar allá en su altura
las deidades de olimpo, y los brillantes
ojos del cielo humedecer en lloro.

POLONIO.—Ved cómo muda de color, y se le han saltado las lágrimas. No, no prosigáis.

HAMLET.—Basta ya, presto me dirás lo que falta. Señor mío, es menester hacer que estos cómicos se establezcan, ¿lo entiendes? y agasajarlos bien. Ellos son sin duda el epítome histórico de los siglos, y más te valdrá tener después de muerto un mal epitafio, que una mala reputación entre ellos mientras vivas.

POLONIO.—Yo, señor, los trataré conforme á sus méritos.

HAMLET.—¡Qué cabeza ésta! No, señor, mucho me-

jor. Si á los hombres se les hubiese de tratar según merecen, ¿quién escaparía de ser azotado? Trátalos como corresponde á tu nobleza y á tu propio honor; cuanto menor sea su mérito, mayor sea tu bondad. Acompáñalos.

POLONIO.—Venid, señores.

HAMLET.—Amigos, id con él. Mañana habrá comedia. Oye aquí tú, amigo, dime, ¿no pudiérais representar *la Muerte de Gonzago?*

CÓMICO 1.º—Sí, señor.

HAMLET.—Pues mañana á la noche quiero que se haga. ¿Y no podrías, si fuese menester, aprender de memoria unos doce ó diez y seis versos que quiero escribir é insertar en la pieza? ¿Podrás?

Cómico 1.º—Sí, señor.

Hamlet.—Muy bien; pues vete con aquel caballero, y cuenta no hagáis burla de él. Amigos, hasta la noche. Pasadlo bien.

Ricardo.—Señor.

Hamlet.—Id con Dios.

ESCENA XI

HAMLET

Ya estoy solo. ¡Qué abatido, qué insensible soy! ¿No es admirable que este actor, en una fábula, en una ficción, pueda dirigir tan á su placer el ánimo, que así agite y desfigure el rostro en la declamación, vertiendo de sus ojos lágrimas, débil la voz, y todas sus acciones tan acomodadas á lo que quiere expresar? Y esto por nadie: por Hécuba. ¿Y quién es Hécuba para él, ó él para ella, que así llora sus infortunios? Pues ¡qué no haría si él tuviese los tristes motivos de dolor que yo tengo! Inundaría el teatro con llanto, su terrible acento conturbaría á cuantos le oyesen, llenaría de desesperación al culpado, de temor al inocente, al ignorante de confusión, y sorprendería con asombro la facultad de los ojos y los oídos. ¡Pero yo, miserable, sin vigor y estúpido, sueño adormecido, permanezco mudo, y miro con tal indiferencia mis agravios! Qué, ¿nada merece un rey con quien se cometió el más atroz delito para despojarle del cetro y la vida? ¿Soy cobarde yo? ¿Quién se atreve á llamarme villano, ó á insultarme en mi presencia, arrancarme la barba, soplármela al rostro, asirme de la nariz, ó hacerme tragar lejía que me llegue al pulmón? ¿Quién se atreve á tanto? ¿Sería yo capaz de sufrirlo? Sí, que no es posible sino que yo sea como la paloma, que carece de hiel, incapaz de acciones

crueles; á no ser esto, ya se hubieran cebado los milanos del aire en los despojos de aquel indigno, deshonesto, homicida, pérfido seductor, feroz malvado, que vive sin remordimientos de su culpa. Pero ¿por qué he de ser tan necio? ¿Será generoso proceder el mío, que yo, hijo de un querido padre (de cuya muerte alevosa el cielo y el infierno mismo me piden venganza), afeminado y débil desahogue con palabras el corazón, prorrumpa en execraciones vanas como una prostituta vil ó un pillo de cocina? ¡Ah! no, ni aun sólo imaginarlo. ¡Eh!... Yo he oído que tal vez asistiendo á una representación hombres muy culpados, han sido heridos en el alma con tal violencia por la ilusión del teatro, que á vista de todos han publicado sus delitos; que la culpa, aunque sin lengua, siempre se manifestará por medios maravillosos. Yo haré que estos actores representen delante de mi tío algún pasaje que tenga semejanza con la muerte de mi padre. Yo le heriré en lo más vivo del corazón, observaré sus miradas; si muda de color, si se estremece, ya sé lo que me toca hacer. La aparición que ví pudiera ser un espíritu del infierno. Al demonio no le es difícil presentarse bajo la más agradable forma; sí, y acaso como él es tan poderoso sobre una imaginación perturbada, valiéndose de mi propia debilidad y melancolía, me engaña para perderme. Yo voy á adquirir pruebas más sólidas, y esta representación ha de ser el lazo en que se enrede la conciencia del rey.

ACTO III

ESCENA PRIMERA

Galería de palacio

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, OFELIA, RICARDO, GUILLERMO

CLAUDIO.—¿ Y no os fué posible indagar en la conversación que con él tuvisteis, de qué nace aquel desorden de espíritu que tan cruelmente altera su quietud con turbulenta y peligrosa demencia ?

RICARDO.—Él mismo reconoce los extravíos de su razón, pero no ha querido manifestarnos el origen de ellos.

GUILLERMO.—Ni le hallamos en disposición de ser examinado, porque siempre huye de la cuestión con un rasgo de locura, cuando ve que le conducimos al punto de descubrir la verdad.

GERTRUDIS.—¿ Fuísteis bien recibidos de él ?

RICARDO.—Con mucha cortesía.

GUILLERMO. —Pero se le conocía una cierta sujeción.

RICARDO.—Preguntó poco, pero respondia á todo con prontitud.

GERTRUDIS.—¿Le habéis convidado para alguna diversión?

RICARDO.—Sí, señora, porque casualmente habíamos encontrado una compañía de cómicos en el camino: se lo dijimos, y mostró complacencia al oirlo. Están ya en la corte, y creo que tienen orden de representarle esta noche una pieza.

POLONIO.—Así es la verdad, y me ha encargado de suplicar á VV. MM. que asistan á verla y oirla.

CLAUDIO.—Con mucho gusto: me complace en extremo saber que tiene tal inclinación. Vosotros, señores, excitadle á ella, y aplaudid su propensión á este género de placeres.

RICARDO.—Así lo haremos.

ESCENA II

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, OFELIA

CLAUDIO.—Tú, mi amada Gertrudis, deberás también retirarte, porque hemos dispuesto que Hamlet al venir aquí, como si fuera casualidad, encuentre á Ofelia. Su padre y yo, testigos los más aptos para el fin, nos colocaremos donde veamos sin ser vistos: así podremos juzgar de lo que entre ambos pase, y en las acciones y palabras del príncipe conoceremos si es pasión de amor el mal de que adolece.

GERTRUDIS.—Voy á obedeceros; y por mi parte, Ofelia, ¡oh, cuánto desearía que tu rara hermosura fuese el dichoso origen de la demencia de Hamlet! Entonces yo debería esperar que tus prendas amables pudieran para vuestra mutua felicidad restituirle su salud perdida.

CLAUDIO.—*¿Y no os fué posible indagar...?*

OFELIA.—Yo, señora, también quisiera que fuese así.

ESCENA III

CLAUDIO, POLONIO, OFELIA

POLONIO.—Paséate por aquí, Ofelia. Si V. M. gusta, podemos ya ocultarnos. Haz que lees en este libro *(dándole un libro)*: esta ocupación disculpará la soledad del sitio... ¡Materia es por cierto en que tenemos mucho de qué acusarnos! ¡Cuántas veces con el semblante de la devoción y la apariencia de acciones piadosas engañamos al diablo mismo!

CLAUDIO.—Demasiado cierto es... (*Ap.* ¡Qué cruelmente ha herido esa reflexión mi conciencia! El rostro de la meretriz, hermoseada con el arte, no es más feo despojado de los afeites, que lo es mi delito disimulado en palabras traidoras. ¡Oh, qué pesada carga me oprime!)

POLONIO.—Ya le siento llegar, señor; conviene retirarnos.

ESCENA IV

HAMLET, OFELIA

(Hamlet dirá este monólogo, creyéndose solo. Ofelia á un extremo del teatro lee.)

HAMLET.—Existir ó no existir, esta es la cuestión. ¿Cuál es más digna acción del ánimo: sufrir los tiros penetrantes de la fortuna injusta, ú oponer los brazos á este torrente de calamidades, y darlas fin con atrevida resistencia? Morir es dormir. ¿No más? ¿Y por un sueño, diremos, las aflicciones se acabaron y los dolores sin número, patrimonio de nuestra débil natu-

raleza?... Este es un término que deberíamos solicitar con ansia. Morir es dormir... y tal vez soñar. Sí, y ved aquí el grande obstáculo; porque el considerar qué sueños podrán ocurrir en el silencio del sepulcro, cuando hayamos abandonado este despojo mortal, es razón harto poderosa para detenernos. Esta es la consideración que hace nuestra infelicidad tan larga. ¿Quién, si esto no fuese, aguantaría la lentitud de los tribunales, la insolencia de los empleados, las tropelías que recibe pacífico el mérito, de los hombres más indignos, las angustias de un mal pagado amor, las injurias y quebrantos de la edad, la violencia de los tiranos, el desprecio de los soberbios, cuando el que esto sufre pudiera procurar su quietud con sólo un puñal? ¿Quién podría tolerar tanta opresión, sudando, gimiendo bajo el peso de una vida molesta, si no fuese que el temor de que existe alguna cosa más allá de la muerte (aquel país desconocido, de cuyos límites ningún caminante torna) nos embaraza en dudas y nos hace sufrir los males que nos cercan, antes que ir á buscar otros de que no tenemos seguro conocimiento? Esta previsión nos hace á todos cobardes: así la natural tintura del valor se debilita con los barnices pálidos de la prudencia; las empresas de mayor importancia por esta sola consideración mudan camino, no se ejecutan, y se reducen á designios vanos. Pero... ¡la hermosa Ofelia! Graciosa niña, espero que mis defectos no serán olvidados en tus oraciones.

OFELIA.—¿Cómo os habéis sentido, señor, en todos estos días?

HAMLET.—Muchas gracias. Bien.

OFELIA.—Conservo en mi poder algunas expresiones vuestras que deseo restituiros mucho tiempo há, y os pido que ahora las toméis.

HAMLET.—No, yo nunca te dí nada.

OFELIA.—Bien sabéis, señor, que os digo verdad...

HAMLET.—*Mira, véte á un convento.*

Y con ellas me disteis palabras de tan suave aliento compuestas, que aumentaron con extremo su valor; pero ya disipado aquel perfume, recibidlas, que un alma generosa considera como viles los más opulentos dones, si llega á entibiarse el afecto de quien los dió. Vedlos aquí.

(*Presentándole algunas joyas. Hamlet rehusa tomarlas.*)

HAMLET.—¡ Oh ! ¡ oh ! ¿ Eres honesta ?

OFELIA.—Señor...

HAMLET.—¿ Eres hermosa ?

OFELIA.—¿ Qué pretendéis decir con eso ?

HAMLET.—Que si eres honesta y hermosa, no debes consentir que tu honestidad trate con tu belleza.

OFELIA.—¿ Puede acaso tener la hermosura mejor compañera que la honestidad ?

HAMLET.—Sin duda ninguna. El poder de la hermosura convertirá á la honestidad en una alcahueta, antes que la honestidad logre dar á la hermosura su semejanza. En otro tiempo se tenía esto por una paradoja; pero en la edad presente es cosa probada... Yo te quería antes, Ofelia.

OFELIA.—Así me lo dabais á entender.

HAMLET.—Y tú no debieras haberme creído, porque nunca puede la virtud ingerirse tan perfectamente en nuestro endurecido tronco, que nos quite aquel resquemo original... Yo no te he querido nunca.

OFELIA.—Muy engañada estuve.

HAMLET.—Mira, vête á un convento: ¿ para qué te has de exponer á ser madre de hijos pecadores ? Yo soy medianamente bueno; pero al considerar algunas cosas de que puedo acusarme, sería mejor que mi madre no me hubiese parido. Yo soy muy soberbio, vengativo, ambicioso, con más pecados sobre mi cabeza que pensamientos para explicarlos, fantasía para darles forma, ni tiempo para llevarlos á ejecución. ¿ Á qué fin los miserables como yo han de existir arras-

trados entre el cielo y la tierra? Todos somos insignes malvados: no creas á ninguno de nosotros; vete, vete á un convento... ¿En dónde está tu padre?

OFELIA.—En casa está, señor.

HAMLET.—Sí? pues que cierren bien todas las puertas, para que si quiere hacer locuras las haga dentro de su casa. Adiós. *(Hace que se va, y vuelve.)*

OFELIA.—¡Oh, mi buen Dios, favorecedle!

HAMLET.—Si te casas, quiero darte esta maldición en dote. Aunque seas un hielo en la castidad, aunque seas tan pura como la nieve, no podrás librarte de la calumnia. Vete á un convento. Adiós. Pero... escucha: si tienes necesidad de casarte, cásate con un tonto; porque los hombres avisados saben muy bien que vosotras los convertís en fieras... Al convento, y pronto. Adiós. *(Hace que se va, y vuelve.)*

OFELIA.—¡El cielo con su poder le alivie!

HAMLET.—He oído hablar mucho de vuestros afeites y embelecos. La naturaleza os dió una cara, y vosotras os hacéis otra distinta. Con esos brinquillos, ese pasito corto, ese hablar aniñado, pasáis por inocentes y convertís en gracia vuestros defectos mismos. Pero no hablemos mas de esta materia, que me ha hecho perder la razón... Digo solo que de hoy en adelante no habrá mas casamientos; los que ya están casados (exceptuando uno) permanecerán así; los otros se quedarán solteros... Vete al convento, vete.

ESCENA V

OFELIA

¡Oh, qué trastorno ha padecido esa alma generosa! La penetración del cortesano, la lengua del sabio, la espada del guerrero, la esperanza y delicias del estado, el espejo de la cultura, el modelo de la gentileza

que estudiaban los más advertidos, todo, todo se ha aniquilado. Y yo, la más desconsolada é infeliz de las mujeres, que gusté algún día la miel de sus promesas suaves, veo ahora aquel noble y sublime entendimiento desacordado, como la campana sonora que se hiende; aquella incomparable presencia, aquel semblante de florida juventud, alterado con el frenesí. ¡Oh, cuánta, cuánta es mi desdicha de haber visto lo que ví, para ver ahora lo que veo!

ESCENA VI

CLAUDIO, POLONIO, OFELIA

CLAUDIO.—¡Amor! Qué! No van por ese camino sus afectos; ni en lo que ha dicho, aunque algo falto de orden, hay nada que parezca locura. Alguna idea tiene en el ánimo que cubre y fomenta su melancolía, y recelo que ha de ser un mal el fruto que produzca. Á fin de prevenirlo, he resuelto que salga prontamente para Inglaterra á pedir en mi nombre los atrasados tributos. Acaso el mar y los países diferentes podrán con la variedad de objetos alejar esta pasión que le ocupa, sea la que fuere, sobre la cual su imaginación sin cesar golpea. ¿Qué te parece?

POLONIO.—Que así es lo mejor. Pero yo creo, no obstante, que el origen y principio de su aflicción provengan de un amor mal correspondido. Tú, Ofelia, no hay para qué nos cuentes lo que te ha dicho el príncipe, que todo lo hemos oído.

ESCENA VII

CLAUDIO, POLONIO

POLONIO.—Haced lo que os parezca, señor; pero si lo juzgáis á propósito, sería bien que la reina retirada á

solas con él, luégo que se acabe el espectáculo, le inste á que la manifieste sus penas, hablándole con entera libertad. Yo, si lo permitís, me pondré en paraje de donde pueda oir toda la conversación. Si no logra su madre descubrir este arcano, enviadle á Inglaterra, ó desterradle adonde vuestra prudencia os dicte.

CLAUDIO.—Así se hará. La locura de los poderosos debe ser examinada con escrupulosa atención.

ESCENA VIII

Salón de palacio

El salón estará iluminado; habrá asientos que formen semicírculo para el concurso que ha de asistir al espectáculo. Ha de haber en el foro una gran puerta con pabellones y cortina, por donde saldrán á su tiempo los actores que deben representar.

HAMLET y dos cómicos

HAMLET.—Dirás este pasaje en la forma que te le he declamado yo: con soltura de lengua, no con voz desentonada, como lo hacen muchos de nuestros cómicos; más valdría entonces dar mis versos al pregonero para que los dijese. Ni manotees así acuchillando el aire; moderación en todo, puesto que aun en el torrente, la tempestad, y por mejor decir, el huracán de las pasiones, se debe conservar aquella templanza que hace suave y elegante la expresión. Á mí me desazona en extremo ver á un hombre muy cubierta la cabeza con su cabellera, que á fuerza de gritos estropea los afectos que quiere exprimir, y rompe y desgarra los oídos del vulgo rudo, que sólo gusta de gesticulaciones insignificantes y de estrépito. Yo mandaría azotar á un energúmeno de tal especie; Herodes de farsa, más fu-

rioso que el mismo Herodes. Evita, evita este vicio.

CÓMICO 1.°—Así os lo prometo.

HAMLET.—Ni seas tampoco demasiado frío; tu misma prudencia debe guiarte. La acción debe corresponder á la palabra, y ésta á la acción, cuidando siempre de

no atropellar la simplicidad de la naturaleza. No hay defecto que más se oponga al fin de la representación, que desde el principio hasta ahora ha sido y es ofrecer á la naturaleza un espejo en que vea la virtud su propia forma, el vicio su imagen, cada nación y cada siglo sus principales caracteres. Si esta pintura se exagera ó se debilita, excitará la risa de los ignorantes; pero no puede menos de disgustar á los hombres de buena razón, cuya censura debe ser para vosotros de más

peso que la de toda la multitud que llena el teatro. Yo he visto representar á algunos cómicos, que otros aplaudían con entusiasmo, por no decir con escándalo, los cuales no tenían acento ni figura de cristianos, ni de gentiles, ni de hombres; que al verlos hincharse y bramar no los juzgué de la especie humana, sino unos simulacros rudos de hombres, hechos por algún mal aprendiz. Tan inicuamente imitaban la naturaleza.

CÓMICO 1.º—Yo creo que en nuestra compañía se ha corregido bastante ese defecto.

HAMLET.—Corregidle del todo, y cuidad también que los que hacen de payos no añadan nada á lo que está escrito en su papel; porque algunos de ellos, para hacer reir á los oyentes más adustos, empiezan á dar risotadas, cuando el interés del drama debería ocupar toda la atención. Esto es indigno, y manifiesta demasiado en los necios que lo practican el ridículo empeño de lucirlo. Id á prepararos.

ESCENA IX

HAMLET, POLONIO, RICARDO, GUILLERMO

HAMLET.—Y bien, Polonio, ¿gustará el rey de oir esta pieza?

POLONIO.—Sí, señor, al instante, y la reina también.

HAMLET.—Vé á decir á los cómicos que se despachen. ¿Queréis ir vosotros á darles prisa?

RICARDO.—Con mucho gusto.

ESCENA X

HAMLET, HORACIO

HAMLET.—¿Quién es?... ¡Ah! Horacio.

HORACIO.—Veisme aquí, señor, á vuestras órdenes.

HAMLET.—Tú, Horacio, eres un hombre cuyo trato me ha agradado siempre.

HORACIO.—¡ Oh ! señor...

HAMLET.—No creas que pretendo adularte ; ¿ ni qué utilidades puedo yo esperar de ti, que exceptuando tus buenas prendas, no tienes otras rentas para alimentarte y vestirte ? ¿ Habrá quien adule al pobre ? No... Los que tienen almibarada la lengua, váyanse á lamer con ella la grandeza estúpida, y doblen los goznes de sus rodillas donde la lisonja encuentre galardón. ¿ Me has entendido ? Desde que mi alma se halló capaz de conocer á los hombres y pudo elegirlos, tú fuíste el escogido y marcado para ella ; porque siempre, ó desgraciado ó feliz, has recibido con igual semblante los premios y los reveses de la fortuna. Dichosos aquellos cuyo temperamento y juicio se combinan con tal acuerdo, que no son entre los dedos de la fortuna una flauta dispuesta á sonar según ella guste. Dame un hombre que no sea esclavo de sus pasiones, y yo le colocaré en el centro de mi corazón : sí, en el corazón de mi corazón, como lo hago contigo. Pero yo me dilato demasiado en esto. Esta noche se representa un drama delante del rey ; una de sus escenas contiene circunstancias muy parecidas á las de la muerte de mi padre, de que ya te hablé. Te encargo que cuando este paso se represente observes á mi tío con la más viva atención del alma ; si al ver uno de aquellos lances su oculto delito no se descubre por sí solo, sin duda el que hemos visto es un espíritu infernal, y son todas mis ideas más negras que los yunques de Vulcano. Examínale cuidadosamente ; yo también fijaré mi vista en su rostro, y después uniremos nuestras observaciones para juzgar lo que su exterior nos anuncie.

HORACIO.—Está bien, señor ; y si durante el espectáculo logra hurtar á nuestra indagación el menor arcano, yo pago el hurto.

HAMLET.—Ya vienen á la función; vuélvome á hacer el loco, y tú busca asiento.

ESCENA XI

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, HORACIO, POLONIO, OFELIA, RICARDO, GUILLERMO y acompañamiento de damas, caballeros, pajes y guardias.

(Suena marcha dánica.)

CLAUDIO.—¿Cómo estás, mi querido Hamlet?

HAMLET.—Muy bueno, señor; me mantengo del aire como el camaleón, engordo con esperanzas. No podréis vos cebar así á vuestros capones.

CLAUDIO.—No comprendo esa respuesta, Hamlet, ni tales razones son para mí.

HAMLET.—Ni para mí tampoco. ¿No dices tú que una vez representaste en la universidad? eh?

POLONIO.—Sí, señor, así es; y fuí reputado por muy buen actor.

HAMLET.—¿Y qué hiciste?

POLONIO.—El papel de Julio César. Bruto me asesinaba en el Capitolio.

HAMLET.—Muy bruto fué el que cometió en el Capitolio tan capital delito. ¿Están ya prevenidos los cómicos?

RICARDO.—Sí, señor, y esperan sólo vuestras órdenes.

GERTRUDIS.—Ven aquí, mi querido Hamlet, ponte á mi lado.

(Gertrudis y Claudio se sientan junto á la puerta por donde han de salir los actores. Siguen por su orden las damas y caballeros. Hamlet se sienta en el suelo á los piés de Ofelia.)

HAMLET.—No, señora; aquí hay un imán de más atracción para mí.

POLONIO.—¡Ah! ah! ¿habéis notado eso?

HAMLET.—¿Permitiréis que me ponga sobre vuestra rodilla?

OFELIA.—No, señor.

HAMLET.—Quiero decir, apoyar mi cabeza en vuestra rodilla.

OFELIA.—Sí, señor.

HAMLET.—¿Pensáis que yo quisiera cometer alguna indecencia?

OFELIA.—No, no pienso nada de eso.

HAMLET.—¡Qué dulce cosa es...

OFELIA.—¿Qué decís, señor?

HAMLET.—Nada.

OFELIA.—Se conoce que estáis de fiesta.

HAMLET.—¿Quién, yo?

OFELIA.—Sí, señor.

HAMLET.—Lo hago sólo por divertiros. Y bien mirado, ¿qué debe hacer un hombre sino vivir alegre? Ved mi madre qué contenta está, y mi padre murió ayer.

OFELIA.—¡Eh! no, señor, que ya hace dos meses.

HAMLET.—¿Tanto há? ¡Oh! pues quiero vestirme todo de arminios, y llévese el diablo el luto. ¡Dios mío! ¿dos meses há que murió, y todavía se acuerdan de él? De esa manera ya puede esperarse que la memoria de un grande hombre le sobreviva quizás medio año; bien que es menester que haya sido fundador de iglesias, que si no, por la Virgen santa no habrá nadie que de él se acuerde, como del caballo de palo, de quien dice aquel epitafio:

Ya murió el caballito de palo,
y ya le olvidaron así que murió.

(Suenan trompetas, y se da principio á la escena muda.—Salen el duque y la duquesa (que lo harán los cómicos

primero y segundo); al encontrarse, se saludan y abrazan afectuosamente; ella se arrodilla mostrando el mayor respeto; él la levanta y reclina la cabeza sobre el pecho de su esposa. Acuéstase el duque en un lecho de flores, y ella se retira al verle dormido. Sale el cómico tercero (que hace el papel de Luciano, sobrino del duque), se acerca, le quita al duque la corona, la besa, le derrama en el oído una porción de licor que lleva en un frasco, y hecho esto se va. Vuelve la duquesa, y hallando muerto á su marido, manifiesta gran sentimiento. Sale Luciano con dos ó tres que le acompañan, y hace ademanes de dolor; manda retirar el cadáver, y quedando á solas con la duquesa, la solicita y la ofrece dádivas; ella resiste un poco y le desdeña, pero al fin admite su amor. Vanse.)

OFELIA.—¿Qué significa esto, señor?

HAMLET.—Eso es un asesinato oculto, y anuncia grandes maldades.

OFELIA.—Según parece, la escena muda contiene el argumento del drama.

ESCENA XII

Cómico cuarto y dichos

HAMLET.—Ahora lo sabremos por lo que nos diga ese actor; los cómicos no pueden callar un secreto, todo lo cuentan.

OFELIA.—¿Nos dirá éste lo que significa la escena que hemos visto?

HAMLET.—Sí por cierto, y cualquiera otra escena que le hagáis ver. Como no os avergoncéis de representársela, él no se avergonzará de deciros lo que significa.

OFELIA.—¡Qué malo, qué malo sois! Pero dejadme atender á la pieza.

CÓMICO 4.º— Humildemente os pedimos
que escuchéis esta tragedia,
disimulando las faltas
que haya en nosotros y en ella.
HAMLET.—¿Es esto prólogo, ú mote de sortija?
OFELIA.—¡Qué corto ha sido!
HAMLET.—Como cariño de mujer.

ESCENA XIII

Cómico primero, cómico segundo y dichos

CÓMICO 1.º—Ya treinta vueltas dió de Febo el carro
á las ondas saladas de Nereo
y al globo de la tierra, y treinta veces
con luz prestada han alumbrado el suelo
doce lunas, en giros repetidos,
después que el dios de amor y el himeneo
nos enlazaron, para dicha nuestra,
en nudo santo el corazón y el cuello.
CÓMICO 2.º—Y ¡oh! quiera el cielo que otros tantos giros
á la luna y al sol, señor, contemos
antes que el fuego de este amor se apague.
Pero es mi pena inconsolable al veros
doliente, triste y tan diverso ahora
de aquel que fuísteis... Tímida recelo...
Mas toda mi aflicción nada os conturbe;
que en pecho femenil llega al exceso
el temor y el amor. Allí residen
en igual proporción ambos afectos,
ó no existe ninguno, ó se combinan
este y aquel con el mayor extremo.
Cuán grande es el amor que á vos me inclina,
las pruebas lo dirán que dadas tengo;
pues tal es mi temor. Si un fino amante,

sin motivo tal vez vive temiendo,
la que al veros así toda es temores,
muy puro amor abrigará en el pecho.

CÓMICO 1.º—Sí, yo debo dejarte, amada mía;
inevitable es ya; cederán presto
á la muerte mis fuerzas fatigadas;
tú vivirás, gozando del obsequio
y el amor de la tierra. Acaso entonces
un digno esposo...

CÓMICO 2.º— No, dad al silencio
esos anuncios. ¿Yo? ¿Pues no serían
traición culpable en mí tales afectos?
¿Yo un nuevo esposo? No; la que se entrega
al segundo señor, mató al primero.

HAMLET.—Esto es zumo de ajenjos.

CÓMICO 2.º—Motivos de interés tal vez inducen
á renovar los nudos de himeneo,
no motivos de amor; yo causaría
segunda muerte á mi difunto dueño,
cuando del nuevo esposo recibiera
en tálamo nupcial amantes besos.

CÓMICO 1.º—No dudaré que el corazón te dicta
lo que aseguras hoy; fácil creemos
cumplir lo prometido, y fácilmente
se quebranta y se olvida. Los deseos
del hombre á la memoria están sumisos,
que nace activa y desfallece presto.
Así pende del ramo acerbo el fruto,
y así maduro, sin impulso ageno,
se desprende después. Difícilmente
nos acordamos de llevar á efecto
promesas hechas á nosotros mismos,
que al cesar la pasión cesa el empeño.
Cuando de la aflicción y la alegría
se moderan los ímpetus violentos,
con ellos se disipan las ideas

á que dieron lugar, y el más ligero
acaso los placeres en afanes
muda tal vez, y en risa los lamentos.
Amor, como la suerte, es inconstante:
que en este mundo al fin nada hay eterno,
y aun se ignora si él manda á la fortuna,
ó si ésta del amor cede al imperio.
Si el poderoso del lugar sublime
se precipita, le abandonan luégo
cuantos gozaron su favor; si el pobre
sube á prosperidad, los que le fueron
más enemigos su amistad procuran,
(y el amor sigue á la fortuna en esto)
que nunca al venturoso amigos faltan,
ni al pobre desengaños y desprecios.
Por diferente senda se encaminan
los destinos del hombre y sus afectos,
y sólo en él la voluntad es libre,
mas no la ejecución; y así el suceso
nuestros designios todos desvanece.
Tú me prometes no rendir á nuevo
yugo tu libertad... Esas ideas
¡ay! morirán cuando me vieres muerto.

CÓMICO 2.º—Luces me niegue el sol, frutos la tierra,
sin descanso y placer viva muriendo,
desesperada y en prisión oscura,
su mesa envidie al eremita austero;
cuantas penas el ánimo entristecen,
todas turben el fin de mis deseos
y los destruyan, ni quietud encuentre
en parte alguna con afán eterno;
si ya difunto mi primer esposo,
segundas bodas pérfida celebro.

HAMLET.—Si ella no cumpliese lo que promete...

CÓMICO 1.º—Mucho juraste... Aquí gozar quisiera
solitaria quietud; rendido siento

al cansancio mi espíritu. Permite
que alguna parte le conceda al sueño
de las molestas horas.

(Se acuesta en un lecho de flores.)

CÓMICO 2.º— Él te halague
con tranquilo descanso, y nunca el cielo
en unión tan feliz pesares mezcle. *(Vase.)*

HAMLET.—Y bien, señora, ¿qué tal os va pareciendo la pieza?

GERTRUDIS.—Me parece que esa mujer promete demasiado.

HAMLET.—Sí, pero lo cumplirá.

CLAUDIO.—¿Te has enterado bien del asunto? ¿Tiene algo que sea de mal ejemplo?

HAMLET.—No, señor, no. Si todo ello es mera ficción; un veneno... fingido; pero mal ejemplo, ¡qué! no, señor.

CLAUDIO.—¿Cómo se intitula este drama?

HAMLET.—*La Ratonera*. Cierto que sí... es un título metafórico. En esta pieza se trata de un homicidio cometido en Viena... el duque se llama Gonzago, y su mujer Baptista... Ya, ya veréis presto... ¡Oh! ¡es un enredo maldito! ¿Y qué importa? Á V. M. y á mí, que no tenemos culpado el ánimo, no nos puede incomodar; al rocín que esté lleno de mataduras le hará dar coces; pero á bien que nosotros no tenemos desollado el lomo.

ESCENA XIV

Cómico tercero y dichos

HAMLET.—Este que sale ahora se llama Luciano, sobrino del duque.

OFELIA.—Vos suplís perfectamente la falta del coro.

HAMLET.—Y aun pudiera servir de intérprete entre

HAMLET.—*¡Qué!... ¿Le atemoriza un fuego aparente?*

vos y vuestro amante, si viese puestos en acción entrambos títeres.

OFELIA.—¡Vaya, que tenéis una lengua que corta!

HAMLET.—Con un buen suspiro que déis, se la quita el filo.

OFELIA.—Eso es; siempre de mal en peor.

HAMLET.—Así hacéis vosotras en la elección de maridos: de mal en peor... Empieza, asesino... Déjate de poner ese gesto de condenado, y empieza. Vamos... el cuervo graznador está ya gritando venganza.

CÓMICO 3.º—Negros designios, brazo ya dispuesto
á ejecutarlos, tósigo oportuno,
sitio remoto, favorable el tiempo,
y nadie que lo observe. Tú, extraído
de la profunda noche en el silencio,
atroz veneno, de mortales yerbas
(invocada Prosérpina) compuesto;
infectadas tres veces, y otras tantas
exprimidas después, sirve á mi intento;
pues á tu actividad mágica, horrible,
la robustez vital cede tan presto.

(Acércase adonde está durmiendo el cómico primero; destapa un frasquillo, y le echa una porción de licor en el oído.)

HAMLET.—¿Veis? Ahora le envenena en el jardín para usurparle el cetro. El duque se llama Gonzago... Es historia cierta, y corre escrita en muy buen italiano. Presto veréis cómo la mujer de Gonzago se enamora del matador.

(Levántase Claudio lleno de indignación. Gertrudis, los caballeros, damas y acompañamiento hacen lo mismo, y se van según lo indica el diálogo.)

OFELIA.—El rey se levanta.

HAMLET.—Qué, ¿le atemoriza un fuego aparente?

GERTRUDIS.—¿Qué tenéis, señor?

POLONIO.—No paséis adelante, dejadlo.

CLAUDIO.—Traed luces. Vamos de aquí.
TODOS.—Luces, luces.

ESCENA XV

HAMLET, HORACIO, cómico primero, cómico tercero

(*Hamlet canta estos versos en voz baja, y representa los que siguen después. Los cómicos primero y tercero estarán retirados á un extremo del teatro, esperando sus órdenes.*)

HAMLET.—El ciervo herido llora,
y el corzo no tocado
de flecha voladora,
se huelga por el prado;
duerme aquel, y á deshora
veis este desvelado;
que tanto el mundo va desordenado.

Y dígame, señor mío: si en adelante la fortuna me tratase mal, con esta gracia que tengo para la música, y un bosque de plumas en la cabeza, y un par de lazos provenzales en mis zapatos rayados, ¿no podría hacerme lugar entre un coro de comediantes?

HORACIO.—Mediano papel.

HAMLET.—¿Mediano? excelente.
Tú sabes, Damón querido,
que esta nación ha perdido
al mismo Jove, y violento
tirano le ha sucedido
en el trono mal habido,
un... ¿quién diré yo? un... un sapo.

HORACIO.—Bien pudiérais haber conservado el consonante.

HAMLET.—¡Oh! mi buen Horacio; cuanto aquel espíritu dijo es demasiado cierto. ¿Lo has visto ahora?

HORACIO.—Sí, señor, bien lo he visto.

HAMLET.—¿Cuando se trató del veneno?

HORACIO.—Bien, bien le observé entonces.

HAMLET.—¡Ah! quisiera algo de música (*A los cómicos:*) traedme unas flautas... Si el rey no gusta de la comedia, será sin duda porque... porque no le gusta. Vaya un poco de música.

ESCENA XVI

HAMLET, HORACIO, RICARDO, GUILLERMO

GUILLERMO.—Señor, ¿permitiréis que os diga una palabra?

HAMLET.—Y una historia entera.

GUILLERMO.—El rey...

HAMLET.—Muy bien: ¿qué le sucede?

GUILLERMO.—Se ha retirado á su cuarto con mucha destemplanza.

HAMLET.—¿De vino, eh?

GUILLERMO.—No, señor, de cólera.

HAMLET.—Pero ¿no sería más acertado írselo á contar al médico? ¿No veis que si yo me meto en hacerle purgar ese humor bilioso, puede ser que se le aumente?

GUILLERMO.—¡Oh! señor, dad algún sentido á lo que habláis, sin desentenderos con tales extravagancias de lo que os vengo á decir.

HAMLET.—Estamos de acuerdo. Prosigue pues.

GUILLERMO.—La reina vuestra madre, llena de la mayor aflicción, me envía á buscaros.

HAMLET.—Seáis muy bien venido.

GUILLERMO.—Esos cumplimientos no tienen nada de sinceridad. Si queréis darme una respuesta sensata, desempeñaré el encargo de la reina; si no, con pediros perdón y retirarme se acabó todo.

HAMLET.—Pues, señor, no puedo.

GUILLERMO.—¿Cómo?

HAMLET.—Me pides una respuesta, y mi razón está un poco achacosa: no obstante, responderé del modo que pueda á cuanto me mandes, ó por mejor decir, á lo que mi madre me manda. Con que nada hay que añadir en esto. Vamos al caso. Tú has dicho que mi madre...

RICARDO.—Señor, lo que dice es que vuestra conducta la ha llenado de sorpresa y admiración.

HAMLET.—¡Oh maravilloso hijo, que así ha podido aturdir á su madre! Pero díme, ¿esa admiración no ha traído otra consecuencia? ¿No hay algo más?

RICARDO.—Sólo que desea hablaros en su gabinete, antes que os vais á recoger.

HAMLET. — La obedeceré, si diez veces fuera mi madre. ¿Tienes algún otro negocio que tratar conmigo?

RICARDO.—Señor, yo me acuerdo de que en otro tiempo me estimabais mucho.

HAMLET.—Y ahora también. Te lo juro por estas manos rateras.

RICARDO.—Pero ¿cuál puede ser el motivo de vuestra indisposición? Eso, por cierto, es cerrar vos mismo las puertas á vuestra libertad, no queriendo comunicar con vuestros amigos los pesares que sentís.

HAMLET.—Estoy muy atrasado.

RICARDO.—¿Cómo es posible, cuando tenéis el voto del rey mismo para sucederle en el trono de Dinamarca?

HAMLET.—Sí, pero mientras nace la yerba... Ya es un poco antiguo el tal refrán. ¡Ah! ya están aquí las flautas.

ESCENA XVII

Cómico tercero y dichos

HAMLET.—Dejadme ver una... ¿Á qué tengo de ir ahí? (*Guillermo y Ricardo se acercan á Hamlet con ademán obsequioso, siguiéndole adonde quiera que se vuelve, hasta que viendo su enfado se apartan.*) Parece que me quieres hacer caer en alguna trampa, según me cercas por todos lados.

GUILLERMO.—Ya veo, señor, que si el deseo de cumplir con mi obligación me da osadía, acaso el amor que os tengo me hace grosero también é importuno.

HAMLET.—No entiendo bien eso. ¿Quieres tocar esta flauta?

GUILLERMO.—Yo no puedo, señor.

HAMLET.—Vamos.

GUILLERMO.—De veras que no puedo.

HAMLET.—Yo te lo suplico.

GUILLERMO.—Pero si no sé palabra de eso...

HAMLET.—Más fácil es que tenderse á la larga. Mira, pon el pulgar y los demás dedos según convenga sobre estos agujeros, sopla con la boca, y verás qué lindo sonido resulta. ¿Ves? Estos son los puntos.

GUILLERMO.—Bien, pero si no sé hacer uso de ellos para que produzcan armonía. Como ignoro el arte...

HAMLET.—Pues mira tú en qué opinión tan baja me tienes. Tú me quieres tocar, presumes conocer mis registros, pretendes extraer lo más íntimo de mis secretos, quieres hacer que suene desde el más grave al más agudo de mis tonos; y ve aquí este pequeño órgano, capaz de excelentes voces y de armonía, que tú no puedes hacer sonar. ¿Y juzgas que se me tañe á mí con más facilidad que á una flauta? No, dame el nombre del instrumento que quieras; por más que le ma-

nejes y te fatigues, jamás conseguirás hacerle producir el menor sonido.

ESCENA XVIII

POLONIO y otros

HAMLET.—¡ Oh ! Dios te bendiga.

POLONIO.—Señor, la reina quisiera hablaros al instante.

HAMLET.—¿No ves allí aquella nube que parece un camello?

POLONIO.—Cierto, así en el tamaño parece un camello.

HAMLET.—Pues ahora me parece una comadreja.

POLONIO.—No hay duda, tiene figura de comadreja.

HAMLET.—Ó como una ballena.

POLONIO.—Es verdad, sí, como una ballena.

HAMLET.—Pues al instante iré á ver á mi madre. Tanto harán éstos, que me volverán loco de veras. Iré, iré al instante.

POLONIO.—Así se lo diré.

HAMLET.—Fácilmente se dice: al instante viene... Dejadme solo, amigos.

ESCENA XIX

HAMLET

Este es el espacio de la noche apto á los maleficios. Esta es la hora en que los cementerios se abren, y el infierno respira contagios al mundo. Ahora podría yo beber caliente sangre; ahora podría ejecutar tales acciones, que el día se estremeciese al verlas.

Pero vamos á ver á mi madre. ¡Oh corazón! no desconozcas la naturaleza, ni permitas que en este firme pecho se albergue la fiereza de Nerón. Déjame ser cruel, pero no parricida. El puñal que ha de herirla esté en mis palabras, no en mi mano; disimulen el corazón y la lengua; sean las que fueren las execraciones que contra ella pronuncie, nunca, nunca mi alma solicitará que se cumplan.

ESCENA XX

Gabinete

CLAUDIO, RICARDO, GUILLERMO

CLAUDIO.—No, no le quiero aquí, ni conviene á nuestra seguridad dejar libre el campo á su locura. Prevenios pues, y haré que inmediatamente se os despache para que él os acompañe á Inglaterra. El interés de mi corona no permite ya exponerme á un riesgo tan inmediato, que crece por instantes en los accesos de su demencia.

GUILLERMO. — Al momento dispondremos nuestra marcha. El más santo y religioso temor es aquel que procura la existencia de tantos individuos, cuya vida pende de V. M.

RICARDO.—Si es obligación en un particular defender su vida de toda ofensa, por medio de la fuerza y el arte, ¿cuánto más lo será conservar aquella en quien estriba la felicidad pública? Cuando llega á faltar el monarca, no muere él solo, sino que á manera de un torrente precipitado arrebata consigo cuanto le rodea, como una gran rueda colocada en la cima del más alto monte, á cuyos enormes rayos están asidas innumerables piezas menores, que si llega á caer, no hay ninguna de ellas, por más pequeña que sea, que no padez-

za igualmente en el total destrozo. Nunca el soberano exhala un suspiro, sin excitar en su nación general lamento.

CLAUDIO.—Yo os ruego que os prevengáis sin dilación para el viaje. Quiero encadenar este temor, que ahora camina demasiado libre.

LOS DOS.—Vamos á obedeceros con la mayor prontitud.

ESCENA XXI

CLAUDIO, POLONIO

POLONIO.—Señor, ya se ha encaminado al cuarto de su madre. Voy á ocultarme detrás de los tapices para ver el suceso. Es seguro que ella le reprenderá fuertemente; y como vos mismo habéis observado muy bien, conviene que asista á oir la conversación alguien más que su madre, que naturalmente le ha de ser parcial, como á todas sucede. Quedáos adiós; yo volveré á veros antes que os recojáis, para deciros lo que haya pasado.

CLAUDIO.—Gracias, querido Polonio.

ESCENA XXII

CLAUDIO

¡Oh, mi culpa es atroz! Su hedor sube al cielo, llevando consigo la maldición más terrible; la muerte de un hermano. No puedo recogerme á orar, por más que eficazmente lo procuro; que es más fuerte que mi voluntad el delito que la destruye. Como el hombre á quien dos obligaciones llaman, me detengo

á considerar por cuál empezaré primero, y no cumplo ninguna... Pero si este brazo execrable estuviese aún más teñido en la sangre fraterna, ¿faltará en los cielos piadosos suficiente lluvia para volverle cándido como la nieve misma? ¿de qué sirve la misericordia, si se niega á ver el rostro del pecado? ¿Qué hay en la oración sino aquella duplicada fuerza, capaz de sostenernos al ir á caer, ó de adquirirnos el perdón habiendo caído? Sí, alzaré mis ojos al cielo, y quedará borrada mi culpa... Pero ¿qué género de oración habré de usar? Olvida, Señor, olvida el horrible homicidio que cometí... ¡Ah! que será imposible, mientras vivo poseyendo los objetos que me determinaron á la maldad: mi ambición, mi corona, mi esposa... ¿Podrá merecerse el perdón cuando la ofensa existe? En este mundo extragado sucede con frecuencia que la mano delincuente, derramando el oro, aleja la justicia y corrompe con dádivas la integridad de las leyes; no así en el cielo, que allí no hay engaños, allí comparecen las acciones humanas como ellas son, y nos vemos compelidos á manifestar nuestras faltas todas sin excusa, sin rebozo alguno... En fin, en fin, ¿qué debo hacer?... Probemos lo que puede el arrepentimiento... ¿y qué no podrá?... Pero ¿qué ha de poder con quien no puede arrepentirse? ¡Oh situación infeliz! ¡Oh conciencia, ennegrecida con sombras de muerte! ¡Oh alma mía aprisionada! que cuanto más te esfuerzas para ser libre, más quedas oprimida. ¡Angeles, asistidme! Probad en mí vuestro poder. Dóblense mis rodillas tenaces; y tú, corazón mío de aceradas fibras, hazte blando como los nervios del niño que acaba de nacer. Todo, todo puede enmendarse.

(*Se arrodilla y apoya los brazos y la cabeza en un sillón.*)

ESCENA XXIII

CLAUDIO, HAMLET

HAMLET.—Esta es la ocasión propicia. Ahora está rezando, ahora le mato... (*Saca la espada, da algunos pasos en ademán de herirle; se detiene, y se retira otra vez*

hacia la puerta.) Y así se irá al cielo... ¿Y es esta mi venganza? No, reflexionemos. Un malvado asesina á mi padre, y yo, su hijo único, aseguro al malhechor la gloria; ¿no es esto, en vez de castigo, premio y recompensa? Él sorprendió á mi padre acabados los desórdenes del banquete, cubierto de más culpas que mayo tiene flores... ¿Quién sabe, sino Dios, la estre-

cha cuenta que hubo de dar? Pero, según nuestra razón concibe, terrible ha sido su sentencia. ¿Y quedaré vengado dándole á éste la muerte, precisamente cuando purifica su alma, cuando se dispone para la partida? No, espada mía, vuelve á tu lugar, y espera ocasión de ejecutar más tremendo golpe. Cuando esté ocupado en el juego, cuando blasfeme colérico, ó duerma con la embriaguez, ó se abandone á los placeres incestuosos del lecho, ó cometa acciones contrarias á su salvación, hiérele entonces; caiga precipitado al profundo, y su alma quede negra y maldita, como el infierno que ha de recibirle. (*Envaina la espada.*) Mi madre me espera. Malvado, esta medicina, que te dilata la dolencia, no evitará tu muerte.

ESCENA XXIV

CLAUDIO

Mis palabras suben al cielo, mis afectos quedan en la tierra. (*Se levanta con agitación.*) Palabras sin afectos nunca llegan á los oídos de Dios.

ESCENA XXV

Cuarto de la reina

GERTRUDIS, POLONIO, HAMLET

POLONIO.—Va á venir al momento. Mostradle entereza ; decidle que sus locuras han sido demasiado atrevidas é intolerables; que vuestra bondad le ha protegido, mediando entre él y la justa indignación que excitó. Yo entre tanto retirado aquí, guardaré silencio. Habladle con libertad, yo os lo suplico.

HAMLET (*gritando desde adentro*).—¡Madre! ¡madre!

GERTRUDIS.—Así te lo prometo; nada temo. Ya le siento llegar. Retírate.

(*Polonio se oculta detrás de unos tapices.*)

ESCENA XXVI

GERTRUDIS, HAMLET, POLONIO

HAMLET.—¿Qué me mandáis, señora?

GERTRUDIS.—Hamlet, muy ofendido tienes á tu padre.

HAMLET.—Madre, muy ofendido tenéis al mío.

GERTRUDIS.—Ven, ven aquí; tú me respondes con lengua demasiado libre.

HAMLET.—Voy, voy allá... y vos me preguntáis con lengua bien perversa.

GERTRUDIS.—¿Qué es esto, Hamlet?

HAMLET.—¿Y qué es eso, madre?

GERTRUDIS.—¿Te olvidas de quién soy?

HAMLET.—No, por la cruz bendita que no me olvido. Sois la reina, casada con el hermano de vuestro primer esposo, y... ¡ojalá no fuera así!... ¡Eh! sois mi madre.

GERTRUDIS.—Bien está. Yo te pondré delante de quien te haga hablar con más acuerdo.

HAMLET.—Venid (*Hamlet, asiendo de un brazo á Gertrudis, la hace sentar*), sentaos, y no saldréis de aquí, no os moveréis, sin que os ponga un espejo delante, en que veais lo más oculto de vuestra conciencia.

GERTRUDIS.—¿Qué intentas hacer? ¿Quieres matarme?... ¿Quién me socorre? ¡Cielos!

(*Al ver Gertrudis la extraordinaria agitación que Hamlet manifiesta en su semblante y acciones, teme que va á matarla, y grita despavorida pidiendo socorro. Polonio*

quiere salir de donde está oculto, y después se detiene. Hamlet advierte que los tapices se mueven, sospecha que Claudio está escondido detrás de ellos, saca la espada, da dos ó tres estocadas sobre el bulto que halla, y prosigue hablando con su madre.)

POLONIO.—Socorro pide... ¡oh!...

HAMLET.—¿Qué es esto?... Un ratón... Murió... Un ducado á que ya está muerto.

POLONIO.—¡Ay de mí!

GERTRUDIS.—¿Qué has hecho?

HAMLET.—Nada... ¿Qué sé yo?... ¿Si sería el rey?

GERTRUDIS.—¡Qué acción tan precipitada y sangrienta!

HAMLET.—Es verdad, madre mía, acción sangrienta, y cuasi tan horrible como la de matar á un rey, y casarse después con su hermano.

GERTRUDIS.—¿Matar á un rey?

HAMLET.—Sí, señora, eso he dicho. (*Alza el tapiz, y aparece Polonio muerto en el suelo.*) Y tú, miserable, temerario, entremetido, loco... Adiós. Yo te tomé por otra persona de más consideración. Mira el premio que has adquirido; ve ahí el riesgo que tiene la demasiada curiosidad... (*Volviendo á hablar con Gertrudis, á quien hace sentar de nuevo.*) No, no os torzáis las manos... Sentaos aquí, y dejad que yo os tuerza el corazón. Así he de hacerlo, si no le tenéis formado de impenetrable pasta, si las costumbres malditas no le han convertido en un muro de bronce opuesto á toda sensibilidad.

GERTRUDIS.—¿Qué hice yo, Hamlet, para que con tal aspereza me insultes?

HAMLET.—Una acción que mancha la tez purpúrea de la modestia, y da nombre de hipocresía á la virtud; arrebata las flores de la frente hermosa de un inocente amor, colocando un vejigatorio en ella; que hace más pérfidos los votos conyugales que las promesas

del tahur; una acción que destruye la buena fe, alma de los contratos, y convierte la inefable religión en una compilación frívola de palabras; una acción, en fin, capaz de inflamar en ira la faz del cielo, y trastornar con desorden horrible esta sólida y artificiosa máquina del mundo, como si se aproximara su fin temido.

GERTRUDIS.—¡Ay de mí! ¿Y qué acción es esa, que así exclamas al anunciarla con espantosa voz de trueno?

HAMLET.—Veis aquí presentes en esta y esta pintura (*señalando á dos retratos que habrá en la pared, uno del rey Hamlet, y otro de Claudio*) los retratos de dos hermanos. ¡Ved cuánta gracia residía en aquel semblante! Los cabellos del sol, la frente como la del mismo Júpiter, su vista imperiosa y amenazadora como la de Marte, su gentileza semejante á la del mensajero Mercurio cuando aparece sobre una montaña cuya cima llega á los cielos. ¡Hermosa combinación de formas, donde cada uno de los dioses imprimió su carácter, para que el mundo admirase tantas perfecciones en un hombre solo. Este fué vuestro esposo. Ved ahora el que sigue. Este es vuestro esposo, que como la espiga con tizón destruye la sanidad de su hermano. ¿Lo veis bien? ¿Pudisteis abandonar las delicias de aquella colina hermosa por el cieno de ese pantano inmundo? ¡Ah! ¿lo veis bien?... Ni podéis llamarlo amor, porque en vuestra edad los hervores de la sangre están ya tibios y obedientes á la prudencia; ¿y qué prudencia descendería desde aquel á éste? Sentidos tenéis, que á no ser así, no tuviérais afectos; pero esos sentidos deben de padecer letargo profundo. La demencia misma no podría incurrir en tanto error; ni el frenesí tiraniza con tal exceso las sensaciones, que no quede suficiente juicio para saber elegir entre dos objetos cuya diferencia es tan visible... ¿Qué espíritu infernal os

pudo engañar y cegar así? Los ojos sin el tacto, el tacto sin la vista, los oídos, el olfato solo, una débil porción de cualquier sentido hubiera bastado á impedir tal estupidez... ¡Oh modestia! ¿y no te sonrojas? ¡rebelde infierno! si así pudiste inflamar las médulas de una matrona, permite, permite que la virtud en la edad juvenil sea dócil como la cera, y se liquide en sus propios fuegos; ni se invoque al pudor para resistir su violencia, puesto que el hielo mismo con tal actividad se enciende, y es ya el entendimiento el que prostituye al corazón.

GERTRUDIS.—¡Oh Hamlet! no digas más... Tus razones me hacen dirigir la vista á mi conciencia, y advierto allí las más negras y groseras manchas, que acaso nunca podrán borrarse.

HAMLET.—¡Y permanecer así entre el pestilente sudor de un lecho incestuoso, envilecida en corrupción, prodigando caricias de amor en aquella sentina impura!

GERTRUDIS.—No más, no más, que esas palabras como agudos puñales hieren mis oídos... No más, querido Hamlet.

HAMLET.—Un asesino... un malvado... vil... inferior mil veces á vuestro difunto esposo... escarnio de los reyes, ratero del imperio y el mando, que robó la preciosa corona, y se la guardó en el bolsillo.

GERTRUDIS.—No más...

ESCENA XXVII

GERTRUDIS, HAMLET, la sombra del rey Hamlet

HAMLET.—Un rey de botarga... ¡Oh espíritus celestes! defendedme, cubridme con vuestras alas... ¿Qué quieres, venerada sombra?

GERTRUDIS.—¡Ay! que está fuera de sí.

HAMLET.—¿Vienes acaso á culpar la negligencia de tu hijo, que debilitado por la compasión y la tardanza, olvida la importante ejecución de tu precepto terrible?... Habla.

LA SOMBRA.—No lo olvides. Vengo á inflamar de nuevo tu ardor cuasi extinguido. Pero ¿ves? Mira cómo has llenado de asombro á tu madre. Ponte entre ella y su alma agitada, y hallarás que la imaginación obra con mayor violencia en los cuerpos más débiles. Háblala, Hamlet.

HAMLET.—¿En qué pensáis, señora?

GERTRUDIS.—¡Ay! ¿y en qué piensas tú, que así diriges la vista donde no hay nada, razonando con el aire incorpóreo?... Toda tu alma se ha pasado á tus ojos, que se mueven horribles; y tus cabellos, que pendían, adquiriendo vida y movimiento, se erizan y levantan como los soldados á quienes improviso rebato despierta. ¡Hijo de mi alma! ¡Oh! derrama sobre el ardiente fuego de tu agitación la paciencia fría... ¿Á quién estás mirando?

HAMLET.—Á él, á él... ¿Le veis qué pálida luz despide? Su aspecto y su dolor bastarían á conmover las piedras... ¡Ay! no me mires así; no sea que ese lastimoso semblante destruya mis designios crueles, no sea que al ejecutarlos equivoque los medios, y en vez de sangre se derramen lágrimas.

GERTRUDIS.—¿Á quién dices eso?

HAMLET.—¿No veis nada allí?

GERTRUDIS.—Nada, y veo todo lo que hay.

HAMLET.—¿Ni oísteis nada tampoco?

GERTRUDIS.—Nada más que lo que nosotros hablamos.

HAMLET.—Mirad allí... ¿Le veis?... Ahora se va... Mi padre... con el traje mismo que se vestía... ¿Veis por dónde va?... Ahora llega al pórtico.

ESCENA XXVIII

GERTRUDIS, HAMLET

GERTRUDIS.—Todo es efecto de la fantasía. El desorden que padece tu espíritu produce esas ilusiones vanas.

HAMLET.—¿Desorden? Mi pulso, como el vuestro, late con regular intervalo, y anuncia igual salud en sus compases... Nada de lo que he dicho es locura. Haced la prueba, y veréis si os repito cuantas ideas y palabras acabo de proferir, y un loco no puede hacerlo. ¡Ah, madre mía! en merced os pido que no apliquéis al alma esa unción halagüeña, creyendo que es mi locura la que habla, y no vuestro delito. Con tal medicina lograréis sólo irritar la parte ulcerada, aumentando la ponzoña pestífera que interiormente la corrompe... Confesad al cielo vuestra culpa, llorad lo pasado, precaved lo futuro, y no extendáis el beneficio sobre las malas yerbas para que prosperen lozanas. Perdonad este desahogo á mi virtud, ya que en esta delincuente edad la virtud misma tiene que pedir perdón al vicio, y aun para hacerle bien le halaga y le ruega.

GERTRUDIS.—¡Ay, Hamlet! tú despedazas mi corazón.

HAMLET.—¿Sí? Pues apartad de vos aquella porción más dañada, y vivid con la que resta más inocente. Buenas noches... Pero no volváis al lecho de mi tío. Si carecéis de virtud, aparentadla al menos. La costumbre, aquel monstruo que destruye las inclinaciones y afectos del alma, si en lo demás es un demonio, tal vez es un ángel cuando sabe dar á las buenas acciones una cierta facilidad con que insensiblemente las hace parecer innatas. Conteneos por esta noche; este esfuerzo os hará más fácil la abstinencia próxima, y la

que siga después la hallaréis más fácil todavía. La costumbre es capaz de borrar la impresión misma de la naturaleza, reprimir las malas inclinaciones y alejarlas de nosotros con maravilloso poder. Buenas noches; y cuando aspiréis de veras á la bendición del cielo, entonces yo os pediré vuestra bendición... La desgracia de este hombre (*hace ademán de cargar con el cuerpo de Polonio; pero dejándole en el suelo otra vez vuelve á hablar á Gertrudis*) me aflige en extremo; pero Dios lo ha querido así: á él le ha castigado por mi mano, y á mí también precisándome á ser el instrumento de su enojo. Yo le conduciré adonde convenga, y sabré justificar la muerte que le dí. Basta. Buenas noches. Porque soy piadoso, debo ser cruel; ve aquí el primer daño cometido; pero aún es mayor el que después ha de ejecutarse... ¡Ah! escuchad otra cosa.

GERTRUDIS.—¿Cuál es? ¿Qué debo hacer?

HAMLET.—No hacer nada de cuanto os he dicho, nada. Permitid que el rey hinchado con el vino, os conduzca otra vez al lecho, y allí os acaricie, apretando lascivo vuestras mejillas, y os tiente el pecho con sus malditas manos, y os bese con negra boca. Agradecida, entonces, declaradle cuanto hay en el caso: decidle que mi locura no es verdadera, que todo es artificio... Sí, decídselo; porque ¿cómo es posible que una reina hermosa, modesta, prudente, oculte secretos de tal importancia á aquel gato viejo, murciélago, sapo torpísimo? ¿Cómo sería posible callárselo? Id, y á pesar de la razón y del sigilo, abrid la jaula sobre el techo de la casa y haced que los pájaros se vuelen; y semejante al mono (tan amigo de hacer experiencias), meted la cabeza en la trampa, á riesgo de perecer en ella misma.

GERTRUDIS.—No, no lo temas; que si las palabras se forman del aliento, y este anuncia vida, no hay vida ni aliento en mí para repetir lo que me has dicho.

HAMLET.—¿ Sabéis que debo ir á Inglaterra ?

GERTRUDIS.—¡ Ah ! ya lo había olvidado. Sí, es cosa resuelta.

HAMLET.—He sabido que hay ciertas cartas selladas, y que mis dos condiscípulos (de quienes yo me fiaré como de una víbora ponzoñosa) van encargados de llevar el mensaje, facilitarme la marcha y conducirme al precipicio. Pero yo los dejaré hacer ; que es mucho gusto ver volar al minador con su propio hornillo, y mal irán las cosas ó yo escavaré una vara no más debajo de sus minas, y les haré saltar hasta la luna. ¡Oh, es mucho gusto cuando un pícaro tropieza con quien se las entiende !... Este hombre me hace ahora su ganapán... (*Quiere llevar á cuestas el cadáver, y no pudiendo hacerlo cómodamente, le ase de un pié, y se le lleva arrastrando*) le llevaré arrastrando á la pieza inmediata. Madre, buenas noches... Por cierto que el señor consejero (que fué en vida un hablador impertinente) es ahora bien reposado, bien serio y taciturno. Vamos, amigo, que es menester sacaros de aquí y acabar con ello. Buenas noches, madre.

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

Salón de palacio

CLAUDIO, GERTRUDIS, RICARDO, GUILLERMO

CLAUDIO. — Esos suspiros, esos profundos sollozos alguna causa tienen; dime cuál es, conviene que la sepa yo... ¿En dónde está tu hijo?

GERTRUDIS.—Dejadnos solos un instante. *(Vanse Ricardo y Guillermo.)* ¡Ah, señor, lo que he visto esta noche!

CLAUDIO.—¿Qué ha sido, Gertrudis? ¿Qué hace Hamlet?

GERTRUDIS.—Furioso está como el mar y el viento cuando disputan entre sí cuál es más fuerte. Turbado con la demencia que le agita, oyó algún ruido detrás del tapiz; saca la espada, grita: un ratón, un ratón; y en su ilusión frenética mató al buen anciano que se hallaba oculto.

CLAUDIO.—¡Funesto accidente! Lo mismo hubiera hecho conmigo si hubiera estado allí. Ese desenfreno

insolente amenaza á todos: á mí, á ti misma, á todos en fin. ¡Oh!... ¿y cómo disculparemos una acción tan sangrienta? Nos la imputarán sin duda á nosotros, porque nuestra autoridad debería haber reprimido á ese joven loco, poniéndole en paraje donde á nadie pudiera ofender. Pero el excesivo amor que le tenemos nos ha impedido hacer lo que más convenía; bien así como el que padece una enfermedad vergonzosa, que por no declararla, consiente primero que le devore la sustancia vital. ¿Y dónde ha ido?

GERTRUDIS.—Á retirar de allí el difunto cuerpo, y en medio de su locura llora el error que ha cometido. Así el oro manifiesta su pureza, aunque mezclado tal vez con metales viles.

CLAUDIO.—Vamos, Gertrudis, y apenas toque el sol la cima de los montes haré que se embarque y se vaya; en tanto será necesario emplear toda nuestra autoridad y nuestra prudencia para ocultar ó disculpar un hecho tan indigno.

ESCENA II

CLAUDIO, GERTRUDIS, RICARDO, GUILLERMO

CLAUDIO.—¡Oh Guillermo, amigos! Id entrambos con alguna gente que os ayude... Hamlet, ciego de frenesí, ha muerto á Polonio, y le ha sacado arrastrando del cuarto de su madre. Id á buscarle; habladle con dulzura; y haced llevar el cadáver á la capilla. No os detengáis. *(Vanse Ricardo y Guillermo.)* Vamos, que pienso llamar á nuestros más prudentes amigos para darles cuenta de esta imprevista desgracia, y de lo que resuelvo hacer. Acaso por este medio la calumnia (cuyo rumor ocupa la extensión del orbe, y dirige sus emponzoñados tiros con la certeza que el cañón á su

blanco), errando esta vez el golpe, dejará nuestro nombre ileso y herirá sólo al viento insensible. ¡Oh!... Vamos de aquí... mi alma está llena de agitación y de terror.

ESCENA III

Cuarto de Hamlet

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO

HAMLET.—Colocado ya en lugar seguro... Pero...

RICARDO (*desde adentro.*)—¡Hamlet! ¡señor!

HAMLET.—¿Qué ruido es este? ¿Quién llama á Hamlet?... ¡Oh! ya están aquí. (*Salen Ricardo y Guillermo.*)

RICARDO.—Señor, ¿qué habéis hecho del cadáver?

HAMLET.—Ya está entre el polvo, del cual es pariente cercano.

RICARDO.—Decidnos en dónde está, para que le hagamos llevar á la capilla.

HAMLET.—¡Ah!... no lo creáis, no.

RICARDO.—¿Qué es lo que no debemos creer?

HAMLET.—Que yo pueda guardar vuestro secreto, y os revele el mío... Y además, ¿qué ha de responder el hijo de un rey á las instancias de un entremetido palaciego?

RICARDO.—¿Entremetido me llamáis?

HAMLET.—Sí, señor, entremetido; que como una esponja chupa del favor del rey las riquezas y la autoridad. Pero estas gentes á lo último de su carrera es cuando sirven mejor al príncipe; porque éste, semejante al mono, se los mete en un rincón de la boca; allí los conserva, y el primero que entró es el último que se traga. Cuando el rey necesite lo que tú (que eres su esponja) le hayas chupado, te coge, te esprime, y quedas enjuto otra vez.

RICARDO.—No comprendo lo que decís.

HAMLET.—Me place en extremo. Las razones agudas son ronquidos para los oídos tontos.

RICARDO.—Señor, lo que importa es que nos digáis en dónde está el cuerpo, y os vengáis con nosotros á ver al rey.

HAMLET.—El cuerpo está con el rey; pero el rey no está con el cuerpo. El rey viene á ser una cosa, como...

GUILLERMO.—¿Qué cosa, señor?

HAMLET.—Una cosa que no vale nada... Pero guarda, Pablo... Vamos á verle.

ESCENA IV

Salón de palacio

CLAUDIO

Le he enviado á llamar, y he mandado buscar el cadáver. ¡Qué peligroso es dejar en libertad á este mancebo! Pero no es posible tampoco ejercer sobre él la severidad de las leyes. Está muy querido de la fanática multitud, cuyos afectos se determinan por los ojos, no por la razón, y que en tales casos considera el castigo del delincuente, y no el delito. Conviene, para mantener la tranquilidad, que esa repentina ausencia de Hamlet aparezca como cosa muy de antemano meditada y resuelta. Los males desesperados, ó son incurables, ó se alivian con desesperados remedios.

ESCENA V

CLAUDIO, RICARDO

CLAUDIO.—¿Qué hay, que ha sucedido?

RICARDO.—No hemos podido lograr que nos diga adónde ha llevado el cadáver.

CLAUDIO.—Pero él ¿en dónde está?

RICARDO.—Afuera quedó con gente que le guarda, esperando vuestras órdenes.

CLAUDIO.—Traedle á mi presencia.

RICARDO.—Guillermo, que venga el príncipe.

ESCENA VI

CLAUDIO, RICARDO, HAMLET, GUILLERMO, criados

CLAUDIO.—Y bien, Hamlet, ¿en dónde está Polonio?

HAMLET.—Ha ido á cenar.

CLAUDIO.—¿Á cenar? ¿Adónde?

HAMLET.—No adonde coma, sino adonde es comido, entre una numerosa congregación de gusanos. El gusano es el monarca supremo de todos los comedores. Nosotros engordamos á los demás animales para engordarnos, y engordamos para el gusanillo que nos come después. El rey gordo y el mendigo flaco son dos platos diferentes, pero se sirven á una misma mesa. En esto pára todo.

CLAUDIO.—¡Ah!

HAMLET.—Tal vez un hombre puede pescar con el gusano que ha comido á un rey, y comerse después el pez que se alimentó de aquel gusano.

CLAUDIO.—¿Y qué quieres decir con eso?

HAMLET.—Nada más que manifestar cómo un rey puede pasar progresivamente á las tripas de un mendigo.

CLAUDIO.—¿En dónde está Polonio?

HAMLET.—En el cielo. Enviad á alguno que lo vea, y si vuestro comisionado no le encuentra allí; entonces podéis vos mismo irle á buscar á otra parte. Bien que, si no le halláis en todo este mes, le oleréis sin duda al subir los escalones de la galería.

CLAUDIO.—Id á buscarle. (*Vanse los criados.*)

HAMLET.—No, él no se moverá de allí hasta que vayan por él.

CLAUDIO.—Este suceso, Hamlet, exige que atiendas á tu propia seguridad, la cual me interesa tanto como lo demuestra el sentimiento que me causa la acción que has hecho. Conviene que salgas de aquí con acelerada diligencia. Prepárate pues. La nave está ya prevenida, el viento es favorable, los compañeros aguardan, y todo está pronto para tu viaje á Inglaterra.

HAMLET.—¿Á Inglaterra?

CLAUDIO.—Sí, Hamlet.

HAMLET.—Muy bien.

CLAUDIO.—Sí, muy bien debe parecerte, si has comprendido el fin á que se encaminan mis deseos.

HAMLET.—Yo veo un ángel que los ve... Pero vamos á Inglaterra. ¡Adiós, mi querida madre!

CLAUDIO.—¿Y tu padre que te ama, Hamlet?

HAMLET.—Mi madre... Padre y madre son marido y mujer; marido y mujer son una carne misma, con que... mi madre... ¡Eh! Vamos á Inglaterra.

ESCENA VII

CLAUDIO, RICARDO, GUILLERMO

CLAUDIO.—Seguidle inmediatamente; instad con viveza su embarco, no se dilate un punto. Quiero verle fuera de aquí esta noche. Partid. Cuanto es necesario á esta comisión, está sellado y pronto. Id, no os detengáis. (*Vanse Ricardo y Guillermo.*) Y tú, Inglaterra, si en algo estimas mi amistad (de cuya importancia mi gran poder te avisa), pues aún miras sangrientas las heridas que recibiste del acero dinamarqués, y en dócil temor me pagas tributos, no dilates tibia la ejecución de mi suprema voluntad, que por cartas escritas á este fin te pide con la mayor instancia la pronta muerte de Hamlet. Su vida es para mí una fiebre ardiente, y tú sola puedes aliviarme. Hazlo así, Inglaterra, y hasta que sepa que descargaste el golpe, por más feliz que mi suerte sea, no se restablecerán en mi corazón la tranquilidad ni la alegría.

ESCENA VIII

Campo solitario en las fronteras de Dinamarca

FORTIMBRÁS, un capitán, soldados

FORTIMBRÁS.—Id, capitán, saludad en mi nombre al

monarca danés; decidle que en virtud de su licencia, Fortimbrás pide el paso libre por su reino, según se le ha prometido. Ya sabéis el sitio de nuestra reunión. Si algo quiere S. M. comunicarme, hacedle saber que estoy pronto á ir en persona á darle pruebas de mi respeto.

CAPITÁN.—Así lo haré, señor.

FORTIMBRÁS.—Y vosotros caminad con paso vagaroso.

ESCENA IX

Un capitán, HAMLET, RICARDO, GUILLERMO, soldados

HAMLET.—Caballero, ¿de dónde son estas tropas?

CAPITÁN.—De Noruega, señor.

HAMLET.—Y decidme, ¿adónde se encaminan?

CAPITÁN.—Contra una parte de Polonia.

HAMLET.—¿Quién las acaudilla?

CAPITÁN.—Fortimbrás, sobrino del anciano rey de Noruega.

HAMLET.—¿Se dirigen contra toda Polonia, ó sólo á alguna parte de sus fronteras?

CAPITÁN.—Para deciros sin rodeos la verdad, vamos á adquirir una porción de tierra, de la cual (exceptuando el honor) ninguna otra utilidad puede esperarse. Si me la diesen arrendada en cinco ducados, no la tomaría, ni pienso que produzca mayor interés al de Noruega ni al polaco, aunque á pública subasta la vendan.

HAMLET.—¿Sin duda el polaco no tratará de resistir?

CAPITÁN.—Antes bien ha puesto ya en ella tropas que la guarden.

HAMLET.—De ese modo el sacrificio de dos mil hombres y veinte mil ducados no decidirán la posesión de un objeto tan frívolo. Esa es una apostema del cuerpo

político, nacida de la paz y excesiva abundancia que revienta en lo interior, sin que exteriormente se vea la razón por que el hombre perece. Os doy muchas gracias de vuestra cortesía.

CAPITÁN.—Dios os guarde.

(*Vanse el capitán y los soldados.*)

RICARDO.—¿Queréis proseguir el camino?

HAMLET.—Presto os alcanzaré. Id adelante un poco.

ESCENA X

HAMLET

Cuantos accidentes ocurren, todos me acusan, excitando á la venganza mi adormecido aliento. ¿Qué es el hombre que funda su mayor felicidad, y emplea todo su tiempo sólo en dormir y alimentarse? Es un bruto y no más. No: aquel que nos formó dotados de tan extenso conocimiento, que con él podemos ver lo pasado y futuro, no nos dió ciertamente esta facultad, esta razón divina, para que estuviera en nosotros sin uso y torpe. Sea pues brutal negligencia, sea tímido escrúpulo que no se atreve á penetrar los casos venideros (proceder en que hay más parte de cobardía que de prudencia), yo no sé para qué existo, diciendo siempre: tal cosa debo hacer, puesto que hay en mí suficiente razón, voluntad, fuerza y medios para ejecutarla. Por todas partes hallo ejemplos grandes que me estimulan. Prueba es bastante ese fuerte y numeroso ejército conducido por un príncipe joven y delicado, cuyo espíritu impelido de ambición generosa desprecia la incertidumbre de los sucesos, y expone su existencia frágil y mortal á los golpes de la fortuna, á la muerte, á los peligros más terribles, y todo por un objeto de tan leve interés. El ser grande no consiste,

por cierto, en obrar solo cuando ocurre un gran motivo, sino en saber hallar una razón plausible de contienda, aunque sea pequeña la causa, cuando se trata de adquirir honor. ¿Cómo pues permanezco yo en ocio indigno, muerto mi padre alevosamente, mi madre envilecida... estímulos capaces de excitar mi razón y mi ardimiento, que yacen dormidos? Mientras para vergüenza mía veo la destrucción inmediata de veinte mil hombres, que por un capricho, por una estéril gloria van al sepulcro como á sus lechos, combatiendo por una causa que la multitud es incapaz de comprender, por un terreno que aún no es suficiente sepultura á tantos cadáveres... ¡Oh! de hoy más, ó no existirá en mi fantasía idea ninguna, ó cuantas forme serán sangrientas.

ESCENA XI

Galería de palacio

GERTRUDIS, HORACIO

GERTRUDIS.—No, no quiero hablarla.

HORACIO.—Ella insta por veros. Está loca, es verdad; pero eso mismo debe excitar vuestra compasión.

GERTRUDIS.—¿Y qué pretende? ¿Qué dice?

HORACIO.—Habla mucho de su padre: dice que continuamente oye que el mundo está lleno de maldad; solloza, se lastima el pecho, y airada trastorna con el pié cuanto al pasar encuentra. Profiere razones equívocas en que apenas se halla sentido; pero la misma extravagancia de ellas mueve á los que las oyen á retenerlas, examinando el fin con que las dice, y dando á sus palabras una combinación arbitraria, según la idea de cada uno. Al observar sus miradas, sus movi-

mientos de cabeza, su gesticulación expresiva, llegan á creer que puede haber en ella algún asomo de razón; pero nada hay de cierto, sino que se halla en el estado más infeliz.

GERTRUDIS.—Será bien hablarla, antes que mi repulsa esparza conjeturas fatales en aquellos ánimos que todo lo interpretan siniestramente. Hazla venir. (*Vase Horacio.*) El más frívolo acaso parece á mi dañada conciencia presagio de algún grave desastre. Propia es de la culpa esta desconfianza. Tan lleno está siempre de recelos el delincuente, que el temor de ser descubierto hace tal vez que él mismo se descubra.

ESCENA XII

GERTRUDIS, OFELIA, HORACIO

OFELIA.—¿En dónde está la hermosa reina de Dinamarca?

GERTRUDIS.—¿Cómo va, Ofelia?

OFELIA.—(*Estos versos, y todos los que siguen en el presente acto, los canta Ofelia.*)

¿Cómo al amante
que fiel te sirva,
de otro cualquiera
distinguiría?
Por las veneras
de su esclavina,
bordón, sombrero
con plumas rizas,
y su calzado
que adornan cintas.

GERTRUDIS.—¡Oh querida mía! ¿y á qué propósito viene esa canción?

OFELIA.—¿Eso decís?... Atended á esta:

Muerto es ya, señora,
muerto, y no está aquí.
Una tosca piedra
á sus plantas ví,
y al césped del prado
su frente cubrir.

¡Ah! ¡ah! ¡ah! (*Dando risotadas.*)
GERTRUDIS.—Sí; pero, Ofelia...
OFELIA.—Oíd, oíd.

Blancos paños le vestían...

ESCENA XIII

CLAUDIO, GERTRUDIS, OFELIA, HORACIO

GERTRUDIS.—¡Desgraciada! ¿Veis esto, señor?

OFELIA.—Blancos paños le vestían
como la nieve del monte,
y al sepulcro le conducen
cubierto de bellas flores,
que en tierno llanto de amor
se humedecieron entonces.

CLAUDIO.—¿Cómo estás, graciosa niña?
OFELIA.—Buena: Dios os lo pague... Dicen que la lechuza fué antes una doncella, hija de un panadero... ¡Ah!... Sabemos lo que somos ahora, pero no lo que podemos ser... Dios vendrá á visitaros.
CLAUDIO.—Alusión á su padre.
OFELIA.—Pero no, no hablemos más en esto; y si os preguntan lo qué significa; decid:

OFELIA.—*Muerto es ya, señora,*
muerto, y no está aquí...

De san Valentino
la fiesta es mañana:
yo, niña amorosa,
al toque del alba
iré á que me veas
desde tu ventana,
para que la suerte
dichosa me caiga.
Despierta el mancebo,
se viste de gala.

Y él responde entonces:

Por el sol te juro
que no lo olvidara,
si tú no te hubieras
venido á mi cama.

CLAUDIO.—¡Graciosa Ofelia!

OFELIA.—Sí, voy á acabar: sin jurarlo, os prometo que la voy á concluir.

¡Ay, mísera! ¡Cielos!
¡Torpeza villana!
¿Qué galán desprecia
ventura tan alta?
Pues todos son falsos,
le dice indignada:
antes que en tus brazos
me mirase incauta,
de hacerme tu esposa
me diste palabra.
Y abriendo las puertas
entró la muchacha,
que viniendo virgen
volvió desflorada.

CLAUDIO.—¿Cuánto há que está así?

OFELIA.—Yo espero que todo irá bien... Debemos tener paciencia... (*Se entristece y llora.*) Pero yo no puedo menos de llorar considerando que le han dejado sobre la tierra fría... Mi hermano lo sabrá... preciso... Y yo os doy las gracias por vuestros buenos consejos... (*Con mucha viveza y alegría.*) Vamos, la carroza. Buenas noches, señoras, buenas noches. Amiguitas, buenas noches, buenas noches.

CLAUDIO (*á Horacio.*)—Acompáñala á su cuarto, y haz que la asista suficiente guardia. Yo te lo ruego.

ESCENA XIV

CLAUDIO, GERTRUDIS

CLAUDIO.—¡Oh! todo es efecto de un profundo dolor: todo nace de la muerte de su padre; y ahora observo, Gertrudis, que cuando los males vienen, no vienen esparcidos como espías, sino reunidos en escuadrones. Su padre muerto, tu hijo ausente (habiendo dado él mismo justo motivo á su destierro), el pueblo alterado en tumulto con dañadas ideas y murmuraciones sobre la muerte del buen Polonio, cuyo entierro oculto ha sido no leve imprudencia de nuestra parte. La desdichada Ofelia fuera de sí, turbada su razón, sin la cual somos vanos simulacros, ó comparables sólo á los brutos, y por último (y esto no es menos esencial que todo lo restante), su hermano, que ha venido secretamente de Francia, y en medio de tan extraños casos, se oculta entre sombras misteriosas, sin que falten lenguas maldicientes que envenenen sus oídos, hablándole de la muerte de su padre. Ni en tales discursos, á falta de noticias seguras, dejaremos de ser citados continuamente de boca en boca. Todos estos

afanes juntos, mi querida Gertrudis, como una máquina destructora que se dispara, me dan muchas muertes á un tiempo.

(*Suena á lo lejos un rumor confuso, que se irá aumentando durante la escena siguiente.*)

GERTRUDIS.—¡Ay Dios! ¿Qué estruendo es este?

ESCENA XV

CLAUDIO, GERTRUDIS, un caballero

CLAUDIO.—¿En dónde está mi guardia?... Acudid... defended las puertas... ¿Qué es esto?

CABALLERO.—Huíd, señor. El Océano, sobrepujando sus términos, no traga las llanuras con ímpetu más espantoso, que el que manifiesta el joven Laertes ciego de furor, venciendo la resistencia que le oponen vuestros soldados. El vulgo le apellida señor; y como si ahora comenzase á existir el mundo, la antigüedad y la costumbre (apoyo y seguridad de todo buen gobierno) se olvidan y se desconocen. Gritan por todas partes: nosotros elegimos por rey á Laertes. Los sombreros arrojados al aire, las manos y las lenguas le aplauden, llegando á las nubes la voz general que repite: Laertes será nuestro rey, ¡viva Laertes!

GERTRUDIS.—¡Con qué alegría sigue, ladrando, esa traílla pérfida el rastro mal seguro en que va á perderse!

CLAUDIO.—Ya han roto las puertas.

ESCENA XVI

LAERTES, CLAUDIO, GERTRUDIS, soldados y pueblo

LAERTES.—¿En dónde está el rey? (*Volviéndose hacia la puerta por donde ha salido, detiene á los conjurados*

que le acompañan, y hace que se retiren.) Vosotros quedaos todos afuera.

VOCES.—No, entremos.

LAERTES.—Yo os pido que me dejéis.

VOCES.—Bien, bien está.

LAERTES.—Gracias, señores. Guardad las puertas... y tú, indigno príncipe, dame á mi padre.

GERTRUDIS.—Menos, menos ardor, querido Laertes.

LAERTES.—Si hubiese en mí una gota de sangre con menos ardor, me declararía por hijo espurio, infamaría de cornudo á mi padre, é imprimiría sobre la frente limpia y casta de mi madre honestísima la nota infame de prostituta.

CLAUDIO.—Pero, Laertes, ¿cuál es el motivo de tan atrevida rebelión?... Déjale, Gertrudis, no le contengas... no temas nada contra mí. Existe una fuerza divina que defiende á los reyes; la traición no puede como quisiera penetrar hasta ellos, y ve malogrados en la ejecución todos sus designios... Díme, Laertes, ¿por qué estás tan airado?... Déjale, Gertrudis.... Habla tú.

LAERTES.—¿En dónde está mi padre?

CLAUDIO.—Murió.

GERTRUDIS.—Pero no le ha muerto el rey.

CLAUDIO.—Déjale preguntar cuanto quiera.

LAERTES.—¿Y cómo ha sido su muerte?... ¡Eh!... No, á mí no se me engaña. Váyase al infierno la fidelidad, llévese el más atezado demonio los juramentos de vasallaje, sepúltense la conciencia, la esperanza de salvación en el abismo más profundo... La condenación eterna no me horroriza; suceda lo que quiera, ni este ni el otro mundo me importan nada... Sólo aspiro, y este es el punto en que insisto, sólo aspiro á dar completa venganza á mi difunto padre.

CLAUDIO.—¿Y quién te lo puede estorbar?

LAERTES.—Mi voluntad sola, y no todo el universo;

y en cuanto á los medios de que he de valerme, yo sabré economizarlos de suerte que un pequeño esfuerzo produzca efectos grandes.

CLAUDIO.—Buen Laertes, si deseas saber la verdad acerca de la muerte de tu amado padre, ¿está escrito acaso en tu venganza que hayas de atropellar sin distinción amigos y enemigos, culpados é inocentes?

LAERTES.—No, sólo á mis enemigos.

CLAUDIO.—¿Querrás sin duda conocerlos?

LAERTES.—¡Oh! á mis buenos amigos yo los recibiré con abiertos brazos, y semejante al pelícano amoroso los alimentaré, si necesario fuese, con mi sangre misma.

CLAUDIO.—Ahora hablaste como buen hijo y como caballero. Laertes, ni tengo culpa en la muerte de tu padre, ni alguno ha sentido como yo su desgracia. Esta verdad deberá ser tan clara á tu razón, como á tus ojos la luz del día.

VOCES.—Dejadla entrar. (*Ruido y voces dentro.*)

LAERTES.—¿Qué novedad... qué ruido es este?

ESCENA XVII

CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES, OFELIA, acompañamiento. Ofelia sale vestida de blanco, el cabello suelto, y una guirnalda en la cabeza, hecha de paja y flores silvestres, trayendo en el faldellín muchas flores y yerbas.

LAERTES.—¡Oh, calor activo, abrasa mi cerebro! ¡Lágrimas en extremo cáusticas, consumid la potencia y la sensibilidad de mis ojos! Por los cielos te juro que esa demencia tuya será pagada por mí con tal exceso, que el peso del castigo tuerza el fiel y baje la balanza... ¡Oh, rosa de mayo! amable niña! mi querida Ofelia! mi dulce hermana!..... ¡Oh cielos! ¿y es posible que

el entendimiento de una tierna joven sea tan frágil como la vida del hombre decrépito?... Pero la naturaleza es muy fina en amor, y cuando este llega al exceso, el alma se desprende tal vez de alguna preciosa parte de sí misma, para ofrecérsela en dón al objeto amado.

OFELIA. — Lleváronle en su ataúd
con el rostro descubierto.
Ay no ni, ay ay ay no ni.
Y sobre su sepultura
muchas lágrimas llovieron.
Ay no ni, ay ay ay no ni.

Adiós, querido mío. Adiós.

LAERTES.—Si gozando de tu razón me incitaras á la venganza, no pudieras conmoverme tanto.

OFELIA.—Debéis cantar aquello de:

Abajito está:
llámele, señor, que abajito está.

¡Ay, qué á propósito viene el estribillo!... El pícaro del mayordomo fué el que robó á la señorita.

LAERTES. — Esas palabras vanas producen mayor efecto en mí, que el más concertado discurso.

OFELIA.—Aquí traigo romero, que es bueno para la memoria. (*A Laertes.*) Tomad, amigo, para que os acordéis..... Y aquí hay trinitarias, que son para los pensamientos.

LAERTES.—Aun en medio de su delirio quiere aludir á los pensamientos que la agitan y á sus memorias tristes.

OFELIA (*á Gertrudis.*)—Aquí hay hinojo para vos, y palomillas y ruda..... para vos también, y esto poquito es para mí... Nosotros podemos llamarla yerba santa

del domingo... vos la usaréis con la distinción que os parezca... (*A Claudio.*) Esta es una margarita... Bien os quisiera dar algunas violetas; pero todas se marchitaron cuando murió mi padre. Dicen que tuvo un buen fin.

Un solitario
de plumas vario
me da placer.

LAERTES.—Ideas funestas, aflicción, pasiones terribles, los horrores del infierno mismo, todo en su boca es gracioso y suave.

OFELIA.— Nos deja, se va,
y no ha de volver.
No, que ya murió,
no vendrá otra vez...
Su barba era nieve,
su pelo también.
Se fué ¡dolorosa
partida! se fué.
En vano exhalamos
suspiros por él.
Los cielos piadosos
descanso le dén.

Á él y á todas las almas cristianas. Dios lo quiera... ¡Eh! señores, adiós.

ESCENA XVIII

CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES

LAERTES.—¡Veis esto, Dios mío!

CLAUDIO.—Yo debo tomar parte en tu aflicción, Laertes: no me niegues este derecho. Oyeme aparte.

Elige entre los más prudentes de tus amigos aquellos que te parezca. Óigannos á entrambos, y juzguen. Si por mí propio ó por mano agena resulto culpado, mi reino, mi corona, mi vida, cuanto puedo llamar mío, todo te lo daré para satisfacerte. Si no hay culpa en mí, deberé contar otra vez con tu obediencia, y unidos ambos, buscaremos los medios de aliviar tu dolor.

LAERTES.—Hágase lo que decís... Su arrebatada muerte, su oscuro funeral, sin trofeos, armas, ni escudos sobre el cadáver, ni debidos honores, ni decorosa pompa; todo, todo está clamando del cielo á la tierra por un examen el más riguroso.

CLAUDIO.—Tú le obtendrás, y la segur terrible de la justicia caerá sobre el que fuere delincuente. Ven conmigo.

ESCENA XIX

Sala en casa de Horacio

HORACIO, un criado

HORACIO.—¿Quiénes son los que me quieren hablar?

CRIADO.—Unos marineros que, según dicen, os traen cartas.

HORACIO.—Hazlos entrar. (*Vase el criado.*) Yo no sé de qué parte del mundo pueda nadie escribirme, si ya no es Hamlet mi señor.

ESCENA XX

HORACIO, dos marineros

MARINERO 1.°—Dios os guarde.

HORACIO.—Y á vosotros también.

MARINERO 1.°—Así lo hará, si es su voluntad. Estas

cartas del embajador que se embarcó para Inglaterra vienen dirigidas á vos, si os llamáis Horacio como nos han dicho.

HORACIO (*lee la carta*).— «Horacio, luégo que hayas leído esta, dirigirás esos hombres al rey, para el cual les he dado una carta. Apenas llevábamos dos días de navegación, cuando empezó á darnos caza un pirata muy bien armado. Viendo que nuestro navío era poco velero, nos vimos precisados á apelar al valor. Llegamos al abordaje: yo salté el primero en la embarcación enemiga, que al mismo tiempo logró desaferrarse de la nuestra, y por consiguiente me hallé solo y prisionero. Ellos se han portado conmigo como ladrones compasivos; pero ya sabían lo que se hacían, y se lo he pagado muy bien. Haz que el rey reciba las cartas que le envío, y tú ven á verme con tanta diligencia como si huyeras de la muerte. Tengo unas cuantas palabras que decirte al oído, que te dejarán atónito, bien que todas ellas no serán suficientes á expresar la importancia del caso. Esos buenos hombres te conducirán hasta aquí. Guillermo y Ricardo siguieron su camino á Inglaterra. Mucho tengo que decirte de ellos. Adiós. Tuyo siempre.—HAMLET.»

Vamos. Yo os introduciré para que presentéis esas cartas. Conviene hacerlo pronto, á fin de que me llevéis después adonde queda el que os las entregó.

ESCENA XXI

Gabinete del rey

CLAUDIO, LAERTES

CLAUDIO.—Sin duda tu rectitud aprobará ya mi descargo, y me darás lugar en el corazón como á tu amigo, después que has oído con pruebas evidentes que

el matador de tu noble padre conspiraba contra mi vida.

LAERTES.—Claramente se manifiesta... Pero decidme: ¿por qué no procedéis contra excesos tan graves y culpables, cuando vuestra prudencia, vuestra grandeza, vuestra propia seguridad, todas las consideraciones juntas deberían excitaros tan particularmente á reprimirlos?

CLAUDIO.—Por dos razones, que aunque tal vez las juzgarás débiles, para mí han sido muy poderosas. Una es que la reina su madre vive pendiente casi de sus miradas, y al mismo tiempo (sea desgracia ó felicidad mía) tan estrechamente unió el amor mi vida y mi alma á la de mi esposa, que así como los astros no se mueven sino dentro de su propia esfera, así en mí no hay movimiento alguno que no dependa de su voluntad. La otra razón, por que no puedo proceder contra el agresor públicamente, es el grande cariño que le tiene el pueblo; el cual, como la fuente cuyas aguas mudan los troncos en piedras, bañando en su afecto las faltas del príncipe, convierte en gracias todos sus yerros. Mis flechas no pueden con tal violencia dispararse, que resistan á huracán tan fuerte; y sin tocar el punto á que las dirija, se volverán otra vez al arco.

LAERTES.—Sí, y en tanto yo he perdido á un ilustre padre, y hallo á una hermana en la más deplorable situación..... Mi hermana, cuyo mérito (si alcanza el elogio á lo que ya no existe) se levantó sobre lo más sublime de su siglo, por las raras prendas que en ella se admiraron juntas..... Pero llegará, llegará el tiempo de mi venganza.

CLAUDIO.—Ese cuidado no debe interrumpirte el sueño, ni has de presumir que yo esté formado de materia tan insensible y dura, que me deje remesar la barba y lo tome á fiesta..... Presto te informaré de lo

demás. Basta decirte que amé á tu padre, que nosotros nos amamos también, y que espero darte á conocer la... Pero... ¿ Qué noticias traes ?

ESCENA XXII

CLAUDIO, LAERTES, un guardia

GUARDIA.—Señor, veis aquí cartas del príncipe: esta para V. M., y esta para la reina.

(*Da unas cartas á Claudio.*)

CLAUDIO.—¡ De Hamlet ! ¿ Quién las ha traído !

GUARDIA.—Dicen que unos marineros; yo no los he visto. Horacio, que las recibió del que las trajo, es el que me las ha entregado á mí.

CLAUDIO. — Oirás lo que dicen, Laertes. Déjanos solos.

ESCENA XXIII

CLAUDIO, LAERTES

CLAUDIO (*lee una carta*).—« Alto y poderoso señor: os hago saber cómo he llegado desnudo á vuestro reino. Mañana os pediré el permiso de ver vuestra presencia real; y entonces, mediante vuestro perdón, os diré la causa de mi extraña y repentina vuelta.—HAMLET.»

¿ Qué quiere decir esto ? ¿ Se habrán vuelto los otros también, ó hay alguna equivocación, ó acaso todo es falso ?

LAERTES.—¿ Conocéis la letra ?

CLAUDIO (*examinando con atención la carta*).—Sí, es de Hamlet... *Desnudo*... y en una enmienda que hay aquí, dice: *solo*... ¿ Qué puede ser esto ?

LAERTES.—Yo nada alcanzo..... Pero dejadle venir, que ya siento encenderse en nuevas iras mi corazón...

Sí, yo viviré, y le diré en su cara: tú lo hiciste, y fué de esta manera.

CLAUDIO.—Si el caso es cierto... ¡Eh! ¡Cómo es posible!... ¿Y qué otra cosa puede ser?... ¿Quieres dirigirte por mí, Laertes?

LAERTES.—Sí, señor, como no procuréis inclinarme á la paz.

CLAUDIO.—Á tu propia paz, no á otra ninguna. Si él vuelve ahora disgustado de este viaje y rehusa comenzarle de nuevo, yo le ocuparé en una empresa que medito, en la cual perecerá sin duda. Esta muerte no excitará el aura más leve de acusación; su madre misma absolverá el hecho juzgándole casual.

LAERTES.—Seguiré en todo vuestras ideas, y mucho más si disponéis que yo sea el instrumento que las ejecute.

CLAUDIO.—Todo sucede bien... Desde que te fuíste se ha hablado mucho de ti delante de Hamlet, por una habilidad en que dicen que sobresales. Las demás que tienes no movieron tanto su envidia como esta sola, que en mi opinión ocupa el último lugar.

LAERTES.—¿Y qué habilidad es, señor?

CLAUDIO.—No es más que un lazo en el sombrero de la juventud, pero que le es muy necesario; puesto que así son propios de la juventud los adornos ligeros y alegres, como de la edad madura las ropas y pieles que se viste por abrigo y decencia... Dos meses há que estuvo aquí un caballero de Normandía... Yo conozco á los franceses muy bien, he militado contra ellos, y son por cierto buenos jinetes; pero el galán de quien hablo era un prodigio en esto. Parecía haber nacido sobre la silla, y hacía ejecutar al caballo tan admirables movimientos como si él y su valiente bruto animaran un cuerpo solo; y tanto excedió á mis ideas, que todas las formas y actitudes que yo pude imaginar no llegaron á lo que él hizo.

LAERTES.—¿Decís que era normando?

CLAUDIO.—Sí, normando.

LAERTES.—Ese es Lamond, sin duda.

CLAUDIO.—El mismo.

LAERTES.—Le conozco bien, y es la joya más preciosa de su nación.

CLAUDIO.—Pues éste, hablando de ti públicamente, te llenaba de elogios por tu inteligencia y ejercicio en la esgrima, y la bondad de tu espada en la defensa y el ataque; tanto, que dijo alguna vez que sería un espectáculo admirable el verte lidiar con otro de igual mérito, si pudiera hallarse; puesto que, según aseguraba él mismo, los más diestros de su nación carecían de agilidad para las estocadas y los quites cuando tú esgrimías con ellos. Este informe irritó la envidia de Hamlet, y en nada pensó desde entonces sino en solicitar con instancia tu pronto regreso para batallar contigo. Fuera de esto...

LAERTES.—¿Y qué hay además de eso, señor?

CLAUDIO.—Laertes, ¿amaste á tu padre, ó eres como las figuras de un lienzo, que tal vez aparentan tristeza en el semblante cuando les falta un corazón?

LAERTES.—¿Por qué lo preguntáis?

CLAUDIO.—No porque piense que no amabas á tu padre, sino porque sé que el amor está sujeto al tiempo, y que el tiempo extingue su ardor y sus centellas, según me lo hace ver la experiencia de los sucesos. Existe en medio de la llama de amor una mecha ó pábilo que la destruye al fin; nada permanece en un mismo grado de bondad constantemente, pues la salud misma degenerando en plétora perece por su propio exceso. Cuanto nos proponemos hacer debería ejecutarse en el instante mismo en que lo deseamos, porque la voluntad se altera fácilmente, se debilita y se entorpece, según las lenguas, las manos y los accidentes que se atraviesan; y entonces aquel estéril deseo es semejante

á un suspiro que exhalando pródigo el aliento, causa daño en vez de dar alivio... Pero toquemos en lo vivo de la herida. Hamlet vuelve... ¿Qué acción emprenderías tú para manifestar más con las obras que con las palabras que eres digno hijo de tu padre?

LAERTES.—¿Qué haré? Le cortaré la cabeza en el templo mismo.

CLAUDIO.—Cierto que no debería un homicida hallar asilo en parte alguna, ni reconocer límites una justa venganza; pero, buen Laertes, haz lo que te diré: Permanece oculto en tu cuarto; cuando llegue Hamlet, sabrá que tú has venido; yo le haré acompañar por algunos que alabando tu destreza dén un nuevo lustre á los elogios que hizo de ti el francés. Por último, llegaréis á veros; se harán apuestas en favor de uno y otro... él, que es descuidado, generoso, incapaz de toda malicia, no reconocerá los floretes; de suerte que te será muy fácil, con poca sutileza que uses, elegir una espada sin botón, y en cualquiera de las jugadas tomar satisfacción de la muerte de tu padre.

LAERTES.—Así lo haré, y á ese fin quiero envenenar la espada con cierto ungüento qne compré de un charlatán, de cualidad tan mortífera, que mojando un cuchillo en él, adonde quiera que haga sangre introduce la muerte, sin que haya emplasto eficaz que pueda evitarla, por más que se componga de cuantos simples medicinales crecen debajo de la luna. Yo bañaré la punta de mi espada con este veneno, para que apenas le toque muera.

CLAUDIO.—Reflexionemos más sobre esto... Examinemos qué ocasión, qué medios serán más oportunos á nuestro engaño; porque si tal vez se malogra, y equivocada la ejecución se descubren los fines, valiera más no haberlo emprendido. Conviene pues que este proyecto vaya sostenido con otro segundo, capaz de asegurar el golpe, cuando por el primero no se consiga.

CLAUDIO. — *Permanece oculto en tu cuarto...*

Espera... Déjame ver si... Haremos una apuesta solemne sobre vuestra habilidad y... Sí, ya hallé el medio. Cuando con la agitación os sintáis acalorados y sedientos (puesto que al fin deberá ser mayor la violencia del combate), él pedirá de beber, y yo le tendré prevenida expresamente una copa, que al gustarla sólo, aunque haya podido librarse de tu espada ungida, veremos cumplido nuestro deseo. Pero... calla... ¿Qué ruido se escucha? (*Suena ruido dentro.*)

ESCENA XXIV

GERTRUDIS, CLAUDIO, LAERTES

CLAUDIO.—¿Qué ocurre de nuevo, amada reina?

GERTRUDIS.—Una desgracia va siempre pisando las ropas de otra; tan inmediatas caminan. Laertes, tu hermana acaba de ahogarse.

LAERTES.—¡Ahogada!... ¿En dónde?... ¡Cielos!

GERTRUDIS.—Donde hallaréis un sauce que crece á las orillas de ese arroyo, repitiendo en las ondas cristalinas la imagen de sus hojas pálidas. Allí se encaminó ridículamente coronada de ranúnculos, ortigas, margaritas y luengas flores purpúreas, que entre los sencillos labradores se reconocen bajo una denominación grosera, y las modestas doncellas llaman dedos de muerto. Llegada que fué, se quitó la guirnalda, y queriendo subir á suspenderla de los pendientes ramos, se troncha un vástago envidioso, y caen al torrente fatal ella y todos sus adornos rústicos. Las ropas huecas y extendidas la llevaron un rato sobre las aguas, semejante á una sirena, y en tanto iba cantando pedazos de tonadas antiguas, como ignorante de su desgracia, ó como criada y nacida en aquel elemento. Pero no era posible que así durase por mucho espacio...

Las vestiduras, pesadas ya con el agua que absorbían, la arrebataron á la infeliz, interrumpiendo su canto dulcísimo la muerte, llena de angustias.

LAERTES.—Qué, ¿en fin se ahogó? ¡Mísero!

GERTRUDIS.—Sí, se ahogó, se ahogó.

LAERTES.—¡Desdichada Ofelia! demasiada agua tienes ya; por eso quisiera reprimir la de mis ojos... Bien que á pesar de todos nuestros esfuerzos, imperiosa la naturaleza sigue su costumbre, por más que el valor se avergüence... Pero luégo que este llanto se vierta, nada quedará en mí de femenil ni de cobarde... Adiós, señores... Mis palabras de fuego arderían en llamas, si no las apagasen estas lágrimas imprudentes.

(Vase Laertes.)

CLAUDIO.—Sigámosle, Gertrudis, que después de haberme costado tanto aplacar su cólera, temo ahora que esta desgracia no la irrite otra vez. Conviene seguirle.

ACTO V

ESCENA PRIMERA

Cementerio contiguo á una iglesia

Sepultureros primero y segundo

SEPULTURERO 1.º—¿ Y es la que ha de sepultarse en tierra sagrada, la que deliberadamente ha conspirado contra su propia salvación ?

SEPULTURERO 2.º—Dígote que sí : con que haz presto el hoyo. El juez ha reconocido ya el cadáver, y ha dispuesto que se la entierre en sagrado.

SEPULTURERO 1.º—Yo no entiendo cómo va eso... Aun si se hubiera ahogado haciendo esfuerzos para librarse, anda con Dios.

SEPULTURERO 2.º—Así han juzgado que fué.

SEPULTURERO 1.º—No, no, eso fué *se offendendo;* ni puede haber sido de otra manera, porque... ve aquí el punto de la dificultad : Si yo me ahogo voluntariamente, esto arguye por de contado una acción, y toda acción consta de tres partes, que son : hacer, obrar y ejecutar; de donde se infiere, amigo Rasura, que ella se ahogó voluntariamente.

SEPULTURERO 2.º—¡Qué!... Pero óigame ahora el tío Socaba.

SEPULTURERO 1.º—No, deja, yo te diré. Mira, aquí está el agua. Bien. Aquí está un hombre. Muy bien... Pues, señor, si este hombre va y se mete dentro del agua, se ahoga á sí mismo; porque por fas ó por nefas, ello es que él va... Pero atiende á lo que digo. Si el agua viene hacia él y le sorprende y le ahoga, entonces no se ahoga él á sí propio... Compadre Rasura, el que no desea su muerte no se acorta la vida.

SEPULTURERO 2.º—Y qué, ¿hay leyes para eso?

SEPULTURERO 1.º—Ya se ve que las hay, y por ellas se guía el juez que examina estos casos.

SEPULTURERO 2.º—¿Quieres que te diga la verdad? Pues mira, si la muerta no fuese una señora, yo te aseguro que no la enterrarían en sagrado.

SEPULTURERO 1.º—En efecto, dices bien; y es mucha lástima que los grandes personajes hayan de tener en este mundo especial privilegio, entre todos los demás cristianos, para ahogarse y ahorcarse cuando quieren, sin que nadie les diga nada... Vamos allá con el azadón... (*Pónense los dos á abrir una sepultura en medio del teatro, sacando la tierra con espuertas, y entre ella calaveras y huesos.*) Ello es que no hay caballeros de nobleza más antigua que los jardineros, sepultureros y cavadores, que son los que ejercen la profesión de Adán.

SEPULTURERO 2.º—Pues qué, ¿Adán fué caballero?

SEPULTURERO 1.º—¡Toma! como que fué el primero que llevó armas... Pero voy á hacerte una pregunta, y si no me respondes á cuento, has de confesar que eres un...

SEPULTURERO 2.º—Adelante.

SEPULTURERO 1.º—¿Cuál es el que construye edificios más fuertes que los que hacen los albañiles y los carpinteros de casas y navíos?

SEPULTURERO 2.º—El que hace la horca, porque aquella fábrica sobrevive á mil inquilinos.

SEPULTURERO 1.º—Agudo eres, por vida mía. Buen edificio es la horca; pero ¿cómo es bueno? Es bueno para los que hacen mal: ahora bien, tú haces mal en

decir que la horca es fábrica más fuerte que una iglesia; con que la horca podría ser buena para ti... Volvamos á la pregunta.

SEPULTURERO 2.º—¿Cuál es el que hace habitaciones más durables que las que hacen los albañiles, los carpinteros de casas y de navíos?

SEPULTURERO 1.º—Sí, dímelo, y sales del apuro.

SEPULTURERO 2.º—Ya se ve que te lo diré.

SEPULTURERO 1.º—Pues vamos.

SEPULTURERO 2.º—Pues no puedo decirlo.

SEPULTURERO 1.º—Vaya, no te rompas la cabeza sobre ello... Tú eres un burro lerdo que no saldrá de su paso por más que le apaleen. Cuando te hagan esta pregunta, has de responder: el sepulturero. ¿No ves que las casas que él hace duran hasta el día del juicio?... Anda, vé ahí á casa de Juanillo, y tráeme una copa de aguardiente.

ESCENA II

HAMLET, HORACIO, sepulturero primero

SEPULTURERO 1.º—Yo amé en mis primeros años, (*canta.*)
dulce cosa lo juzgué;
pero casarme, eso no,
que no me estuviera bien.

HAMLET.—¡Qué poco siente ese hombre lo que hace, que abre una sepultura y canta!

HORACIO.—La costumbre le ha hecho ya familiar esa ocupación.

HAMLET.—Así es la verdad. La mano que menos trabaja tiene más delicado el tacto.

SEPULTURERO 1.º—La edad callada en la huesa (*canta.*)
me hundió con mano crüel,
y toda se destruyó
la existencia que gocé.

HAMLET.—Aquella calavera tendría lengua en otro tiempo, y con ella podría también cantar... ¡Cómo la tira al suelo el pícaro! Como si fuese la quijada con que hizo Caín el primer homicidio. Y la que está maltratando ahora ese bruto, podría ser muy bien la ca-

beza de algún estadista, que acaso pretendió engañar al cielo mismo. ¿No te parece?

HORACIO.—Bien puede ser.

HAMLET.—O la de algún cortesano que diría: felicísimos días, señor excelentísimo, ¿cómo va de salud, mi venerado señor? Esta puede ser la del caballero Fulano, que hacía grandes elogios del potro del caballero Zutano para pedírsele prestado después. ¿No puede ser así?

HORACIO.—Sí, señor.

HAMLET.—¡Oh! sí por cierto; y ahora está en poder del señor gusano, estropeada y hecha pedazos con el azadón de un sepulturero... Grandes revoluciones se hacen aquí, si hubiera entre nosotros medios para observarlas... Pero ¿costó acaso tan poco la formación de estos huesos á la naturaleza, que hayan de servir para que esa gente se divierta en sus garitos con ellos? ¡Eh! Los míos se estremecen al considerarlo.

SEPULTURERO 1.º—Una piqueta (*Cantando.*)
con una azada,
un lienzo donde
revuelto vaya,
y un hoyo en tierra
que le preparan:
para tal huésped
esto le basta.

HAMLET.—Y esa otra, ¿por qué no podría ser la calavera de un letrado?... ¿Á dónde se fueron sus equívocos y sutilezas, sus litigios, sus interpretaciones, sus embrollos? ¿Por qué sufre ahora que ese bribón grosero le golpee contra la pared con el azadón lleno de barro!... ¡Y no dirá palabra acerca de un hecho tan criminal!... Este sería quizás, mientras vivió, un gran comprador de tierras, con sus obligaciones, reconoci-

mientos, transacciones. seguridades mutuas, pagos, recibos... Ve aquí el arriendo de sus arriendos, y el cobro de sus cobranzas: todo ha venido á parar en una calavera llena de lodo. Los títulos de los bienes que poseyó cabrían difícilmente en su ataúd, y no obstante eso, todas las fianzas y seguridades recíprocas de sus adquisiciones no le han podido asegurar otra posesión que la de un espacio pequeño capaz de cubrirse con un par de sus escrituras... ¡Oh! y á su opulento sucesor tampoco le quedará más.

HORACIO.—Verdad es, señor.

HAMLET.—¿No se hace el pergamino de piel de carnero?

HORACIO.—Sí, señor, y de piel de ternera también.

HAMLET.—Pues dígote, que son más irracionales que las terneras y carneros los que fundan su felicidad en la posesión de tales pergaminos... Voy á tramar conversación con este hombre. (*Al sepulturero.*) ¿De quién es esa sepultura, buena pieza?

SEPULTURERO 1.º—Mía, señor.

Y un hoyo en tierra (*Cantando.*)
que le preparan:
para tal huésped
eso le basta.

HAMLET.—Sí; yo creo que es tuya porque estás ahora dentro de ella... Pero la sepultura es para los muertos, no para los vivos: con que has mentido.

SEPULTURERO 1.º—Ve ahí un mentís demasiado vivo; pero yo os le volveré.

HAMLET.—¿Para qué muerto cavas esta sepultura?

SEPULTURERO 1.º—No es hombre, señor.

HAMLET.—Pues bien, ¿para qué mujer?

SEPULTURERO 1.º—Tampoco es eso.

HAMLET.—¿Pues qué es lo que ha de enterrarse ahí?

SEPULTURERO.—Un cadáver que fué mujer; pero ya murió... Dios la perdone.

HAMLET.—¡Qué taimado es! Hablémosle clara y sencillamente, porque sino, es capaz de confundirnos á equívocos. De tres años á esta parte he observado cuánto se va sutilizando la edad en que vivimos... Por vida mía, Horacio, que ya el villano sigue tan de cerca al caballero, que muy pronto le desollará el talón... ¿Cuánto tiempo há que eres sepulturero?

SEPULTURERO 1.º—Toda mi vida, se puede decir. Yo comencé el oficio el día que nuestro último rey Hamlet venció á Fortimbrás.

HAMLET.—¿Y cuánto tiempo habrá?

SEPULTURERO 1.º—¡Toma! ¿No lo sabéis? Eso sucedió el mismo día en que nació el joven Hamlet, el que está loco y se ha ido á Inglaterra.

HAMLET.—¡Oiga! ¿Y por qué se ha ido á Inglaterra?

SEPULTURERO 1.º—Porque... porque está loco, y allí cobrará su juicio; y si no lo cobra, á bien que poco importa.

HAMLET.—¿Por qué?

SEPULTURERO 1.º—Porque allí todos son tan locos como él, y no será reparado.

HAMLET.—¿Y cómo ha sido volverse loco?

SEPULTURERO 1.º—De un modo muy extraño, según dicen.

HAMLET.—¿De qué modo?

SEPULTURERO 1.º — Habiendo perdido el entendimiento.

HAMLET.—Pero, ¿qué motivo dió lugar á eso?

SEPULTURERO 1.º—¿Qué lugar? Aquí en Dinamarca, donde soy enterrador, y lo he sido de chico y de grande por espacio de treinta años.

HAMLET.—¿Cuánto tiempo podrá estar enterrado un hombre sin corromperse?

SEPULTURERO 1.º—De suerte que si él no corrompía

ya en vida (como nos sucede todos los días con muchos cuerpos galicados, que no hay por dónde asirlos), podrá durar cosa de ocho ó nueve años. Un curtidor durará nueve años seguramente.

HAMLET.—¿Pues qué tiene él más que otro cualquiera?

SEPULTURERO 1.º—Lo que tiene es un pellejo tan curtido ya por mor de su ejercicio, que puede resistir mucho tiempo al agua; y el agua, señor mío, es la cosa que más pronto destruye á cualquier hideputa de muerto. Ve aquí una calavera que ha estado debajo de tierra veinte y tres años.

HAMLET.—¿De quién es?

SEPULTURERO 1.º—¡Mayor hideputa, loco!.... ¿De quién os parece que será?

HAMLET.—Yo ¿cómo he de saberlo?

SEPULTURERO 1.º—¡Mala peste en él y en sus travesuras!... Una vez me echó un frasco de vino del Rhin por los cabezones... Pues, señor, esta calavera es la calavera de Yorick, el bufón del rey.

(*El sepulturero le da una calavera á Hamlet.*)

HAMLET.—¿Esta?

SEPULTURERO 1.º—La misma.

HAMLET.—¡Ay pobre Yorick!... Yo le conocí, Horacio... Era un hombre sumamente gracioso, de la más fecunda imaginación. Me acuerdo que siendo yo niño me llevó mil veces sobre sus hombros... y ahora su vista me llena de horror, y oprimido el pecho palpita... Aquí estuvieron aquellos labios donde yo dí besos sin número... ¿Qué se hicieron tus burlas, tus brincos, tus cantares y aquellos chistes repentinos que de ordinario animaban la mesa con alegre estrépito? Ahora, falto ya enteramente de músculos, ni aun puedes reirte de tu propia deformidad... Vé al tocador de una de nuestras damas, y díla para excitar su risa, que por más que se ponga una pulgada de afeite en el ros-

HAMLET.—*¡ Ay, pobre Yorick !..*

tro, al fin habrá de experimentar esta misma transformación... (*Tira la calavera al montón de tierra inmediato á la sepultura.*) Díme una cosa, Horacio.

HORACIO.—¿Cuál es, señor?

HAMLET.—¿Crees tú que Alejandro metido debajo de tierra tendría esa forma horrible?

HORACIO.—Cierto que sí.

HAMLET.—¿Y exhalaría este mismo hedor?... ¡Uh!

HORACIO.—Sin diferencia alguna.

(*El sepulturero primero, acabada la excavación, sale de la sepultura y se pasea hacia el fondo del teatro. Viene después el sepulturero segundo, que trae el aguardiente; beben y hablan entre sí, permaneciendo retirados hasta la escena siguiente, como lo indica el diálogo.*)

HAMLET.—¡En qué abatimiento hemos de parar, Horacio!... Y ¿por qué no podría la imaginación seguir las ilustres cenizas de Alejandro hasta encontrarlas tapando la boca de algún barril?

HORACIO.—Á fe, que sería excesiva curiosidad ir á examinarlo.

HAMLET.—No, no por cierto. No hay sino irle siguiendo hasta conducirle allí con probabilidad y sin violencia alguna. Como si dijéramos: Alejandro murió, Alejandro fué sepultado, Alejandro se redujo á polvo, el polvo es tierra, de la tierra hacemos barro... Y ¿por qué con este barro, en que él está ya convertido, no habrán podido tapar un barril de cerveza? El emperador César, muerto y hecho tierra, puede tapar un agujero para estorbar que pase el aire... ¡Oh! Y aquella tierra que tuvo atemorizado el orbe, servirá tal vez de reparar las hendiduras de un tabique contra las intemperies del invierno... Pero callemos... hagámonos á un lado, que... Sí... aquí viene el rey, la reina, los grandes... ¿Á quién acompañan? ¡Qué ceremonial tan incompleto es éste!... Todo ello me anuncia, que el difunto que conducen dió fin á su vida con desespe-

rada mano... Sin duda era persona de calidad. Ocultémonos un poco, y observa.

ESCENA III

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, LAERTES, HORACIO, un cura, dos sepultureros, acompañamiento de damas, caballeros y criados.

(*Conducen entre cuatro hombres el cadáver de Ofelia, vestida con túnica blanca y coronada de flores. Detrás sigue el preste y todos los que hacen el duelo, atravesando el teatro á paso lento, hasta llegar adonde está la sepultura. Suena el clamor de las campanas. Hamlet y Horacio se retiran á un extremo del teatro.*)

LAERTES.—¿ Qué otra ceremonia falta ?

HAMLET.—Mira, aquel es Laertes, joven muy ilustre.

LAERTES.—¿ Qué ceremonia falta ?

EL CURA.—Ya se han celebrado sus exequias con toda la decencia posible. Su muerte da lugar á muchas dudas, y á no haberse interpuesto la suprema autoridad que modifica las leyes, hubiera sido colocada en lugar profano; allí estuviera hasta que sonase la trompeta final, y en vez de oraciones piadosas, hubieran caído sobre su cadáver guijarros, piedras y cascote. No obstante esto, se la han concedido las vestiduras y adornos virginales, el clamor de las campanas y la sepultura.

LAERTES.—¿ Con que no se debe hacer más ?

EL CURA.—No más. Profanaríamos los honores sagrados de los difuntos cantando un *requiem* para implorar el descanso de su alma, como se hace por aquellos que parten de esta vida con más cristiana disposición.

LAERTES.—Dadla tierra, pues. (*Ponen el cadáver de Ofelia en la sepultura.*) Sus hermosos é intactos miembros acaso producirán violetas suaves. Y á ti, clérigo zafio, te anuncio que mi hermana será un ángel del Señor, mientras tú estarás bramando en los abismos.

HAMLET.—¡Qué!... ¡La hermosa Ofelia!

GERTRUDIS.—Dulces dones á mi dulce amiga. (*Esparce flores sobre el cadáver.*) Adiós... Yo deseaba que hubieras sido esposa de mi Hamlet, graciosa doncella, y esperé cubrir de flores tu lecho nupcial... pero no tu sepulcro.

LAERTES.—¡Oh! una y mil veces sea maldito aquel cuya acción inhumana te privó á ti del más sublime entendimiento!... No... esperad un instante; no echéis la tierra todavía... no... hasta que otra vez la estreche en mis brazos... (*Métese en la sepultura.*) Echadla ahora sobre la muerta y el vivo, hasta que de este llano hagáis un monte que descuelle sobre el antiguo Pelión, ó sobre la azul extremidad del Olimpo que toca los cielos.

HAMLET.—¿Quién es el que da á sus penas idioma tan enfático, el que así invoca en su aflicción á las estrellas errantes, haciéndolas detenerse admiradas á oirle?... Yo soy Hamlet, príncipe de Dinamarca.

(*Atravesando por en medio de todos, va hacia la sepultura, entra en ella, y luchan él y Laertes, y se dan puñadas. Algunos de los circunstantes van allá, los sacan del hoyo y los separan.*)

LAERTES.—El demonio lleve tu alma.

HAMLET.—No es justo lo que pides... Quita esos dedos de mi cuello; porque aunque no soy precipitado ni colérico, algún riesgo hay en ofenderme, y si eres prudente debes evitarle... Quita de ahí esa mano.

CLAUDIO.—Separadlos.

GERTRUDIS.—¡Hamlet! ¡Hamlet!

TODOS.—¡Señores!

HORACIO.—Moderáos, señor.

HAMLET.—No; por causa tan justa lidiaré con él hasta que cierre mis párpados la muerte.

GERTRUDIS.—¿Qué causa puede haber, hijo mío?

HAMLET.—Yo he querido á Ofelia, y cuatro mil hermanos juntos no podrán con todo su amor exceder al mío... ¿Qué quieres hacer por ella? Dí.

CLAUDIO.—Laertes, mira que está loco.

GERTRUDIS.—Por Dios, Laertes, déjale.

HAMLET.—Dime lo que intentas hacer. (*Los sepultureros llenan la sepultura de tierra y la apisonan.*) ¿Quieres llorar, combatir, negarte al sustento, hacerte pedazos, beber todo el Esil, devorar un caimán? Yo lo haré también... ¿Vienes aquí á lamentar su muerte, á insultarme precipitándote en su sepulcro, á ser enterrado vivo con ella? Pues bien, eso quiero yo; y si hablas de montes, descarguen sobre nosotros yugadas de tierra innumerables, hasta que estos campos tuesten su frente en la tórrida zona, y el alto Osa parezca en su comparación un terrón pequeño... Si me hablas con soberbia, yo usaré un lenguaje tan altanero como el tuyo.

GERTRUDIS.—Todos son efectos de su frenesí, cuya violencia podrá agitarle por algún tiempo; pero después, semejante á la mansa paloma cuando siente animadas las mellizas crías, le veréis sin movimiento y mudo.

HAMLET.—Óyeme: ¿cuál es la razón de obrar así conmigo?... Siempre te he querido bien... Pero... nada importa. Aunque el mismo Hércules con todo su poder quiera estorbarlo, el gato mayará y el perro quedará vencedor. (*Vase Hamlet y Horacio le sigue.*)

CLAUDIO.—Horacio, vé, no le abandones... Laertes, nuestra plática de la noche anterior fortificará tu paciencia mientras dispongo lo que importa en la ocasión presente... Amada Gertrudis, será bien que alguno se

encargue de la guarda de tu hijo... Esta sepultura se adornará con un monumento durable... Espero que gozaremos brevemente horas más tranquilas; pero entre tanto conviene sufrir.

ESCENA IV

Salón del palacio, el mismo que sirvió para la representación, con asientos que han de ocuparse en la escena IX.

HAMLET, HORACIO

HAMLET.—Baste ya lo dicho sobre esta materia. Ahora quisiera informarte de lo demás; pero, ¿te acuerdas bien de todas las circunstancias?

HORACIO.—¿No he de acordarme, señor?

HAMLET.—Pues sabrás, amigo, que agitado continuamente mi corazón en una especie de combate, no me permitía conciliar el sueño, y en tal situación me juzgaba más infeliz que el delincuente cargado de prisiones. Una temeridad... Bien que debo dar gracias á esta temeridad, pues por ella existo... Sí, confesemos que tal vez nuestra indiscreción suele sernos útil, al paso que los planes concertados con la mayor sagacidad se malogran; prueba certísima de que la mano de Dios conduce á su fin todas nuestras acciones, por más que el hombre las ordene sin inteligencia.

HORACIO.—Así es la verdad.

HAMLET.—Salgo pues de mi camarote, mal rebujado con un vestido de marinero; y á tientas, favorecido de la oscuridad, llego hasta donde ellos estaban. Logro mi deseo, me apodero de sus papeles, y me vuelvo á mi cuarto. Allí, olvidando mis recelos toda consideración, tuve la osadía de abrir sus despachos, y en ellos

encuentro, amigo, una alevosía del rey. Una orden precisa, apoyada en varias razones de ser importante á la tranquilidad de Dinamarca y aun á la de Inglaterra, y... ¡oh! mil temores y anuncios de mal si me dejan vivo... En fin, decía que luégo que fuese leída, sin dilación ni aun para afinar á la segur el filo, me cortasen la cabeza.

HORACIO.—¿Es posible?

HAMLET.—Mira la orden aquí (*le enseña un pliego, y vuelve á guardársele*); podrás leerla en mejor ocasión. Pero, ¿quieres saber lo que yo hice?

HORACIO.—Sí, yo os lo ruego.

HAMLET.—Ya ves cómo rodeado así de traiciones, ya ellos habían empezado el drama aun antes de que yo hubiese comprendido el prólogo. No obstante, siéntome al bufete, imagino una orden distinta, y la escribo inmediatamente de buena letra... Yo creí algún tiempo (como todos los grandes señores) que el escribir bien fuese un desdoro, y aun no dejé de hacer muchos esfuerzos para olvidar esta habilidad; pero ahora conozco, Horacio, cuán útil me ha sido tenerla. ¿Quieres saber lo que el escrito contenía?

HORACIO.—Sí, señor.

HAMLET.—Una súplica del rey dirigida con grandes instancias al de Inglaterra, como á su obediente feudatario, diciéndole que su recíproca amistad florecería como la palma robusta; que la paz coronada de espigas mantendría la quietud de ambos imperios, uniéndolos en amor durable, con otras expresiones no menos afectuosas; pidiéndole por último que vista que fuese aquella carta, sin otro examen, hiciese perecer con pronta muerte á los dos mensajeros, no dándoles tiempo ni aun para confesar su delito.

HORACIO.—¿Y cómo la pudisteis sellar?

HAMLET.—Aun eso también parece que lo dispuso el cielo; porque felizmente traía conmigo el sello de mi

padre, por el cual se hizo el que hoy usa el rey. Cierro el pliego en la forma que el anterior, póngole la misma dirección, el mismo sello, le conduzco sin ser visto al mismo paraje, y nadie nota el cambio... Al día siguiente ocurrió el combate naval: lo que después sucedió, ya lo sabes.

HORACIO.—De ese modo Guillermo y Ricardo caminan derechos á la muerte.

HAMLET.—Ya ves que ellos han solicitado este encargo: mi conciencia no me acusa acerca de su castigo... Ellos mismos se han procurado su ruina... Es muy peligroso al inferior meterse entre las puntas de las espadas, cuando dos enemigos poderosos lidian.

HORACIO.—¡Oh, qué rey éste!

HAMLET.—¿Juzgas tú que no estoy en obligación de proseguir lo que falta? El que asesinó á mi padre y mi rey, que ha deshonrado á mi madre, que se ha introducido furtivamente entre el solio y mis derechos justos, que ha conspirado contra mi vida valiéndose de medios tan aleves... ¿no será justicia rectísima castigarle con esta mano? ¿No será culpa en mí tolerar que ese monstruo exista para cometer, como hasta aquí, maldades atroces?

HORACIO.—Presto le avisarán de Inglaterra cuál ha sido el éxito de su solicitud.

HAMLET.—Sí, presto lo sabrá; pero entre tanto el tiempo es mío, y para quitar á un hombre la vida un instante basta... Sólo me disgusta, amigo Horacio, el lance ocurrido con Laertes, en que olvidado de mí propio, no ví en mi sentimiento la imagen y semejanza del suyo. Procuraré su amistad, sí... Pero, ciertamente, aquel tono amenazador que daba á sus quejas irritó en exceso mi cólera.

HORACIO.—Callad... ¿Quién viene aquí?

ESCENA V

HAMLET, HORACIO, ENRIQUE

ENRIQUE.—En hora feliz haya regresado V.A. á Dinamarca.

HAMLET.—Muchas gracias, caballero... ¿Conoces á este moscón?

HORACIO.—No, señor.

HAMLET.—Nada se te dé, que el conocerle es por cierto poco agradable. Este es señor de muchas tierras y muy fértiles, y por más que él sea un bestia que manda en otros tan bestias como él, ya se sabe, tiene su pesebre fijo en la mesa del rey... Es la corneja más charlera que en mi vida he visto; pero, como te he dicho ya, posee una gran porción de polvo.

ENRIQUE.—Amable príncipe, si vuestra grandeza no tiene ocupación que se lo estorbe, yo le comunicaría una cosa de parte del rey.

HAMLET.—Estoy dispuesto á oirla con la mayor atención... Pero emplead el sombrero en el uso á que fué destinado. El sombrero se hizo para la cabeza.

ENRIQUE.—Muchas gracias, señor... ¡Eh! el tiempo está caluroso.

HAMLET.—No, al contrario, muy frío. El viento es norte.

ENRIQUE.—Cierto, que hace bastante frío.

HAMLET.—Antes yo creo... á lo menos para mi complexión hace un calor que abrasa.

ENRIQUE.—¡Oh! en extremo... sumamente fuerte, como... yo no sé cómo diga... Pues, señor, el rey me manda que os informe de que ha hecho una grande apuesta en vuestro favor. Este es el asunto.

HAMLET.—Tened presente que el sombrero se...

ENRIQUE.—¡Oh! señor... lo hago por comodidad...

cierto... Pues ello es que Laertes acaba de llegar á la corte... ¡Oh! es un perfecto caballero, no cabe duda. Excelentes cualidades, un trato muy dulce, muy bien quisto de todos... Cierto, hablando sin pasión, es me-

nester confesar que es la nata y flor de la nobleza, porque en él se hallan cuantas prendas pueden verse en un caballero.

HAMLET.—La pintura que de él hacéis no desmerece nada en vuestra boca, aunque yo creí que al hacer el inventario de sus virtudes se confundirían la aritmética y la memoria, y ambas serían insuficientes para suma tan larga. Pero sin exagerar su elogio, yo le tengo por un hombre de grande espíritu y de tan particular y extraordinaria naturaleza, que (hablando con toda la exactitud posible) no se hallará su semejanza

sino en su mismo espejo; pues el que presuma buscarla en otra parte sólo encontrará bosquejos informes.

ENRIQUE.—V. A. acaba de hacer justicia imparcial en cuanto ha dicho de él.

HAMLET.—Sí; pero sépase á qué propósito nos enronquecemos ahora, entremetiendo en nuestra conversación las alabanzas de ese galán.

ENRIQUE.—¿Cómo decís, señor?

HORACIO.—¿No fuera mejor que le hablarais con más claridad? Yo creo, señor, que no os sería difícil.

HAMLET.—Digo que ¿á qué viene ahora hablar de ese caballero?

ENRIQUE.—¿De Laertes?

HORACIO.—¡Eh! ya vació cuánto tenía, y se le acabó la provisión de frases brillantes.

HAMLET.—Sí, señor, de ese mismo.

ENRIQUE.—Yo creo que no estaréis ignorante de...

HAMLET.—Quisiera que no me tuviérais por ignorante; bien que vuestra opinión no me añadiría un gran concepto... Y bien, ¿qué más?

ENRIQUE.—Decía, que no podéis ignorar el mérito de Laertes.

HAMLET.—Yo no me atreveré á confesarlo por no igualarme con él, siendo averiguado que para conocer bien á otro es menester conocerse bien á sí mismo.

ENRIQUE.—Yo lo decía por su destreza en el arma, puesto que según la voz general, no se le conoce compañero.

HAMLET.—¿Y qué arma es la suya?

ENRIQUE.—Espada y daga.

HAMLET.—Esas son dos armas... Vaya, adelante.

ENRIQUE.—Pues, señor, el rey ha apostado contra él seis caballos bárbaros, y él ha impuesto por su parte (según he sabido) seis espadas francesas con sus dagas y guarniciones correspondientes, como cinturón, col-

gantes, y así á este tenor... Tres de estas cureñas particularmente son la cosa más bien hecha que puede darse. ¡Cureñas como ellas!... ¡Oh! es obra de mucho gusto y primor.

HAMLET.— Y ¿á qué cosa llamáis cureñas?

HORACIO.— Ya recelaba yo que sin el socorro de notas marginales no pudiérais acabar el diálogo.

ENRIQUE.— Señor, por cureñas entiendo yo, así, los... los cinturones...

HAMLET.— La expresión sería mucho más propia, si pudiéramos llevar al lado un cañón de artillería; pero en tanto que este uso no se introduce, los llamaremos cinturones... En fin, vamos al asunto. Seis caballos bárbaros contra seis espadas francesas con sus cinturones, y entre ellos tres cureñas primorosas... ¿Con que esto es lo que apuesta el francés contra el dinamarqués? ¿Y á qué fin se han impuesto (como vos decís) todas esas cosas?

ENRIQUE.—El rey ha apostado que si batalláis con Laertes, en doce jugadas no pasarán de tres botonazos los que él os dé; y él dice, que en las mismas doce os dará nueve cuando menos, y desea que esto se juzgue inmediatamente, si os dignáis de responder.

HAMLET.—¿Y si respondo que no?

ENRIQUE.—Quiero decir, si admitís el partido que os propone.

HAMLET.— Pues, señor, yo tengo que pasearme todavía en esta sala; porque si S. M. no lo há por enojo, esta es la hora crítica en que yo acostumbro respirar el ambiente. Tráiganse aquí los floretes, y si ese caballero lo quiere así, y el rey se mantiene en lo dicho, le haré ganar la apuesta si puedo; y si no puedo, lo que yo ganaré será vergüenza y golpes.

ENRIQUE.—Con que ¿lo diré en esos términos?

HAMLET.—Esta es la sustancia; después lo podéis adornar con todas las flores de vuestro ingenio.

ENRIQUE.—Señor, recomiendo nuevamente mis respetos á vuestra grandeza.

HAMLET.—Siempre vuestro, siempre.

ESCENA VI

HAMLET, HORACIO

HAMLET.—Él hace muy bien de recomendarse á sí mismo; porque si no, dudo mucho que nadie lo hiciese por él.

HORACIO.—Este me parece un vencejo que empezó á volar y chillar con el cascarón pegado á las plumas.

HAMLET.—Sí, y aun antes de mamar hacía ya cumplimientos á la teta... Este es uno de los muchos que en nuestra corrompida edad son estimados, únicamente porque saben acomodarse al gusto del día con esa exterioridad halagüeña y obsequiosa... y con ella tal vez suelen sorprender el aprecio de los hombres prudentes; pero se parecen demasiado á la espuma, que por más que hierva y abulte, al dar un soplo se reconoce lo que es; todas las ampollas huecas se deshacen, y no queda nada en el vaso.

ESCENA VII

HAMLET, HORACIO, un Caballero

CABALLERO.—Señor, parece que S. M. os envió un recado con el joven Enrique, y éste ha vuelto diciendo que esperabais en esta sala. El rey me envía á saber si gustáis de batallar con Laertes inmediatamente, ó si queréis que se dilate.

HAMLET.—Yo soy constante en mi resolución, y la

sujeto á la voluntad del rey. Si esta hora fuese cómoda para él, también lo es para mí: con que hágase al instante ó cuando guste, con tal que me halle en la buena disposición que ahora.

CABALLERO.—El rey y la reina bajan con toda la corte.

HAMLET.—Muy bien.

CABALLERO.—La reina quisiera que antes de comenzar la batalla, hablarais á Laertes con dulzura y expresiones de amistad.

HAMLET.—Es advertencia muy prudente.

ESCENA VIII

HAMLET, HORACIO

HORACIO.—Temo que habéis de perder, señor.

HAMLET.—No, yo pienso que no. Desde que él partió para Francia, no he cesado de ejercitarme, y creo que le llevaré ventaja... Pero... no podrás imaginarte qué angustia siento aquí en el corazón... ¿Y sobre qué?... No hay motivo.

HORACIO.—Con todo eso, señor...

HAMLET.—¡Ilusiones vanas!... Especies de presentimientos capaces sólo de turbar un alma femenil.

HORACIO.—Si sentís interiormente alguna repugnancia, no hay para qué empeñaros. Yo me adelantaré á encontrarlos, y les diré que estáis indispuesto.

HAMLET.—No, no... Me burlo yo de tales presagios. Hasta en la muerte de un pajarillo interviene una providencia irresistible. Si mi hora es llegada, no hay que esperarla; si no ha de venir ya, señal que es ahora; y si ahora no fuese, habrá de ser después: todo consiste en hallarse prevenido para cuando venga. Si el hombre al terminar su vida ignora siempre lo que podría

ocurrir después, ¿qué importa que la pierda tarde ó presto? Sepa morir.

ESCENA IX

HAMLET, HORACIO, CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES, ENRIQUE, caballeros, damas, acompañamiento

CLAUDIO.—Ven, Hamlet, ven y recibe esta mano que te presento. *(Hace que Hamlet y Laertes se dén la mano.)*

HAMLET.—Laertes, si estáis ofendido de mí, os pido perdón. Perdonadme como caballero. Cuantos se hallan presentes saben, y aun vos mismo lo habréis oído, el desorden que mi razón padece. Cuanto haya hecho insultando la ternura de vuestro corazón, vuestra nobleza ó vuestro honor, cualquiera acción, en fin, capaz de irritaros, declaro solemnemente en este lugar que ha sido efecto de mi locura. ¿Puede Hamlet haber ofendido á Laertes? No. Hamlet no ha sido, porque estaba fuera de sí; y si en tal ocasión (en que él á sí propio se desconocía) ofendió á Laertes, no fué Hamlet el agresor, porque Hamlet lo desaprueba y lo desmiente. Pues ¿quién puede ser? Su demencia sola... Siendo esto así, el desdichado Hamlet es partidario del ofendido, al paso que en su propia locura reconoce su mayor contrario. Permitid pues que delante de esta asamblea me justifique de toda siniestra intención, y espero de vuestro ánimo generoso el olvido de mis desaciertos. Disparaba el arpón sobre los muros de ese edificio; y por error herí á mi hermano.

LAERTES.—Mi corazón, cuyos impulsos naturales eran los primeros á pedirme en este caso venganza, queda satisfecho. Mi honra no me permite pasar adelante, ni admitir reconciliación alguna, hasta que examinado el hecho por ancianos y virtuosos árbitros, se

declare que mi pundonor está sin mancilla. Mientras llega este caso, admito con afecto recíproco el que me anunciáis, y os prometo de no ofenderle.

HAMLET.—Yo recibo con sincera gratitud ese ofrecimiento, y en cuanto á la batalla que va á comenzarse, lidiaré con vos como si mi competidor fuese mi hermano... Vamos. Dadnos floretes.

LAERTES.—Sí, vamos... uno á mí.

HAMLET.—La victoria no os será difícil: vuestra habilidad lucirá sobre mi ignorancia, como una estrella resplandeciente entre las tinieblas de la noche.

LAERTES.—No os burléis, señor.

HAMLET.—No, no me burlo.

CLAUDIO.—Dales floretes, joven Enrique. Hamlet, ya sabes cuáles son las condiciones.

HAMLET.—Sí, señor, y en verdad que habéis apostado por el más débil.

(Traen los criados una mesa, y en ella, cuando lo manda Claudio, ponen jarros y copas de oro que llenan de vino. Claudio y Gertrudis se sientan junto á la mesa, y todos los demás, según su clase, ocupan los asientos restantes. Quedan en pié los criados que sirven las copas, Hamlet y Laertes, que se disponen para batallar, y Horacio y Enrique en calidad de jueces ó padrinos.)

CLAUDIO.—No temo perder. Yo os he visto ya esgrimir á entrambos, y aunque él haya adelantado después, por eso mismo el premio es mayor á favor nuestro.

LAERTES.—Este es muy pesado. Dejadme ver otro.

(Enrique presenta varios floretes. Hamlet toma uno, y Laertes escoge otro.)

HAMLET.—Este me parece bueno... ¿Son todos iguales?

ENRIQUE.—Sí, señor.

CLAUDIO.—Cubrid esta mesa de copas llenas de vino. Si Hamlet da la primera ó segunda estocada, ó en la

tercera suerte da un quite al contrario, disparen toda la artillería de las almenas. El rey beberá á la salud de Hamlet, echando en la copa una perla más preciosa que la que han usado en su corona los cuatro últimos soberanos daneses..... Traed las copas, y el timbal diga á las trompetas, las trompetas al artillero distante, los cañones al cielo, y el cielo á la tierra: ahora brinda el rey de Dinamarca á la salud de Hamlet..... Comenzad, y vosotros, que habéis de juzgarlos, observad atentos.

HAMLET.—Vamos.

LAERTES.—Vamos, señor. (*Batallan Hamlet y Laertes.*)

HAMLET.—Una.

LAERTES.—No.

HAMLET.—Que juzguen.

ENRIQUE.—Una estocada, no hay duda.

LAERTES.—Bien, á otra.

CLAUDIO.—Esperad..... Dadme de beber. (*Claudio echa una perla en la copa y bebe, alarga después la copa á Hamlet, y él rehusa tomarla. Suena á lo lejos ruido de trompetas y cañonazos.*) Hamlet, esta perla es para ti, y brindo con ella á tu salud. Dadle la copa.

HAMLET.—Esperad un poco. (*Vuelven á batallar.*) Quiero dar este bote primero. Vamos..... Otra estocada. ¿Qué decís?

LAERTES.—Sí, me ha tocado: lo confieso.

CLAUDIO.—¡Oh! nuestro hijo vencerá.

GERTRUDIS.—Está grueso y se fatiga demasiado. Ven aquí, Hamlet, toma este lienzo y límpiate el rostro... La reina brinda á tu buena fortuna, querido Hamlet.

(*Toma la copa y bebe; Claudio lo quiere estorbar; y Gertrudis bebe segunda vez.*)

HAMLET.—Muchas gracias, señora.

CLAUDIO.—No, no bebáis.

GERTRUDIS.—¡Oh! señor, perdonadme, yo he de beber.

CLAUDIO.—¡La copa envenenada!..... Pero... no hay remedio.

HAMLET.—No, ahora no bebo, esperad un instante.

GERTRUDIS.—Ven, hijo mío, te limpiaré el sudor del rostro.

LAERTES.—Ahora veréis si le acierto.

(*Laertes habla con Claudio en voz baja, mientras Gertrudis limpia con un lienzo el sudor á Hamlet.*)

CLAUDIO.—Yo pienso que no.

LAERTES.—No sé qué repugnancia siento al ir á ejecutarlo.

HAMLET.—Vamos á la tercera, Laertes... Pero bien se ve que lo tomáis á fiesta: batallad, os ruego, con más ahínco. Mucho temo que os burléis de mí.

LAERTES.—¿Eso decís, señor? Vamos. (*Batallan.*)

ENRIQUE.—Nada: ni uno ni otro.

LAERTES.—Ahora... esta...

(*Vuelven á batallar; se enfurecen, truécanse las espadas y quedan heridos los dos. Horacio y Enrique los separan con dificultad; Gertrudis cae moribunda en los brazos de Claudio. Todo es terror y confusión.*)

CLAUDIO.—Parece que se acaloran demasiado... Separadlos.

HAMLET.—No, no, vamos otra vez.

ENRIQUE.—Ved qué tiene la reina... ¡Cielos!

HORACIO.—¡Ambos heridos! ¿Qué es esto, señor?

ENRIQUE.—¿Cómo ha sido, Laertes?

LAERTES.—Esto es haber caído en el lazo que preparé... justamente muero víctima de mi propia traición.

HAMLET.—¿Qué tiene la reina?

CLAUDIO.—Se ha desmayado al veros heridos.

GERTRUDIS.—No, no... ¡La bebida!... ¡Querido Hamlet!... ¡La bebida!... Me han envenenado!

(*Queda muerta en la silla.*)

HAMLET.—¡Oh, qué alevosía!... ¡Oh!... Cerrad las puertas... Traición... Buscad por todas partes...

LAERTES.—No, el traidor está aquí. (*Dirá esto sostenido por Enrique.*) Hamlet, tú eres muerto... No hay medicina que pueda salvarte: vivirás media hora apenas... En tu mano está el instrumento aleve, bañada con ponzoña su aguda punta... ¡Volvióse en mi daño la trama indigna!... Vesme aquí postrado para no levantarme jamás... Tu madre ha bebido un tósigo... No puedo proseguir... El rey, el rey es el delincuente. (*Claudio quiere huir. Hamlet corre á él furioso, y le atraviesa la espada por el cuerpo. Toma la copa envenenada, y se la hace apurar por fuerza. Le deja muerto en el suelo, y vuelve á oir las últimas palabras de Laertes.*)

HAMLET.—¿Está envenenada esta punta? Pues, veneno, produce tus efectos.

TODOS.—Traición, traición.

CLAUDIO.—Amigos, estoy herido... Defendedme.

HAMLET.—¡Malvado, incestuoso, asesino! Bebe esta ponzoña... ¿Está la perla aquí? Sí, toma, acompaña á mi madre.

LAERTES.—¡Justo castigo!... Él mismo preparó la poción mortal... Olvidémonos de todo, generoso Hamlet, y... ¡Oh, no caiga sobre ti la muerte de mi padre y la mía, ni sobre mí la tuya! (*Cae muerto.*)

HAMLET.—El cielo te perdone... Ya voy á seguirte... Yo muero, Horacio... Adiós, reina infeliz... (*Abrazando el cadáver de Gertrudis.*) Vosotros, que asistís pálidos y mudos con el temor á este suceso terrible... Si yo tuviera tiempo... (*Empieza á manifestar desfallecimiento y angustias de muerte. Parte de los circunstantes le acompaña y sostiene. Horacio hace extremos de dolor.*) La muerte es un ministro inexorable que no dilata la ejecución... Yo pudiera deciros... pero no es posible. Horacio, yo muero. Tú, que vivirás, refiere la verdad y los motivos de mi conducta á quien los ignora.

HORACIO.—¿Vivir? No lo creáis. Yo tengo alma romana, y aún ha quedado aquí parte del tósigo.

(*Busca en la mesa el jarro del veneno, echa porción de él en una copa, va á beber. Hamlet quiere estorbárselo. Los criados quitan la copa á Horacio, la toma Hamlet, y la tira al suelo.*)

HAMLET.—Dame esa copa... presto... por Dios te lo pido. ¡Oh, querido Horacio! si esto permanece oculto, ¡qué manchada reputación dejaré después de mi muerte! Si alguna vez me diste lugar en tu corazón, retarda un poco esa felicidad que apeteces, alarga por algún tiempo la fatigosa vida en este mundo lleno de miserias, y divulga por él mi historia... ¿Qué estrépito militar es este?

(*Suena música militar, que se va aproximando lentamente.*)

ESCENA X

HAMLET, HORACIO, ENRIQUE, un Caballero y acompañamiento

CABALLERO.—El joven Fortimbrás, que vuelve vencedor de Polonia, saluda con la salva marcial que oís á los embajadores de Inglaterra.

HAMLET.—Yo espiro, Horacio; la activa ponzoña sufoca mi aliento... No puedo vivir para saber nuevas de Inglaterra; pero me atrevo á anunciar que Fortimbrás será elegido por aquella nación. Yo moribundo le doy mi voto... Díselo tú, é infórmale de cuánto acaba de ocurrir... ¡Oh! Para mí sólo queda ya... silencio eterno.

(*Muere.*)

HORACIO.—¡En fin, se rompe ese gran corazón!... Adiós, adiós, amado príncipe. (*Le besa las manos, y hace ademanes de dolor.*) ¡Los coros angélicos te acompañen al celeste descanso!... Pero, ¿cómo se acerca hasta aquí ese estruendo de atambores?

ESCENA XI

FORTIMBRÁS, dos embajadores, HORACIO, ENRIQUE, soldados, acompañamiento

FORTIMBRÁS.—¿En dónde está ese espectáculo?

HORACIO.—¿Qué buscáis aquí? Si no queréis ver desgracias espantosas, no paséis adelante.

FORTIMBRÁS.—¡Oh! Este destrozo pide sangrienta venganza... Soberbia muerte, ¿qué festín dispones en tu morada infernal, que así has herido con un golpe solo tantas ilustres víctimas?

EMBAJADOR 1.º—¡Horroriza el verlo!... Tarde hemos llegado con los mensajes de Inglaterra. Los oídos á quienes debíamos dirigirlos son ya insensibles. Sus órdenes fueron puntualmente ejecutadas. Ricardo y Guillermo perdieron la vida... Pero, ¿quién nos dará las gracias de nuestra obediencia?

HORACIO.—No las recibiríais de su boca aunque viviese todavía, que él nunca dió orden para tales muertes. Pero puesto que vos, viniendo victorioso de la guerra contra Polonia, y vosotros, enviados de Inglaterra, os halláis juntos en este lugar, y os veo deseosos de averiguar este suceso trágico, disponed que esos cadáveres se expongan sobre una tumba elevada á la vista pública, y entonces haré saber al mundo, que lo ignora, el motivo de estas desgracias. Me oiréis hablar (pues todo os lo sabré referir fielmente) de acciones crueles, bárbaras, atroces: sentencias que dictó el acaso, estragos imprevistos, muertes ejecutadas con violencia y aleve astucia, y al fin proyectos malogrados que han hecho perecer á sus autores mismos.

FORTIMBRÁS.—Deseo con impaciencia oíros, y convendrá que se reuna con este objeto la nobleza de la nación. No puedo mirar sin horror los dones que me

HORACIO. — *¡ En fin, se rompe ese gran corazón !...*

ofrece la fortuna; pero tengo derechos muy antiguos á esta corona, y en tal ocasión es justo reclamarlos.

HORACIO.—También puedo hablar en ese propósito, declarando el voto que pronunció aquella boca que ya no formará sonido alguno... Pero ahora que los ánimos están en peligroso movimiento, no se dilate la ejecución un instante solo, para evitar los males que pudieran causar la malignidad ó el error.

FORTIMBRÁS.—Cuatro de mis capitanes lleven al túmulo el cuerpo de Hamlet con las insignias correspondientes á un guerrero. ¡Ah! si él hubiese ocupado el trono, sin duda hubiera sido un excelente monarca... Resuene la música militar por donde pase la pompa fúnebre, y háganse le todos los honores de la guerra... Quitad, quitad de ahí esos cadaveres. Espectáculo tan sangriento más es propio de un campo de batalla que de este sitio... Y vosotros haced que salude con descargas todo el ejército.

EL REY LEAR

PERSONAJES

LEAR, rey de la Gran Bretaña.
EL REY DE FRANCIA.
EL DUQUE DE BORGOÑA.
EL DUQUE DE CORNOUAILLES.
EL DUQUE DE ALBANIA.
EL CONDE DE GLOCESTER.
EL CONDE DE KENT.
EDGARDO, hijo legítimo del conde de Glocester.
EDMUNDO, bastardo del conde de Glocester.
CURAN, cortesano.
Un médico.
Un bufón.
OSVALDO, intendente de Goneril.
Un capitán, á las órdenes de Edmundo.
Un oficial, adicto á Cordelia.
Un heraldo.
Un anciano, vasallo del conde de Glocester.
Servidumbre del duque de Cornouailles.
GONERIL, REGAN, CORDELIA } hijas del Rey Lear.
Caballeros del séquito del rey, oficiales, mensajeros, soldados.

La escena pasa en la Gran Bretaña.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Palacio del rey Lear

Entran el CONDE DE KENT, el CONDE DE GLOCESTER y EDMUNDO

EL CONDE DE KENT.—Siempre creí al rey más inclinado al duque de Albania que al duque de Cornouailles.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Lo mismo creíamos todos; pero hoy, en el reparto que acaba de hacer entre los de su reino, ya no es posible afirmar á cual de los dos duques prefiere. Ambos lotes se equilibran tanto, que el más escrupuloso examen no alcanzaría á distinguir elección ni preferencia.

EL CONDE DE KENT.—¿No es ese vuestro hijo, milord?

EL CONDE DE GLOCESTER.—Su educación ha corrido á mi cargo, y tantas veces me he avergonzado de reconocerle que al fin mi frente, trocada en bronce, no se tiñe ya de rubor.

EL CONDE DE KENT.—No os entiendo.

El conde de Glocester.—Su madre me entendería mejor; por haberme entendido demasiado vió un hijo en su cuna, antes que un esposo en su lecho. ¿Comprendéis, ahora, su falta?

El conde de Kent.—No quisiera yo que esa falta hubiese dejado de cometerse, pues produjo tan bello fruto.

El conde de Glocester.—Tengo, además, un hijo legítimo, que le lleva á éste algunos años de ventaja, mas no por ello le quiero más. Verdad es que Edmundo nació á la vida antes que le llamasen; pero su madre era una beldad, y no hay que ocultar el vergonzoso fruto que dió á luz. ¿Conoces á este gentilhombre, Edmundo?

Edmundo.—No, milord.

El conde de Glocester.—Es el conde de Kent. Desde ahora le respetarás como á uno de mis mejores amigos.

Edmundo.—Mis servicios están á las órdenes de vuestra señoría.

El conde de Kent.—Sois muy amable, y deseo captarme vuestro afecto.

Edmundo.—Procuraré, milord, hacerme digno de vuestra estimación.

El conde de Glocester.—Ha permanecido nueve años lejos de su país, y aún será preciso que vuelva á ausentarse. (*Óyese el toque de trompetas*). ¡El rey llega! (*Entran el Rey Lear, los duques de Cornouailles y de Albania, Goneril, Regan, Cordelia y séquito.*)

Lear.—Id, Glocester, á acompañar al rey de Francia y al duque de Borgoña.

El conde de Glocester.—Obedezco, señor.

(*Salen el conde y Edmundo.*)

Lear.—Ahora, Nos vamos á manifestar nuestras más secretas resoluciones. Á ver, el mapa de mis dominios. Sabed que hemos dividido nuestro reino en tres par-

tes. De los motivos que á ello nos deciden, el primero es aliviar nuestra vejez del peso de las tareas y negocios públicos, para asentarlo en hombros más jóvenes y robustos, y así, aligerados de tan onerosa carga, caminar sosegados hacia nuestra tumba. Cornouailles, hijo querido, y vos, duque de Albania, que no amáis menos á vuestro padre, nuestra firme voluntad es asignar públicamente en este día á cada una de nuestras hijas su dote, á fin de prevenir con ello todos los debates futuros. Los príncipes de Francia y de Borgoña, rivales ilustres en la conquista de nuestra hija menor, han permanecido largo tiempo en nuestra corte, donde el amor los retiene: hay que contestar á sus peticiones. Hablad, hijas mías: ya que hemos resuelto abdicar en este instante las riendas del gobierno, entregando en vuestras manos los derechos de nuestros dominios y los negocios de estado, decidme cuál de vosotras ama más á su padre. Nuestra benevolencia prodigará sus más ricos dones á aquella cuya gratitud y bondadoso natural más los merezcan. Vos, Goneril, primogénita nuestra, contestad la primera.

GONERIL.—Yo os amo, señor, más tiernamente que á la luz, al espacio y á la libertad, muchísimo más que todas las riquezas y preciosidades del mundo. Os amo tanto, cuanto se puede amar la vida, la salud, la belleza, y todos los honores y los dones todos; tanto, cuanto jamás hija amó á su padre; en fin, con un amor que la voz y las palabras no aciertan á explicar.

CORDELIA (*aparte*). —¿Qué hará Cordelia? Amar y callar.

LEAR.—Te hacemos soberana de todo este recinto, desde esta línea hasta ese límite, con todo cuanto encierran, frondosos bosques, y vasallos que los pueblan. Sean tu dote y herencia perpetua de los hijos que nazcan de ti y del duque de Albania. ¿Qué contesta

nuestra segunda hija, nuestra querida Regan, esposa de Cornouailles?

REGAN.—Formada estoy de los mismos elementos que mi hermana, y mido mi afecto por el suyo, en la sinceridad de mi corazón. Ha definido, con verdad, el amor que os profeso, padre mío. Pero aún quedó corta, pues yo me declaro enemiga de todos los placeres que la vista, el oído, el gusto y el olfato pueden dar, y sólo cifro mi felicidad en un sentimiento único: el tierno amor que por vos siento.

CORDELIA (*aparte*).—¿Qué te queda, pues, pobre Cordelia? ¿Pobre? No; estoy segura que mi corazón siente más amor del que mis labios pueden expresar.

LEAR.—Tú y tu posteridad, recibid en dote hereditario esta vasta porción de mi reino; no cede en extensión, en valor, ni en atractivo á la que he donado á Goneril. Ahora, Cordelia, tú que hiciste sentir á tu padre el postrero, aunque no el más tierno transporte de gozo, tú cuyo amor buscan y ambicionan los viñedos de Francia y el néctar de Borgoña ¿qué vas á contestar para recoger un tercer lote, más rico aún que el de tus hermanas? Habla.

CORDELIA.—Nada, señor.

LEAR.—¿Nada?

CORDELIA.—Nada.

LEAR.—De nada sólo puede resultar nada. Habla de nuevo.

CORDELIA.—Desgraciada de mí, que no puedo elevar mi corazón hasta mis labios. Amo á vuestra majestad tanto como debo, ni mas ni menos.

LEAR.—¿Cómo, cómo, Cordelia? Rectifica tu respuesta, si no quieres perder tu fortuna.

CORDELIA.—Vos, padre mío, me disteis la vida, me habéis nutrido y me habéis amado. Yo, por mi parte, os correspondo, tributándoos todos los sentimientos y toda la gratitud que el deber me impone; os soy su-

misa, os amo y os respeto sin reserva. Mas ¿por qué mis hermanas tienen maridos, si dicen que es vuestro todo su amor? Tal vez cuando yo me case, el esposo que reciba mi fe obtendrá con ella la mitad de mi ternura, la mitad de mis cuidados y la mitad de mis deberes; de seguro, jamás me casaré como mis hermanas para dar á mi padre todo mi amor.

LEAR.—¿Está de acuerdo tu corazón con tus palabras?

CORDELIA.—Sí, padre mío.

LEAR.—¡Cómo! ¡tan joven y tan poco tierna!

CORDELIA.—Tan joven y tan franca, señor.

LEAR.—¡Está bien! Quédate con la verdad por dote; pues, por los sagrados rayos del sol, por los sombríos misterios de Hécate y de la noche, por todas las influencias de esos globos celestes que nos dan vida ó nos matan, abjuro desde ahora todos mis sentimientos naturales, rompo todos los lazos de la naturaleza y de la sangre y te destierro para siempre de mi corazón.

EL CONDE DE KENT.—Mi buen soberano...

LEAR.—Callaos, Kent. No os coloquéis entre el león y su furor. La amé con ternura y esperaba confiar el reposo de mis ancianos días á los cuidados de su cariño. *(A Cordelia)*. Sal, y aléjate de mi presencia. Que venga el príncipe de Francia y... ¿no se me obedece?... y el duque de Borgoña. Vos, Cornouailles, y vos, duque de Albania, repartíos el tercer lote, añadiéndole al dote de mis otras dos hijas. Sírvala á ella de esposo el orgullo que nos vende como ingenuidad. Os invisto á entrambos de mi poder, de mi soberanía y de todas las prerrogativas anejas á la majestad. Nos y cien caballeros que reservamos para nuestra guardia y que se alimentarán á vuestras expensas, viviremos alternativamente en vuestras dos cortes, cambiando cada mes de residencia. Para mí sólo conservo el nombre de rey y los honores á él inherentes; la autoridad,

las rentas y la administración del imperio, vuestras son, hijos míos, y para ratificar este contrato, tomad mi corona *(se la entrega)* y repartíosla.

El conde de Kent.—Augusto Lear, vos á quien siempre honré como á rey, á quien siempre amé como á padre, y á quien siempre seguí como á señor: vos, á quien en mis preces he implorado siempre como á mi ángel tutelar...

Lear.—Armado está el arco y tendida la cuerda; evitad la flecha.

El conde de Kent.—Caiga sobre mí, aun cuando su punta me atraviese el corazón. Kent olvida las conveniencias cuando su rey delira. Anciano ¿ qué pretendes ? ¿ esperas que el miedo imponga silencio al deber, cuando, seducido por vanas palabras, inmolas tu poder á la lisonja ? El honor debe la verdad á los reyes, cuando la majestad cae en demencia. Guarda tu soberanía. Enmienda, con más maduro juicio, tu monstruosa imprudencia. Te aseguro, bajo mi fe, que tu hija menor no es la que menos te ama ; un timbre de voz tímido y modesto no es, ordinariamente, eco de un corazón vacío é insensible.

Lear.—Kent, por tu vida, no prosigas.

El conde de Kent.—Nunca estimé mi vida sino como una prenda consignada por ti contra tus enemigos, ni nunca temeré perderla cuando en ello se interese tu seguridad.

Lear.—¡ Aparta de mi vista !

El conde de Kent.—Reflexiónalo bien, Lear ; sufre en tu presencia á un hombre veraz.

Lear.—¡ Por Apolo !

El conde de Kent.—¡ Por Apolo, ah rey ! ¡ en vano juras por tus dioses !

Lear *(echando mano á la espada)*.—¡ Vasallo ! ¡ infiel !

Los duques de Cornouailles y de Albania.—¡ Deteneos, señor !

El conde de Kent.—Da, si quieres, la muerte á tu médico; pero al menos emplea en curar tu mal funesto el salario que le hubieses dado. Revoca tu decreto de partición, ó mientras mis labios puedan articular una palabra, diré que obras mal.

Lear.—Escucha, rebelde. Has intentado hacernos violar nuestro juramento, á lo cual nunca nos habíamos atrevido. Cediendo á un obstinado orgullo, has procurado interponerte entre nuestro decreto y su ejecución. Nuestro carácter y nuestro rango no pueden tolerar el primero de estos excesos, ni todo nuestro poder lograría legitimar el segundo. Recibe tu salario, pues. Te concedemos provisiones para que te alimentes durante cinco días, pero al sexto habrás de salir de nuestro reino, y si el décimo día tu cuerpo se encontrase en el recinto de nuestros dominios, será aquel momento el de tu muerte. Huye. ¡Por Júpiter! no esperes que revoque mi sentencia.

El conde de Kent.—¡Sé feliz, oh rey; adiós! Ya que así quieres portarte, la libertad está lejos de tu presencia, y á tu lado el destierro. (*A Cordelia*): Joven, ¡protéjante los dioses, ya que piensas con justicia y hablas con cordura! (*A Regan y á Goneril*): Y vosotras ¡ojalá vuestras acciones respondan al énfasis de vuestros discursos, y vuestras protestas de ternura queden justificadas por los efectos! De esta suerte ¡oh príncipes! se despide de vosotros Kent, transportando su vejez á nueva patria y entregándose, en su edad, á nuevas costumbres. (*Sale.*)

(*Entra el conde de Glocester con el rey de Francia, el duque de Borgoña y su séquito.*)

El conde de Glocester.—¡Noble soberano! He aquí á los príncipes de Francia y de Borgoña.

Lear.—Duque de Borgoña: á vos dirigimos nuestras primeras palabras, á vos que os declarasteis rival del rey de Francia en demanda de la mano de nuestra

hija. ¿Qué dote exigís con su persona? ¿qué negativas paralizarían vuestros amorosos intentos?

El duque de Borgoña.—Noble rey: no pido más que lo que vuestra alteza ofreció, y vos no querréis, ciertamente, cercenar nada de vuestras ofertas.

Lear.—Noble duque de Borgoña: mientras nos fué cara, la estimábamos digna de esa dote; pero hoy ha desmerecido mucho en precio. Vedla ante vos, señor: si alguna parte de su mezquina persona, ó su persona entera, con nuestra aversión por añadidura, os conviniera y agradara, sin más acompañamiento, podéis tomarla, vuestra es.

El duque de Borgoña.—No sé qué contestar.

Lear.—Podéis tomarla con las desgracias inherentes á ella, desheredada de mi cariño, y adoptada recientemente por mi odio, dotada con mi maldición y proscrita de mi familia por juramento inviolable.

El duque de Borgoña.—Perdonad, señor; una elección no se determina sobre semejantes condiciones.

Lear.—Pues bien, señor, dejadla; pues, por la potencia que me creó, acabo de exponeros toda su fortuna. (*Al rey de Francia*): En cuanto á vos, ¡oh gran rey! no quisiera yo que vuestro amor os cegase hasta el punto de casaros con el objeto que odio. Así, pues, os conjuro que llevéis vuestra inclinación á otro objeto más digno que una desventurada de quien la misma naturaleza se avergüenza.

El rey de Francia.—No atino á comprender cómo la que poco há era vuestra hija predilecta, tema de vuestras alabanzas, y encanto de vuestra vejez, haya podido, en rápido instante, cometer una acción tan monstruosa que merezca verse despojada de todos cuantos dones la habíais prodigado. Seguramente su ofensa ha de ser de un género anti-natural, un prodigio de atrocidad; ó bien el afecto que antes le asegurasteis solemnemente, se ha pervertido por extraña

manera. Y creer de ella ese prodigio, es un hecho sobrenatural que repugna á mi razón y que, sin un milagro, jamás creería.

CORDELIA.—Una postrera súplica dirijo á vuestra majestad.—Confieso que no poseo ese lenguaje meloso, ese arte de prodigar vanas palabras. Lo que resolví, lo hago antes de hablar de ello. Dignaos declarar que, si pierdo vuestro afecto y vuestras bondades, no es porque esté mancillada con algún crimen ó vicio, ni por haber deshonrado mi sexo con alguna bajeza, ó acción indigna de mí, sino que toda mi falta consiste (y esta privación es mi riqueza) en no tener un ojo ávido que sin cesar mendigue, ni una lengua que dista mucho de envidiar, aun cuando me cuesta la pérdida de vuestra ternura.

LEAR.—Más te valiera no haber nacido, que el haberte hecho digna de mi desagrado.

EL REY DE FRANCIA.—¿Y ese es el único reproche? Un carácter avaro en palabras, pero que sin hablar, obra. Duque de Borgoña ¿qué contestais á la princesa? Deja el amor de ser amor, en cuanto intervienen consideraciones extrañas; su verdadero objeto no se cifra en intereses frívolos. Hablad, ¿deseais tomarla por esposa? Su dote es ella misma.

EL DUQUE DE BORGOÑA.—Augusto Lear: con que sólo me deis la parte que antes ofrecisteis, acepto en el acto la mano de Cordelia, proclamándola duquesa de Borgoña.

LEAR.—Nada; lo he jurado; soy inflexible.

EL DUQUE DE BORGOÑA.—Deploro que á la vez que perdisteis el corazón de un padre, perdais también un esposo.

CORDELIA.—Sea la paz con el duque de Borgoña. Ya que las consideraciones de fortuna constituyen todo su amor, no seré yo su esposa.

EL REY DE FRANCIA.—Hermosa Cordelia, vuestra falta

de fortuna os hace más rica á mis ojos. Cuanto más os abandonan, mas preciosa sois; cuanto más os desdeñan, mas digna sois de amor. Tomo vuestra persona y vuestras virtudes; séame permitido adquirir el tesoro que los demás desprecian. ¡Oh dioses! por un contraste extraño, su frialdad y sus desdenes encienden más mi amor, exaltándolo hasta la idolatría. ¡Oh rey! tu hija sin dote y abandonada, como al azar, á mi elección, es mi reina, la reina de mis vasallos y de nuestra hermosa Francia. Todos los duques de la húmeda Borgoña no lograrían rescatar de mí esa joven rara é inapreciable. Cordelia, despedíos de ellos; aun cuando os maltrataron, en otra región hallaréis algo más de lo que perdéis aquí.

LEAR.— Tuya es, rey de Francia; tómala entera. Por mi parte, no tengo hija de tal especie, ni mis ojos volverán á posarse en su rostro. Así, pues, sal de nuestra corte, sin nuestra gracia, sin nuestro cariño y sin nuestra bendición. Venid, noble duque de Borgoña. (*Marcha militar. Salen Lear y el duque de Borgoña.*)

EL REY DE FRANCIA.—Despedíos de vuestras hermanas.

CORDELIA.—Con lágrimas en los ojos se despide Cordelia de vosotras, favoritas de mi padre. Os conozco perfectamente y sé lo que sois; mas yo, vuestra hermana, siento invencible repugnancia en designar vuestros defectos con sus verdaderos nombres. Amad mucho á vuestro padre; recomiendo su ancianidad á vuestro pecho tan fecundo en protestas. Pero ¡ah! si aún gozase yo de su afecto, quisiera darle un asilo mejor. Adiós!

REGAN.—No vengais á prescribirnos nuestro deber.

GONERIL.—Procurad más bien complacer á vuestro esposo que, cediendo á la piedad, se digna tomaros sin fortuna y salvaros de la mendicidad. Habéis faltado á la obediencia, y merecéis que vuestro esposo os

El rey de Francia.—*Venid, mi bella Cordelia.*

pague con la indiferencia que mostrasteis hacia vuestro padre.

CORDELIA.—El tiempo desenvolverá los repliegues donde la astucia se esconde y oculta. Las faltas que al principio vela, al fin las descubre, exponiéndolas á la vergüenza.

EL REY DE FRANCIA.—Venid, mi bella Cordelia. (*Salen el rey de Francia y Cordelia*).

GONERIL.—Hemos de hablar, sobre un punto que á las dos concierne. Creo que nuestro padre ha de partir esta noche.

REGAN.—Es verdad; va á vivir con vosotros; el mes próximo será nuestro turno.

GONERIL.—Ya veis á cuántos caprichos se halla sujeta su vejez; de ello acaba de dar evidente prueba. Nuestra hermana menor era su predilecta, y de repente la destierra de su corazón y de su lado. Visible es la imbecilidad de su juicio.

REGAN.—Debilidades de la edad. Sin embargo, nunca se ha conocido bastante á sí propio.

GONERIL.—Los más floridos años de su existencia fueron siempre inconsecuencias y rarezas. Hemos de temer que á los inveterados defectos de su natural carácter, la edad añada los arrebatos del humor enojoso que entraña en sí la achacosa y colérica vejez.

REGAN.—No dudo que habremos de aguantar algun arranque idéntico al que le indujo á desterrar á Kent.

GONERIL.—Aún hay que llenar ceremonias y formalidades entre el rey de Francia y él. Si nuestro padre, con el carácter que le conocemos, quiere retener la autoridad, la donación que acaba de hacernos será para nosotras manantial de afrentas.

REGAN.—Pensaremos en ello maduramente.

GONERIL.—Hay que tomar algunas medidas y aprovechar estos primeros momentos de ardor. (*Salen.*)

ESCENA II

Castillo del conde de Glocester

Entra EDMUNDO con una carta en la mano

EDMUNDO.—Á ti, naturaleza, mi deidad suprema, he consagrado todos mis servicios. ¿He de arrastrarme por la senda rutinaria permitiendo que las convenciones extravagantes del mundo me priven de mi herencia, sólo porque nací doce ó catorce lunas más tarde que mi hermano? ¿á qué ese nombre de bastardo? ¿por qué no he de ser ilustre cuando las proporciones de mi cuerpo se hallan tan bien formadas, mi alma es tan noble y mi estatura tan perfecta como si hubiese nacido de una honesta matrona? ¿por qué me vilipendian con los dictados de *ilegítimo*, *plebeyo*, *bastardo*? ¡Plebeyo, ya que en el acto vigoroso y clandestino de la naturaleza recibí una sustancia más abundante y elementos más fuertes de los que suministra una pareja extenuada que, en tálamo insípido y languidescente, se ocupa sin placer en la creación de una raza de abortos engendrados entre el sueño y la vigilia! ¡Ah! ¡mi Edgardo el legítimo! para mí será tu patrimonio; el amor de nuestro padre común lo mismo pertenece al bastardo Edmundo que al legítimo Edgardo. ¡Legítimo! ¡valiente palabra! Sí, no hay duda: si esta carta logra buen éxito y mi invención triunfa, el plebeyo Edmundo ocupará el lugar del noble Edgardo. Me engrandezco, prospero. Y ahora, dioses, pasad al bando de los bastardos.

(*Entra el conde de Glocester.*)

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Desterrado Kent! ¡Y el rey de Francia abandonando esta corte lleno de rencor! ¡y Lear partiendo esta noche! Su autoridad ena-

genada y él reducido al vano aparato de la dignidad real! ¡Todo trastrocado y en desorden! ¡Ah, Edmundo! ¿qué hay de nuevo?

EDMUNDO (*ocultando la carta*).—Nada absolutamente, señor.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¿Por qué tanto ahínco en ocultar esa carta?

EDMUNDO.—No tal, señor.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¿Qué dice ese escrito?

EDMUNDO.—Nada, señor, nada.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¿Dices que nada? Entonces, ¿á qué ocultarlo con tal prisa? Si nada dice, excusado era esconderlo. Veamos. Y si en realidad es nada, no necesitaré anteojos.

EDMUNDO.—Perdonadme, señor: es una carta de mi hermano que aún no he acabado de leer, pero lo que he leído basta para juzgarla indigna de que fijéis en ella vuestra vista.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Venga esa carta.

EDMUNDO.—Tengo la seguridad de desagradaros tanto si me niego á dárosla, como si os la entrego. Su contenido, en cuanto he podido apreciar por lo leído, es muy censurable.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Veamos, veamos.

EDMUNDO.—Inclínome á creer, en justificación de mi hermano, que sólo ha escrito esta carta para sondear, para poner á prueba mi virtud.

EL CONDE DE GLOCESTER (*leyendo*).—«El respeto á los ancianos, y las leyes extravagantes establecidas por el mundo, envenenan los más preciosos años de nuestra vida, mantienen nuestra fortuna alejada de nuestras manos, reteniéndola hasta el ocaso de la existencia, cuando ya no tenemos facultades para gozar de ella. Empiezo á cansarme de esa necia y enojosa servidumbre que nos subyuga á la opresión de la vejez tiránica, cuyo imperio se funda, no en su potencia, sino

en nuestra tolerante bajeza. Ven á encontrarme y te diré algo más. Si mi padre quisiera dormir hasta que yo le despertare, gozarías para siempre de la mitad de sus rentas y serías el favorito predilecto de tu hermano Edgardo.» ¡Hem! ¡una conspiración! *Dormir hasta que yo le despertase, gozarías de la mitad de sus rentas...* ¿Ha podido encontrar mi hijo Edgardo una mano que estas líneas trazara y un corazón que las dictase! ¿Cuándo has recibido esta carta? ¿quién te la entregó?

EDMUNDO.—No me la han entregado; la hallé al pié de la ventana de mi cuarto.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¿Estás seguro de que es el carácter de letra de tu hermano?

EDMUNDO.—Si su texto respirase bondad, me atrevería á jurar que es letra suya; pero, en vista de su contenido, quisiera poder creer que no lo es.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¿Es suya esta letra?

EDMUNDO.—Sí señor, de su mano prolija; mas espero que su corazón no tomó parte en lo escrito.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¿Te sondeó alguna vez con respecto á estas miras?

EDMUNDO.—Jamás, señor. Sólo sí le he oído decir, á veces, que sería muy puesto en razón que cuando los hijos han llegado á edad madura y sus padres comienzan á declinar, que el padre viniese á ser pupilo de su hijo y éste administrador de los bienes del padre.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Malvado! Es el sistema que expone en su carta. ¡Infame! ¡hijo sin entrañas! ¡criatura execrable! ¡Bestia feroz, sí, más feroz que las bestias salvajes! Vé á buscarle, Edmundo; quiero asegurarme de su persona. ¡Abominable monstruo! ¿Dónde estará?

EDMUNDO.—No lo sé, positivamente. Dignáos suspender vuestro enojo contra mi hermano hasta que podáis oir de sus labios pruebas más positivas de sus intenciones. Eso será lo más seguro y regular, pues si

procediendo violentamente contra él os engañaseis tocante á sus designios, esta equivocación causaría una profunda herida en vuestro honor y aniquilaría el sentimiento de obediencia en el corazón de mi hermano. Respondo con mi vida y salgo garante de que no ha escrito esta carta sino con ánimo de poner á prueba mi afecto por vos y sin ningún proyecto peligroso.

El conde de Glocester.—¿ Lo crees así ?

Edmundo.—Si lo estimáis conveniente, os colocaré en un sitio desde donde podréis oirnos conversar sobre esta carta y satisfaceros por vuestros propios oídos ; y eso, esta noche misma.

El conde de Glocester.—No es posible que su pecho albergue un corazón tan monstruoso.

Edmundo.—Ciertamente que no.

El conde de Glocester.—Atentar contra su padre que le ama con tanta ternura y sin reserva ! ¡ Cielos y tierra ! Vé á su encuentro, Edmundo ; facilítame el medio de leer en su alma ! Quisiera olvidar ahora que soy padre, para juzgar con fallo imparcial.

Edmundo.—Voy á ver si doy con él. Llevaré el asunto conforme á los medios de que puedo disponer y os daré puntual conocimiento de todo.

El conde de Glocester.—No ; los eclipses de sol y luna acaecidos recientemente nada de bueno nos presagian. La razón pretende explicarlos ya en un sentido, ya en otro, pero al fin y al cabo la naturaleza es víctima de sus funestos efectos. El amor se entibia, la amistad se extingue, se dividen los hermanos ; en las villas, rebeliones; en los campos, discordias ; traición en los palacios; y roto el lazo que une á padres é hijos. Ese malvado, á quien dí el sér, sufre la influencia de la predicción : he aquí al hijo sublevado contra el padre. El rey se aparta de los instintos de la naturaleza: he aquí al padre sublevado contra el hijo. Pasó ya nuestro tiempo mejor. Maquinaciones, sordas tramas,

perfidias y todos los desórdenes más funestos se aunan contra nosotros, y nos persiguen sin tregua hasta la tumba... Vé, Edmundo, á buscar á ese miserable; no perderás en ello; no omitas cuidado alguno. ¡Y Kent, corazón noble y leal, también desterrado! Su crimen es la virtud. ¡Oh tiempos! (*Sale.*)

EDMUNDO.—¡Qué ridiculez la del hombre! Pretender (cuando nuestra fortuna sufre y mengua por nuestra imprudencia, por el desarreglo de nuestra conducta), acusar de nuestros males al sol, á la luna y á las estrellas, como si fuésemos viciosos y malvados por una impulsión celeste; bribones, traidores y pícaros, por la acción invencible de las esferas; borrachos, embusteros y adúlteros por una obediencia forzosa á las influencias planetarias, y todo el mal que cometemos no sucediese sino porque á él nos impele á pesar nuestro, el cielo cómplice! Admirable excusa del disoluto sobornador de mujeres, el imputar sus lascivos instintos al cambio de una estrella. Sí; mi padre se entendió con mi madre bajo la Cola del Dragón y á mi nacimiento precedió la Osa mayor, de manera que yo debía necesariamente venir al mundo dotado de carácter huraño y dado á la vida disoluta. ¡Quimera vana! Lo mismo que soy hubiera sido si en el instante de mi concepción ilegítima hubiese centelleado la más virgen estrella del firmamento. (*Entra Edgardo*). ¡Edgardo! á tiempo llega, como la catástrofe en la comedia antigua. Mi humor, poseído de la melancolía más maligna lanza suspiros, como de loco. ¡Sí, indudablemente! Esos eclipses nos presagian estas divisiones.—Fa, sol, la, mi...

EDGARDO.—Hermano Edmundo, ¿en qué seria contemplación estáis absorbido?

EDMUNDO. — Soñaba, hermano, con una predicción que leí el otro día sobre los fenómenos que debían seguir á estos eclipses.

EDGARDO.—¿Y os preocupan tales quimeras?

EDMUNDO.—Dígoos que los efectos de que habla este libro se realizan, desgraciadamente, con demasiada exactitud. Contiendas desnaturalizadas entre el hijo y el padre; muerte, epidemia, desunión de antiguas amistades, divisiones en el Estado, amenazas y maldiciones contra el rey y los nobles, desconfianzas sin motivo, destierro de amigos, dispersión de cohortes, infidelidades en los matrimonios y qué sé yo!

EDGARDO.—¿De cuándo acá te hiciste sectario de la astronomía?

EDMUNDO.—Dejemos esto. ¿Cuánto tiempo hace que no has visto á nuestro padre?

EDGARDO.—Anteayer le ví.

EDMUNDO.—¿Y hablaste con él?

EDGARDO.—Sí, dos horas largas.

EDMUNDO.—¿Os separasteis en buena armonía? ¿notaste en él algún signo de descontento en sus palabras ó en su actitud?

EDGARDO.—Ninguno.

EDMUNDO.—Procura recordar si les has ofendido en algo. Si has de seguir mi consejo, evita su presencia por algunos días hasta que el tiempo aminore la violencia de su enojo. Actualmente se halla tan encolerizado, que apenas lograría apaciguarle la vista de su sangre.

EDGARDO.—Algún infame me habrá malquistado con él.

EDMUNDO.—Mucho lo temo. Así, pues, te suplico que te desvíes prudentemente de los sitios donde pudiéreis encontraros, hasta que el arrebato de su cólera haya menguado un tanto. Véte á mi habitación, y me las compondré de modo que oigas hablar á nuestro padre. Toma mi llave y si por acaso salieres, vé armado.

EDGARDO.—¡Armado! ¡hermano mío!

EDMUNDO.—Te encargo lo que la sana prudencia aconseja, y aun sólo te he trazado un debil bosquejo de lo que he visto y oído, pálido reflejo de la terrible verdad. ¡Por favor! véte á mi habitación!

EDGARDO.—¿Tardaré mucho en verte?

EDMUNDO.—No pases cuidado. (*Sale Edgardo.*) Un padre crédulo, y un hermano generoso cuyo bondadoso natural es tan ageno á la malicia, que no la sospecha en los demás. Su infantil sencillez se deja gobernar por mis mañas. Trazado está mi plan. Si mi nacimiento no me ha dado una herencia, conquistémosla por la astucia. El fin justifica los medios.

ESCENA III

Palacio del duque de Albania

Entran GONERIL y el Intendente

GONERIL.—¿Es cierto que mi padre golpeó á mi escudero, porque éste reñía á su bufón?

EL INTENDENTE.—Sí, señora.

GONERIL.—Me está afrentando noche y día. No pasa hora sin que incurra en alguna grosera impertinencia. No lo toleraré más. Sus caballeros se vuelven turbulentos y revoltosos y él mismo nos abruma á reproches por la menor bagatela. Va á volver de su cacería; no quiero hablarle. Decidle que estoy indispuesta, y si os descuidáis en vuestros servicios á su persona, obraréis perfectamente. Yo me encargo de responder de vuestras faltas.

EL INTENDENTE.—Aquí viene, señora; oigo el rumor que anuncia su regreso.

GONERIL.—Emplead en vuestro servicio toda la indiferencia, toda la repugnancia que podáis. ¡Me gustaría que se quejara! Si se encuentra mal servido, váyase al lado de mi hermana, cuyas intenciones, en este asunto, concuerdan perfectamente con las mías. No queremos que nos dominen. ¡Vaya un viejo caprichudo é inútil, que aún pretende dar todas las órdenes de una autoridad de que por sí mismo se despojó! Por mi honor, esos viejos chochos se vuelven niños y hay que tratarlos con rigor, cuando de nada sirven las caricias. No olvidéis mi encargo.

EL INTENDENTE.—Lo tendré muy presente, señora.

GONERIL.—Tratad también á sus caballeros con mayor frialdad; poco importa lo que pueda resultar. Encargad lo mismo á vuestros camaradas. Voy á escribir

á mi hermana, recomendándole idéntica conducta. Id á preparar la comida. (*Salen.*)

ESCENA IV

Plaza delante del Palacio

Entra el CONDE DE KENT, disfrazado

EL CONDE DE KENT.—Si logro también disfrazar mi voz y arrastrar mis palabras, tal vez mi honrado intento alcance el fin que me propongo. Y ahora, vasallo fiel y desterrado, si puedes prestar un buen servicio en los mismos lugares donde te condenaron, tu amado señor podrá convencerse al fin de que trabajaste en pró de sus intereses.

(*Toque de trompas, á lo lejos. Entran Lear, sus caballeros y séquito.*)

LEAR.—Que no haya de esperar la comida un solo minuto; encargad que la preparen al momento. ¿Quién eres tú?

EL CONDE DE KENT.—Un hombre, señor.

LEAR.—¿Cuál es tu profesión? ¿qué nos quieres?

EL CONDE DE KENT.—Mi profesión, en efecto, es lo que aparento; servir fielmente á quien me otorgue su confianza, amar al hombre honrado, conversar con el cuerdo, hablar poco, temer los vanos juicios, combatir cuando la necesidad me obliga y no comer pescado.

LEAR.—Pero en fin ¿quién eres?

EL CONDE DE KENT.—En verdad, un hombre bueno y honrado, tan pobre como el rey.

LEAR.—¿Qué quieres?

EL CONDE DE KENT.—Servir.

LEAR.—¿Y á quién?

EL CONDE DE KENT.—Á vos.

LEAR.—¿Me conoces?

EL CONDE DE KENT.—No señor; pero hay en vuestra fisonomía cierto carácter que me atrae á serviros.

LEAR.—¿Qué carácter es ese?

EL CONDE DE KENT.—Un aire de grandeza y majestad.

LEAR.—¿De qué servicio eres capaz?

EL CONDE DE KENT.—Puedo guardar honestos secretos, correr á pié y á caballo, echar á perder una historia curiosa contándola, y desempeñar cualquier mensaje fácil. Puedo evacuar todos los empleos de que son capaces los hombres ordinarios, y mi primera cualidad es la diligencia.

LEAR.—¿Qué edad tienes?

EL CONDE DE KENT.—No soy tan joven que pueda enamoriscarme de una mujer por su linda voz, ni tan viejo aún que le haga ascos al amor. Pesan sobre mi cabeza cuarenta y ocho años.

LEAR.—Sígueme; te tomo á mi servicio; si después de comer no me desplaces más que ahora, no te despediré todavía. ¡La comida! ¡hola! ¡la comida! ¿Donde está mi bribonzuelo, mi bufón? Que me lo traigan. (*Entra el Intendente.*) Y vos, amigo, ¿dónde está mi hija?

EL INTENDENTE.—Con vuestro permiso... *(Sale.)*

LEAR.—¿Qué ha dicho ese hombre al pasar? Llamadle. ¿Dónde está mi bufón? ¿Hola? ¡Parece que aquí todos duermen! ¿Qué hay? ¿á dónde va ese insolente?

EL CABALLERO.—Dice, señor, que vuestra hija está indispuesta.

LEAR.—¿Y por qué ese esclavo no ha vuelto atrás cuando le he llamado?

EL CABALLERO.—Me ha dicho con la mayor frescura que no le daba la gana.

LEAR.—¡Que no le daba la gana!

El Caballero.—Ignoro, señor, qué motivo tendrá para ello; pero, á mi entender, vuestra alteza no es acogido con aquella afectuosa cortesía de antes. El celo y la amistad se han entibiado aquí bastante, y este cambio no sólo se advierte en la servidumbre, sino en el mismo duque y en vuestra hija.

Lear.—¡Ah! ¿lo crees así?

El Caballero.—Os ruego, señor, que me perdonéis si me equivoco; pero mi deber me impide callar cuando veo que ofenden á vuestra alteza.

Lear.—Me estás recordando una idea que ya se me había ocurrido. He notado, efectivamente, poco há, cierto exceso de negligencia y frialdad. Pero procuré desvanecer esta sospecha, como efecto de una imaginación demasiado recelosa y no he querido tomar esa negligencia aparente como indicio de grosería y frialdad premeditadas. Pero ¿dónde está mi bufón? Hace dos días que no le veo.

El Caballero.—Desde que mi joven señora partió á Francia, señor, vuestro bufón ha quedado muy triste.

Lear.—¡Basta! ya lo he notado. Id y decidle á mi hija que quiero hablarle. Y vos, daos prisa en traerme mi bufón. (*Vuelve á entrar el Intendente.*) ¡Eh! caballero! caballero! acercaos! ¿quién soy yo, si os place?

El Intendente.—El padre de mi señora.

Lear.—¿El padre de tu señora? ¡cómo, miserable, esclavo vil!

El Intendente.—Nada de eso soy; sabedlo, señor.

Lear.—¡Y se atreve el insolente á cruzar con las mías sus miradas! (*Le golpea.*)

El Intendente.—Sabed que no tolero que me peguen.

El conde de Kent.—¿Ni tampoco que te aplasten, miserable gusano? (*Lo derriba.*)

Lear.—Gracias, amigo; me sirves perfectamente, y creo que llegaré á quererte.

EL CONDE DE KENT.—¡Ea, levantaos, y despejad! Ya os enseñaré á guardar decoro... Si no queréis otra ración, largaos, y os aconsejo la mayor cordura.

(*Saca á empujones al Intendente.*)

LEAR.—Ya veo, buen servidor, que te portas como amigo fiel; acabas de darme arras de tu celo y adhesión. (*Da unas monedas á Kent. Entra el bufón.*)

EL BUFÓN.—Deja que le tome también á mi servicio. Ten, he aquí mi caperuza. (*Se la presenta.*)

LEAR.—Y bien, bravo picarón, ¿cómo va?

EL BUFÓN.—Hijo mío, lo mejor que podrías hacer sería ponerte mi caperuza.

EL CONDE DE KENT.—¿Por qué, bufón?

EL BUFÓN.—¿Por qué? Porque te pones á servir á un hombre caído en desgracia. No esperes días plácidos de la región donde sopla el huracán, y puesto que no sabes adular ni sonreir al favor, no harás fortuna sirviendo á tu nuevo amo. Ea, ponte mi caperuza. Sí: este hombre ha desterrado para siempre á dos hijas suyas, y á pesar suyo, ha hecho feliz á la tercera. Si quieres seguir sus pasos, has de llevar mi caperuza. Oye, tío: quisiera tener dos caperuzas y dos hijas.

LEAR.—¿Y por qué?

EL BUFÓN.—Si les hago donación de todas mis rentas, guardaré mi caperuza para mi uso. He aquí mi caperuza; pídeles la otra á tus hijas.

LEAR.—¡Cuidado no te castigue!

EL BUFÓN.—La verdad es como el perro guardián que relegamos á la perrera y cuyo destino es verse ahuyentado á latigazos, mientras que la perrilla predilecta puede sentarse muy á gusto junto al hogar y apestar á su amo.

LEAR.—No es romo el dardo que me dispara.

EL BUFÓN (*al conde de Kent*).—Oye, amigo, una sentencia.

LEAR.—Oigamos.

El Bufón.—Allá va: Ten más de lo que representes; habla menos de lo que sepas; presta menos de lo que tengas; anda más á caballo que á pié; abandona tu vaso y tu manceba; permanece tranquilo en tu casa y de esta suerte ganarás más de veinte por veinte.

El conde de Kent.—Toda esa palabrería nada significa, bufón.

El Bufón.—En tal caso es el informe de un abogado sin salario; nada me has dado por él. Y tú, tío, no puedes hacer de nada algo?

Lear.—No por cierto, hijo mío; de nada, nada puede hacerse.

El Bufón (*al conde de Kent*).—Díle tú que ese es precisamente el producto neto de sus tierras; díselo, pues no querrá creer á su bufón.

Lear.—Eres un bufón sobrado mordaz.

El Bufón.—¿Sabes tú qué diferencia hay entre un bufón mordaz y un bufón empalagoso?

Lear.—No, hijo mío; dílo tú.

El Bufón.—Á ese lord que te aconsejó que te desposeyeses de tus dominios, colócalo junto á mí, y ocupa tú su lugar. Al momento parecerán ante ti el bufón mordaz y el empalagoso: uno de ellos estará aquí, con su traje abigarrado, y el otro allí.

Lear.—¿Acaso me llamas bufón, hijo mío?

El Bufón.—Has cedido todos los demás títulos que te dió el nacimiento.

El conde de Kent.—Lo que ahora dice, señor, no parece dicho por un bufón.

El Bufón.—No en verdad; los lores y grandes personajes de esta época no quieren dejarme toda la locura á mí solo; si yo monopolizara la locura, se llamarían á la parte, y las damas también. Dame un huevo, tío, y te doy dos coronas.

Lear.—¿Cuáles son esas dos coronas que me darás?

El Bufón.—Después de cortar el cascarón por la

mitad, y de haberme sorbido el huevo, te daré las dos coronas del cascarón. Cuando has hendido tu corona por el medio, repartiendo sus dos mitades á derecha é izquierda, llevaste tu asno en hombros á través del barro. Pocos sesos había en la mezquina corona de tu cráneo, cuando has dado tu corona de oro. Si hablo ahora como un bufón, que se castigue á quien primero lo advierta. (*Canta.*) «*Jamás tuvieron los bufones menos boga que ogaño—pues los cuerdos usurparon su lugar.*»

LEAR.—Y díme ¿desde cuándo aprendiste esa canción?

EL BUFÓN.—Desde que á tus hijas las hiciste tus madres; pues cuando les pusiste tu cetro en la mano, como un bastón para apalearte, ofreciendo tú mismo tu espalda á sus golpes. (*Canta.*) «*ellas entonces han llorado de gozo—y yo he cantado, triste, dando suelta al dolor.*» Mira, tío, toma un maestro que enseñe á tu bufón á mentir; me gustaría aprender á mentir.

LEAR.—Si mientes, haragán, te haré dar de palos.

EL BUFÓN.—Veo que sois de la misma sangre tú y tus hijas. Ellas quieren que se me castigue por haber dicho la verdad, y tú por haber mentido; y aun á veces me castigan por no haber dicho nada. Antes quisiera ser cualquier cosa que bufón y sin embargo no quisiera ser tú, buen tío. Tú cortaste tu imperio en dos partes y nada has dejado en medio para ti. Mira, ahí tienes uno de tus desperdicios. (*Entra Goneril.*)

LEAR.—Díme, hija mía, ¿de qué viene esa nube que oscurece tu frente? Véote triste y apenada desde hace algunos días.

EL BUFÓN.—Algo valías tú, cuando podías no inquietarte por su tétrico humor, pero hoy eres lo mismo que un cero á la izquierda. Más que tú soy yo, ahora; yo soy un bufón, y tú no eres nada. ¡Ea! voy á refrenar mi lengua. (*A Goneril.*) Leo esta orden en vuestro rostro, sin que tengáis necesidad de hablar.

GONERIL.—Señor, no sólo es vuestro bufón el único á quien se le permite todo; otros individuos de vuestro insolente séquito están siempre disputando y querellando, abandonándose á indecentes orgías que no es posible tolerar. Lisonjeábame de que se reprimirían tales excesos en cuanto llegasen á vuestra noticia, pero empiezo á temer, según lo que muy recientemente habéis dicho y hecho vos mismo, que protejéis este desorden y lo sostenéis con vuestra aprobación. Si así fuese, sería una falta censurable, y habría que pensar en los medios de corregirla. Tal vez esos medios, que sin embargo sólo tendrían por objeto restablecer el orden, podríais tomarlos como ofensa. Sería vergonzoso... Pero, en fin, la necesidad los exigiría como un remedio lleno de prudencia y discreción.

LEAR.—¿Sois vos nuestra hija?

GONERIL.—Vamos, señor, emplead esa vigorosa razón de que estáis dotado, y ahuyentad esas extrañas divagaciones que, de algún tiempo acá, alteran vuestro buen carácter hasta el punto de desfiguraros completamente.

LEAR.—¿Hay aquí alguien que me reconozca? ¿Es éste Lear? ¿es Lear el que anda? ¿es Lear quien habla? ¿están abiertos sus ojos? Por fuerza su inteligencia está debilitada y su razón sumida en letargo... ¿Yo, despierto?... No puede ser... ¿Quién podrá decirme lo que soy?... La sombra de Lear. Quisiera saberlo, porque estos indicios de soberanía y las luces de la razón y de la reflexión podrían persuadirme, erróneamente, de que he tenido hijas. ¿Vuestro nombre, bella dama?

GONERIL.—Vaya, señor; ese asombro que fingís se parece á vuestras demás extravagancias, tan nuevas para mí. Os ruego que interpretéis en buen sentido mi manera de ver y mis advertencias. Sois ya viejo, vuestra edad es venerable, y deberíais ser más cuerdo.

Conserváis á vuestro lado un grupo de caballeros y escuderos, cien hombres en junto, todos ellos tan depravados, disolutos y licenciosos, que nuestra corte, mancillada por sus costumbres impuras, se asemeja á una posada de mal nombre. Á juzgar por el desorden y la crápula que aquí imperan, más bien podría tomarse por una infame taberna, por un sucio lupanar, que por un palacio augusto y respetable. El pudor y la decencia exigen una reforma inmediata. Dejaos convencer por vuestra hija; de no ser así, ella misma se tomará la libertad de ordenar lo que desea. Permitid que vuestro séquito se reduzca á cincuenta caballeros, y que estos sean gentes convenientes á vuestra edad y sepan conocerse y respetaros.

LEAR.—¡Infierno y caos! Que dispongan mis caballos; que se reuna mi séquito. ¡Hija degenerada! No; ¡nunca he sido padre tuyo! ¡Ea! ¡ya no te estorbaré más! Aún tengo una hija.

GONERIL.—Vos golpeáis á mis servidores y vuestra desenfrenada soldadesca quiere ser servida por hombres que valen más que ella.

(*Entra el duque de Albania.*)

LEAR.—¡Mísero del hombre que se arrepiente tarde! (*Al duque de Albania.*) ¡Ah! ¿sois vos? ¿habéis dictado esas órdenes? ¡Contestad! ¡Que preparen mis caballos! ¡Ingratitud! ¡furia de marmóreo corazón, mil veces más horrible cuando te muestras en nuestros hijos, que los más espantables monstruos del Océano!

EL DUQUE DE ALBANIA.—Por favor, moderaos, señor!

LEAR (*á Goneril*).—¡Buitre execrable! has mentido. Mi séquito se compone de hombres escogidos y dotados de las más raras cualidades; conocen todos los deberes de la decencia y las reglas de la etiqueta, y en toda su conducta la nobleza y el honor son respetados escrupulosamente. ¡Ah levísima falta de Cordelia! ¿cómo me pareciste asaz deforme para agitar súbita-

mente todo mi sér, cual poderosa palanca, y lanzarlo del seno de la paz á la más violenta perturbación; para robar á mi corazón toda la ternura de un padre, y llenarlo con la hiel del odio? ¡Oh Lear, Lear, Lear! (*Golpeándose la frente.*) Golpea, golpea esta puerta que dejó escapar la razón y dió entrada á la locura. ¡Partamos, partamos, caballeros!

El duque de Albania.—Soy inocente, señor; ignoro qué motivo ha podido encolerizaros.

Lear.—Es posible, señor? ¡Atiéndeme, oh naturaleza! ¡atiéndeme, cara divinidad! Suspende tus designios, si acaso te proponías hacer fecunda á esta criatura. Infunde en sus flancos la esterilidad, deseca en ella los orígenes de la vida y que jamás salga de su seno desnaturalizado un hijo que la honre con el nombre de madre. Ó si algo ha de producir, forma á su hijo con negro humor y haz que nazca contrahecho y perverso, para suplicio de su madre, y que imprima en su frente las arrugas prematuras de la vejez y que le haga derramar sin tregua amargo llanto surcando sus marchitas mejillas con rastros de fuego, y que todos sus beneficios los pague con el desprecio, á fin de que su madre pueda comprender que el diente ponzoñoso de la sierpe es menos desgarrador, menos cruel que el dolor de tener un hijo ingrato. ¡Ea! ¡partamos, partamos! (*Sale.*)

El duque de Albania.—Pero, en nombre del cielo, ¿de qué viene ese enojo?

Goneril.—No os inquiete el saberlo; dejad campo libre á su humor, y que siga el curso que le da la demencia. (*Vuelve Lear.*)

Lear.—¡Cómo! ¡cincuenta de mis caballeros suprimidos á la vez en menos de quince días!

El duque de Albania.—Pero ¿qué motivo, señor...?

Lear.—Yo te lo diré. (*A Goneril.*) ¡Muerte y vida! Me avergüenzo de que aún tengas el poder de conmo-

LEAR. — *¡ Atiéndeme, oh naturaleza !*

ver mi alma á tal extremo, haciéndome verter, á pesar mío, ardientes lágrimas. ¡Caigan sobre ti la peste y todas las plagas! ¡atraviésente y desgárrente los incurables dardos de la maldición de un padre! ¡Ojos míos, demasiado insensatos y tiernos! ¡si aún sois capaces de dar paso al lloro, os arranco sin piedad! ¡ah! ¿á tal punto han llegado las cosas? ¡Pues bien, sea! Todavía me queda una hija, tierna y compasiva, estoy seguro. Cuando sepa tu comportamiento, se abalanzará á tu horrible rostro y lo desgarrará con sus propias manos. Ten entendido que volveré á arrancarte una grandeza que te figurabas había perdido para siempre. *(Salen Lear, Kent y séquito.)*

GONERIL.—¿Le habéis oído, monseñor?

EL DUQUE DE ALBANIA.—Á pesar del amor que os profeso, no puedo ser bastante parcial...

GONERIL.—Por favor, tranquilizaos. ¡Hola, Osvaldo! (*Al bufón.*) Y vos, señor, más bribón que loco, seguid á vuestro amo.

EL BUFÓN.—Tío Lear, tío Lear, espérame y lleva contigo á tu bufón. (*Sale.*)

GONERIL.—¡No es poco precavido el buen hombre! ¡Cien caballeros! Bueno fuera dejarle cien caballeros para que al primer capricho que le ocurra, por una palabra, por una monada, por el más leve motivo de queja ó disgusto, pueda sostener los extravíos de su demencia con ese grupo temible, y tener nuestras vidas á su discreción. ¿Dónde está Osvaldo?

EL DUQUE DE ALBANIA.—Quizá son exagerados vuestros temores.

GONERIL.—El exceso del temor es más seguro que el exceso de la seguridad. Permitid que prevenga las violencias que temo, en vez de temer neciamente hasta el momento de ser víctima. Conozco su corazón. Todo cuanto ha declamado aquí, lo he escrito á mi hermana. Si ella quiere soportarle con sus cien caba-

lleros, después de haberle mostrado yo todos los inconvenientes... (*Entra el Intendente.*) ¡Y bien, Osvaldo! ¿habéis escrito la carta que os he encargado para mi hermana?

EL INTENDENTE.—Sí, señora.

GONERIL.—Tomad una escolta y poneos en marcha. Enterad á mi hermana de mis temores particulares y añadidle por vuestra parte las razones que creáis convenientes en apoyo de mi carta. Ea, partid, y apresurad vuestro regreso. (*Sale el Intendente.*) No, no señor: esa excesiva dulzura, ese carácter pacífico que os distinguen, no los censuro, ni mucho menos; pero, permitid que os lo diga: una falta de prudencia prepara á menudo muchas más perplejidades que elogios atrae la funesta lenidad.

EL DUQUE DE ALBANIA.—Ignoro hasta dónde alcanzan vuestras miras. Agitándonos para alcanzar lo mejor, maleamos á menudo lo bueno.

GONERIL.—No, no.

EL DUQUE DE ALBANIA.—Bueno, sea; el tiempo dirá. (*Salen.*)

ESCENA V

Patio del Palacio del Duque de Albania

Entran LEAR, el CONDE DE KENT y EL BUFÓN

LEAR.—Parte al momento y lleva esta carta á Glocester. Nada le digas á mi hija de cuanto acaba de ocurrir aquí, ni contestes á sus preguntas hasta que haya leído mi carta. Si no te das prisa, llegaré antes que tú.

EL CONDE DE KENT.—No descansaré hasta haber entregado vuestra carta. (*Sale.*)

El Bufón.—Si un hombre tuviese en sus talones el cerebro ¿no correría peligro de tener sabañones?

Lear.—Sí, hijo mío.

El Bufón.—En tal caso, consuélate; tu talento no carecerá de calzado.

Lear.—¡Jah! ¡jah!

El bufón.—Vas á ver cómo tu segunda hija te acoge con bondad; pues aun cuando se parece á ésta como una manzana silvestre á otra de jardín, puedo decirte... lo que decirte puedo.

Lear.—¿Y qué puedes tú decir... hijo mío?

El Bufón.—Tendrá el mismo sabor que ésta, como una manzana se parece á otra... ¿Sabrías decirme, tío, por qué la nariz está colocada en medio de la cara?

Lear.—No.

El Bufón.—¿No? Pues sabe que es con objeto de tener un ojo á cada lado de la nariz, á fin de que el hombre pueda juzgar por los ojos lo que no puede juzgar por la nariz.

Lear (*aparte*).—Yo la injurié.

El Bufón.—¿Puedes tú decirme cómo forma su concha la ostra?

Lear.—No.

El Bufón.—Ni yo tampoco; pero en cambio te diré por qué razón el caracol arrastra su vivienda.

Lear.—¿Por qué, hijo mío?

El Bufón.—Para ocultar en ella la cabeza, y no abandonarla al capricho de sus hijas, ni quedarse sin asilo.

Lear.—Quiero olvidar mi bondad natural. ¡Un padre tan cariñoso! ¿Están listos mis caballos?

El Bufón.—Tus asnos están listos. ¿Por qué las siete cabrillas no son más de siete?

Lear.—Porque no son ocho.

El Bufón.—¡Bravo! ¡serías un bufón excelente!

Lear.—¡Privarme de la mitad de mi guardia á pesar mío! ¡Monstruo de ingratitud!

El Bufón.—Si tú fueses mi bufón, tío, ya te habría castigado por haber envejecido antes de tiempo.

Lear.—¿Qué dices?

El Bufón.—Porque no habrías debido envejecer antes de ser cuerdo.

Lear.—¡Cielos bienhechores! ¡no permitáis que me vuelva demente! ¡Conservad mi razón en buen estado! ¡No quisiera volverme loco! (*Entra un gentil-hombre.*) ¿Están ya dispuestos los caballos?

El Caballero.—Sí, señor.

Lear.—Sígueme, hijo mío. (*Salen.*)

ACTO II

ESCENA PRIMERA

Castillo del conde de Glocester

Entran EDMUNDO y CURAN por distintos lados

EDMUNDO.—Dios te guarde, Curan.

CURAN.—Y á vos también, señor. Acabo de ver á vuestro padre y le he anunciado que el duque de Cornouailles y su esposa debían llegar aquí esta noche.

EDMUNDO.—¿Y por qué vienen?

CURAN.—De veras, lo ignoro. ¿Ha llegado á vuestro conocimiento alguna de esas noticias secretas que van murmurándose de oído á oído?

EDMUNDO.—No tal; pero díme, ¿qué noticias son esas?

CURAN.—¡Cómo! ¿nada sabéis de las querellas surgidas entre el duque de Albania y el duque de Cornouailles?

EDMUNDO.—Ni una palabra.

CURAN.—No tardaréis en quedar enterado. Adiós, señor. (*Sale.*)

EDMUNDO.—¡El duque aquí! Tanto mejor. Esta

circunstancia llevará á cabo, sin mi intervención, la trama que tengo urdida. Mi padre ha dado orden de arrestar á mi hermano. Se me ocurre un proyecto... que requiere madurarse, pero que he de ejecutar. ¡Ea! ¡celeridad, y ayúdeme la fortuna! ¡Oye, hermano, ven acá! (*Entra Edgardo.*) Nuestro padre te hace vigilar; huye de este castillo; le han indicado tu escondrijo; aprovéchate de la oscuridad de la noche. ¿No has hablado aún con el duque de Cornouailles? Pronto llegará aquí, en compañía de su esposa. ¿Nada te ha dicho de su enemistad contra el de Albania? Procura hacer memoria.

EDGARDO.—Ni una palabra, estoy seguro.

EDMUNDO.—Padre llega; oigo su voz. Es preciso fingir que nos estamos batiendo. Saca tu espada! así; haz como si te defendieses. Ríndete ahora! ¡Ven ante nuestro padre! ¡Hola, luces! Huye, hermano mío. ¡Antorchas! ¡antorchas! (*Sale Edgardo.*) Bueno; adiós! Si me hiciese un poco de sangre, lograría persuadirles de que acabo de sostener un combate terrible. (*Se hiere el brazo.*) Á borrachos he visto yo hacerse mayor daño en broma! Padre, padre mío! ¡Detenedle! ¡detenedle! ¡Cómo! ¡Nadie me socorre!

(*Entran el conde de Glocester y varios criados con antorchas.*)

EL CONDE DE GLOCESTER.—¿Qué ocurre, Edmundo? ¿dónde está ese malvado?

EDMUNDO.—Aquí estaba, oculto en las tinieblas, espada en mano, murmurando no sé qué palabras mágicas, é invocando á la luna como divinidad tutelar.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¿Pero dónde está?

EDMUNDO.—Ved, señor, cómo brota mi sangre.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¿Dónde se halla ese desventurado, Edmundo?

EDMUNDO.—Ha huído por este lado, viendo que no podía lograr...

El conde de Glocester.—¡Corred en su persecución! ¡traedlo acá!... Decías que no podía lograr...

Edmundo.—Inducirme á que le secundara en el asesinato de vuestra señoría. Yo le hablaba de los dioses vengadores que fulminan sus rayos sobre la frente de los parricidas; de los potentes lazos con que la naturaleza une los hijos con los padres. En una palabra, señor: viéndome rechazar con horror los inicuos proyectos de su desalmado corazón, se ha lanzado de improviso sobre mí, espada en mano, hiriéndome el brazo, antes que yo pensara en defenderme. Y cuando ha visto despertar mi furor, y tal vez azorado por mis gritos, ha emprendido la fuga.

El conde de Glocester.—En vano intenta huir; no saldrá del reino sin verse arrestado, y entonces ¡ay de él! El duque, mi dueño, mi digno y supremo protector, llega esta misma noche. Por su autoridad haré que se proscriba la cabeza del réprobo. Quien logre descubrir á ese cobarde asesino y traerlo al pié del cadalso, cuente con mi gratitud; y el que lo ocultase, con la muerte.

Edmundo.—He procurado hacerle desistir de su propósito, pero en vano. Le he maldecido, amenazándole con descubrirlo todo. «¡Miserable bastardo! me ha dicho, ¿imaginas tú que si yo quisiere desmentirte, tu mérito, tu probidad y tu virtud darían crédito á tu acusación? Por más fiel que fuese el retrato que de mí trazaras, bastaríame decir que mientes para hacer que recayesen sobre tu cabeza los proyectos y el crimen que me imputases. Menester fuera que cegaras los ojos del mundo entero para que no viese que el interés que tienes en mi muerte era sobrada y decisiva razón para atentar contra mi vida.»

El conde de Glocester.—¡Singular y consumado bribón! ¡cómo! ¿atreverse á desmentir á su propia sangre? No; de tal hijo no soy padre. Oye; esa trom-

peta anuncia la llegada del duque. Ignoro la causa de su venida. Mandaré cerrar todas las puertas. No logrará escapar el desdichado! Enviaré sus señas á todas partes; quiero que todo el reino le conozca. Y á ti, mi leal y verdadero hijo, voy á tomar mis disposiciones para legitimarte.

(*Entran el duque de Cornouailles, Regan y séquito.*)

El duque de Cornouailles.—¿Qué ocurre, mi noble amigo? ¡Apenas acabo de entrar en este castillo, cuando llegan á mis oidos extrañas noticias!

Regan.—Si fuesen ciertas, no hay suplicio bastante para castigar al culpable; y vos, ¿cómo seguís, monseñor?

El conde de Glocester.—¡Tened lástima de mi vejez, señora! mi corazón está roto, quebrantado!

Regan.—¡Cómo! ¡el ahijado de mi padre atentar contra vuestros días!

El conde de Glocester.—¡Ah, señora, me avergüenzo al decirlo! ¡hubiera debido sepultar en el silencio tamaña villanía!

Regan.—¿No figuraba entre ese tropel de libertinos que componen el séquito de mi padre?

El conde de Glocester.—Lo ignoro, señora... ¡Ah! ¡cuánta, cuánta maldad!

Edmundo.—Sí, señora; entre ellos figuraba.

Regan.—Entonces ya no me sorprende su perversidad. Esos disolutos habrán puesto en su mano el puñal contra un anciano, para anticiparse el goce de sus rentas. Esta tarde he recibido noticias de mi hermana enterándome de su conducta, y he tomado mis medidas. Si vienen á alojarse en mi casa, no me encontrarán.

El duque de Cornouailles.—Ni á mí tampoco, Regan; te lo aseguro. He sabido, Edmundo, que acabáis de probar á vuestro padre que en vos tiene un hijo.

EDMUNDO.—Es mi deber, señor.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Sí; ha desconcertado los proyectos de ese miserable, y hasta ha quedado herido al intentar apoderarse de su persona.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—¿Ha salido gente en su persecución?

EL CONDE DE GLOCESTER.—Sí, mi digno señor.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Si le arrestan, no habrá que temer nuevos atentados de su parte. Descansad en mí. Y vos, Edmundo, que habéis dado tan noble prueba de virtud y obediencia, quedáis agregado desde ahora á mi séquito. Necesito hombres de vuestro temple, dignos de toda confianza, y de ella os habéis hecho merecedor.

EDMUNDO.—Podéis contar siempre, señor, con mi fidelidad.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Os doy gracias en su nombre.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—¿No sabéis por qué razón hemos venido á visitaros?

REGAN.—¿Á esta hora extraordinaria, á través de las sombras de la noche? Necesitamos consultaros, noble conde, sobre asuntos de alguna importancia. Nuestro padre, y también nuestra hermana, nos han escrito acerca de ciertas querellas surgidas entre ellos, y creemos conveniente contestarles cuanto antes. Sus distintos mensajeros aguardan nuestros escritos. Así, pues, buen amigo, auxiliadnos con vuestro parecer; los momentos son preciosos.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Disponed de mí como gustéis, señora. *(Salen.)*

ESCENA II

Entran el CONDE DE KENT y el INTENDENTE por distintos lados

EL INTENDENTE.—Buenas noches, amigo; ¿eres de la casa?

EL CONDE DE KENT.—Sí.

EL INTENDENTE.—¿Dónde podremos alojar nuestros caballos?

EL CONDE DE KENT.—En el pantano.

EL INTENDENTE.—Si me aprecias, dímelo.

EL CONDE DE KENT.—No te aprecio.

EL INTENDENTE.—Lo mismo me da, pardiez!

EL CONDE DE KENT.—Algo más te importaría si estuviésemos en el Parque de Lipsbury.

EL INTENDENTE.—¿Por qué me tratas con tanto despego? No te conozco.

EL CONDE DE KENT.—Yo á ti, mucho.

EL INTENDENTE.—¿Y cómo me conoces?

EL CONDE DE KENT.—Como á un bribón, cobarde, necio, de baja estirpe, hijo del oprobio, vil solicitante, vago, miserable esclavo que hace de perro para suplantar al hijo de la casa. En tu persona se reunen un pícaro, un miserable, un cobarde á quien daré de palos si niegas uno solo de los epitetos que acabo de darte.

EL INTENDENTE.—¿Y quién diablos eres tú para abrumar de injurias á quien no te conoce más de lo que le conoces tú?

EL CONDE DE KENT.—¡Descarado galopín! ¡atreverse á decir que no me conoce! Hace dos días que te derribé y zurré de lo lindo en presencia del rey. Mano á la espada, bribón. Es de noche, pero brilla la luna. Quie-

ro verla á través de tu cuerpo. Desenvaina, vil bastardo; ea, espada en mano! (*Saca su espada.*)

El Intendente.—Déjame; nada tengo que ver contigo.

El conde de Kent.—Desenvaina, miserable! ¡Ah! ¡con que vienes provisto de cartas contra el rey! Te

declaras campeón insolente de una vana mujerzuela contra la autoridad de su padre. ¡Ea, traidor, mano á la espada ó te aniquilo! Espada en mano, bribón; defiéndete!

El Intendente.—¡Socorro! favor! al asesino!

El conde de Kent (*golpeándole*). —¡Defiéndete, cobarde! ea, bribón, defiéndete!

El Intendente.—¡Favor! al asesino! socorro!

(*Entran Edmundo, el duque de Cornouailles, Regan, el conde de Glocester y séquito.*)

EDMUNDO.—¿Qué es eso? ¿qué ocurre? Separaos.

EL CONDE DE KENT.—Si os agrada el juego, mi joven señor, estoy á vuestras órdenes; poneos en guardia.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Cómo! espadas! armas! ¿qué significa...?

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—¡Deteneos! pena de la vida! ¿De qué vino esa contienda?

REGAN.—¡Cómo! los mensajeros de mi hermana y del rey!

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—¡Hablad! ¿qué motiva esa querella?

EL INTENDENTE.—Apenas puedo respirar, señor.

EL CONDE DE KENT.—No es extraño; has desplegado tanto valor! Cobarde, bribón, la naturaleza reniega de ti!

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Pero ¿acabaréis? ¿de qué vino esa riña?

EL INTENDENTE.—Señor, ese viejo bribón, cuya vida he respetado gracias á su barba gris...

EL CONDE DE KENT.—¡Tú, bastardo, última letra del alfabeto! tú, sér inútil en la humana especie! Permitid, señor, que aplaste á ese miserable, reduciéndolo á picadillo! con que ¿gracias á mi barba gris, embustero?

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Cállate, animal feroz. Olvidas el respeto que debes...

EL CONDE DE KENT.—Es verdad, señor; mas la cólera tiene sus privilegios.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—¿Y qué motivó tu cólera?

EL CONDE DE KENT.—El ver una espada en la mano de un hombre sin honor. Esos bribones se parecen á las ratas que infestan nuestros templos; cuando no

pueden desatar los lazos más sagrados, los roen y los desgarran con sacrílego diente; lisonjean las pasiones rebeldes á la razón, que surgen en el seno de sus amos; dan pasto á la llama, aumentando el incendio; su lengua voluble obedece al capricho de su dueño, como la veleta cambia y gira al menor soplo del aire. Como el perro, no tienen más sustento que arrastrarse y seguir. ¡Confúndate el infierno, con tu rostro convulsivo! ¿te mofas de mi discurso, tomándome por loco? Imbécil avechucho, si te encontrase en la llanura de Sarum te obligaría á correr ante mí, graznando, hasta el pantano de Camelot.

El duque de Cornouailles.—¿Has perdido acaso la razón, buen anciano?

El conde de Glocester.—Veamos: ¿qué es lo que ha dado origen á vuestra querella?

El conde de Kent.—Menos antipatía hay entre el fuego y el agua, que entre ese bribón y yo.

El duque de Cornouailles.—¿Por qué le aplicas ese calificativo? ¿qué crimen cometió?

El conde de Kent.—Su figura me desagrada.

El duque de Cornouailles.—Quizá tampoco te agraden la mía, la del conde, ni la de la duquesa.

El conde de Kent.—Señor, mi distintivo es la franqueza. He visto, en mis tiempos, sobre otros hombros, cabezas mejores que las que tengo actualmente á la vista.

El duque de Cornouailles.—Sin duda este viejo es un rusticote que, adulado alguna vez por su brutal ingenuidad, afectó desde entonces un tono de insolente franqueza, y nos muestra una fisonomía que su interior desmiente. «*No sabe lisonjear, es un hombre honrado, franco, no sabe mentir.*» Si la verdad es acogida benévolamente, tanto mejor; si no agrada, siempre le queda el mérito de ser veraz. ¡Ah! conozco algunos de esos bribones que, bajo una exterioridad de fran-

queza y hombría de bien, ocultan un alma más artificiosa y corrompida que veinte cortesanos juntos, consumados en el arte de la política y de la lisonja.

El conde de Kent.—Señor, en buena fe y pura verdad, salvo el respeto que debo á vuestra grandeza, cuya presencia, como los fuegos que coronan la frente radiante de Febo...

El duque de Cornouailles.—¿Qué significa eso?

El conde de Kent.—Es para variar de estilo, ya que el mío os desagrada tanto. No, no soy adulador, pero el que os engañó por medio de un discurso lleno de franqueza, en apariencia, era un malvado bribón, lo cual nunca seré yo, aunque hubiese de incurrir en vuestro desagrado.

El duque de Cornouailles.—¿Y en qué te ha ofendido ese hombre?

El Intendente.—Nunca le ofendí, señor. Poco tiempo há, el rey, su dueño, interpretando mal lo que yo le decía, intentó golpearme; ese hombre, para lisonjear su cólera, se unió á él y me derribó, insultándome, mofándose de mí y obteniendo los elogios de su señor. ¡Ah! si el rey no hubiese estado presente, no habría quedado yo vencido. Y ahora, engreído con sus proezas, acaba de sacar la espada contra mí.

El conde de Kent.—Ninguno de esos cobardes quiere que le tengan por menos bravo que Ayax.

El duque de Cornouailles.—Traigan cepos. Ya te enseñaremos, viejo testarudo, venerable fanfarrón...

El conde de Kent.—Soy demasiado viejo, señor, para aprender. No hagáis que traigan cepos para mí. Sirvo al rey, y es mostrar poquísimo respeto á la augusta persona de mi señor el poner cepos á su mensajero, con tanta malicia y osadía.

El duque de Cornouailles.—Traigan cepos, repito. Tan cierto como quien soy, permanecerás en cepos hasta el medio día.

REGAN.—¡Cómo! ¿solamente hasta medio día? Hasta la tarde, monseñor, y aun la noche toda.

EL CONDE DE KENT.—En verdad, señora, no me trataríais mas indignamente si fuese el más mísero perro de vuestro padre.

REGAN.—En menos os tengo aún.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—El carácter de ese pícaro es fidelísimo trasunto de la descripción que nos da vuestra hermana. ¡Ea, los cepos! (*Los traen.*)

EL CONDE DE GLOCESTER.—Permitid que me atreva á disuadiros de ese propósito. Grande es sin duda su falta, y el rey su señor sabrá castigarla muy distintamente, pues la pena vil que le preparáis queda reservada á las bajezas y á los pequeños crímenes de las gentes sin ley y sin fe. El rey se ofenderá al verse así insultado y vilipendiado en la persona de su mensajero, y nunca os perdonará el haberle puesto en el cepo.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Esa es cuenta mía.

REGAN.—¿Y mi hermana no tiene menos derecho de resentirse al ver á su honrado agente insultado, maltratado, por ejecutar fielmente sus órdenes? ¡Ea! ligadle las piernas! Vamos, mi buen señor.

(*Ponen á Kent en el cepo. Salen Regan y el duque de Cornouailles.*)

EL CONDE DE GLOCESTER.—Lo siento por ti, mi buen amigo; pero es orden del duque, y sabido es que nadie puede eludirla ni oponerse á ella; mas intercederé por ti.

EL CONDE DE KENT.—No lo hagáis, os lo ruego. He velado largas horas y estoy rendido de fatiga; veré de dormir un rato y después mataré el tiempo cantando. Adiós, señor.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Mal hace el duque obrando así; el rey se considerará ultrajado. (*Sale.*)

EL CONDE DE KENT.—¡Oh, rey mío! este tratamiento es presagio de tu destino. Expulsado de todo asilo

y desposeído de todas las dulzuras de la vida, no tienes más bienes que el aire y el calor del sol. (*Contempla la luna.*) ¡Oh luna! acércate á nuestro globo, para que tus consoladores rayos me permitan leer esta carta! (*Después de leerla.*) ¡Ah! es de Cordelia! reconozco su letra! Un azar venturoso la habrá informado de mi disfraz. Ya hallaré ocasión de salir de esta situación, tan extrema para mí, y de reparar todas las pérdidas de lo pasado. Estoy quebrantado de tantas vigilias y fatigas. Aprovechad este momento, ojos míos que el sueño cierra, para no ver este lugar de oprobio é ignominia! Buenas noches, Fortuna! Sonríeme otra vez, y haz que gire tu rueda. (*Se duerme.*)

ESCENA III

Bosque

Entra EDGARDO

¡He oído poner á precio mi cabeza! Afortunadamente el hueco de un árbol me ha ocultado á sus pesquisas. No más asilo, ni puerto, ni lugar seguro para Edgardo! Numerosos centinelas y vigilantes espían mis pasos para arrestarme. Mientras aún soy libre, buscaré el medio de conservarme. Se me ocurre la idea de disfrazarme bajo la forma más abyecta y pobre á que la miseria pueda haber degradado al hombre, nivelándolo con el bruto. Ennegreceré, desfiguraré mi rostro; ceñiré mi talle con un manto hecho girones; ataré mis cabellos en mil lazadas y mis desnudos miembros afrontarán la injuria de los vientos y la inclemencia. Tomaré por modelo á esos evadidos de un manicomio que, exhalando salvajes gritos, hincan en sus magulladas carnes alfileres, clavos, espinas

EDGARDO.—*¡He oído poner á precio mi cabeza!*

y ortigas, y en tan horrible atavío surgen del fondo de las míseras cabañas, de las derruídas granjas, de los parques, de los establos y de los molinos, invadiendo los caminos reales para violentar la caridad, ora con sus ruegos, ora con sus lunáticas imprecaciones. Ser eso, todavía es ser algo; mientras que siendo Edgardo, nada soy. (*Sale.*)

ESCENA IV

Castillo del conde de Glocester

Entran LEAR, el BUFÓN y un GENTILHOMBRE

LEAR.—Es extraño que hayan partido de su castillo sin enviarme mi mensajero.

EL GENTILHOMBRE.—Me consta que la pasada noche no tenían la menor intención de partir.

EL CONDE DE KENT.—Salud, mi noble señor.

LEAR.—¡Ja! ¡ja! ¿te sirve de diversión tu vergüenza?

EL CONDE DE KENT.—No, monseñor.

EL BUFÓN.—¡Á fe mía, provisto estás de crueles ligas! Á los caballos los atan por la cabeza, á los perros y á los osos por el cuello, á los micos por los riñones y á los hombres por las piernas! Cuando un hombre tiene piernas demasiado vigorosas, se le ponen pesadas trabas.

LEAR.—¿Quién se ha equivocado tan groseramente sobre el sitio que te corresponde, para colocarte aquí?

EL CONDE DE KENT.—Han sido él y ella; vuestro yerno y vuestra hija.

LEAR.—¡No!

EL CONDE DE KENT.—Ellos han sido.

LEAR.—Dígote que no.

EL CONDE DE KENT.—Y yo os digo que sí.

LEAR.—¡Por Júpiter! que no, te juro!

EL CONDE DE KENT.—¡Por Júpiter, juro que sí!

LEAR.—No han osado, no han podido quererlo! Pero eso es más que un asesinato! ultrajar tan violentamente al más respetable ministerio! Date prisa á explicarme por qué conducta mereciste este castigo, ó cómo han podido infligírtelo siendo tú nuestro emisario!

EL CONDE DE KENT.—Apenas, monseñor, llegué al castillo, les supliqué la más pronta lectura de las cartas de vuestra alteza. Aún no me había levantado de la humilde postura en que les manifestaba de rodillas mi atento respeto, cuando acude á toda prisa un correo de la señora Goneril, con una carta de su parte. Léenla al momento, interrumpiendo la lectura de las vuestras, é inmediatamente dan presurosas órdenes á su servidumbre, y se alejan un momento, mandándome que aguarde á saber su respuesta. En esto encuentro al otro mensajero cuya llegada había trastornado el efecto de mi misión. Era el mismo pícaro que no há mucho se mostró tan insolente ante vuestra alteza. Yo, atendiendo más á la naturaleza que á la reflexión, eché mano á la espada. Tal es la falta que vuestro yerno y vuestra hija han creído digna del vergonzoso castigo que sufro. El miserable ha alarmado toda la casa con sus cobardes clamores.

LEAR.—¡Cómo despierta é invade mi corazón la cólera! Inflamable bilis, vuelve á tu esfera. ¿Dónde está esa hija?

EL CONDE DE KENT.—Aquí, señor, en el castillo con el conde de Glocester.

LEAR.—No me sigáis; esperadme. (*Sale*).

EL GENTILHOMBRE.—¿No habéis cometido más falta que la que acabáis de indicar?

El conde de Kent.—No. Pero ¿ por qué viene el rey con séquito tan poco numeroso ?

El Bufón.—Si te hubiesen puesto en el cepo por esta pregunta, merecido lo tendrías.

El conde de Kent.—¿ Por qué, bufón ?

El Bufón.—Te llevaríamos á la escuela de la hormiga para enseñarte que en invierno no se trabaja. Todos los que siguen á su nariz, son guiados por los ojos, exceptuando los ciegos ; de veinte narices, no hay una siquiera capaz de sentir y distinguir de dónde parte el olor infecto. Si tienes en la mano una rueda grande, suéltala cuando con ella bajes de la montaña, si no quieres, siguiéndola, descalabrarte ; pero si ves subir y elevarse algún gran personaje, aférrate á él y te subirá consigo.

El conde de Kent. —¿ Dónde aprendiste eso, bufón?

El Bufón.—De seguro que no fué en el cepo.

(*Vuelve Lear con el conde de Glocester.*)

Lear.—¡ Negarse á hablar conmigo ! están enfermos, fatigados, han viajado toda la noche ! Pretextos vanos, indicio de rebelión y desacato. Dame otra respuesta mejor.

El conde de Glocester.—Ya conocéis, noble señor, la arrogancia del duque, y cuán obstinado es en sus resoluciones.

Lear.—¡ Venganza ! ¡ peste ! ¡ muerte ! ¡ confusión ! ¡ Su arrogancia ! ¿ qué arrogancia ? Glocester, quiero hablar al duque de Cornouailles y á su mujer.

El conde de Glocester.—Así acabo de manifestárselo, señor.

Lear.—El rey quiere hablar con Cornouailles ; un tierno padre quiere conversar con su hija, exigiendo de ella obediencia. ¿ Se lo has manifestado así ? ¡ Su arrogancia ! ¡ arrogancia del duque ! ¡ por mi sangre y por mi vida ! Vé á decir á ese duque tan terrible... mas, no, todavía no ; quizá se halla indispuesto. En

nuestros achaques, olvidamos todos los deberes inherentes á la salud. Dejamos de ser lo que somos, cuando la naturaleza, oprimida por el dolor, ordena al alma que sufra con el cuerpo. Quiero tranquilizarme; me dejé llevar de la violencia de mis sentimientos, achacando á terquedad de su parte una indisposición, un momento de malestar. ¡Maldición sobre mi estado! (*Mirando á Kent.*) Pero ¿por qué está aquí ese? La brusca partida del duque y su mujer anuncia una oculta trama. Desligad á mi buen servidor. Vé y diles al duque y á su mujer que quiero hablar con ellos inmediatamente. Ordénales que salgan y vengan á oirme, ó bien haré redoblar los tambores á la puerta de su habitación hasta que clamen: *Dormidos por toda la eternidad.*

El conde de Glocester.—Quisiera que entre vosotros reinase la mejor armonía. (*Sale.*)

Lear.—¡Corazón, corazón mío, no te subleves! ¡cállate!

El Bufón.—Créeme, tío, dile á tu corazón lo que aquel papanatas decía á sus anguilas, metiéndolas vivas en el pastel; les cortaba la cabeza con su cuchillo y les gritaba: callad, revoltosas, callad! Ese tal era hermano del otro que amaba tanto á su caballo, que le ponía manteca en el heno.

(*Entran el duque de Cornouailles, Regan, el conde de Glocester y séquito.*)

Lear.—¡Buenos días á entrambos!

El duque de Cornouailles.—Guarde Dios á vuestra señoría!

Regan.—Tengo gran satisfacción en ver á vuestra alteza!

Lear.—Así lo creo, Regan, y me sé la razón. Si mi presencia no fuese para ti satisfactoria, divorciaríame yo de la tumba de tu madre que entonces sólo guardaría las cenizas de una adúltera. (*Al conde de Kent.*)

¡Ah! ¿con que ya estás libre? De eso trataremos luégo. Mi querida Regan; tu hermana es una miserable; como un buitre ha hincado el agudo diente de la ingratitud aquí (*señalando su corazón*); apenas puedo hablarte; no, no podrías creer con qué dureza su alma depravada... ¡Oh, Regan!

REGAN.—Os suplico, señor, que os moderéis; creo que antes podríais vos olvidar su merecimiento, que ella su deber.

LEAR.—¿Cómo? ¿qué dices?

REGAN.—No puedo creer que mi hermana haya faltado en lo más mínimo á lo que os debe. Si ha ocurrido que haya deseado poner un freno á la licencia de vuestros caballeros, débese á motivos tan legítimos y á miras tan laudables, que no merece por ello el menor reproche.

LEAR.—¡Maldita sea!

REGAN.—¡Ah, señor! ¡sois ya viejo! ¡la naturaleza llega, en vos, al límite de su carrera! ¡debiérais dejaros guiar por alguna persona prudente, más conocedora de vuestro estado que vos mismo. Así, pues, os ruego que volváis junto á mi hermana y convengáis en que la injuriásteis.

LEAR.—¡Pedirle perdón yo! ¡qué proceder tan puesto en orden! Irle yo á decir (*se arrodilla*): «Querida hija mía, confieso que soy viejo; un viejo es un ente inútil; me prosterno á tus plantas; dígnate concederme una vestidura, un lecho y un bocado de pan.»

REGAN.—Basta, señor; cesad en esa chanza poco sensata! Volved al lado de mi hermana.

LEAR.—Jamás, Regan. Tu hermana me ha despojado de la mitad de mi séquito; ha fijado en mi rostro una mirada de cólera; su lengua, como dardo de serpiente, ha atravesado mi corazón. ¡Derrama, oh cielo, sobre su ingrata cabeza todos los tesoros de tu vengan-

za! ¡vapores contagiosos, penetrad en sus juveniles miembros y quebrantad sus formas!

El duque de Cornouailles.—¡Fí! ¡fí! ¡fí!

Lear.—Rayos veloces, fulminad con vuestras llamas aquellos ojos donde ví brillar el desprecio! ¡marchitad su belleza, pestíferos vapores, que el potente sol aspira del fondo de los pantanos, y ennegreced aquellos atractivos que constituyen su orgullo!

Regan.—¡Oh dioses! ¡no vayáis á maldecirme también en esos arranques de furor!

Lear.—No, Regan; jamás caerá sobre ti mi maldición; tu alma, que nació dulce y tierna, no se abandonará jamás á la dureza. Los ojos de tu hermana son feroces; el dulce brillar de los tuyos da consuelo. No, en tu corazón no entra el estorbar mis placeres, el cercenarme una parte de mi séquito, el injuriarme con insolentes frases, ni el mutilar mi grandeza. Tú no correrás los cerrojos á la llegada de tu padre. Tú conoces mejor los deberes de la naturaleza, las obligaciones de los hijos, los procedimientos de la humanidad, de la honradez, de la gratitud.

Regan.—Al grano, señor, al grano.

(*Óyense trompetas á lo lejos.*)

Lear.—¿Quién ha castigado á mi mensajero con el cepo? (*Entra el Intendente.*)

El duque de Cornouailles.—¿Qué anuncia esa trompeta?

Regan.—Reconozco ese sonido; la llegada de mi hermana. Su presencia confirma su letra en que me anunciaba su venida. ¿Ha llegado vuestra señora?

Lear.—He ahí un esclavo que, en breve tiempo, ha fundado su orgullo en el frágil favor de su ama. ¡Largo de aquí, miserable, fuera de mi presencia!

El duque de Cornouailles.—¿Qué pretende vuestra gracia?

Lear.—¿Quién ha puesto á mi mensajero en el ce-

po? Supongo, Regan, que no interviniste en ello. (*Entra Goneril.*) ¿Quién llega? Dioses! Si amáis á los ancianos; si la dulzura de vuestro gobierno paternal ordena y consagra la obediencia filial; si también sois viejos, defended vuestra causa en la mía. (*A Goneril.*) ¡Cómo! ¿no te avergüenzas al aspecto de mis cabellos blancos? ¿y tú, Regan, unes tu mano á la suya?

Goneril.—¿Y por qué no habría de estrechar mi mano, señor? No es ofensa todo lo que la indiscreción ó la demencia califica con este nombre.

Lear.—¡Oh corazón mío, eres demasiado insensible! ¡Cómo! ¿puedes tolerarlo, y no te rompes? ¿Quién se atrevió á poner mi mensajero en el cepo?

El duque de Cornouailles.—Yo he sido, señor; no merecía menos su falta.

LEAR.—¡ Vos ! ¡ habéis sido vos !

REGAN.—¡ Ah, padre mío ! si vuestra razón se debilita, convenid en ello. Si hasta que el presente mes haya espirado, queréis volver á casa de mi hermana y morar en ella, despedid á la mitad de vuestro séquito y veníos después á nuestro castillo. Actualmente, me he ausentado de allí, y carezco de las provisiones necesarias para vuestro mantenimiento.

LEAR.—¡ Volver á su mansión ! ¡ Despedir á cincuenta de mis caballeros ! No ; antes renunciaría á vivir bajo techado, prefiriendo exponerme á la inclemencia del aire, en compañía de los lobos y los buhos, blanco de todos los dardos de la más horrible necesidad ! ¡ Volver á su morada ! Antes preferiría presentarme al fogoso rey de Francia, que tomó sin dote á mi hija menor, y mendigar de su mano la pensión de sus escuderos, albergándome en el más oscuro asilo ! ¡ Volver á su mansión ! ¿ Por qué no me aconsejas que éntre en el servicio de esa mujer detestada, confundido en la ínfima fila de sus esclavos ?

GONERIL.—Como gustéis, señor.

LEAR.—Te lo ruego, hija mía; no hagas que me vuelva loco. No quiero causarte la menor incomodidad, hija mía. Adiós, no volveremos á encontrarnos más, pero con todo eso eres mi carne, mi sangre, mi hija. —Ó más bien eres veneno engendrado de mi sangre corrompida. —Nada quiero reprocharte ; caiga sobre ti el oprobio, cuando quiera ; no lo llamaré. No provocaré sobre tu cabeza los dardos del dios que fulgura el rayo. Enmiéndate cuando puedas. Todo puedo sufrirlo con paciencia. Me quedaré en casa de Regan, con mis cien caballeros.

REGAN. — No todos juntos. Aún no os esperaba, y nada he dispuesto para recibiros como conviene. Dad oídos á las proposiciones de mi hermana. Los que asocian su cordura á vuestra pasión deben resignarse y

pensar que sois viejo y que... Pero mi hermana obra bien en lo que hace.

LEAR.—¿Es franco ese lenguaje?

REGAN.—Así lo sostengo. ¡Cómo! ¿no bastan cincuenta caballeros? ¿necesitáis más? Todo concurre contra tamaña muchedumbre: el agobio y el peligro. ¿Cómo pueden vivir en buena inteligencia, en una sola y misma casa, tantas personas sometidas á dos dueños? Es muy difícil, casi imposible

GONERIL.—¿Y qué, señor? ¿no podríais haceros servir por sus criados ó por los míos?

REGAN.—¿Por qué no podríais, señor? Si llegasen á faltaros, castigarlos sabríamos. Si dentro de algunos días queréis venir á mi morada (pues ya entreveo el peligro) os ruego que no traigáis más de veinticinco caballeros; no tengo sitio para mayor número.

LEAR.—Recordad que os lo dí todo.

REGAN.—Y lo disteis oportunamente.

LEAR.—Os hice mis guardianas, mis depositarias, no reservándome sino cierto número de oficiales para mi séquito. ¿Para entrar en la casa sólo he de llevar veinticinco? ¿no acabas tú de decirlo?

REGAN.—Y lo repito, señor; ni uno más.

LEAR.—Una mujer arrugada, ajada parece aún hermosa junto á otras mujeres más viejas y decrépitas que ella. Basta no ser el peor para merecer todavía algún elogio. (*A Goneril.*) Volveré á tu castillo. Tus cincuenta son el doble de sus veinticinco, y así, tu cariño es doble que el suyo.

GONERIL.—Escuchad, señor, ¿qué necesidad tenéis de veinticinco caballeros, ni siquiera de diez, ni aun de cinco, para venir á una casa donde encontraríais á un número de servidores tres veces mayor?

REGAN.—¿Qué necesidad tenéis ni de uno solo?

LEAR.—¿Qué estás hablando de necesidad? El mendigo más miserable goza de alguna superfluidad en

medio de su pobreza. Si al hombre sólo le concedes lo estrictamente necesario, su vida será tan barata como la del bruto. Princesa eres: si todo el lujo consistiese en vestir bien abrigada, ¿necesita la naturaleza de esos preciosos trajes que llevas y que apenas pueden defenderte del frío? Otra cosa necesito yo: la paciencia; otorgádmela, clementes dioses. En mí veis á un desventurado viejo, tan abrumado por el dolor como por el peso de sus años. Si sois vosotros los que armáis á estas hijas contra su padre no me inspiréis demasiada insensibilidad para soportar tranquilo sus injurias; infundidme una noble cólera. No mancille las mejillas de un anciano el llanto, única arma de la mujer. Sí, monstruos desnaturalizados, de vosotras tomaré una venganza que el mundo entero... Ignoro á qué extremos llegaré; pero juro que ha de temblar la tierra. ¿Pensabais verme llorar? No lo lograréis. Verdad es que me sobra motivo para ello; mas antes de verter una sola lágrima, quedará roto en pedazos mi corazón. ¡Ah! ¡temo volverme loco!

(*Salen Lear, los condes de Glocester y de Kent, y el Bufón.*)

El duque de Cornouailles.—Retirémonos; la tempestad nos amenaza. (*Oyese el fragor del trueno.*)

Regan.—Esta casa es pequeña; no caben en ella el rey y su séquito.

Goneril.—Culpa suya es si se atormenta y se priva de reposo; así se resentirá de su locura.

Regan.—Á él, personalmente, lo acogería con mucho gusto; pero á ninguno de su séquito absolutamente.

Goneril.—Lo mismo digo. Pero ¿dónde está el conde de Glocester?

El duque de Cornouailles.—Salió con el viejo; ya vuelve.

El conde de Glocester.—El rey está sumamente enfurecido.

El duque de Cornouailles.—¿ Y hacia dónde va?

El conde de Glocester. — Ha ordenado que dispongan los caballos; pero ignoro su designio.

El duque de Cornouailles. — Lo mejor será dejarle obrar á su antojo.

Goneril.—Monseñor, no le invitéis á quedarse.

El conde de Glocester.—¡Ah! la noche se aproxima, y el viento empieza á soplar con violencia. En el espacio de varias millas apenas se encuentra un árbol para refugio.

Regan.—¡Ah, señor! á los hombres tercos y obstinados deben servir de lección los males que por sí propios se atraen. Cerrad las puertas. Los que le siguen son gente decidida; pueden abusar de su estado de debilidad, y la prudencia aconseja que nos prevengamos contra sus desmanes.

El duque de Cornouailles.—Cerrad las puertas, señor. ¡Vaya qué noche más cruel! Mi Regan opina muy cuerdamente; preservémonos de la tempestad. (*Salen.*)

ACTO III

ESCENA PRIMERA

Claro en un bosque.—Noche tempestuosa

Entran el CONDE DE KENT y un GENTILHOMBRE por distintos lados

EL CONDE DE KENT.—¿Quién anda por aquí sin temor á la tempestad?

EL GENTILHOMBRE.—Un hombre cuyo corazón encierra una tempestad mayor.

EL CONDE DE KENT.—¡Ah, os reconozco! ¿dónde está el rey?

EL GENTILHOMBRE.—Disputando con furor contra los elementos. Manda á los vientos que se agiten, levantando las olas del Océano, hasta tragarse la tierra, á fin de que la naturaleza cambie ó se aniquile. Arranca sus nevados cabellos, que el impetuoso aquilón arrebata y dispersa sin piedad en los aires. En esta noche terrible, en que la osa exhausta de leche permanece en su cueva con sus hambrientos hijuelos, en que los leones y los lobos, á pesar del hambre, sólo procuran ponerse

al abrigo de la tempestad, el rey, corriendo de uno á otro lado, descubierta la cabeza, pretende que su mezquina existencia desafía al granizo y á los desencadenados vientos, y reta á grandes gritos al destino y á la destrucción.

El conde de Kent.—¿Y quién le acompaña?

El Gentilhombre.—Nadie mas que su bufón, que con sus chanzonetas intenta calmar el dolor de las injurias que despedazan su alma.

El conde de Kent.—Sé que sois hombre honrado, y me atrevo á confiaros un encargo de alto valor. Hay desavenencias entre el duque de Albania y el de Cornouailles. Aun cuando sus odios se ocultan todavía bajo el velo del disimulo, tienen servidores que, haciendo alarde de fidelidad, sirven de espías al rey de Francia, informándole de cuanto ocurre en nuestro país. De resultas, una armada francesa acaba de caer sobre nuestra dividida nación. Ya los enemigos, sacando provecho de nuestra negligencia, se han procurado un desembarque secreto en nuestros mejores puertos y se disponen á desplegar ostensiblemente sus banderas. Oíd ahora mi encargo: si he sabido inspiraros alguna confianza, volad á Douvres; allí encontraréis á una persona que os dará señaladas pruebas de agradecimiento cuando oiga el relato fiel de las atroces injurias y de los inicuos pesares con que se tortura á nuestro rey. Para demostraros que soy algo más de lo que mi traje anuncia, tomad esta bolsa. Si veis á Cordelia (y no dudo que la veréis) enseñadle esta sortija, y ella os dirá quién es el hombre que aún no conocéis. ¡Fatal tempestad! ¡Corro en busca del rey!

El Gentilhombre.—Tomad mi mano. ¿Habéis de encargarme algo más?

El conde de Kent.—Una palabra todavía, y es la más importante. Seguid este sendero, mientras yo

tomo aquel. El primero de nosotros que encuentre al rey, lo avisará al otro dando un grito. (*Salen.*)

ESCENA II

Otro punto del bosque.—Crece la tempestad.

Entran LEAR y el BUFÓN

LEAR.—Brama y desencadénate ¡oh viento! desplegando todo tu furor. Huracanes, cataratas y tempestades, derramad vuestros torrentes sobre la tierra; sepultad bajo las aguas la cima de nuestras torres y de nuestros campanarios; fuegos sulfurosos, ejecutores del pensamiento, embajadores del rayo que estalla y rompe las encinas, abrasad mis canas; horrísono trueno que todo lo conmueves, aplasta el globo del mundo, destroza todos los mundos de la naturaleza, y extermina los gérmenes todos que producen el hombre ingrato.

EL BUFÓN.—Óyeme, tío: más vale, en casa, agua bendita, que agua del cielo en mitad del llano. Vé á implorar la compasión de tus hijas: noche como esta no se apiada del loco, ni del cuerdo.

LEAR.—Agota tus flancos, huracán, derramando tus torrentes de lluvia y fuego; vientos, trueno, tempestad, no sois vosotros mis hijas; elementos furiosos, no os acuso de ingratitud. No os he dado un reino; no sois hijas mías, ni me debéis obediencia. Descargad, pues, sobre mí todo el furor de vuestros crueles fuegos; soy vuestro esclavo sumiso, pobre y débil anciano abrumado bajo el peso de los achaques y el desprecio, y sin embargo, tengo el derecho de llamaros cobardes ministros, que os aliáis con dos hijas perversas, declarándome la guerra desde las alturas, eligiendo por

meta de vuestros horribles combates mi vieja cabeza cubierta de blancos cabellos. ¡Oh, sí! ¡vergonzosa cobardía! (*Entra el conde de Kent.*) No digo más; he de ser modelo de paciencia.

El conde de Kent.—¿Quién va allá?

El Bufón.—Un mendigo y un rey; un loco y un cuerdo.

El conde de Kent.—¡Cómo! ¡vos aquí, señor! Desde que soy hombre, no recuerdo haber visto semejantes surcos de fuego, ni haber oído truenos semejantes entre el horrible choque de la lluvia y de los rugientes vientos. La naturaleza del hombre es demasiado débil para soportar la violencia de este huracán y de tantos azotes á la vez.

Lear.—¡Sepan los potentes dioses distinguir y herir á sus verdaderos enemigos! Tiembla, desventurado, que guardas en tu seno crímenes ignorados é impunes! Ocúltate, sanguinaria mano del asesino! Huye, perjuro, y tú, hipócrita, que bajo la máscara de la virtud, cometes el incesto! Tiembla, malvado, que bajo un velo de humanidad y benevolencia atentaste contra la vida del hombre! Y vosotros, crímenes escondidos á toda mirada, rasgad el velo que os cubre y pedid perdón á los terribles heraldos de la justicia divina! En cuanto á mí, más males sufro, que he cometido.

El conde de Kent.—¡Ah, señor! ¡cómo! ¿desnuda la cabeza? Mi buen señor; aquí cerca hay una cabaña. Tal vez su dueño os la preste contra la tempestad. Entrad á descansar mientras yo vuelvo al encuentro de esa familia más dura que la piedra de que está formado su castillo.

Lear.—Mi espíritu comienza á perturbarse. Ven, hijo mío, ¿cómo te encuentras? estás muriéndote de frío, y yo estoy helado. ¿Dónde está esa paja, buen muchacho? ¡Á qué extremos nos reduce la necesidad! ¡cuánto precio da á lo que antes estimábamos vil!

LEAR.—*¡Fuegos sulfurosos, abrasad mis canas!*

Ea, vamos, vamos á esa choza. ¡Pobre bufón, pobre chico! ¡aún hay en mi corazón una fibra que padece por ti! (*Salen.*)

ESCENA III

Salón en el castillo del conde de Glocester

Entran el conde de GLOCESTER y EDMUNDO

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Ah, querido Edmundo! esa conducta desnaturalizada me subleva. Yo sólo les pedía el permiso de compadecerle, y me han prohibido el libre uso de mi propia casa, añadiéndome, so pena de incurrir en su eterno desagrado, que jamás vuelva á hablarles de él.

EDMUNDO.—¡Salvaje y desnaturalizado comportamiento!

EL DUQUE DE GLOCESTER.—Escucha, y guarda el secreto: hay desavenencia y algo peor entre los dos duques. He recibido esta noche una carta que sería peligroso divulgar, y que he encerrado en mi gabinete. Vengado quedará el rey de las injurias con que le tratan hoy. Se ha levantado un ejército; adhirámonos al partido del rey. Voy á buscarle y á consolarle en secreto. Tú, Edmundo, quédate junto al duque y toma nota de sus palabras; que por nada del mundo sospeche el interés que te tomas por la suerte de Lear. Si preguntare por mí, dile que estoy enfermo, en cama. ¡Hasta me han amenazado con la muerte! Si muero, no importa; de todos modos quiero socorrer al rey, mi buen señor. Ya ves la importancia del secreto que en ti fío; se prudente y circunspecto. (*Sale.*)

EDMUNDO.—¡Mísero de ti! Pronto quedará enterado el duque de esa carta y de los sentimientos de piedad

que te ha vedado. Parece que éste ha de ser un servicio asaz importante, para que me lo recompensen con todo lo que mi padre pierda. Sí, en verdad; la juventud ha de elevarse sobre las ruinas de la vejez. (*Sale.*)

ESCENA IV

Claro en el bosque.—Una cabaña

Entran LEAR, el CONDE DE KENT y el BUFÓN

EL CONDE DE KENT.—Entrad, monseñor; la inclemencia de esta noche tiránica sobrepuja las fuerzas del hombre. Hay que guarecerse bajo techado.

LEAR.—Déjame solo. (*Continúa la tempestad.*)

EL CONDE DE KENT.—Entrad, señor, os lo ruego.

LEAR.—¿Quieres destrozar mi corazón?

EL CONDE DE KENT.—¡Antes el mío! Entrad, señor.

LEAR.—Consideras como un mal insoportable esa furiosa tempestad que penetra hasta nuestros huesos. Lo será para ti; pero el que tiene poseído su corazón por inmenso dolor no hace caso de tan leve pena. Si un oso te persigue, echarás á correr; mas si tu fuga tropieza con el obstáculo del embravecido mar, retrocederás afrontando á la bestia feroz. Cuando el alma está libre, el cuerpo es delicado y sensible al dolor; pero la tempestad que agita mi corazón, le ha cercenado los demás sentimientos. ¡La ingratitud de nuestros propios hijos! ¿No es como si mi boca mordiese á mi mano cuando esta le ofrece su alimento? Pero me vengaré; no, no quiero llorar más. Rechazarme de su casa y cerrarme su puerta, en tan horrible noche! Ruge, tempestad; yo soportaré tus furores. ¡En noche tan atroz! ¡Oh Regan! ¡Oh Goneril! ¡Á vuestro tierno y anciano padre, á cuyo cariñoso cora-

zón lo debéis todo! ¡Oh, esta idea me vuelve frenético! ¡desechémosla, no la recordemos más!

El conde de Kent.—Entrad, mi buen señor.

Lear.—Entra tú, si quieres, y procura abrigarte. Esa tempestad me libra de otras ideas que me harían más daño que ella. ¡No importa! Entremos. (*Al Bufón.*) Pasa tú delante, hijo mío. ¡Oh, indigencia sin asilo! Vamos, entra! Voy á orar al cielo, y después dormiré. (*El Bufón entra.*) ¡Pobres desheredados, donde quiera que os halléis, aguantando todo el furor de esta implacable tempestad, ¿cómo pueden resistirla vuestras cabezas sin abrigo y vuestros miembros mal cubiertos de andrajos y extenuados por el hambre? ¡Ah! ¡mucho olvidé vuestras necesidades! Lujo devorador, ve ahí tu remedio: exponte á sufrir lo que los desheredados sufren y aprenderás á despojarte de lo superfluo de tus bienes, repartiéndolo entre los pobres y alcanzando perdones del cielo.

Edgardo (*desde dentro*).—¡Una braza y media! una braza y media! pobre Tom!

El Bufón (*saliendo precipitadamente*).—No entres, tío; hay un fantasma. ¡Socorro! ¡socorro!

El conde de Kent.—Dame tu mano. ¿Quién va allá?

El Bufón.—¡Una fantasma, os repito! y dice que se llama pobre Tom!

El conde de Kent.—¿Quién eres tú, que así ruges sobre la paja? Sal de ahí.

(*Entra Edgardo, disfrazado grotescamente.*)

Edgardo.—¡Vête! ¡el demonio negro me persigue! ¡á través de los espinosos matorrales sopla la punzante brisa! ¡Corre á tu cama y caliéntate!

Lear.—¿Lo diste todo á tus hijas? ¿á tal extremo te redujiste?

Edgardo.—¿Quién quiere dar limosna al pobre Tom, que el negro espíritu ha paseado á través de fuegos y llamas, de ríos y abismos, de lagos y barrancos, lle-

nando de cuchillos sus almohadas, de cuerdas sus sillas y de ponzoña sus alimentos, insuflando la temeridad en su corazón y haciéndole franquear altísimas vallas, galopando en impetuoso corcel? ¡Guarde Dios á los cinco sentidos de la naturaleza! ¡Tom se muere de frío! ¡oh! ¡oh! ¡oh! ¡oh! Presérvete el cielo de huracanes, de astros malignos y de sortilegios! ¡Una limosna al pobre Tom, torturado por el negro espíritu! ¡Ah! ¡si pudiese cogerle aquí, si pudiese cogerle allí, y después acá, y después acullá!

(La tempestad redobla.)

LEAR.—¡Cómo! á tal extremidad te redujeron tus hijas! ¿no supiste conservar nada para ti? ¿se lo diste todo?

EL BUFÓN.—No tal; se reservó prudentemente un abrigo.

LEAR.—¡Pues bien! ¡caigan sobre tus hijas todas las plagas que el acaso tiene suspendidas en las alturas!

EL CONDE DE KENT.—¡Ah! señor! el desdichado no tiene hijas!

LEAR.—¡Cómo, traidor! ¿que no tiene hijas, dices? ¡Muerte y exterminio! ¿qué pudo haberle reducido á tan profunda miseria, sino la ingratitud de sus hijas? ¿es, hoy, costumbre que los padres, desposeídos de todo, no hallen piedad en su propia sangre?

EDGARDO.—El negro espíritu estaba en la cumbre de la montaña gritando *¡hola! ¡hola!*

EL BUFÓN.—Temo que esta noche glacial nos vuelva locos á todos.

EDGARDO.—¡Cuidado con los espíritus malignos! Obedece á tus padres, persevera en tu fe, no jures, no corrompas á la mujer agena. Tom se muere de frío.

LEAR.—¿Quién eras tú, antes?

EDGARDO.—Yo era un criado henchido de orgullo; rizaba mis cabellos y ostentaba en el sombrero los

EDGARDO.—*¿Quién quiere dar una limosna al pobre Tom?*

guantes de mi señora, prestándome á sus amorosos ardores y cometiendo el acto de las tinieblas. Profería tantos juramentos como palabras, y era perjuro á la faz del paciente cielo. Dormíame fatigado de disoluciones, y sólo despertaba para proseguirlas. Mi pasión dominante era el vino; también me agradaba el juego, y sobrepujaba á un sátiro en amor. Tenía falso el corazón, crédulo el oído y sanguinaria la mano. En glotonería era un cerdo; en la astucia, zorro; en rapacidad, lobo; en agarrar la presa, león. No fíes tu pobre corazón á la mujer, teme el dulce rozar de su traje de seda, y de su breve zapatito. Pero aún continúa soplando la aguda brisa á través de los matorrales, diciendo: *suum, mun*, ¡ah! no, Delfín, hijo mío, cesa, déjala pasar! *(Sigue la tempestad.)*

LEAR.—Más te valiera estar en la tumba que aquí con tus desnudos miembros expuestos al enojado cielo. ¡Mira lo que es el hombre! reflexiónalo bien, Lear! Tú no debes seda á los gusanos, lana á los carneros, perfume al gato de algalia, ni pieles á las bestias salvajes. ¡Ah! tres estamos aquí con la razón extraviada; pero tú eres la locura misma. El hombre sin bienes de fortuna es un sér pobre, desnudo, un verdadero bruto, como tú. Ea, lejos de mí, vestiduras extrañas al hombre, vanos disfraces de la triste humanidad, dejadme. *(Rasga sus vestiduras.)*

EL BUFÓN.—Óyeme, tío, te ruego que te calmes; esta noche no es muy á propósito para nadar. Ahora, un poco de fuego en esta desierta planicie, se parecería al corazón de un viejo disoluto, donde aún arde una ligera chispa mientras el resto del cuerpo está completamente helado. Mira, mira, un fuego fatuo!

EDGARDO.—¡Ah! es el maligno espíritu *Flibbertigibet;* comienza su carrera á la hora de la queda y camina hasta el primer canto del gallo; da vuelta á la tierra, corrompe las mieses y atormenta á las pobres criatu-

ras, enturbiando su vista y dándoles catarata y convulsiones.

(*Entra el conde de Glocester, con una antorcha encendida.*)

LEAR.—¿Quién es ese hombre?

EL CONDE DE KENT.—¿Quién va? ¿á quién buscáis?

EL CONDE DE GLOCESTER.—¿Y quiénes sois vosotros? ¿cómo os llamáis?

EDGARDO.—Yo soy el pobre Tom, que se alimenta de ranas, sapos y lagartijas. En el furor que el maligno espíritu le infunde, se harta de alimentos odiosos, tragando ratas viejas y perros muertos; bebe la verdosa capa de las aguas estancadas; errante de pueblo en pueblo, por donde quiera es apaleado, encadenado, arrestado...

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Cómo! ¿no tiene Vuestra Gracia mejor compañía?

EDGARDO.—El príncipe de las tinieblas es un gentilhombre; le llaman Modó y Mahú.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Monseñor, nuestros hijos se han vuelto bastante malvados para odiar á los que les dieron vida.

EDGARDO.—Tom se está muriendo de frío.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Venid conmigo, señor; mi deber no llega hasta el punto de obedecer en todo las órdenes crueles de vuestros hijos. Aun cuando me han mandado que os cierre todas las puertas de mi casa, dejándoos expuesto á las iras de la noche, me he aventurado á veniros á buscar para conduciros á un asilo donde tendréis fuego y comida.

LEAR.—Dejadme primero conversar con este filósofo. ¿Cuál es la causa del trueno?

EL CONDE DE KENT.—Mi buen señor, aceptad su ofrecimiento, entrad en esa casa.

LEAR.—He de decir una palabra á ese sabio Tebano. ¿En qué os ocupáis?

EDGARDO.—En defenderme del espíritu maligno.

LEAR.—Oídme dos palabras.

EL CONDE DE KENT.—Instadle á que se vaya; su razón comienza á extraviarse.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¿Y lo extrañas? Sus hijas desean su muerte. ¡Ah! bien había predicho el digno Kent cuanto ocurre; el infortunado está proscrito! ¿Dices tú que el rey comienza á perder la razón? Estoy por decirte que yo mismo la tengo casi perdida. Tenía un hijo y lo proscribí de mi sangre; pocos días há, intentó asesinarme. Yo le amaba, sí; nunca otro padre amó tanto á su hijo. Confieso que la pena trastornó mi espíritu. ¡Qué noche más triste! (*A Lear.*) Venid, señor!

LEAR.—¡Ah! perdonad! venid conmigo, noble filósofo!

EDGARDO.—Tom se muere de frío.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Vamos, camarada; entra en tu choza y procura calentarte.

LEAR.—¡Ea! entremos todos.

EL CONDE DE KENT.—Por aquí, monseñor.

LEAR.—¡Oh! con él; quiero tener siempre á mi filósofo junto á mí.

EL CONDE DE KENT.—Buen señor; atraedle con dulzura, y que le acompañe este hombre.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Llevadlo vos mismo.

EL CONDE DE KENT.—¡Ea, camarada! venid con nosotros.

LEAR.—Ven, bravo Ateniense.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Silencio, silencio, pcht!

EDGARDO.—Llegó el noble Rolando á la tenebrosa torre, reteniendo el aliento. Fi! puah! fum! En mis venas hay sangre bretona! (*Salen.*)

ESCENA V

Castillo del conde de Glocester

Entran el DUQUE DE CORNOUAILLES y EDMUNDO

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Quiero vengarme de él antes de abandonar su castillo.

EDMUNDO.—Sin embargo, señor; podrían imputarme como crimen el haber sofocado la voz de la naturaleza en aras de la fidelidad á mi príncipe. Tal idea me causa algún escrúpulo.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Ahora comprendo que no fué tan depravado vuestro hermano, cuando quiso atentar á su vida. Sin duda su mérito menospreciado se irritó contra la malignidad de ese perverso.

EDMUNDO.—¡Cuán cruel es mi destino, que haya de arrepentirme de ser justo! Sí, aquí está la carta de que me habló; demuestra que está de acuerdo con los franceses, cuyos intereses sirve. ¡Oh dioses! por qué no precavisteis esta traición, y por qué no elegisteis á otro para delatarla!

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Sígueme á la habitación de la duquesa.

EDMUNDO.—Si son ciertas las noticias que encierra esa carta, no serán pocas sus consecuencias!

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Falsas ó verídicas, te han hecho conde de Glocester. Descubre el paradero de tu padre, y procuremos apoderarnos de su persona.

EDMUNDO (*aparte*).—Si le encuentro en compañía del rey, con esta circunstancia se aumentarán las sospechas. Continuaré siéndoos fiel, aun cuando tenga que sostener un rudo combate entre vos y la naturaleza.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—En ti deposito mi entera confianza; si el destino te arrebata un padre, hallarás en mí otro más tierno. (*Salen.*)

ESCENA VI

Cuarto en una granja

Entran los condes de KENT y de GLOCESTER, LEAR, el BUFÓN y EDGARDO

EL CONDE DE GLOCESTER.—Mejor está uno aquí, que en la llanura; felicitaos de estar bajo techado. Procuraré añadir alguna mayor comodidad á vuestro albergue. Vuelvo en seguida. (*Sale.*)

EL CONDE DE KENT.—Toda la fuerza de su razón ha sucumbido; no atiende sino á su impaciencia. Recompense el cielo su bondad!

EDGARDO.—Frateretto me llama, y dice que Nerón está pescando con caña en el lago de las tinieblas. Orad, inocentes, y guardaos del maligno espíritu.

EL BUFÓN.—Dime, tío: un loco ¿es noble ó plebeyo?

LEAR.—Es un rey, un rey.

EL BUFÓN.—No tal, es un plebeyo; porque loco es el plebeyo que ennoblece á su hija y la ve colocada ante su padre.

LEAR.—¡Ah! ¡si tuviese á mis órdenes un ejército armado de espadas candentes para caer sobre ellas, silbando como serpientes!

EDGARDO.—El maligno espíritu me muerde la espalda.

EL BUFÓN.—Insensato quien fía en la mansedumbre de un lobo domesticado, en la grupa de un caballo, en la amistad de un joven y en el juramento de una cortesana.

LEAR.—Así será; voy á congregarles al momento. (*A Edgardo.*) Ven, siéntate aquí, sabio juez. (*Al Bufón.*) Y tú, cuerdo consejero, siéntate acá. ¡Bravo! ¡raposos míos!

EDGARDO.—Contemplad su facha y su turbio mirar. ¿Necesitas espectadores para tu pleito, madama? «*Ven, Betty, desde la otra orilla del río, á mi lado.*»

EL BUFÓN.—«*Su lancha hace aguas; y no ha de decirte por qué no quiere venir.*»

EDGARDO.—El maligno espíritu asedia los oídos del pobre Tom con acento de ruiseñor. Hopdance, desde el fondo de mi estómago, me pide á voz en grito dos arenques blancos. No graznes más, ángel negro; no tengo manjares para ti.

EL CONDE DE KENT (*á Lear*).—¿Os encontráis bien aquí, señor? Desechad estos extraños desvaríos; ¿queréis sentaros en estos almohadones?

LEAR.—Veamos antes su proceso. Traigan los testigos. (*A Edgardo.*) Tú, magistrado, ocupa tu sitio; (*al Bufón*) y tú, colega suyo, uncido al yugo de la equidad, siéntate á su lado. (*A Kent.*) Vos formáis parte del tribunal, sentaos también.

EDGARDO.—Procedamos con arreglo á justicia. Duermes ó velas, gentil pastor? Tu rebaño pace en los trigos. ¡Uf! el gato está borracho!

LEAR.—Comparezca primero la mayor, Goneril. Afirmo, bajo juramento, ante tan honrada asamblea, que la avisada expulsó al rey su padre, á puntapiés.

EL BUFÓN.—Adelante, señora: es vuestro nombre Goneril?

LEAR.—No puede negarlo.

EL BUFÓN.—Perdonad; os tomaba por un escabel.

LEAR.—Mirad, aquí llega otra, cuyos ojos huraños denuncian el temple de su corazón. Detenedla: armas, armas, espada, llamas. La corrupción se ha infiltrado en ésta. ¿Por qué la dejaste huir, pícaro juez?

EDGARDO.—Guarde Dios tus cinco sentidos naturales.

EL CONDE DE KENT.—¡Clementes cielos! ¿Dónde está, señor, aquella paciencia de que tanto alardeábais?

EDGARDO (*aparte*). —El interés que me inspiran sus males empieza á arrancarme lágrimas que denunciarán mi disfraz.

LEAR.—Oye, escucha cómo ladran en pos de mí los perrillos y la jauría entera, Tray, Blanch, Sweetheart.

EDGARDO.—Tom les hará frente. Atrás, mastín, lebrel, galgo, podenco, larga cola; Tom os hará gemir y llorar. Al ver mi arrojo todos saltan y huyen.

LEAR.—¡Ea! que diseguen á Regan; veamos de qué elementos se formaba su corazón. ¿Hay algo en la naturaleza que pueda volver tan duros esos corazones? (*A Edgardo.*) Señor, os alisto en el número de mis cien caballeros, aunque no me agrada mucho la forma de vuestro traje. Me diréis tal vez que es la moda de Persia; no importa, mudadlo.

EL CONDE DE KENT.—Ahora, mi buen señor, acostaos y reposad un momento.

LEAR.—Silencio, silencio! Cerrad las cortinas! Sí, sí, iremos á cenar cuando amanezca. Sí, sí.

EL BUFÓN.—Pues yo me acostaré al medio día.

(*Vuelve Glocester.*)

EL CONDE DE GLOCESTER. —Acércate, amigo: dónde está el rey mi señor?

EL CONDE DE KENT.—Aquí; mas no le turbéis; ha perdido la razón.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Cógelo en tus brazos, amigo mío; al venir he oído que tramaban una conspiración para asesinarle. Aquí cerca hay una litera preparada. Colócalo en ella y encamínate sin dilación á Douvres, donde hallarás buena acogida y numerosos protectores. Si tardas media hora en alejarte, su vida, la tuya,

y la de cuantos osen defenderle, corren inminente riesgo. Ea, cógelo, y sígueme. Os conduciré á un sitio donde hallaremos provisiones.

El conde de Kent. — La naturaleza extenuada se ha amodorrado. El sueño podrá derramar dulce bálsamo en sus doloridas entrañas. (*Al Bufón.*) Vamos, ayúdame á llevar á tu señor; no debes quedar rezagado.

El conde de Glocester.—¡Ea! ¡vamos, vamos!

(*Salen conduciendo al rey. Edgardo queda solo.*)

Edgardo.—Cuando vemos á hombres de superior gerarquía compartir nuestros males é infortunios, casi damos al olvido los propios. Quien sufre solo, sufre sobre todo en su alma, considerando á los demás exentos de penas y nadando en venturas. ¡Cuán soportables me parecen ahora mis desdichas, viendo al

rey agobiado de mayores infortunios! ¡Ea, Tom, sal de aquí, presta el oído á ese rumor que se escucha, y descúbrete. Renuncia á la falsa opresión que te ofuscaba; ya lo ves contradicho por tu propia experiencia; reconcíliate contigo mismo. Suceda lo que plazca al destino, con tal que el rey se salve. Observemos, observemos. (*Sale.*)

ESCENA VII

Castillo del conde de Glocester

Entran EL DUQUE DE CORNOUAILLES, REGAN, GONERIL, EDMUNDO y séquito

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Partid pronto; id al encuentro del duque, vuestro esposo, y enseñadle esta carta. El ejército francés ha desembarcado. Corran en busca del traidor Glocester. . .

REGAN.—Y que le ahorquen en el acto.

GONERIL.—Arrancándole primero los ojos.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Abandonadlo á mi cólera. Edmundo, acompañad á nuestra hermana; no conviene que seáis testigo de la venganza que debemos tomar de vuestro padre. Llegado á presencia del duque, advertirle que apresure sus preparativos. Nuestros intereses son idénticos, y diligentes, nuestros correos establecerán entre nosotros una correspondencia rápida. Adiós, hermana querida; adiós, conde de Glocester. (*Entra el Intendente.*) Y bien ¿dónde está el rey?

EL INTENDENTE.—El conde de Glocester acaba de sacarlo de estos lugares; treinta y cuatro caballeros de su escolta que le andaban buscando, se han unido á

ellos, partiendo con dirección á Douvres donde se prometen encontrar numerosos amigos.

El duque de Cornouailles.—Preparad caballos para vuestra señora.

Goneril.—Adiós, querido monseñor; adiós, hermana. (*Sale con Edmundo.*)

El duque de Cornouailles.—Adiós, Edmundo. Corran en busca del traidor Glocester; amárrenle como á un facineroso y tráiganlo á mi presencia. No deberíamos quitarle la vida sino á tenor de las formas ordenadas por la justicia; pero, actualmente, sólo daré oídos á mi furor y á mi poder. (*Entra el conde de Glocester, llevado por un grupo de sirvientes.*) ¿Quién llega? ¿es el traidor?

Regan.—¡Ingrato zorro! Él es.

El duque de Cornouailles.—Atad sus brazos.

El conde de Glocester.—¿Qué pretenden vuestras altezas? Considerad, dignos amigos, que soy vuestro huésped; no me infiráis ningún ultraje.

El duque de Cornouailles.—Atadle, atadle os digo.

Regan.—¡Duro, duro! Infame traidor! (*Le atan.*)

El conde de Glocester.—No soy traidor, implacable mujer!

El duque de Cornouailles.—Atadle á ese sillón. Malvado, vas á saber... (*Regan le arranca la barba.*)

El conde de Glocester.—¡Por los dioses hospitalarios! ¡indigno tratamiento!

Regan.—¡Tanta perfidia, bajo tan blancos cabellos!

El conde de Glocester.—¡Mujer perversa! esos cabellos blancos que me arrancas, se animarán para acusarte. Vuestro huésped soy, y esas manos bárbaras no deberían ultrajar así la faz de un hombre que os da asilo! ¿Qué pretendéis?

El duque de Cornouailles.—¡Abreviemos! ¿qué cartas habéis recibido últimamente de Francia?

REGAN. — *¡ Duro! duro! ¡ Infame traidor!*

REGAN.—Sed exacto en vuestra contestación, pues sabemos la verdad.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—¿Qué inteligencias tenéis con los traidores que han desembarcado en este reino?

REGAN.—¿Á qué manos habéis confiado á ese rey demente? Decid.

EL CONDE DE GLOCESTER.—He recibido una carta que sólo encierra vanas conjeturas; procede de un príncipe que no es enemigo vuestro; permanece neutral.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Artificio.

REGAN.—Mentira.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—¿Á dónde han enviado al rey?

EL CONDE DE GLOCESTER.—Á Douvres.

REGAN.—¿Por qué á Douvres? ¿No te habíamos encargado, so pena de...

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—Dejad que conteste á lo primero. ¿Por qué á Douvres?

EL CONDE DE GLOCESTER.—Estoy atado al potro y he de aguantar todos los ultrajes.

REGAN.—¿Por qué á Douvres?

EL CONDE DE GLOCESTER.—Porque no quería yo ver que tus crueles uñas arrancaran sus pobres ojos negros, ni que tu digna hermana hincase en sus sagradas carnes sus colmillos de jabalí. ¡En esta noche horrible, infernal! ¡recibir sobre su desnuda cabeza la más atroz tempestad que conmovería en sus lechos los abismos del mar! ¡y aún el pobre anciano exhortaba al huracán que redoblase su furor! En tan horribles horas, si á tu puerta hubiesen aullado los lobos, habrías exclamado: «Buen portero, echa la llave.» Mas yo veré descargar sobre semejantes hijos la venganza celeste.

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—No la verás nunca. Amigos, tended ese sillón. Quiero aplastar tus ojos bajo mis piés.

(*Los criados mantienen á Glocester en el suelo, mientras el duque le chafa un ojo con el pié.*)

El conde de Glocester.—¡Oh! ¡socórrame quien espere llegar á la vejez! ¡cruel! ¡dioses!

Regan.—Todavía le queda uno; fuera también.

El duque de Cornouailles.—Si logras ver la venganza...

Un criado.—Teneos, monseñor. Os he servido desde mi tierna infancia; pero nunca os presté mayor servicio que suplicándoos que os contuviéseis.

Regan.—¿Qué dice ese perro?

El criado.—Si vos llevarais barba en la cara, os la arrancaba de fijo. ¿Qué pretendéis?

El duque de Cornouailles.—¡Un vasallo!

(*Desenvaina la espada y se lanza sobre él.*)

El criado (*echando mano á la suya*).—¡Pues bien! ¡avanzad, exponeos á mi furor!

(*Se baten y queda herido el duque.*)

Regan (*á otro criado*).—Dame tu espada. ¡Atreverse á tanto un perro! (*Le hiende la espada por detrás.*)

El criado.—¡Muerto soy! Aún os queda un ojo, monseñor, para ver mayores desastres. (*Muere.*)

El duque de Cornouailles.—Impidámosle que vea. (*Le aplasta el otro ojo.*) Ea, vil traidor, ¿dónde está ahora tu luz?

El conde de Glocester.—¡Oh! ¡sepultado en las tinieblas, y sin consuelo! ¿Dónde está mi buen Edmundo? Edmundo, reanima en ti las chispas todas de amor que te donó naturaleza, y venga tan horrible maldad.

Regan.—¡Largo de aquí, traidor! Estás implorando el auxilio de un hombre que te aborrece; él mismo nos ha denunciado tus traiciones; es demasiado hombre de bien para tenerte lástima.

El conde de Glocester.—¡Insensato de mí! ¡calumniaron á mi Edgardo! ¡Dioses, perdonad mi injusticia y hacedle feliz!

REGAN.—¡ Ea ! ponedle en la puerta y que olfatee su camino de aquí á Douvres. ¿ Qué tal, monseñor, cómo os encontráis ?

EL DUQUE DE CORNOUAILLES.—He recibido una herida profunda. Venid, señora. Sacad de ahí á ese traidor cegado. Cubran de estiércol el cadáver de ese esclavo. Regan, estoy desangrándome ; no podía ser menos oportuna esta herida ; dadme vuestro brazo.

(*Sale apoyándose en el brazo de Regan ; los criados sacan á Glocester fuera del castillo.*)

PRIMER CRIADO.—Si ese hombre ha de prosperar, desde hoy me abandono, sin remordimiento, á toda suerte de crímenes.

SEGUNDO CRIADO.—Si esa mujer alcanza larga vida y no encuentra la muerte sino al término de apacible vejez, todas las mujeres van á convertirse en monstruos.

PRIMER CRIADO.—Sigamos al conde y proporcionémosle algún pobre mendigo que le conduzca á donde quiera ir; su desesperación conmueve á las piedras.

SEGUNDO CRIADO.—Vé, tú. Yo veré si encuentro algunas hilas y clara de huevo para aplicarlas en su ensangrentado rostro. ¡ Oh cielos ! Dignáos socorrerle.

(*Salen cada cual por distinto lado.*)

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

Vasta llanura

Entra EDGARDO

EDGARDO.—Más vale aún hallarse en el estado en que me veo, sabiendo que me desprecian, que ser lisonjeado y despreciado á la vez. El infeliz, pisoteado por la fortuna y precipitado á los últimos peldaños de la miseria y de la abyección, conserva siempre un rayo de esperanza; cuando menos, vive exento de temor. La variación sólo es temible para el hombre feliz; el desgraciado no puede cambiar sino para remontarse á la felicidad. Gozoso te acepto y enagenado te abrazo, aire invisible, único bien que me resta. El desventurado á quien tu hálito tempestuoso arrojó al fondo del abismo, nada tiene que temer ya de sus huracanes. Pero ¿quién llega? (*Entra el conde de Glocester guiado por un anciano.*) Es mi padre conducido por un pobre mendigo. ¡Oh mundo, mundo! sin tus resoluciones

extrañas que nos mueven á odiarte, la más caduca vejez no quisiera ceder la vida.

El Anciano.—¡Mi buen señor! Desde hace ochenta años vengo siendo vasallo de vuestro padre y de vos mismo.

El conde de Glocester.—Anda, amigo mío, retírate; tus consuelos no pueden reportarme bien alguno, y pudieran serte funestos.

El Anciano.—Pero yendo solo, no podréis ver vuestro camino.

El conde de Glocester.—No he de ver ya camino alguno, ni necesito ojos; también me extraviaba como ahora cuando los tenía. Generalmente, la prosperidad nos ciega y engaña inspirándonos falsas seguridades y en cambio las privaciones vienen á ser nuestras ventajas. ¡Oh hijo mío, querido Edgardo, víctima del enojo de tu padre! ¡logre yo vivir bastante para volverte á estrechar entre mis brazos, y verte con los ojos del tacto! ¡Ah! pareceríame entonces que recobro la vista!

El Anciano.—¿Quién va?

Edgardo.—¡Oh cielos! ¿cómo pude decir que me hallaba en el colmo de la desdicha? más desgraciado soy ahora que nunca.

El Anciano.—¡Ah! ¡es el pobre Tom!

Edgardo.—Y aún puedo serlo más.

El Anciano.—Díme, pobre Tom, ¿á dónde vas?

El conde de Glocester.—¿Es un mendigo?

El Anciano.—Mendigo y loco á la vez.

El conde de Glocester.—Todavía conserva un destello de razón, puesto que mendiga. Durante la tempestad de la pasada noche he visto á uno de esos desdichados, y al considerarle no he visto en el hombre más que un gusano. Entonces me ha acudido el recuerdo de mi hijo, y sin embargo el odio que le profesaba, aún no estaba extinguido en mi corazón. Muchas

novedades he sabido después. Los hombres somos para los dioses lo que para los niños los insectos; nos aplastan por su recreo.

EDGARDO (*aparte*).—¿Cómo puede haberle ocurrido tal desgracia? Muy triste papel es fingirse hombre alocado á fuerza de pesares, y afligir á los demás afligiéndose á sí propio. Dios te guarde, señor.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¿Es ese desgraciado desnudo?

EL ANCIANO.—Sí señor.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Si en consideración á tu antiguo afecto quieres conducirnos á dos millas de aquí, camino de Douvres, préstame este servicio; pero antes vé á buscar algunas ropas con que cubrir la desnudez de ese desdichado, y le suplicaré que me guíe.

EL ANCIANO.—¡Ah, señor! ¡está loco!

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Desastrosos tiempos en que los locos sirven de guía á los ciegos! Haz lo que te mando, ó mejor dicho, lo que quieras; pero, sobre todo, buen anciano, retírate, déjanos solos.

EL ANCIANO.—Voy á traer mi mejor capa, y vuelvo al instante. (*Sale.*)

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Cómo, desdichado, vives desnudo!

EDGARDO.—El pobre Tom se muere de frío. (*Aparte.*) No puedo fingir más.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Ven, acércate.

EDGARDO.—Y sin embargo, aún debo disimular. Buen anciano, dígnese el cielo curar tus malogrados y sangrientos ojos.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¿Conoces tú el camino de Douvres?

EDGARDO.—Mojón ó cercado, camino real ó sendero, todo lo conozco. El pobre Tom ha quedado privado de su razón. Presérvete el cielo, buen anciano, del espíritu maligno. Cinco demonios han entrado á la vez en

el cuerpo de Tom: *Obidicut*, el de la lujuria; *Hobbididance*, el príncipe de los mudos; *Mahu*, el de los ladrones; *Modo*, el de los asesinos, y *Flibbertigibbet* el de los contorsionistas y gesteros que actualmente es dueño de las camareras y sirvientas. Con que, el cielo te bendiga, señor!

El conde de Glocester.—Toma este bolsillo, tú á quien todas las plagas del cielo han herido; mi infortunio labra tu felicidad. ¡Oh Dioses! obrad también así vosotros. Que el hombre que despreciando vuestras leyes en el seno de la superflua abundancia, ahíto de alimentos y riquezas, no quiere atender al desgraciado porque jamás ha conocido la necesidad, sufra incesantemente el peso de vuestro poderío. Así, en breve, una justa distribución repararía la desigual-

dad y cada hombre tendría lo necesario. ¿Conoces tú á Douvres?

EDGARDO.—Sí, señor.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Hay allí una montaña cuya frente avanza y se inclina sobre el mar, que le baña los piés con su espuma. Llévame hasta la última extremidad de su cima. Poseo un objeto de gran valor cuyo precio remediará la miseria que te abate. Una vez allí, ya no necesitaré guía.

EDGARDO.—Dame tu brazo; el pobre Tom te conducirá. (*Salen.*)

ESCENA II

Palacio del duque de Albania

Entran GONERIL y EDMUNDO

GONERIL.—Bien venido seáis, monseñor. Extraño que mi bondadoso marido no se haya adelantado á recibirnos. (*Al Intendente.*) ¿Dónde está vuestro señor?

EL INTENDENTE.—Aquí, señora, pero ¡cuán cambiado! Le he hablado del ejército que acaba de desembarcar, y ha sonreído. Le he dicho que vos veníais, y ha contestado: *tanto peor!* Le he informado de la traición de Glocester y del señalado servicio prestado por su hijo, y me ha tratado de insensato, y me acusa de ser causa de desorden y trastorno general. Lo que debería desagradarle, le encanta, y lo que debería complacerle, le ofende.

GONERIL (*á Edmundo.*)—En este caso, no sigáis adelante. Un temor pusilánime ha helado su corazón, impidiéndole atreverse á empresa alguna. No querrá dar oído á las injurias que le ordenan venganza. Muy bien pudieran realizarse los votos que formábamos en

el camino. Volved, Edmundo, al encuentro de mi hermano; apresurad la marcha de sus tropas, y ponéos á su cabeza. Ya veo que he de hacer un trueque con mi marido; para él mi rueca, y para mí su espada. Si sabéis osarlo todo en servicio de vuestra fortuna, recibiréis en breve las órdenes de una amante. Tomad esta prenda. (*Le da una prenda de amor.*) Ahorra palabras, vuelve la cabeza... Si este beso pudiese hablar, te haría exhalar el alma en un transporte. Comprén-deme y prospera.

EDMUNDO.—Vuestro soy, hasta en las sangrientas filas donde impera la muerte. (*Sale.*)

GONERIL.—¡Querido Glocester mío! ¡cuánta diferencia de uno á otro hombre! Á ti pertenece el corazón de una mujer. Mi imbécil marido usurpa la posesión de mi persona.

EL INTENDENTE.—¡Monseñor!

(*Entra el duque de Albania*).

GONERIL.—Por fin se comprende que yo valgo la pena de que me busquen.

EL DUQUE DE ALBANIA.—No, Goneril; ni siquiera valéis lo que el polvo con que el viento azota vuestra faz. Por fin os conozco. La que desprecia la fuente que le dió vida no puede conocer ya regla ni freno. La que se arranca del tronco paterno, debe marchitarse por necesidad, como rama del árbol cortada.

GONERIL.—Insensato, cesad en vuestros vanos discursos.

EL DUQUE DE ALBANIA.—La cordura y la bondad parecen viles al alma vil. ¿Qué habéis hecho, tigres? pues no sois hijas. ¿Qué habéis hecho, mujeres bárbaras y desnaturalizadas? Hicisteis perder la razón á un padre, digno y respetable anciano. ¡Cómo pudo mi hermano soportar la vista de vuestra ingratitud hacia un viejo que le colmara de beneficios! ¡Ah! si el cielo no se da prisa en enviar, bajo forma visible, sus mi-

nistros á la tierra, para domar los feroces é ingratos corazones, no tardarán los hombres en devorarse unos á otros como los monstruos del Océano.

GONERIL.—¡Hombre débil y pusilánime, que tiendes la mejilla á los bofetones y la cabeza á las afrentas, que no tienes ojos para discernir tu honor de tu vergüenza, que ignoras que solamente los locos pueden compadecerse de un miserable castigado de su fechoría antes que la ejecute! ¿Dónde está tu tambor? Francia enarbola libremente sus banderas en nuestros silenciosos campos. Ya tu asesino, ceñido el casco, te provoca con sus amenazas; y tú, moralista insensato, te entretienes en lanzar exclamaciones, gritando: ¡Ah! *¿por qué viene contra nosotros?*

EL DUQUE DE ALBANIA.—Mira tu faz y horrorízate, furia. No, la deformidad no es tan chocante en los demonios como en una mujer.

GONERIL.—¡Insensato!

EL DUQUE DE ALBANIA.—Sér decaído de la naturaleza y transformado en monstruo, en nombre de la vergüenza, vela tus horribles rasgos. Si dejara seguir á mi mano el impulso de la sangre que en mis venas hierve... Mas, aun cuando eres furia, la forma de una mujer te sirve de égida.

GONERIL.—Al fin ese hombre recobró el valor.

(*Entra un mensajero.*)

EL MENSAJERO.—¡Ah noble señor! el duque de Cornouailles ha muerto, herido por uno de sus escuderos cuando se disponía á arrancar al conde de Glocester el ojo que le quedaba.

EL DUQUE DE ALBANIA.—¡Los ojos de Glocester!

EL MENSAJERO.—Un criado, poseído de indignación, queriendo oponerse á su designio, levantó la espada contra el pecho de su señor, que se ha lanzado contra él; la duquesa ha secundado á su esposo, y el criado cayó muerto á sus piés; pero el duque había recibi-

do una herida mortal que le ha llevado á la tumba.

EL DUQUE DE ALBANIA.—Eso demuestra la existencia de jueces invisibles que desde las alturas vengan prontamente los crímenes que el hombre comete en la tierra. Pero, ese desdichado Glocester ¿perdió también el otro ojo?

EL MENSAJERO.—Los dos, monseñor. Esta carta, señora, exige inmediata contestación; es de vuestra hermana.

GONERIL *(aparte)*. — Por un lado, la noticia me agrada; pero si mi hermana, viuda ya, se casa con mi Glocester, que á estas horas se encuentra á su lado, puede derrumbar sobre mi cabeza todo el edificio que he levantado en mi imaginación. Por otro lado, la noticia no es tan desagradable. Voy á leer y á contestar esta carta. *(Sale.)*

EL DUQUE DE ALBANIA. —¿Y dónde estaba su hijo, mientras le arrancaban los ojos?

EL MENSAJERO.—Vino aquí, acompañando á la duquesa.

EL DUQUE DE ALBANIA.—Pero ya no está.

EL MENSAJERO.—No señor; acabo de encontrarle de regreso.

EL DUQUE DE ALBANIA.—¿Está enterado de esa infamia?

EL MENSAJERO. — Sí, monseñor; él fué quien delató al culpable, y si se alejó del castillo fué para dejar más libre curso al suplicio de su padre.

EL DUQUE DE ALBANIA. — Glocester, aún estoy vivo para reconocer la adhesión que has mostrado al rey y para vengar tus ojos. Ven, amigo, ven á enterarme de todos los pormenores. *(Salen.)*

ESCENA III

Campamento francés cerca de Douvres

Entran el CONDE DE KENT y un GENTILHOMBRE

EL CONDE DE KENT.—¿Se ha vuelto á embarcar el rey de Francia? ¿por qué motivo?

EL GENTILHOMBRE.—Había salido de sus estados sin ultimar ciertos asuntos cuyo recuerdo ha venido á alarmar su prudencia. El temor de exponer la Francia á algún peligro por un retardo mayor, ha precipitado su regreso necesario.

EL CONDE DE KENT.—¿Á qué general ha confiado el mando?

EL GENTILHOMBRE.—Al mariscal de Francia, monseñor Le Fer.

EL CONDE DE KENT.—Al leer mi carta la reina ¿ha dado muestras de dolor?

EL GENTILHOMBRE.—Sí, señor; la tomó, leyóla en mi presencia y ví que surcaban sus mejillas numerosas lágrimas. Sin embargo procuraba contener su dolor y con dificultad lo conseguía.

EL CONDE DE KENT.—Con que, se ha conmovido?

EL GENTILHOMBRE.—Ya lo creo; pero no hasta el extremo... La paciencia y el pesar parecían estar luchando á quién vencería á quién. ¿No visteis á veces descender de los cielos, entre los rayos del sol, lluvia rosada? Su sonrisa y sus lágrimas mezcladas recordaban un chubasco de Mayo. La tierna sonrisa, errando por sus bermejos labios, parecía ignorar que de sus ojos brotaban lágrimas, como perlas de dos diamantes desprendidas. En una palabra: si el dolor ostentase en todos los rostros tantas gracias como en el suyo, sería una de las cosas más preciosas y amables.

El conde de Kent.—¿Nada preguntó?

El Gentilhombre. — Sí; una ó dos veces un suspiro ha elevado hasta sus labios el nombre de padre, con esfuerzo y pena, cual si este nombre hubiese oprimido su corazón; ha exclamado: «¡Ah, hermanas! ¡hermanas! ¡oprobio de mi sexo! ¡ah, Kent! ¡ah, padre mío! ¡hermanas! ¡cómo! ¡en mitad de la noche! ¡en lo más furioso de la tempestad!» Y entonces, enjugando las lágrimas que manaban de sus celestes ojos y no pudiendo contener el grito de su dolor, ha corrido á encerrarse en su habitación.

El conde de Kent.—Sí, la influencia de los astros, de esos astros del cielo, rige nuestra suerte y decide los caracteres; si así no fuera, una pareja de esposos semejantes no podría engendrar hijos de tan distinta naturaleza. ¿Volvisteis á hablarle?

El Gentilhombre.—No.

El conde de Kent.—¿Había partido ya el rey cuando le disteis la carta?

El Gentilhombre.—Sí.

El conde de Kent.—Muy bien. El desdichado Lear está en la villa. Durante los rápidos momentos en que su razón reaparece, conoce á cuantos le rodean; mas no quiere de ningún modo ver á su hija.

El Gentilhombre.—¿Por qué?

El conde de Kent.—Le domina una vergüenza insuperable; el recuerdo de la dureza con que la trató abandonándola al capricho de la suerte en una comarca extranjera y privándola de todos sus derechos para concederlos á otras hijas sin entrañas, todo ello son otros tantos dardos emponzoñados que desgarran su corazón.

El Gentilhombre.—¡Ah! ¡pobre anciano!

El conde de Kent.—¿Tenéis algunas noticias del ejército de los duques de Albania y de Cornouailles?

El Gentilhombre.—Dícese que están en marcha.

El conde de Kent. — Entonces voy á conduciros á presencia de nuestro rey Lear y os dejaré con él para que le acompañéis. Un interés poderoso me obliga á guardar algún tiempo el incógnito. Cuando me haya dado á conocer, no os arrepentiréis de las instrucciones que me habéis dado. Tened la bondad de seguirme.

(*Salen.*)

ESCENA IV

Una tienda en el campamento de Douvres

Entran CORDELIA, un MÉDICO y soldados

Cordelia.—¡Ah! es él; acaban de verle furioso, como la mar agitada, cantando á fuertes gritos, coronada la frente de verbena, adormideras y todas esas yerbas inútiles que crecen entre los trigos. Enviad un destacamento de soldados; que le busquen en esas campiñas inmensas y lo conduzcan á mi presencia. ¿Qué puede la sabiduría humana para devolverle la razón que le falta? Quien logre darle algún auxilio, disponga de cuánto poseo.

El Médico.—Algunos medios hay, señora; el sueño es la dulce nodriza de la naturaleza. Reposo es lo que más necesita. Para infundírselo tenemos medicamentos cuya poderosa virtud puede cerrar los ojos del mismo dolor.

Cordelia. — Yerbas benditas del cielo, venturosas plantas de la tierra activa, dotadas de secretas virtudes, creced regadas por mi llanto y unid vuestras fuerzas para aliviar el mal del desdichado rey. Corran en su busca. Temo que, en su desenfrenado furor, se quite una vida desprovista de todos los auxilios que pueden conservársela. (*Entra un mensajero.*)

El Mensajero.—Noticias, señora; el ejército bretón se aproxima.

Cordelia.—Ya lo sabía; el nuestro lo espera, dispuesto á recibirlo debidamente. ¡Mi querido padre! por ti solo trabajo; por ti mi duelo ha entristecido á Francia y mis inagotables lágrimas han excitado su piedad. No arma nuestras manos la loca ambición, sino el amor, el tierno amor á un padre anciano y querido; vamos á combatir en defensa de tus derechos. ¡Cuánto me tarda el verte y oir tu voz! (*Salen.*)

ESCENA V

Palacio de Regan

Entran REGAN y el INTENDENTE

Regan.—¿Está ya en marcha el ejército de mi hermano?

El Intendente.—Sí, señora.

Regan.—¿Va él al frente?

El Intendente.—Sí, señora, y con su ánimo infunde ardiente valor á sus soldados.

Regan.—¿Habló Edmundo con tu señora, en su casa?

El Intendente.—No, señora.

Regan.—Pues ¿qué significa esta carta que le escribe ella?

El Intendente.—Lo ignoro, señora.

Regan.—Verdaderamente partió de aquí para asuntos importantísimos. Inexcusable fué nuestra imprudencia no arrancando la vida, al mismo tiempo que los ojos, á ese Glocester. Donde quiera que va, su aspecto conmueve los corazones, sublevándolos contra nosotros. Edmundo ha partido, según creo, para abre-

viar su miseria, librándole de la carga de una vida sumida en pasados tedios; también debe reconocer las fuerzas del enemigo.

EL INTENDENTE.—Permitidme, señora, que corra en su busca para entregarle esta carta.

REGAN.—Nuestro ejército debe marchar mañana en orden de batalla; quédate, los caminos no están muy seguros.

EL INTENDENTE.—Imposible, señora; son órdenes expresas de mi dueña.

REGAN.—Pero ¿por qué escribe á Edmundo? ¿no podría encargaros verbalmente sus órdenes? Vamos, una palabra, algo, no sé qué. Mira, déjame abrir esa carta.

EL INTENDENTE.—¡Oh, señora! ¡preferiría...!

REGAN.—Ya sé que tu señora no ama á su esposo; estoy segura de ello. En la última visita que me hizo, dirigía á Edmundo extrañas ojeadas y miradas muy expresivas. Sé que conoces el secreto de su corazón.

EL INTENDENTE.—¿Yo, señora?

REGAN.—Sí; ya sé lo que me digo; eres su íntimo confidente; me consta; así, pues, atiende lo que voy á decirte. Mi marido ha muerto. Edmundo y yo celebramos una entrevista secreta, y más me conviene á mí un marido que á tu señora. Si logras encontrarle, dale este encargo; y cuando le dés cuenta á tu señora de lo que acabo de decirte, aconséjala que procure entrar en razón. Ahora, puedes partir. Y si por acaso oyes hablar de ese ciego traidor, recuerda que la fortuna colmará de dones á quien lo extermine.

EL INTENDENTE.—Quisiera poderle encontrar, señora; y entonces os probaría á qué partido soy adicto.

REGAN.—Adiós.

ESCENA VI

Campo en los alrededores de Douvres

Entran el conde de GLOCESTER y EDGARDO vestido de campesino

EL CONDE DE GLOCESTER.—¿Cuándo llegaremos á la cima de aquella montaña?

EDGARDO.—Ahora empezamos á subir; dígalo nuestro cansancio.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Me parece que aún ando por la llanura.

EDGARDO.—¡Horrible precipicio! Escuchad; ¿oís el rugido del mar?

EL CONDE DE GLOCESTER.—No, nada oigo.

EDGARDO.—Por fuerza el dolor de la privación de la vista debilitó vuestros demás sentidos.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Es posible. Hasta me parece que tu voz ha cambiado; hablas con más nobleza; te expresas mucho mejor que antes.

EDGARDO.—Os engañáis; nada ha cambiado en mí, á no ser el traje.

EL CONDE DE GLOCESTER.—No hay duda; tu lenguaje es más distinguido.

EDGARDO.—Avanzad, señor; ya estamos en la cima. No os mováis. ¡Qué horror! ¡Da vértigos el mirar al fondo de ese abismo! En la vertiente hay un hombre suspendido, cogiendo hinojo marino. ¡Peligroso oficio! Á tal distancia ese hombre parece del tamaño de un puño. Y esos pescadores que andan por la orilla, diríase que son hormigas! Quiero apartar mi vista; perdería la razón, y mis ojos deslumbrados me arrastrarían al abismo.

GLOCESTER.—*¿Cuándo llegaremos á la cima de aquella montaña?*

El conde de Glocester.—Colócame en el sitio donde te encuentras.

Edgardo.—Dadme la mano; ya estáis á un pié del borde. Por nada del mundo quisiera yo dar un paso más.

El conde de Glocester.—Ahora, suéltame. Toma este bolsillo; dentro de él se encierra una preciosa joya que bien vale la pena de que la acepte un pobre. Aléjate, despídete de mí; déjame solo.

Edgardo *(fingiendo retirarse)*.—Adiós, mi buen señor.

El conde de Glocester.—Adiós.

Edgardo.—¿Por qué no pongo término á su desesperación? ¡ah! si así obro es para curarle.

El conde de Glocester.—¡Dioses poderosos! ¡renuncio á este mundo, libertándome, sin pesar, de la carga de mi horrible infortunio! Si pudiese sobrellevarlo por más tiempo sin exponerme á murmurar contra vuestros santos é insuperables decretos, dejaría extinguir hasta el fin el despreciable resto de la antorcha de mi existencia. Si Edgardo vive aún, colmadle de favores; bendecidle; que sea feliz.

(*Salta y cae tendido en la llanura.*)

Edgardo.—Ignoro por qué capricho extraño puede el hombre robarse á sí propio el tesoro de la vida, cuando la vida, por sí misma, á cada instante corre á entregarse á la muerte. Si se encontrara donde pensaba estar, muerto sería actualmente. ¿Estáis muerto ó vivo? ¡Hola, amigo! ¿no me oís? Hablad. Posible sería que estuviese muerto; mas no, vuelve en sí. ¡Hola! ¿quién sois?

El conde de Glocester.—Véte de aquí; déjame morir en paz!

Edgardo.—Si no hubieses sido tan ligero como la pluma, el plumón ó el aire, te habrías estrellado como un vidrio, cayendo de tamaña altura. Dí, ¿estás herido? Diez mástiles atados uno al extremo del otro no alcan-

zarían á la cima desde donde caíste á pico. Tu vida es un milagro; habla, pues.

El conde de Glocester.—Pero ¿he caído ó no?

Edgardo.—De la espantable cima de la montaña. Alza los ojos y contempla esa altura donde la alondra no sería percibida, ni oída, á pesar de su aguda voz. Mira hacia arriba.

El conde de Glocester.—¡Ah! ¡no tengo ojos! ¡así, el desdichado ni aun tiene el recurso de poner término á sus males con la muerte, burlando la rabia del tirano que le oprime!

Edgardo.—Dadme el brazo; vamos, levantaos. Bueno. ¿Cómo os encontrais? ¿podéis valeros de las piernas?

El conde de Glocester.—Demasiado.

Edgardo.—¡Milagro singular! Decidme ¿quién era el que estaba con vos en la cima de la montaña y le ví separarse de vuestro lado?

El conde de Glocester.—Un pobre y desdichado mendigo.

Edgardo.—Mientras le contemplaba desde aquí, surgían de su frente rayos enlazados, pareciendo ondular como la mar agitada por el viento; sin duda era un buen genio. Así, venturoso anciano, ten la seguridad de que tus días han sido salvados por los dioses.

El conde de Glocester.—En efecto, ahora lo recuerdo. En adelante sobrellevaré mi aflicción, hasta que por sí misma grite: *no más, no más, muere!* Ese espíritu de que me hablas, yo lo creía un hombre; él no cesaba de repetir: *el espíritu, el espíritu*, y él mismo me condujo á la cima.

Edgardo.—Consuélate y ten paciencia. Mas ¿quién viene? (*Entra Lear, ridículamente coronado de flores.*) ¿Quién es? Nunca hombre cuerdo se mostró con tan extravagante atavio.

Lear.—No, no pueden condenarme por acuñar moneda; soy el rey en persona.

EDGARDO.—¡Desgarrador espectáculo!

LEAR.—En esto la naturaleza sobrepuja al arte. Ahí tienes el dinero de su contrata. Ese pícaro sostiene su arco á manera de espantajo; dadme una vara de medir. Mirad, mirad, un ratoncillo! Silencio! silencio! este pedazo de queso tostado bastará! Apenas sirve para espantar á las cornejas! Ahí va mi guante; quiero ensayarlo en un gigante. Traed las hachas de batalla. ¡Oh! ¡oh! vuelas admirablemente, pájaro! En el blanco, en el blanco! ¡Oh! ¡oh! Dad la consigna!

EDGARDO.—¡Bienhechora mejorana!

LEAR.—Pasa.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Yo conozco esa voz.

LEAR.—¡Ah, Goneril! ¡Con una barba blanca! ¡adulábanme como á un perrillo faldero; decíanme que tenía en la barba pelos blancos, aun antes de tenerlos negros. ¡Contestaban sí y no á cuanto les decía! Cuando la lluvia se infiltró en mis huesos, y el viento me estremecía y el trueno desoía mis órdenes, entonces las conocí y comprendí lo que eran. ¡Bah! ¡bah! no tienen palabra. Decíanme que yo era todopoderoso; mentira; ni aun puedo resistir á la fiebre.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Los sonidos y el acento de esa voz no me son desconocidos; ¿es, acaso, el rey?

LEAR.—El rey, sí, de piés á cabeza. Cuando yo me pongo serio, mis vasallos tiemblan. ¡Vaya! le perdono la vida. ¿Cuál fué su crimen? ¿el adulterio? No morirás. ¿Morir por un adulterio? No, no; el régulo y la mariposa lo cometen alegremente á mi vista. La población ha de prosperar. Más humano ha sido para su padre el bastardo de Glocester, que para mí lo fueron mis hijas engendradas en legítimo tálamo. ¡Ánimo, disolutos! mezclad los sexos! necesito muchos soldados! Contemplad á esa dama, de ingenua sonrisa; al ver su rostro á través de la mano que lo oculta, dirías que es de hielo; no tal! el solo nombre de voluptuosi-

dad desvanece su virtud y la hace agitar su cabeza. No corren con más pasión y ardimiento al placer el gato y el potro encerrado en la cuadra. Son centauros, aun cuando la parte superior sea mujer; la cintura es para los dioses; el resto, de los demonios. ¡Buen boticario!

dame una onza de agua de rosas almizclada para calmar mi dolor de cabeza. Ahí tienes el dinero.

El conde de Glocester.—¡Ah! dadme á besar vuestra mano!

Lear.—Deja que la enjugue; huele á mortandad.

El conde de Glocester.—¡Deplorables ruinas de la más bella obra de naturaleza! También el mundo volverá á la nada. ¿No me conocéis?

Lear.—Sí, me acuerdo de tus ojos. Me parece que miras bizco. Por más que te empeñes, ciego cupido,

no lograrás que yo vuelva á amar. Lee este cartel y fíjate bien en sus caracteres.

El conde de Glocester.—Aun cuando todas sus letras fuesen soles, ni una podría yo ver.

Edgardo (*aparte*).—Si otro me hubiese dado noticia de su estado, no le hubiera creído; lo veo con mis propios ojos y mi corazón se desgarra á tal espectáculo.

Lear.—Lee, te digo.

El conde de Glocester.—¿ Y cómo leer ? ¡ no tengo ojos!

Lear.—¡ Hola ! ¡ hola ! estáis aquí, conmigo, sin ojos en vuestra frente, ni dinero en vuestra bolsa ? Y sin embargo, veis que el mundo anda.

El conde de Glocester.—Lo veo, porque lo siento.

Lear.—¡ Cómo ! ¿ estás loco ? ¿ Puede un hombre ver, sin ojos, cómo anda el mundo ? Sin duda ves con las orejas. Mira á aquel juez que se está riendo del crimen de ese ladrón ; presta el oído. La justicia es un juego donde se cambia de sitio y de mano: *¿quién es el juez? ¿quién el ladrón ?* ¿ Has visto al perro del hortelano ladrar á los mendigos?

El conde de Glocester.—Sí, señor.

Lear.—¿ Y á los mendigos huir del perro ? Pues bien; ahí tienes la imagen sensible de la autoridad ; en la magistratura se obedece al perro. Preboste sin pudor; retén tu mano sanguinaria; ¿ por qué golpeas á esa prostituta ? Registra tu conciencia : ¿ no cometiste tú mismo con ella el crimen que ahora castigas ? El usurero hace ahorcar al falsario. Los pequeños vicios traslucen á través de los andrajos de la miseria ; mas las finísimas pieles y los trajes de seda lo ocultan todo. Dale al vicio un broquel de oro y la espada de la justicia se quebrará contra él, sin mellarlo ; pero cubre su broquel con andrajos y un pigmeo lo atravesará con una simple paja. Nadie, os digo, nadie obra mal. Le perdono. Amigo, recibe el perdón de mí, que tengo

el poder de cerrar la boca de la justicia. Ponte los anteojos, y como hábil político, finge ver lo que no ves. ¡Ea! aprisa, aprisa! sacadme las botas! bien! bravo!

EDGARDO.—¡Cómo andan aquí mezclados la extravagancia y el buen sentido! ¡cuánta razón en la locura!

LEAR.—Si quieres llorar mis desventuras, toma mis ojos. ¡Oh! ahora te conozco; te llamas Glocester. ¡Paciencia, amigo, paciencia! Venimos al mundo, gritando; ya sabes que nuestro primer suspiro, al nacer, fué un vagido. Voy á echarte un sermón; óyeme atento.

EL CONDE DE GLOCESTER.—¡Día desdichado!

LEAR.—Al nacer, lloramos porque entramos en este vasto manicomio. ¡Mira qué bonito sombrero! Sería un secreto precioso herrar á las caballerías con algodón. Ensayémoslo; y cuando me lance sobre esos yernos, entonces mata, mata, mata, mata!

(*Entra un gentilhombre, con séquito.*)

EL GENTILHOMBRE.—¡Ah! hele aquí! Apoderáos de él. Señor, vuestra amada hija...!

LEAR.—¡Cómo! ¿nadie me socorre? ¿yo preso? Siempre bufón y juguete de la fortuna. Tratadme bien y os pagaré un buen rescate; vengan cirujanos; estoy herido en la cabeza.

EL GENTILHOMBRE.—Nada os faltará.

LEAR.—¿Y nadie me auxilia? ¿me dejan solo? Esto bastaría para que un hombre, un hombre de sal, se valiese de los ojos como de regaderas, abatiendo todo el polvo otoñal.

EL GENTILHOMBRE.—Buen señor...

LEAR.—Moriré valerosamente como recién-casado en su boda. ¡Vaya! quiero ser jovial ¡venid! ¡soy rey! ¿no lo sabíais, señores míos?

EL CONDE DE GLOCESTER.—Sí, sois rey, y nosotros vuestros humildes vasallos.

LEAR.—Eso se llama hablar. Venid; si le atrapáis, sólo será á la carrera; ea! ea! ea! (*Sale.*)

El Gentilhombre. — En el más ínfimo de los desgraciados ese estado excitaría la mayor lástima; en un rey, sobrepuja á toda expresión. ¡Oh Lear! una hija tienes que salva á la naturaleza de la maldición general que tus otras dos hijas han atraído sobre ella.

Edgardo.—Salud, honrado señor.

El Gentilhombre.—Salud; ¿qué se os ofrece?

Edgardo.—¿Tenéis alguna noticia de la batalla que se prepara?

El Gentilhombre.—Noticias seguras y públicas; no hay quien las ignore. ¿Acaso no tenéis oídos?

Edgardo.—Decidme, por favor, si el ejército enemigo está muy lejos.

El Gentilhombre.—No; se aproxima á marchas forzadas; no tardaremos en verlo.

Edgardo.—Gracias, señor.

El Gentilhombre.—Razones poderosas detienen á la reina aquí; pero su ejército está en marcha. (*Sale.*)

El conde de Glocester.—Vosotros, dioses benévolos, dispondréis de mi existencia cuando queráis. No me dejéis incurrir en la tentación de arrancarme la vida antes del término prefijado.

Edgardo.—Óigaos el cielo, señor.

El conde de Glocester.—¿Quién sois vos?

Edgardo.—Un infeliz abatido por la fortuna á costa de dolores y cuyo corazón, aquilatado por los males pasados y presentes, respira piedad por los agenos. Dadme la mano y os conduciré á un asilo.

El conde de Glocester.—Gracias de todo corazón; recompénsente con creces la bondad y la bendición del cielo. (*Entra el Intendente.*)

El Intendente.—¡Feliz encuentro! La cabeza de ese viejo fué creada para fundar mi encumbramiento! ¡Mísero traidor! alzada está la espada que debe destruirte; recoge tu alma y aprisa.

El conde de Glocester.—Descargue con fuerza tu caritativa mano el golpe mortal. (*Edgardo se opone.*)

El Intendente.—¿Cómo te atreves, insolente rústico, á defender á un traidor público? ¡Largo de aquí, si no quieres que su compañía te valga idéntico fin. Suelta su brazo.

Edgardo.—No quiero.

El Intendente.—Suéltalo, miserable, ó mueres.

Edgardo.—Alejaos, bravo gentilhombre, y dejad pasar á los pobres; no toquéis á este anciano, si no queréis que vuestra cabeza trabe relaciones con mi bastón.

El Intendente.—¡Largo de aquí, estiércol!

Edgardo.—Si dais un paso, os salto los dientes; ved qué caso hago de vuestras bravatas. (*Lo derriba.*)

El Intendente.—¡Me mataste, vil esclavo! Toma mi bolsa, y si tienes corazón, entierra mi cuerpo y entrega en propias manos de Edmundo, conde de Glocester, las cartas que yo le llevaba; lo encontrarás en el ejército bretón. ¡Oh muerte prematura! (*Muere.*)

Edgardo.—Te reconozco, oficioso agente de tu ama, cuyos criminales intentos secundabas; tan cobarde eras como puede serlo la maldad.

El conde de Glocester.—¡Cómo! ¿le mataste?

Edgardo.—Sentaos, padre mío, y reposad. Registrémosle; espero sacar partido de las cartas de que habló. Muerto está; deploro que no haya tenido otro verdugo. Veamos. Permite, paciente lacre... Nadie nos tache de indiscretos. Para conocer á nuestros enemigos, abrimos su corazón; más lícito ha de ser abrir sus papeles. (*Leyendo la carta.*) «No olvidéis nuestros mutuos juramentos; mil ocasiones tendréis para deshaceros de él. Si no os falta resolución, el tiempo y el lugar os ofrecerán propicias ventajas. Todo está perdido, si él vuelve vencedor; entonces yo sería su cautiva, y su lecho mi prisión. Libertadme de sus odiadas cari-

cias, y en recompensa, ocupad su sitio. Vuestra apasionada (quisiera decir esposa) amante,

»GONERIL.»

¡Oh, inconcebible inconstancia de la mujer, que más veloz que el relámpago, pasa de un extremo á otro! Una maquinación contra los días de su virtuoso marido, para substituirle con mi hermano! ¡Execrable emisario de dos impúdicos asesinos! he de arrastrarte por la arena! Oportunamente asombraré con esa odiosa carta los ojos del duque cuya muerte se trama. Le importa que yo pueda noticiarle á la vez su mensaje y su muerte. (*Sale Edgardo, arrastrando el cadáver.*)

EL CONDE DE GLOCESTER.—El rey ha perdido la razón... ¡cuán tenaz es la mía! Mucho más feliz sería yo si tuviese trastornado el espíritu; mis pensamientos hubiéranse divorciado de mis pesares! (*Vuelve Edgardo.*)

EDGARDO.—Dadme la mano: paréceme oir en lontananza el redoble del tambor. Venid, buen señor; en mí tenéis un amigo.

ESCENA VII

Una tienda en el campamento francés

Entran CORDELIA, el CONDE DE KENT y el Médico

CORDELIA.—¡Oh, mi buen Kent! ¿cómo podré recompensar todas tus bondades? La vida es demasiado corta, y cada instante que pasa es perdido para mi agradecimiento.

EL CONDE DE KENT.—Pagado quedo de sobras, señora, con la confidencia que os habéis dignado hacerme. La exacta verdad ha dictado mis relatos; nada he omitido, ni he exagerado nada.

CORDELIA.—Ponte un traje más decente; las pobres vestiduras que llevas me recuerdan sin cesar esos días de oprobio y de calamidad; múdalas, por favor.

EL CONDE DE KENT.—Perdonad, señora; sería reconocido y detenido en el curso de mis proyectos. Fingid que no me conocéis hasta que el tiempo y yo juzguemos necesario descubrir quién soy.

CORDELIA.—Sea como gustes, amigo mío. (*Al Médico.*) ¿Cómo sigue el rey?

EL MÉDICO.—Aún duerme, señora.

CORDELIA.—¡Dioses clementes! cerrad esa herida de su pobre razón; restableced la armonía y la calma en los sentidos de ese padre caído en demencia.

EL MÉDICO.—¿Permite vuestra alteza que despertemos al rey? Hace ya mucho tiempo que reposa.

CORDELIA.—Seguid lo que os prescriba vuestro arte y obrad como mejor creáis. ¿Está vestido?

(*Traen á Lear en un sillón.*)

EL GENTILHOMBRE.—Sí, señora; gracias á su profundo sueño, hemos podido vestirle con nuevo traje.

EL MÉDICO.—Permaneced á su lado, señora, cuando le despertemos; cuento con su tranquilidad.

CORDELIA.—Bueno.

EL MÉDICO.—Acercaos, si os place. Más fuerte, música!

CORDELIA.—¡Padre querido! Derrame la salud su bálsamo desde mis labios, y repare este beso el trastorno y el desorden con que mis hermanas afligieron tu sagrada cabeza.

EL CONDE DE KENT.—¡Princesa tierna y bienhechora!

CORDELIA.—Aun cuando no fuéseis su padre ¿cómo no excitaron su piedad vuestros blancos cabellos? Ese rostro venerable ¿estaba destinado á ser expuesto al furor de los vientos, al fragor de los truenos y á los rápidos fuegos de los relámpagos? ¿naciste para pasar

LEAR.— *Á fe de hombre, estoy tomando á esta dama por mi hija Cordelia.*

la noche, descubierta la frente y sin abrigo, en el abandono y la desesperación? ¡Ah! milagro es que no hayas perdido con la razón la vida. ¡Ya despierta! Habladle.

EL MÉDICO.—Mejor será que le habléis vos, señora.

CORDELIA.—¿Cómo se encuentra mi augusto soberano? ¿cómo sigue vuestra alteza?

LEAR.—¡Qué crueles sois arrancándome de la tumba! Tú eres un ángel en el seno de la ventura; mas yo, estoy atado á una rueda de fuego; mis ardientes lágrimas surcan como plomo fundido mis mejillas.

CORDELIA.—¿No me conocéis, señor?

LEAR.—Ya sé que eres un espíritu; ¿cuándo moriste?

CORDELIA.—¡Aún, aún desvaría!

EL MÉDICO.—Apenas acaba de despertar; dejémosle tranquilo un momento.

LEAR.—¿Dónde estuve? ¿dónde estoy? Vuelvo á ver la luz; sí, es la claridad del día. Moriríame de lástima, si viese á otro hombre en mi estado. No sé lo que puedo afirmar. No me atrevo á jurar si estas manos son mías. Veamos; siento que este alfiler me punza. Sí, lo siento. Quisiera estar seguro de mi estado.

CORDELIA.—¡Ah! miradme, señor; extended sobre mí vuestra mano para bendecirme. ¡Oh, no, señor! no sois vos quien ha de arrodillarse!

LEAR.—Ruégoos que no os burléis de mí. Soy un pobre y débil anciano; he cumplido mis ochenta años, y hablando francamente, creo que no tengo cabal la razón. Paréceme que os conozco, y también á ese hombre. Pero estoy dudando. En verdad, no sé dónde me hallo ni toda mi memoria puede recordar de dónde saqué estas vestiduras; hasta ignoro en qué lugar he pasado la noche. ¡No os riáis de mí! Á fe de hombre, estoy tomando á esta dama por mi hija Cordelia.

CORDELIA.—Soy yo; soy Cordelia.

LEAR.—¿Son húmedas vuestras lágrimas? Si en ver-

dad. ¡Ah! os ruego que no lloréis. Si tenéis un veneno preparado para dármelo, lo beberé. Ya sé que no me amáis, pues vuestras hermanas, en cuanto recuerdo, han sido conmigo muy crueles. ¡Razón tenéis para odiarme, vos! Ellas ninguna tenían.

CORDELIA.—Ninguna, ninguna.

LEAR.—¿Estoy en Francia?

CORDELIA.—Estáis en vuestro reino, señor.

LEAR.—No me engañéis.

EL MÉDICO.—Consolaos, señora; los accesos de furor, como veis, han cesado. Sin embargo aún fuera peligroso para él recordarle las ideas perdidas. Invitadle á entrar en su habitación; no le fatiguemos; esperemos á que sus órganos se hayan fortalecido.

CORDELIA.—¿Quiere vuestra alteza andar un rato?

LEAR.—Habéis de darme el brazo para sostenerme. Os suplico que lo olvidéis todo, y me perdonéis. Soy ya viejo y mi razón flaquea.

(*Salen Lear, Cordelia, el Médico y séquito.*)

EL GENTILHOMBRE.—¿Es positivo que el duque de Cornouailles murió de esa suerte?

EL CONDE DE KENT.—Sí, señor.

EL GENTILHOMBRE.—¿Quién manda sus tropas?

EL CONDE DE KENT.—Dicen que el bastardo de Glocester.

EL GENTILHOMBRE.—Dicen también que su hijo, Edgardo, desterrado, está con el conde de Kent en Alemania.

EL CONDE DE KENT.—Á veces los dichos son variables. Tiempo es de pensar en sus asuntos; los ejércitos del reino se acercan rápidamente.

EL GENTILHOMBRE.—Es de temer que haya efusión de sangre. Adiós, señor. (*Sale.*)

EL CONDE DE KENT.—Mi objeto quedará logrado, según sea el éxito de la batalla. (*Sale.*)

ACTO V

ESCENA PRIMERA

Campamento bretón, en las cercanías de Douvres

Entran, precedidos de tambores y banderas, EDMUNDO, REGAN, oficiales y soldados

EDMUNDO.—Id á encontrar al duque; enteraos de si persiste en su último proyecto, ó si alguna idea nueva le ha inducido á modificarlo. Es muy inconstante y á cada paso se contradice. Id, y sepamos pronto su resolución.

REGAN.—Mi cuñado no sabe dónde tiene la cabeza.

EDMUNDO.—Verdad es, señora.

REGAN.—Y ahora, caro amigo, que conocéis el premio que os destina mi corazón, contestadme con franqueza: ¿amáis á mi hermana?

EDMUNDO.—Con amor respetuoso.

REGAN.—¿Habéis ocupado en su tálamo el sitio de su marido?

EDMUNDO.—No abriguéis tal sospecha.

REGAN.—Temo que os une la mayor intimidad.

EDMUNDO.—Nada de eso, señora.

REGAN.—Es que yo no lo toleraría. Cuidad de no familiarizaros tanto con ella.

EDMUNDO.—Estad tranquila... Vedla; aquí llega con su esposo.

(*Entran el duque de Albania, Goneril y soldados.*)

GONERIL (*aparte*).—Preferiría perder la batalla, á sufrir que mi hermana nos desaviniese á Edmundo y á mí.

EL DUQUE DE ALBANIA.—Bienvenida, hermana mía. Señor, acabo de saber que el rey se ha dirigido al encuentro de su hija con un número de escuderos muy resentidos con nosotros por nuestros duros tratamientos. Yo nunca he sido valiente, cuando no he podido serlo con honra. Esta guerra nos interesa, porque los franceses han invadido nuestros estados; pero no porque Francia sostenga la causa del rey y de muchas personas á quienes sin duda gravísimos motivos sublevan en contra nuestra.

EDMUNDO.—Habláis con suma nobleza, señor.

REGAN.—¿Á qué esos discursos?

GONERIL.—Unámonos contra el enemigo; no son rencillas domésticas lo que hoy debe ocuparnos.

EDMUNDO.—En breve soy con vos, en vuestra tienda.

EL DUQUE DE ALBANIA.—Consultemos con los guerreros más ancianos las medidas que convenga tomar.

REGAN.—¿Venís con nosotros, hermana?

GONERIL.—No.

REGAN.—Sin embargo, conviene que vengáis; seguidnos, os lo ruego.

GONERIL (*aparte*).—¡Ah! ¡ya te comprendo! Voy.

(*Al salir, entra Edgardo disfrazado.*)

EDGARDO.—Si vuestra gracia quiere atender á un desdichado, oídme una palabra.

EL DUQUE DE ALBANIA.—Hasta el fin quiero oirte; habla.

EDGARDO.—Antes de combatir, abrid esta carta. Si volvéis victorioso, haced llamar á són de trompa á quien os la ha entregado. Á pesar de mi traje miserable, me hallo en estado de ofrecer un campeón que sostendrá lo que esa carta enuncia. Si quedáis vencido, entonces todo acabó para vos en el mundo, y el complot deja de serlo. ¡Protéjaos la fortuna!

EL DUQUE DE ALBANIA.—Espera á que haya leído la carta.

EDGARDO.—Me lo han prohibido. Cuando llegue el momento favorable, me presentaré al primer llamamiento del heraldo. (*Sale.*)

EL DUQUE DE ALBANIA.—Bueno! adiós; voy á leer tu carta. (*Entra Edmundo.*)

EDMUNDO.—El enemigo está en presencia; disponed vuestro ejército. Á pesar de la vigilancia de nuestros centinelas, es imposible adivinar el número de sus fuerzas. Á vos, señor duque, incumbe apresurar el socorro que necesitamos.

EL DUQUE DE ALBANIA.—Aprovecharemos la ocasión. (*Sale.*)

EDMUNDO.—He jurado amor á las dos hermanas; las dos son celosas y se aborrecen con el odio que el hombre siente contra la culebra que le mordió. ¿Á cuál de las dos elegiré? ¿Á las dos? ¿á una de ellas? ¿á ninguna? Mientras las dos vivan, no puedo poseer á ninguna de ellas. Elegir á la viuda es irritar á Goneril hasta el frenesí, y mientras su marido respire, difícil me será lograr mi objeto. Comencemos por servirnos de su apoyo en el combate, y después encárguese de darle pasaporte la que quiera deshacerse de su persona. En cuanto á sus compasivos designios en favor de Lear y de Cordelia, una vez ganada la batalla y dueño ya de sus cuerpos, ya pueden aguardar clemencia. Mi interés está en defenderme y no en disputar. (*Sale.*)

ESCENA II

Espacio entre los dos campamentos

Alarma, en bastidores.—LEAR, CORDELIA y soldados entran y salen, con tambores y banderas.—Entran EDGARDO y EL CONDE DE GLOCESTER.

EDGARDO.—Reposad aquí, amigo mío, á la sombra de ese árbol; rogad al cielo que salga victorioso el más justo. Si vuelvo á vuestro lado, traeré noticias consoladoras.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Bendígaos el cielo, señor. (*Sale Edgardo.—Alarma.—Óyese el toque de retirada.—Vuelve Edgardo.*)

EDGARDO.—Huíd, anciano; dadme la mano y alejémonos; el rey Lear ha perdido la batalla; él y su hija han caído prisioneros; dadme la mano y huyamos.

EL CONDE DE GLOCESTER.—No nos alejemos mucho, señor; tanto podemos morir allí, como aquí.

EDGARDO.—¡Cómo! ¿siempre las mismas ideas siniestras? El tiempo es el supremo árbitro. Avancemos.

EL CONDE DE GLOCESTER.—Sí, tienes razón; vayamos! (*Salen.*)

ESCENA III

Entran EDMUNDO, triunfante, con banderas y tambores; LEAR y CORDELIA, prisioneros; soldados y un capitán

EDMUNDO.—Guardadles con cuidado hasta el momento en que los que han de decidir de su destino manifiesten su resolución.

CORDELIA.—No somos los primeros que, obedeciendo á las intenciones más honradas y queriendo obrar bien, han caído en las mayores desventuras. ¡Otro rey perseguido por el infortunio! vuestra suerte es lo único que me aflige. Sin vos, fácilmente desafiaría

todos los furores de la pérfida fortuna. ¿No veremos, vos á vuestras hijas, ni yo á mis hermanas?

LEAR.—No, no, no! Vamos á la prisión y allí los dos cantaremos como pájaros cautivos en la jaula! Cuando me pidas mi bendición, yo te pediré perdón, de rodillas; así viviremos juntos, orando al cielo y cantando; alegraremos nuestras horas contándonos antiguas historias y retozaremos como doradas mariposas. Oiremos las conversaciones de los pobres artesanos sobre

las noticias de la corte y charlaremos de política con ellos, sobre quién gana ó quién pierde, quién alcanza el favor ó quién cae en desgracia. Encerrados en los muros de nuestra prisión, veremos pasar y echarse uno á otro los sistemas y las sectas de los grandes filósofos, como las olas agitadas bajo la influencia de la luna.

EDMUNDO.—Sacadlos de aquí.

LEAR.—Cordelia mía, los dioses mismos incensan el sacrificio de víctimas semejantes. Si alguno intenta separarnos, arranque del cielo una ardiente tea para abrasarnos á los dos. Seca tus lágrimas, hija mía; la peste los devorará á todos antes de que te hagan verter nuevo llanto; los veremos morir de hambre. Ven!

(*Salen Lear y Cordelia, acompañados de guardias.*)

EDMUNDO.—Una palabra, capitán. Toma este escrito; sígueles á la prisión. Tu grado lo debes á mí. Si cumples fiel la orden que aquí te doy, te abrirás el camino de una brillante fortuna. Sabe que los hombres son como el tiempo. La piedad no se aviene con la espada del soldado. Jura ejecutar mi orden ó búscate otros medios de hacer fortuna.

EL CAPITÁN.—Estoy á vuestras órdenes, señor.

EDMUNDO.—Vé, pues, y cuando hayas desempeñado tu cometido, date por feliz desde que llegue á mi conocimiento la noticia. Piénsalo bien; es urgente... Y sigue en un todo el plan que te marca ese escrito.

(*Sale el Capitán.—Charangas.—Entran el duque de Albania, Regan, Goneril y soldados.*)

EL DUQUE DE ALBANIA.—Señor, habéis dado pruebas de vuestra valentía, y la fortuna os ha guiado á la victoria. Tenéis cautivas á las personas que en este día os opusieron más esfuerzos. Entregádmelos, para disponer de ellos según prescriba el interés de nuestra seguridad y la muerte que merecen.

EDMUNDO.—He creído prudente encerrar á ese viejo

y miserable rey en una prisión. Su edad y más que todo su nombre, tienen suficiente autoridad para atraer los corazones del pueblo á su partido y hacer que vuelvan contra nosotros, sus señores, las lanzas que les obligamos á emplear en nuestro servicio. Con él he mandado encerrar á su hija, por idénticas razones. Mañana ó dentro de unos pocos días estarán dispuestos á comparecer en el lugar donde reunáis vuestro campo. En este momento nos hallamos cubiertos de sudor y sangre; el amigo ha perdido al amigo y las guerras más cortas, en el ardimiento de los espíritus, son maldecidas por los que resienten sus males. El proceso de Cordelia y de su padre requiere, para su sentencia, un sitio más cómodo que un campamento.

EL DUQUE DE ALBANIA.—Con vuestro permiso, Edmundo, aquí no os considero sino como á un oficial subalterno y no como á hermano mío.

REGAN.—¿Y qué? Ese es un título con que me place gratificarle. Paréceme que antes de adelantaros tanto, hubiérais podido consultar mi opinión. Edmundo ha conducido nuestras tropas; ha sido revestido de mi autoridad; ha representado mi persona y ese honor es suficiente para que pueda pretender el título de hermano vuestro.

GONERIL.—No lo toméis con tanto calor; sus propios méritos le elevan más que vuestro favor.

REGAN.—Investido de mis derechos por mí misma, puede considerarse igual al más ilustre del ejército.

EL DUQUE DE ALBANIA.—Así sería, cuando más, si fuese vuestro marido.

REGAN.—Á veces las bromas resultan veras.

GONERIL.—¡Hola! hola! el ojo que os hizo ver tal porvenir, era bizco y miraba de través.

REGAN.—Señora, á no sentirme algo indispuesta os contestaría con toda la indignación de que rebosa mi

pecho. General, toma mis soldados, dispón de ellos y de mí misma, todo es tuyo. Tomo por testigo al universo de que, en este instante, te hago esposo y señor mío.

GONERIL.—¿Pretenderíais gozar de su persona?

EL DUQUE DE ALBANIA.—Eso no depende completamente de vuestro capricho.

EDMUNDO.—Ni del tuyo, señor.

EL DUQUE DE ALBANIA.—¿Del mío, noble á medias?

REGAN.—Suene el tambor, anunciando públicamente que mis derechos son los tuyos.

EL DUQUE DE ALBANIA.—Un momento; escuchad. Edmundo, acúsote de traición capital como también á esta dorada serpiente (*señalando á Goneril*). En cuanto á vuestras pretensiones, hermana, opóngome á ellas, en interés de mi esposa, que está comprometida en secreto con ese señor; y yo que soy su marido, me opongo á los lazos que pretendéis formar. Buscad otro esposo; la señora le está prometida.

GONERIL.—¡Estáis representando una farsa!

EL DUQUE DE ALBANIA.—Armado estás, Glocester; suene la trompeta, y si nadie se presenta á probar contra ti tus traiciones acumuladas, manifiestas, abominables, recoge ese guante. Juro probar, atravesándote el corazón, que eres todo cuanto acabo de publicar en alta voz.

REGAN.—¡Ah! ¡yo estoy mala, muy mala!

GONERIL (*aparte*).—Si así no fuese, jamás volvería á fiarme del veneno!

EDMUNDO.—Ahí va mi guante, para responderte. Quien osa llamarme traidor, es un impostor cobarde. Llama á tus heraldos, y preséntese quien quiera, sostendré contra él, contra ti y contra quien sea, mi honor y mi fe.

EL DUQUE DE ALBANIA.—¡Hola! ¡un heraldo!

EDMUNDO.—¡Un heraldo! ¡hola! ¡un heraldo!

(*Entra un heraldo.*)

El duque de Albania.—Nada esperes sino de tu valor, pues á todos tus soldados, alistados en mi nombre, acabo de darles la licencia.

Regan.—Mi mal se agrava!

El duque de Albania.—Se siente mala; llevadla á mi tienda. (*Sale Regan apoyada en sus acompañantes.*) Acércate, heraldo, suene la trompeta y lee esto en alta voz.

Un Capitán.—Suena, trompeta.

El Heraldo (*leyendo*).—«Si hay en el ejército un hombre del rango y cualidad convenientes que quiera sostener que Edmundo, sedicente conde de Glocester, es un traidor, comparezca al tercer llamamiento de trompeta; Edmundo está dispuesto a contestar.

Edmundo.—Tocad! (*Primer toque de trompeta.*)

El Heraldo.—Uno. (*Segundo toque.*) Dos. (*Tercer toque.*) Tres.

(*Responde otra trompeta desde el interior del teatro; entra Edgardo armado.*)

El duque de Albania.—Preguntadle cuál es su designio y por qué comparece al llamar de la trompeta.

El Heraldo.—¿Quién sois? ¿por qué contestáis á este llamamiento? ¿vuestro nombre? ¿vuestras cualidades?

Edgardo.—Mi nombre lo perdí; el agudo y furioso diente de la traición me lo devoró; sin embargo, soy tan noble como el adversario contra el cual vengo á combatir.

El duque de Albania.—¿Quién es ese adversario?

Edgardo.—¿Dónde está el que contesta al nombre de Edmundo, conde de Glocester?

Edmundo.—Yo soy, ¿qué me quieres?

Edgardo.—Saca tu acero; si mi lenguaje ofende á un corazón noble, tu brazo puede tomar venganza. Oye los privilegios de mis honores, mi juramento y mi profesión pública. Protesto, á pesar de tu fuerza, de tu juventud y de tu rango, á pesar de tu espada

victoriosa y en medio de tu nueva prosperidad, a pesar de tu valor y de tu bravura, protesto una vez mas que sólo eres un traidor, perjuro con los dioses, con tu hermano, con tu padre, un conspirador contra la vida de este príncipe ilustre. Te lo repito; desde la cúspide de tu cabeza hasta las plantas de tus piés, no eres más que un traidor infame y ponzoñoso. Osa negarlo, y esta espada, este brazo y todo mi valor sabrán demostrar que mientes.

EDMUNDO.—Según la regla, debía preguntarte tu nombre; mas ya que tu mirada fiera y marcial anuncia elevada cuna, quiero despreciar una formalidad que mi seguridad y las leyes de la caballería prescriben. Rechazo y remito sobre tu cabeza la acusación de traidor. Tu sangre ha de expiar tamaña falsedad. Crúcense nuestros aceros. Dad la señal, trompetas.

(*Alarma. Riñen. Cae Edmundo.*)

EL DUQUE DE ALBANIA.—¡Ah! ¡salvadle! ¡salvadle!

GONERIL.—Eso es un complot. Glocester, por las leyes de la guerra no estabas obligado á responder á un adversario incógnito; no estás vencido, te engañaron indignamente.

EL DUQUE DE ALBANIA.—Señora, no abráis la boca, ú os la cierro con este papel. Tomad, señor. Y tú, la más infame de las criaturas, lee tus horrores. No lo rasguéis, señora; ya veo que lo conocéis.

(*Entrega la carta á Edmundo.*)

GONERIL.—Y aun cuando lo conociese ¿qué? las leyes son mías y no tuyas. ¿Quién tiene derecho á acusarme?

EL DUQUE DE ALBANIA.—¡Monstruo! ¿conoces este escrito?

GONERIL.—¡Vaya una pregunta! (*Sale.*)

EL DUQUE DE ALBANIA.—Seguidla; está fuera de sí; vigiladla.

EDMUNDO.—Todo cuanto me imputasteis, es cierto y mucho más. El tiempo lo descubrirá todo. Son cosas

pasadas... y yo también. Pero ¿quién eres tú, á quien la fortuna concede esta ventaja sobre mí? Si eres noble, te perdono.

EDGARDO.—No quiero ser menos generoso que tú. Mi sangre es tan ilustre como la tuya, Edmundo, y si lo es más, mayor fué tu injusticia. Me llamo Edgardo; hijo soy de tu padre. Los dioses son justos: con nuestros vicios favoritos forman el azote que nos castiga; el crimen tenebroso que te dió vida, ha costado los ojos á tu desdichado padre.

EDMUNDO.—Dijiste verdad, lo reconozco: la rueda de mi destino ha dado la vuelta, y así me veo yo!

EL DUQUE DE ALBANIA.—No me engañé al juzgar que tu exterior anunciaba sangre noble. ¡Deja que te abrace! Rompa el pesar mi corazón si nunca os aborrecí á ti y á tu padre!

EDGARDO.—Lo sé, digno príncipe.

EL DUQUE DE ALBANIA.—¿Dónde te ocultaste? ¿cómo llegaron á tu noticia las desventuras de tu padre?

EDGARDO.—Socorriéndole, señor. Oíd un breve relato, y cuando termine... corte el dolor el hilo de mis días! Para escapar á la sangrienta proscripción que amenazaba perentoriamente mi cabeza, ocurrióseme disfrazarme de mendigo. Vestido, pues, de andrajos, encontré á mi padre, cuyas heridas aún sangraban á consecuencia de su inicua mutilación. Híceme su lazarillo. Por él mendigué, esforzándome tanto en consolarle, que le salvé de la desesperación. En lo que obré muy mal, fué no descubriéndome. Sólo hace media hora que me reconoció cuando me armé, no en la certeza, sino en la esperanza de esta victoria. Le pedí su bendición y le referí en todos sus detalles mi vida errante. Mas ¡ay! su corazón ya no tenía fuerzas para soportar la súbita transición de la tristeza á la alegría, y oprimido entre el choque de estas dos pasiones extensas, se rompió, sonriente.

EDMUNDO.—Vuestra relación me ha conmovido, y quizá produzca algún bien. Seguid, seguid; parece que aún tenéis algo que decirnos.

EL DUQUE DE ALBANIA.—¡Ah! si debéis añadir algún relato más desgarrador qué el primero, cesad; sólo con lo que he oído, desfallezco.

EDGARDO.—¿Quién, con lo dicho, no se creería en el colmo del infortunio? Sin embargo hay hombres que gustan ver el incremento de los dolores agenos, que no se hartan de desgracias y que anhelan más, hasta ver el fondo del abismo de la humana miseria. Mientras exhalaba yo mi dolor entre gritos, surge un hombre que me había visto antes en mi estado de miseria y oprobio, y huía, entonces, de mi odiosa compañía; pero después, reconociendo quién era el que tamaños horrores había soportado, lánzase á mi cuello, me estrecha entre sus brazos y exhala alaridos capaces de conmover las celestes bóvedas, y en seguida, precipitándose sobre el cadáver de mi padre, nárrame de Lear y de sí propio, la historia más trágica que nunca escuchó el oído humano. Con su relato crecía su dolor hasta el extremo que los resortes de la vida comenzaban á romperse... Ha sonado la trompeta por vez segunda, y le he abandonado en ese estado angustioso, entre la vida y la muerte.

EL DUQUE DE ALBANIA.—¿Quién era ese hombre?

EDGARDO.—Kent, señor, el bravo Kent. Kent, quien proscrito y disfrazado había ido siguiendo los pasos del rey, su enemigo, y se había consagrado á servirle con una sumisión que un esclavo hubiera rechazado. (*Entra precipitado un gentilhombre con un puñal en la mano.*)

EL GENTILHOMBRE.—¡Socorro! ¡socorro!

EDGARDO.—¿Qué ocurre?

EL DUQUE DE ALBANIA.—Habla, amigo.

EDGARDO.—¿Qué significa ese puñal sangriento?

EL GENTILHOMBRE.—Aún está tibio; aún echa humo; sale del corazón... ¡Ah! está muerta.

EL DUQUE DE ALBANIA.—¿Quién, muerta? Explícate.

EL GENTILHOMBRE.—Vuestra esposa, señor, vuestra esposa; y también su hermana Regan acaba de espirar, envenenada por ella. Así lo han confesado los labios de Goneril.

EDMUNDO.—Prometido estaba yo á una y otra; ya estamos casados los tres.

EL DUQUE DE ALBANIA.—Traigan sus cuerpos, muertos ó vivos. (*Traen los cadáveres de Goneril y de Regan.*) Ese juicio del cielo nos aterra, aunque sin inspirarnos el menor sentimiento de piedad.

EDGARDO.—Aquí está el conde de Kent, señor.

EL DUQUE DE ALBANIA.—¡Ah! ¿es él? Las circunstancias no permiten las formalidades de costumbre.

EL CONDE DE KENT.—Vengo á despedirme de mi rey. ¿No está aquí?

EL DUQUE DE ALBANIA.—¡Ah! hemos olvidado lo más importante. Habla, Edmundo, ¿dónde está el rey, dónde Cordelia? ¿Ves este espectáculo, conde?

EL CONDE DE KENT.—¡Ah! ¿y por qué causa?

EDMUNDO.—Porque Edmundo era amado. Una envenenó á la otra por amor á mí, y después se ha matado.

EL DUQUE DE ALBANIA.—Es verdad. Cubrid sus rostros.

EDMUNDO.—Pésame la vida. Á pesar de mi propia índole, quiero practicar el bien una vez. Mandad, sin perder tiempo, una orden al castillo para evitar el asesinato de Lear y Cordelia; apresuraos.

EL DUQUE DE ALBANIA.—Corred, corred, ¡al momento!

EDGARDO.—¿Y á quién dirigirse? ¿á quién encargaste tu bárbara misión? ¿cómo demostrarle que revocas la orden?

EDMUNDO.—Es verdad; toma mi espada y enséñala al capitán.

EDGARDO (*al mensajero*).—Por tu vida, date prisa.

(*Sale el mensajero.*)

EDMUNDO.—De orden mía y de tu esposa estaba encargado de estrangular á Cordelia en la prisión y de achacar su muerte á su propia desesperación.

EL DUQUE DE ALBANIA.—¡Sálvenla los dioses! Llevadle de aquí por un momento.

(*Sacan á Edmundo. Entra Lear, llevando á Cordelia muerta, en sus brazos.*)

LEAR.—¡Ah! ah! ah! ¿Son de mármol vuestros corazones y de hierro vuestros ojos? Si yo tuviese vuestras voces, rompería con mis gritos la bóveda celeste! La he perdido para siempre! ¡Oh! ya sé distinguir si

una persona está viva ó muerta! Miradla: insensible como la tierra! Dadme un espejo ¡ah! si su aliento lo empaña, aún vivirá.

EL CONDE DE KENT.—¿Era este el éxito prometido á nuestra esperanza?

LEAR.—Esta pluma se agita ¡ah! vive! Oh! si vive, esta felicidad compensa todos mis pesares.

EL CONDE DE KENT *(de rodillas)*.—¡Ah, mi buen señor!

LEAR.—Aléjate; te lo suplico!

EDGARDO.—Es el noble Kent, vuestro amigo.

LEAR.—¡Malditos seáis, traidores, asesinos! Yo hubiera podido salvarla; ahora, muerta está para siempre. ¡Cordelia! Cordelia! espera un momento! ah! ¿qué dices? Era su voz tan dulce, tan graciosa, tan modesta! adornábanla todas las cualidades de una mujer perfecta! He matado al esclavo que le quitó la vida.

EL GENTILHOMBRE.—Verdad es, señores; lo ha tendido á sus piés.

LEAR.—¿No es cierto, amigo? Se me ha representado aquel tiempo en que los hubiera derribado á todos al filo de mi espada. Mas yo soy viejo y tantas desventuras acaban de abatirme. ¿Quién sois? Mis ojos no son mejores; os lo digo con franqueza.

EL CONDE DE KENT.—Si la fortuna se jacta de haber prodigado sus favores y su odio á dos hombres, á vuestra vista está uno de ellos.

LEAR.—¿Sois, acaso, el conde de Kent?

EL CONDE DE KENT.—Sí, señor, vuestro fiel Kent. ¿Dónde está vuestro sirviente Cayo?

LEAR.—¡Ah! os aseguro que era un buen muchacho; sabía defender á su señor, y descargar un golpe rápido. Sí, ha muerto, y sus cenizas descansan bajo tierra.

EL CONDE DE KENT.—No, mi buen señor; soy yo mismo.

LEAR.—Pronto he de convencerme.

El conde de Kent.—Yo soy quien, desde el principio de vuestras desdichas, voy siguiendo vuestros tristes pasos.

Lear.—Bienvenido seáis.

El conde de Kent.—Yo era, yo. Reina aquí el duelo y la desolación; todo presenta la imagen de la muerte; vuestras hijas mayores se han destruído á sí propias; han muerto desesperadas.

Lear.—Así lo creo.

El duque de Albania.—No se da exacta cuenta de lo que dice; en vano nos ofrecemos á sus ojos.

Edgardo.—¡Ah! en vano, sí! (*Entra un mensajero.*)

El Mensajero.—Monseñor, Edmundo ha muerto.

El duque de Albania.—¡Poco importa! Vosotros, señores y nobles amigos, oíd nuestras intenciones. Cuanto podamos hacer para reparar tantos desastres, lo haremos. Mientras viva el rey, suyo será el poder absoluto. Á vos, Edgardo, os devuelvo todos vuestros derechos añadiéndoles los nuevos honores y mercedes que habéis sabido conquistar. Todos nuestros amigos recibirán la recompensa de sus virtudes y nuestros enemigos beberán la amarga copa debida á su malignidad. ¡Ah! mirad! mirad!

Lear.—¡También estrangulado mi pobre servidor! No, no; no mas vida! Cómo! el más vil de los reptiles goza la vida en nuestros hogares ¿y tú no vivirás, no volverás nunca, nunca...? Desatad este nudo, por favor... Mil gracias. Vedla, vedla; mirad sus labios; mirad, mirad! (*Muere.*)

Edgardo.—Se ha desmayado. Monseñor, monseñor!

El conde de Kent.—¡Estalla, corazón mío, estalla, yo te lo mando!

Edgardo.—Monseñor, abrid los ojos.

El conde de Kent.—¡Ah! no perturbéis su sombra! dejadle morir en paz! Quererlo retener más tiempo en la rueda cruel de la vida, es odiarle.

EDGARDO.—En efecto, sucumbió.

EL CONDE DE KENT.—Me admira que haya podido sufrir tan largo tiempo. Ya no hacía más que usurpar la vida; cada nuevo día que vivía, lo robaba á la muerte.

EL DUQUE DE ALBANIA.—Sacad esos cuerpos de este sitio; la desventura común reclama mis cuidados. (*A Edgardo y al conde de Kent.*) Vosotros, amigos de mi corazón, regentad entre ambos estos estados, y sed los restauradores de este reino ensangrentado.

EL CONDE DE KENT.—He de emprender muy pronto un largo viaje; mi señor me llama, y no puedo negarme á seguirle.

EL DUQUE DE ALBANIA.—Á pesar nuestro, hay que ceder á la necesidad de estos tiempos desastrosos. Derramemos los sentimientos de nuestros corazones, sin permitirnos murmuraciones ni reflexiones amargas. El más viejo de nosotros era el que ha sufrido más. Nosotros, que somos jóvenes, jamás veremos tantos males, ni tantos días.

(Salen, al són de una marcha fúnebre.)

CIMBELINA

PERSONAJES

CIMBELINA, rey de la Gran Bretaña.
CLOTEN, hijo de la reina en su primer matrimonio.
LEONATO PÓSTUMO, gentilhombre, marido de Imógena.
BELARIO, señor desterrado, disfrazado bajo el nombre de MORGAN.
GUIDERIO, } Hijos de Cimbelina y presuntos hijos de Belario,
ARVIRAGO, } bajo los nombres de POLIDORO y CADWAL.
FILARIO, amigo de Póstumo, } Italianos.
JOAQUIMO, amigo de Filario, }
CAYO LUCIO, general del ejército romano.
Un capitán romano.
Dos capitanes bretones.
PISANIO, agregado á la servidumbre de Póstumo.
CORNELIO, médico.
Dos gentilhombres.
Dos carceleros.
LA REINA, mujer de Cimbelina.
IMÓGENA, hija de Cimbelina en su primer matrimonio.
ELENA, doncella de Imógena.
Lores, ladies, senadores romanos, tribunos, apariciones, un adivino, un gentilhombre holandés, un gentilhombre español, músicos, oficiales, capitanes, soldados, mensajeros, etc.

La escena, alternativamente en Bretaña y en Italia.

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

En la Gran Bretaña. Jardín á espaldas del palacio de Cimbelina

Entran dos GENTILHOMBRES

PRIMER GENTILHOMBRE. — Á nadie encontraréis aquí, que no ande triste y sombrío. Nuestros rostros, lo mismo que los cortesanos, no obedecen á los impulsos del corazón. Todos copian la tristeza que anubla el semblante del rey.

SEGUNDO GENTILHOMBRE.—Pero ¿á qué causa?

PRIMER GENTILHOMBRE.—La heredera del trono, su hija, á quien se proponía enlazar con el hijo único de la nueva reina, de esa viuda con quien acaba de casarse, se ha entregado á un caballero, pobre en fortuna, aunque rico en méritos. Apenas casada, su marido ha sido desterrado, y ella encerrada en la prisión. Todo presenta la imagen y las exterioridades de la tristeza; en cuanto al rey, creo positivamente que se halla muy de veras afligido.

SEGUNDO GENTILHOMBRE.—¿El rey solamente?...

PRIMER GENTILHOMBRE.—Y el príncipe, á quien ese matrimonio le ha birlado la princesa. La reina también, que tenía empeño en ese enlace. Pero ninguno de los cortesanos, á pesar de sus rostros compungidos, deja de regocijarse de semejante himeneo.

SEGUNDO GENTILHOMBRE.—Y por qué?

PRIMER GENTILHOMBRE.—El hombre de quien se ha librado la princesa es un sér que ni siquiera vale las palabras que se gastarían hablando mal de él; pero el que la posee, es decir, el que se ha casado con ella, y á quien por tal motivo destierran, es una criatura tan perfecta, tan cabal, que inútilmente se buscaría otra semejante por todos los ámbitos del mundo; siempre le faltaría algún rasgo al objeto con quien se pretendiese compararle. No creo que haya en la tierra otro hombre dotado de tan bella fisonomía, y de alma tan hermosa.

SEGUNDO GENTILHOMBRE.—Mucho le elogiáis!

PRIMER GENTILHOMBRE.—Y aún me quedo corto. Su mérito es muchísimo más vasto que el angosto círculo donde encierro sus alabanzas.

SEGUNDO GENTILHOMBRE.—¿Cuál es su nombre y su cuna?

PRIMER GENTILHOMBRE.—No puedo remontarme hasta su primitivo origen. Sicilio, su padre, se unió con Casibelan contra los romanos, y le secundó valerosamente, pero no recibió sus títulos honoríficos sino de Tenencio, á quien sirvió con gloria y admirado éxito; en su servicio alcanzó el sobrenombre de Leonato. Antes del caballero de que hablo, tuvo otros dos hijos que en las guerras de entonces murieron espada en mano. Su padre, viejo á la sazón y ganoso de posteridad, sintió tan vivo pesar, que perdió la vida; y su amable esposa, en cinta del tercer hijo á quien aludimos, murió al darlo á luz. El rey tomó al huerfanillo

bajo su protección, dándole el nombre de Póstumo, y educóle á su lado, instruyéndole en todos los conocimientos de que su edad podía ser susceptible; comprendidos al momento de serle presentados, su alma aspiraba los conocimientos con la misma facilidad que nosotros el aire. Vivía en la corte, alabado y admirado de todos, y lo que es más raro aún, de todos amado. Era modelo de los jóvenes, espejo temible para los hombres de edad madura, y al lado de los ancianos parecía un niño sirviendo de guía á su debilitada razón.

SEGUNDO GENTILHOMBRE. — Lo que me decís, basta para venerarle. Pero ¿es la princesa hija única del rey?

PRIMER GENTILHOMBRE. — No tal. Tenía otros dos hijos; y si este detalle os interesa, escuchad. Los dos fueron robados á su nodriza; el mayor contaba tres años, y el menor aún estaba en mantillas; y esta es la hora en que no se ha logrado saber dónde los llevaron.

SEGUNDO GENTILHOMBRE. — ¿Cuántos años hace?

PRIMER GENTILHOMBRE. — Unos veinte.

SEGUNDO GENTILHOMBRE. — ¡Robar así á los hijos de un rey! ¡tenerlos tan mal guardados, y obrar con tanta lentitud en las pesquisas, que aún no se haya dado con ellos!

PRIMER GENTILHOMBRE. — Por más extraño que os parezca ese rapto, y por ridículo que sea tal exceso de negligencia, el hecho, en verdad, no deja de ser cierto.

SEGUNDO GENTILHOMBRE. — Así lo creo.

PRIMER GENTILHOMBRE. — Silencio! Aquí llega Póstumo con la reina y la princesa.

ESCENA II

El mismo sitio

Entran LA REINA, PÓSTUMO é IMÓGENA

LA REINA.—No temáis, hija mía: nunca encontraréis en mí, como se achaca á todas las madrastras, la menor sombra de mala voluntad. Sois mi prisionera; pero vuestra carcelera os confiará las llaves de vuestro encierro. En cuanto á vos, Póstumo, tan luégo como me sea dado ablandar el enojo del Rey, abrazaré vuestra defensa; pero, en la actualidad, la cólera enardece su sangre, y lo mejor sería que os sometiéseis á su orden con toda la paciencia que vuestra prudencia pueda inspiraros.

PÓSTUMO.—Si le parece á Vuestra Majestad, me ausentaré hoy mismo de estos lugares.

LA REINA.—El peligro ya lo sabéis. Voy á dar una vuelta por los jardines compadeciendo á dos corazones que se ven arrancados uno de otro, aun cuando el Rey me ha encargado que no os deje juntos. *(Sale.)*

IMÓGENA.—¡Falaz complacencia! ¡cómo sabe esa mujer despótica acariciar, mientras hinca el puñal! Amado esposo, el enojo de mi padre no deja de inspirarme cierta inquietud; pero (y dicho sea sin faltar á mis sagrados deberes para con él) nada temo de su cólera contra mí. Tú vas á partir; y yo habré de quedarme para soportar á cada instante el fuego de su irritado mirar, sin nada que me haga apreciable la vida, sino es la idea de que existe en el mundo un tesoro que podré ver de nuevo y de nuevo poseer. *(Llora.)*

PÓSTUMO.—¡Soberana! amada mía! ¡ah! Seca tu llanto, si no quieres que sospechen en mí mayor ter-

nura de la que un hombre debe mostrar. Quiero ser el esposo más fiel de cuantos empeñaron su fe. Residiré en Roma, en la morada de Filario, amigo de mi padre, aunque sólo le conozco por cartas. Dirígeme allá las tuyas ¡reina mía!: mis ojos devorarán cada una de tus líneas, aun cuando deban envenenarme de amargura. (*Vuelve la Reina.*)

La Reina.—Abreviad, por favor. Si el Rey llegase, no sé hasta dónde alcanzaría su cólera contra mí. (*Aparte.*) Ya sabré dirigir sus pasos hacia acá; le manejo á mi antojo; si alguna vez le ofendo, siempre le hago pagar mis culpas; y en las querellas que promuevo, bien caras le vendo las paces. (*Sale.*)

Póstumo.—Aun cuando empleásemos en despedirnos todo el tiempo que nos resta de vida, el dolor de la separación no haría sino ir aumentando cada vez más. ¡Adiós!

Imógena.—¡Ah! un momento, todavía! Aunque sólo hubieses de montar á caballo para dar un paseo por las cercanías, esta despedida sería demasiado corta. Toma, amor mío, este diamante; es un recuerdo de mi madre; toma y guárdalo hasta que te cases con otra mujer, cuando Imógena haya muerto.

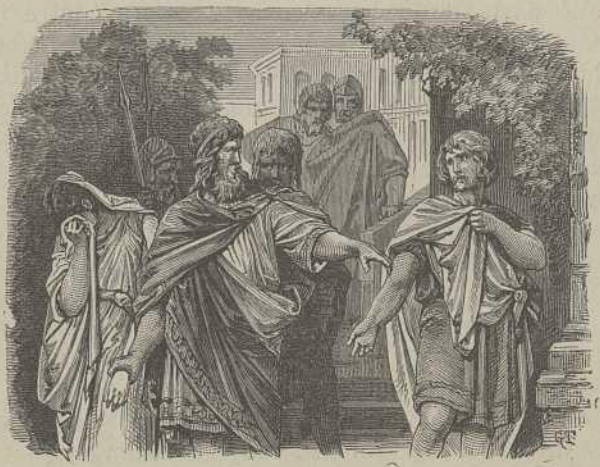
Póstumo.—¡Cómo! ¡qué! ¡otra mujer! Clementes dioses, concededme únicamente la posesión de esta, que es mía; y si después de ella buscase yo otra, alejadme de sus caricias con los brazos de la muerte. (*Coloca en su dedo la sortija.*) Queda, queda en este sitio, mientras el sentimiento y la vida puedan conservarte. Y tú, la más tierna, la más bella, que sólo me recibiste á mí en cambio de ti, con inmensa pérdida por tu parte, aún voy á ser yo quien salga ganancioso en el trueque de las más ligeras bagatelas; toma esto, en nombre de mi amor; es un lazo amoroso; deja que con él encadene tu preciosa mano.

(*Le pone un brazalete.*)

IMÓGENA.—¡Dioses! ¿cuándo nos volveremos á ver?
(Entran Cimbelina y varios nobles señores.)

PÓSTUMO.—¡El rey! ¡ah!

CIMBELINA.—¡Vil objeto! huye de estos sitios; aléjate de mi presencia. Si, á pesar de esta orden, te obstinas en permanecer, date por muerto. Huye; tu vista emponzoña mi sangre!



PÓSTUMO.—Que los dioses os protejan y hagan prosperar á los hombres de bien que en vuestra corte dejo! Ya partí. *(Sale.)*

IMÓGENA.—No, la muerte no tiene angustias más dolorosas que las que estoy sufriendo.

CIMBELINA.—¡Hija ingrata! tú que debieras rejuvenecer mi ancianidad, acumulas los años de la caducidad sobre mi frente!

IMÓGENA.—¡Señor! no os torturéis vos mismo con vuestros arrebatos! Soy insensible á vuestro enojo: un sentimiento sublime, la más noble de las pasiones, sofoca en mí toda pena, todo temor distinto!

CIMBELINA.—¿No más perdón? ¿no más obediencia?

IMÓGENA.—¡No más esperanza! desesperamos! no más perdón!

CIMBELINA.—Debías casarte con el hijo único de la Reina.

IMÓGENA.—¡Feliz mil veces yo, por serme imposible tal enlace. Elegí á un águila, librándome de un cobarde milano.

CIMBELINA.—Has elegido á un miserable mendigo; querías sentar la ignominia en mi trono.

IMÓGENA.—Antes bien he realzado su esplendor.

CIMBELINA.—¡Alma vil!

IMÓGENA.—Señor, vuestra es la culpa si he amado á Póstumo; le educasteis conmigo; me le disteis por compañero de mis juegos infantiles; es un hombre digno de la mujer más excelsa; me compra en más de lo que valgo, con todo el precio que le cuesto.

CIMBELINA.—¡Cómo! ¿has perdido la razón?

IMÓGENA.—Poco falta para ello, señor; quiera el cielo conservármela! ¡Ah! ¿por qué no nací de un simple labriego, y Póstumo del pastor vecino?

(*Entra la Reina.*)

CIMBELINA (*á la Reina*).—¡Mujer imprudente! Aún he vuelto á encontrarles juntos; habéis faltado á mis órdenes. Retiraos con ella y encerradla.

LA REINA (*á Cimbelina*).—Vuestra impaciencia imploro. Calmaos, hija mía, silencio! Clemente soberano, dejadnos solas, y pedid á vuestra razón algún consuelo.

CIMBELINA.—¡Que languidezca! que vierta sin cesar llanto de sangre! y que en breve, decrépita, muera de su locura! (*Sale.*)

LA REINA.—¡Vamos! esperemos á que pase el enojo... (*Entra Pisanio.*) ¿Qué hay, Pisanio, qué ocurre de nuevo?

PISANIO.—El príncipe, vuestro hijo, ha esgrimido la espada contra mi señor.

La Reina.—¡Ah! confío que no ha ocurrido ninguna desgracia!

Pisanio.—Una habría podido acontecer, si mi señor se hubiese batido formalmente; pero ha tomado la cosa á broma. Algunas personas sensatas que se encontraban no lejos de allí, los han separado.

La Reina.—¡Que me place!

Imógena.—Vuestro hijo es el campeón de mi padre; sostiene su causa! Sacar la espada contra un proscrito! Brava valentía! Á los dos quisiera ver luchar en los desiertos del África, y junto á ellos yo, armada con un alfiler, para ir punzando á quien primero retrocediese. ¿Por qué has dejado á tu señor?

Pisanio.—Por orden suya. No ha querido que le acompañe hasta el puerto, y me ha dejado en este papel las minuciosas órdenes que deberé cumplir, mientras os dignéis mantenerme en vuestro servicio.

La Reina.—Hasta el presente este hombre os ha servido con fidelidad, y afirmo, por mi honor, que seguirá mostrándose adicto.

Pisanio.—Acoja Vuestra Majestad la humilde expresión de mi agradecimiento.

La Reina.—Vamos á dar un paseo juntas.

Imógena.—Venid á encontrarme dentro de media hora; á lo menos, iréis á ver á mi marido á bordo. Hasta luégo, pues. *(Salen.)*

ESCENA III

Una plaza pública

Entran CLOTEN y dos señores

Primer señor.—Os aconsejo, señor, que mudéis de traje. El calor de la acción os ha bañado en sudor; estáis echando humo, como la víctima de un sacrificio.

CLOTEN.—Si mi camisa estuviese ensangrentada... ¿Le herí?

SEGUNDO SEÑOR (*aparte*).—No por cierto; ni siquiera pudisteis alterarle.

PRIMER SEÑOR.—¿Herido? ¡ah! si no lo está, preciso es que su cuerpo sea como el de un silfo, penetrable como el aire.

SEGUNDO SEÑOR (*aparte*).—Su espada erró el blanco; y batióse en retirada hacia la villa.

CLOTEN.—El cobarde no osaba esperarme.

SEGUNDO SEÑOR (*aparte*).—No; caminaba siempre, avanzando hacia vos.

PRIMER SEÑOR.—¿Esperaros? Añadid á las tierras que poseéis, el terreno que retrocediendo os ha cedido.

SEGUNDO SEÑOR (*aparte*).—Tantas pulgadas de tierra como océanos tenéis. ¡Necios!

CLOTEN.—¡Quisiera que nadie hubiese venido á interponerse entre nosotros!

SEGUNDO SEÑOR (*aparte*).—También yo, hasta que con vuestro cuerpo hubiéseis marcado en el polvo la medida de un gran imbécil.

CLOTEN.—Pero ¿cómo puede amar ella á ese miserable, desdeñándome á mí?

SEGUNDO SEÑOR (*aparte*).—¡Ah! si el buen elegir es un crimen, es ella muy culpable.

PRIMER SEÑOR.—Siempre os he dicho, señor, que su talento y su belleza no tienen parecido. Su rostro es hermoso; pero los destellos de su talento nunca me deslumbraron.

SEGUNDO SEÑOR (*aparte*).—Su espíritu no luce para los mentecatos.

CLOTEN.—Seguidme á mis habitaciones; me alegraría que hubiese ocurrido un desastre.

SEGUNDO SEÑOR (*aparte*).—Yo no; á menos que se hubiese limitado á caerse un asno, lo cual no sería un desastre muy grande.

CLOTEN.—¿Venís?
PRIMER SEÑOR.—Acompaño á vuestra alteza.
CLOTEN.—Sí, venid; vamos juntos.
SEGUNDO SEÑOR.—Con mucho gusto, señor. (*Salen.*)

ESCENA IV

Un aposento en el Palacio de Cimbelina

Entran IMÓGENA y PISANIO.

IMÓGENA.— Quisiera que estuvieses sentado en la playa, orilla del puerto, interrogando sin cesar á cuantos buques arribaran. Si mi marido me escribiese y su carta no llegase á mis manos, sería para mí una pérdida tan inmensa como lo fuera para un culpable la de sus cartas de perdón. ¿Cuáles han sido sus últimas palabras?

PISANIO.—¡Reina mía! reina mía!

IMÓGENA.—Sin duda, entonces, agitaba su pañuelo?

PISANIO.—Y lo cubría de besos, señora.

IMÓGENA.—¡Tejido insensible; más que yo eres tú dichoso! ¿Y no hubo más?

PISANIO.—No, señora; todo el tiempo que ha podido verme, y yo distinguirle de los demás, permaneció sobre cubierta; y haciéndome señas con su guante, su sombrero y su pañuelo, expresaba por los arrebatos y movimientos de su corazón cuán lenta era su alma y rápido el buque en alejarse de vos.

IMÓGENA.—Hubieras debido seguirle con la vista y no abandonarle hasta que te hubiese parecido pequeño como un pájaro, ó aún menor.

PISANIO.—Así lo hice, señora.

IMÓGENA.—¡Ah! yo hubiera querido romper las fibras de mis ojos, esforzándolos en verle más largo

rato, hasta que hubiese parecido en lontananza más pequeño que una aguja. Sí, mis miradas le habrían seguido hasta tanto que, del tamaño de un mosquito, se hubiese desvanecido completamente en el espacio; y entonces, apartando de allí mis ojos, hubiera llorado. Mas, dime, buen Pisanio, ¿cuándo recibiremos noticias suyas?

PISANIO.—Á la primera ocasión que se le ofrezca, señora, no lo dudéis.

IMÓGENA.—No me he despedido de él; y tenía que decirle tantas cosas! Antes de poderle significar cuánto pensaría yo en él, á ciertas horas, cuántas ideas, cuántos recuerdos cruzarían por mi mente; antes de haber podido hacerle jurar que ninguna mujer de Italia le induciría á faltar á mi amor y á su honor; antes de encargarle que pensara, al amanecer, al medio día y por la noche, en unirse á mí en nuestras preces; antes de haberle podido dar el beso de despedida, sobrevino mi padre, como el tiránico soplo del Norte que mata la flor en el capullo. (*Entra una dama.*)

LA DAMA.—Señora, la Reina desea que Vuestra Alteza vaya á su encuentro.

IMÓGENA.—Id á ejecutar mis órdenes. Voy á encontrar á la Reina.

PISANIO.—Seréis obedecida, señora. (*Salen.*)

ESCENA V

Roma.—Una sala de la mansión de Filario

Entran FILARIO, JOAQUIMO, un Francés, un Holandés y un Español

JOAQUIMO.—No lo dudéis, señor; le vi en Bretaña, cuando aún estaba en la adolescencia. Nadie pensaba entonces que llegase á adquirir los preclaros méritos

que tanto le elogian hoy. Á la sazón podía yo considerarle sin admiración, y hubiera podido leer la lista de sus cualidades, artículo por artículo, sin emoción y sin sorpresa.

Filario.—Os referís á una época en que todavía no se hallaba revestido, como al presente, de todos los dones que hacen perfecto á un hombre, en cuerpo y en alma.

El Francés.—Yo le ví en Francia, y á fe que había muchos valientes que podían mirar al sol con vista tan firme como él.

Joaquimo.—Esa fortuna de haberse casado con la hija de su rey influye mucho, sin duda, en los encomios que se le prodigan; se le juzga por el precio de su esposa, mejor que por el suyo propio.

El Francés.—Y además, su destierro...

Joaquimo.—Sí, su destierro también, y los sufragios de los partidarios de la princesa que, usando los colores de su divisa, se imponen el deber de llorar con ella tan doloroso divorcio. Todo, en suma, concurre maravillosamente para ensalzar á Póstumo. Preciso es, en verdad, sostener la honra de la elección de Imógena, cuyo criterio, de no ser así, se estimaría muy mediano induciéndola á casarse con un hombre oscuro y falto de méritos. Pero ¿por qué viene acá, Filario? ¿dónde trabasteis conocimiento?

Filario.—Su padre y yo guerreamos juntos, y á su padre debo nada menos que la vida; dos veces me salvó. Aquí está nuestro Bretón. (*Entra Póstumo.*) Mostradme vuestro afecto tratándole con todas las consideraciones que las personas de vuestra alcurnia deben á un extranjero de su cualidad. Os exhorto á que trabéis estrecha amistad con este caballero, y os lo recomiendo como digno amigo mío. No voy á hacer su elogio en su presencia; el tiempo se encargará de mostraros todos sus merecimientos.

El Francés.—Señor, tiempo atrás nos conocimos en Orleans.

Póstumo. — Sí, y á fe que os debí sinnúmero de atenciones que mi gratitud no sabría cancelar, aun cuando os pagara diariamente.

El Francés.—Abultáis demasiado, señor, la importancia de un débil servicio. Fué para mí una dicha el reconciliaros con mi compatriota; en efecto, ¿no hubiera sido deplorable dejaros llevar á cabo vuestros propósitos de muerte, por causa tan leve, por una bagatela?

Póstumo.—Permitidme, señor: en aquella época era yo un joven viajero, que evitando obedecer á mi propio criterio, prefería dejarme guiar por la experiencia de los demás; pero, desde entonces, mi razón ha madurado, y dicho sea sin ofender á nadie, no encuentro que la querella fuese tan leve como decís.

El Francés.—Lo era demasiado para merecer que se decidiese á filo de espadas, sobre todo entre dos valientes, uno de los cuales habría inmolado al otro, si los dos no sucumbían en la liza.

Joaquimo.—Sin pecar de indiscreción, ¿puede preguntarse cuál era la causa de esa querella?

El Francés.—La querella fué pública, y por consiguiente puede ser contada, sin ofender á nadie. Era casi la misma tesis suscitada entre nosotros la otra noche, cuando cada cual elogiaba á las hermosas de su país. Este caballero sostenía, á la sazón, y ofrecía mantenerlo á costa de su sangre, que la suya era más bella, más virtuosa, más inteligente, más casta, más constante, más perfecta y menos frágil que ninguna de las más raras beldades francesas.

Joaquimo.—Esa dama ya no vivirá hoy, sin duda, ó bien la opinión que de ella tenía este caballero se habrá modificado sensiblemente.

Póstumo.—Todavía sigue conservando su virtud, y yo mi opinión.

JOAQUIMO.—No está bien que tanto la prefiráis á nuestras damas italianas.

PÓSTUMO.—Aun cuando me viese llevado al extremo como lo fuí en Francia, nada cercenaría de su precio, y ved que me proclamo no sólo su amigo, sino su apasionado adorador.

JOAQUIMO.—Decir que es á la vez tan bella y tan virtuosa como ninguna de nuestras damas, es aventurar demasiado. Que sobrepuje á otras mujeres que conocí, como ese diamante que lleváis en el dedo sobrepuja en brillo á otros muchos diamantes que he visto, no me empeñaré en negarlo; pero ni yo he visto el mejor diamante del mundo, ni vos á la mujer más bella del universo.

PÓSTUMO.—La elogio según la estimo, lo mismo que digo de este diamante.

JOAQUIMO.—Y ¿ en cuánto apreciáis esa piedra ?

PÓSTUMO.—Más que todos los tesoros del mundo entero.

JOAQUIMO.—Ó vuestra incomparable beldad murió, ó bien vedla rebajada por vos mismo al nivel de un guijarro.

PÓSTUMO.—Estáis en un error; el uno puede comprarse ó darse, si se encuentran bastantes riquezas con qué pagarlo, ó suficiente mérito para obtener su regalo; y la otra no es objeto que se venda, y sólo los dioses pueden hacer tal presente.

JOAQUIMO.—Y ese presente ¿ os lo han otorgado los dioses?

PÓSTUMO.—Sí; y con su auxilio sabré conservarlo.

JOAQUIMO.—Podéis nombrar á esa bella entre los bienes que os pertenecen; mas ya sabéis que á menudo las aves exóticas baten sus alas sobre nuestros estanques... También pueden robaros vuestra sortija. Así, pues, de esa pareja de tesoros inapreciables que poseéis, el uno es bien frágil y el otro está expuesto

á mil peligros. Un astuto ladrón y un cumplido caballero podrían intentar privaros de ambos.

PÓSTUMO. —No tiene vuestra Italia caballero asaz cumplido para triunfar del honor de mi amada, si del honor pretendéis hablar al decir que es frágil. Y en cuanto á ladrones, no dudo que abundan en vuestro país, y sin embargo nada temo por mi sortija.

FILARIO.—Basta ya, señores.

PÓSTUMO.—De muy buen grado. Este noble caballero no me trata como á un extraño, y se lo agradezco; vednos ya familiarizados desde la primera entrevista.

JOAQUIMO.—En seis diálogos, no más largos que el nuestro, quisiera yo hacerme dueño del corazón de vuestra beldad, sí; y ver flaquear y dispuesta á ceder su virtud, si tuviese yo entrada en su mansión y ocasión de enamorarla.

PÓSTUMO.—No, no!

JOAQUIMO.—Me atrevo á apostarlo, y empeño la mitad de mi fortuna contra vuestro diamante que, á mi entender, vale algo menos. La causa de mi apuesta es no tanto la nombradía de vuestra amada, como vuestra presuntuosa confianza. Y á fin de que mi apuesta os choque menos, añadiré que me atrevo á intentarla contra todas las mujeres del universo.

PÓSTUMO.—Os ciegan singularmente vuestras ideas temerarias, y no me cabe duda que obtendríais la pena merecida, arriesgando semejante empeño.

JOAQUIMO.—Y qué pena merezco?

PÓSTUMO.—Una negativa, aun cuando vuestro intento requiriese algo más, un castigo tal vez.

FILARIO.—Señores, basta ya; esa fútil querella ha surgido con sobrada premura; muera como nació; ruégoos que aguardéis á conoceros mejor.

JOAQUIMO.—Quisiera haber apostado mi fortuna y la de mi vecino en sostener lo dicho.

PÓSTUMO.—¿Y qué mujer elegiríais para esa prueba?

JOAQUIMO.—La vuestra, que tan firme juzgáis en su virtud. ¿Queréis tan sólo recomendarme á la Corte donde se halla dicha dama? Empeño diez mil ducados contra vuestro diamante, á que sin más ventaja que dos conversaciones con ella, le robo ese honor que tan defendido estimáis.

PÓSTUMO.—Consiento en apostar oro contra oro. Esta sortija es para mí tan cara como mi dedo; forma parte de él.

JOAQUIMO.—Sois amante, y eso os hace prudente. Aun cuando hubiéseis comprado una mujer á millón la dracma, no tendríais una mujer incorruptible. Por lo demás algunos escrúpulos tenéis en el alma, que os hacen temer un fracaso.

PÓSTUMO.—Todo eso no pasa de un vano lenguaje que os es familiar; y espero que, en el fondo de vuestro corazón, se albergan sentimientos más cuerdos.

JOAQUIMO.—Sé mandar á mi lengua; y, lo juro, quisiera llevar adelante la apuesta.

PÓSTUMO.—¿Lo queréis así? Queden estipulados sus artículos. Mi amada sobrepuja en virtud á la excesiva bajeza de vuestros indignos pensamientos. Así lo sostengo. Tened mi sortija. Os la presto hasta vuestro regreso.

FILARIO.—No toleraré que os desprendáis de ella.

JOAQUIMO.—Por los dioses! consignada está. Si no os traigo pruebas bastantes de que he gozado los más dulces atractivos de vuestra bella, vuestros son mis diez mil ducados y también vuestra sortija; pero necesito vuestra recomendación para obtener libre acceso.

PÓSTUMO.—De buen grado acepto esas condiciones. Consignémoslas por escrito. He aquí la apuesta. Si emprendéis ese viaje para seducir á mi amada, y luégo me demostráis claramente que triunfasteis, ya no seré vuestro enemigo, ni ella será digna de nuestra

disputa. Pero, si permanece fiel y casta y no podéis probarme lo contrario, entonces me responderéis, espada en mano, de vuestras ultrajantes sospechas y del ataque que inferisteis á su pudor.

JOAQUIMO.—Vuestra mano; apostado está. Vamos á hacer extender el contrato en forma é inmediatamente parto á la Gran Bretaña; temería que la menor dilación enfriase nuestras cabezas y desvaneciese la apuesta. Voy á buscar mi oro.

PÓSTUMO.—Convenidos. (*Salen Póstumo y Joaquimo.*)

EL FRANCÉS.—¿Se mantendrá la apuesta? ¿lo creéis así?

FILARIO.—El señor Joaquimo no se vuelve atrás. Sigámosles, os lo ruego. (*Salen.*)

ESCENA VI

En la Gran Bretaña. Palacio de Cimbelina

Entran la REINA, damas y CORNELIO

LA REINA.—Mientras el rocío baña aún la tierra, id á coger esas flores; daos prisa. ¿Quién de vosotras tiene la lista?

UNA DAMA.—Yo, señora.

LA REINA.—Id. (*Salen las damas.*) Veamos, doctor, habéis traído esas drogas?

CORNELIO.—Aquí están, señora. (*Presenta una cajita.*) Pero, si Vuestra Majestad me lo permite, y espero que no lo lleve á mal, mi conciencia me obliga á preguntarle para qué fin me ha exigido estas mixturas envenenadas, cuyos efectos, aunque lentos, son mortales.

LA REINA.—Extraño, doctor, que me hagas semejante pregunta. ¿No he sido largo tiempo discípula tuya? ¿no me enseñaste el arte de componer perfu-

mes, destilar jugos y conservarlos? ¿olvidas acaso que el mismo rey me elogia á menudo por mis exquisitas conservas? En vista de mis progresos, ¿por qué admirarte, á no ser que me supongas dotada de un alma infernal, por qué admirarte de que desee perfeccionar mi ciencia por nuevos experimentos? Quiero ensayar esas composiciones en viles animales que, á nuestro

parecer, no valen la pena de ser ahorcados; así conoceré su fuerza y opondré antídotos á su actividad; y de esas mezclas sacaré el conocimiento de sus virtudes y de sus efectos diversos.

Cornelio.—Con tales ensayos Vuestra Majestad conseguirá endurecer su corazón; además, esos efectos no se presencian sino á costa de repugnancia y de peligros.

La Reina.—Date por satisfecho con mis razones. (*Entra Pisanio*). He aquí un criado adulador; en él practicaré mi primer ensayo; está vendido á su amo y es enemigo de mi hijo. ¿Qué hay, Pisanio? Doctor, vuestro cometido para conmigo está desempeñado. Id á vuestras tareas.

CORNELIO (*aparte*).—Me infunde sospechas esta mujer, pero no se saldrá con la suya.

LA REINA (*á Pisanio*).—Oye una palabra.

CORNELIO (*aparte*).—No me gusta esa mujer; cree que le he dado venenos lentos infalibles; la conozco muy á fondo; jamás confiaré á manos tan perversas ingredientes de naturaleza homicida. Tal vez sus ensayos comienzan por viles animales, para subir luégo á especies más nobles. Pero, no hay peligro ninguno en la muerte aparente que esas mixturas provocan; no hacen más que adormecer, entorpecer los sentidos, suspender por algún tiempo los espíritus, que luégo renacen más vigorosos y activos. Queda engañada por esos falsos venenos, y yo, al engañarla así, le soy más fiel.

LA REINA.—Doctor, ya no me es necesaria tu presencia; espera á que te mande llamar.

CORNELIO.—Me despido humildemente de Vuestra Majestad. (*Sale.*)

LA REINA.—Con que, todavía sigue llorando? ¿Crees que el tiempo no borrará esa pasión, dejando penetrar los consejos de la razón en ese pecho donde ahora sólo impera la locura? Ocúpate en lograr esa curación, y cuando vengas á anunciarme que Imógena ama á mi hijo, mi contestación á tal noticia será: «Pisanio, eres tan grande como tu señor; y más grande todavía,» porque su fortuna está yaciente, apenas tiene resuello y su fama agoniza; no puede volver á la corte; no puede establecerse en el lugar de su destierro; cambiando de existencia, sólo cambiará de miseria, y cada día siguiente precipitará su ruina. ¿Qué esperas tú, apoyándote en una columna vacilante y que será imposible consolidar de nuevo, en un hombre que ni siquiera tiene bastantes amigos para que le apuntalen en su decadencia? (*Deja caer una caja la reina; Pisanio la recoge.*) No sabes el valor que eso encierra; tómalo en

premio de tus servicios; es un elixir de mi composición; cinco veces he salvado ya al rey de las garras de la muerte; no conozco más eficaz cordial. No, guárdalo, es mi voluntad; guárdalo en prenda de los favores que te destino; haz comprender á tu señora cuál es su posición actual; pero procura que tus consejos parezcan nacidos de ti solo; piensa en el porvenir que tu carrera te brinda. Sigues sirviendo á la misma señora y además complaces á mi hijo, que no te dejará olvidado. Induciré al rey á que te vaya encumbrando sea cual fuere el rumbo de tus deseos; y yo misma me obligo entonces á recompensarte y á colmarte de beneficios. Llama á mis doncellas, y no olvides mis promesas. (*Sale Pisanio.*) Es un astuto bribón, de inquebrantable constancia, agente de su amo al lado de su señora, á quien exhorta sin cesar á que conserve su mano y su fe al proscrito. Le acabo de hacer un regalo que, si lo emplea, privará á la hermosa de sus fieles servicios; y si ella propia, después, no ceja en su terquedad, también paladeará el exquisito licor. (*Vuelve Pisanio con las doncellas.*) Perfectamente has desempeñado tu misión. Llevad á mi aposento esas violetas, esas primaveras y esas malva-rosas. Adiós, Pisanio; recuerda lo dicho. (*Sale con sus doncellas.*)

PISANIO.—Vaya si lo recordaré! pero si un día llegase yo á ser infiel á mi señor, me estrangularía con mis propias manos; eso es cuanto por vos haría. (*Sale.*)

ESCENA VII

Otro aposento del Palacio

Entra IMÓGENA

IMÓGENA.—Un padre cruel, una pérfida madrastra, un estúpido adorador, que se obstina en asediar á una

mujer casada, cuyo esposo está proscrito. ¡Ah! ¡esposo mío! él colma y corona todos mis pesares! él renueva á cada instante mis dolores! Si me hubiesen robado en la cuna, como á mis dos hermanos, ¡cuán dichosa no sería yo! cuanto más alto el lugar más próximo á la desgracia. ¡Felices, por humilde que sea su estado, los que ven cumplidos sus modestos votos, regulados por la naturaleza! ¿Quién será ese desconocido? ¡Vaya!

(*Entran Joaquimo y Pisanio.*)

PISANIO.—Señora, un noble caballero romano os trae carta de vuestro esposo.

JOAQUIMO.—¿Por qué palidecéis, señora? El noble Leonato no corre peligro alguno, y saluda tiernamente á Vuestra Alteza. (*Le presenta una carta.*)

IMÓGENA.—Mil gracias, señor; bienvenido seáis.

JOAQUIMO (*aparte*).—Todo lo que de su persona puede verse es de rara belleza; si posee un alma de igual perfección, es el Fénix de la Arabia, y perdí mi apuesta. Audacia, ven en mi auxilio, y dame todas tus armas; de lo contrario, imitando al Partho, combatiré huyendo, ó más bien huiré sin haber combatido.

IMÓGENA (*leyendo*).—«Es un caballero de excelsa distinción y cuyos finos obsequios le han hecho digno de mi amistad. Recompensadle con iguales atenciones, tratándolo como estimáis á vuestro fiel Leonato.» Sólo os leo estas líneas, pero mi corazón está profundamente conmovido por el resto de la carta. Sois recibido, señor, con todo el gozo que pueden expresar mis palabras, y podréis apreciarlo en cuanto haré por complaceros.

JOAQUIMO.—Gracias mil, bella princesa. ¡Qué insensatos son los hombres! La naturaleza les dió ojos para ver esa bóveda inmensa, regia cúpula que corona tierra y mares, ojos que pueden distinguir los globos inflamados sobre nuestras cabezas y la multitud de

brillantes piedras sembradas en las costas; y con órganos tan preciosos no saben diferenciar la fealdad de la belleza!

IMÓGENA.—¿Qué significan esas palabras?

JOAQUIMO.—Eso no es culpa de los ojos; un simple mono colocado entre dos criaturas tales, expresaría á una sus deseos y rechazaría á la otra con desdeñosas muecas; tampoco es culpa del juicio: un idiota, ante esa belleza, sabría ver y elegir; ni es error de la pasión, pues la fealdad, puesta al lado de esa hermosura incitante y perfecta, lejos de atraer y alimentar el deseo, debe sofocarlo en el corazón sublevado de asco.

IMÓGENA.—¿Qué causa?...

JOAQUIMO.—Sería, pues, el vicio de un apetito desordenado, que el goce irrita en vez de satisfacer; fuente inagotable de deseos, que se subsiguen sin cesar y nunca se agotan; pasión brutal que devora á la tierna paloma y corre luégo á buscar la voluptuosidad en el seno de la orgía.

IMÓGENA.—¿Cuál es, digno señor, la causa de vuestro éxtasis? Eso no es natural. ¿Os sentiríais indispuesto?

JOAQUIMO.—Gracias, señora; nada de eso. (*A Pisanio.*) Hacedme el obsequio de decir á mi criado que me espere en el sitio donde le dejé; es extranjero en la ciudad y de genio camorrista.

PISANIO.—Iba á salir, señor, para recibirle dignamente. (*Sale.*)

IMÓGENA.—¿Sigue en buen estado la salud de mi esposo?

JOAQUIMO.—Perfectamente, señora.

IMÓGENA.—¿Está alegre, se distrae?

JOAQUIMO.—Excesivamente alegre, señora; no hay en Roma forastero más jovial, ni más bromista; le llaman el *alegre bretón*.

IMÓGENA.—Cuando se encontraba aquí, era muy propenso á la melancolía, sin causa apreciable.

JOAQUIMO.—Nunca le ví triste. Hay entre nuestros compañeros un francés que al parecer está muy enamorado de una paisana suya; nuestro alegre bretón (es decir, vuestro marido) le hace exhalar profundos suspiros tocante á su amada, y después suelta el trapo á la risa, oprimiéndose los ijares: «¡Cómo no reir, exclama, al ver que el hombre que sabe por la historia, por todas las narraciones, por su propia experiencia, lo que es la mujer y lo que le es imposible dejar de ser, languidece y encadena sus horas libres en una esclavitud voluntaria!»

IMÓGENA.—¿Usa mi esposo tal lenguaje?

JOAQUIMO.—Sí, señora, y ríe á carcajada tendida. Es una diversión presenciar cómo se burla del francés. Pero, en cambio, el cielo sabe que hay hombres muy dignos de reprocharse sus faltas.

IMÓGENA.—Confío que él no pertenece á este número.

JOAQUIMO.—¿Él? no, señora. Sin embargo, debería acoger con más gratitud las bondades que el cielo le dispensa; pues el cielo prodigó sus dones á él y á vos, á quien considero como un bien; por un lado, véome inducido á la admiración y por otro á la piedad.

IMÓGENA.—¿Y qué objeto excita vuestra piedad, señor?

JOAQUIMO.—Dos criaturas, que compadezco de todo corazón.

IMÓGENA.—¿Soy yo una de ellas? Vuestras miradas se fijan en mí: ¿qué desgracia vislumbráis en mi existencia, que os mueva á piedad?

JOAQUIMO.—¡Ceguedad deplorable! ¡cómo cerrar los ojos ante tan bello astro para buscar la voluptuosidad en el seno de la fealdad, en los horrores del libertinaje!

IMÓGENA.—Por favor, caballero, contestad con mayor claridad á mis preguntas. ¿Por qué soy yo objeto de vuestra compasión?

JOAQUIMO.—Porque otras... iba á decirlo... gozan de vuestro... Pero á los dioses incumbe tomar venganza, y á mí no me está bien hablar de ello.

IMÓGENA.—Parece que sabéis algo que me concierne ó me interesa. Os ruego que habléis; la sospecha de una desdicha incierta produce á menudo una impresión más funesta que la certidumbre de una desdicha ocurrida, por cuantó, ó bien no tiene remedio, ó conocida á tiempo, aún puede repararse. ¡Ah! descubridme ese secreto que pugna por salir de vuestros labios, por más que lo retengáis.

JOAQUIMO.—Si yo dispusiese de esas mejillas de rosa para posar en ellas mis labios, de esa mano cuyo solo contacto debería inducir á un hombre á jurar fidelidad eterna; si yo poseyese ese objeto que cautiva mis pensamientos y tiene fijos en él mis ojos, y entonces, afortunado mortal, mancillara mi boca en labios tan hollados como las gradas que conducen al Capitolio, oprimiera con mis manos otras manos marchitadas por el trabajo y aún más por múltiples perjurios, y aspirara los transportes de la felicidad en ojos abyectos y empañados como la opaca luz de esas antorchas alimentadas por hediondo sebo, ¿no sería justo que todas las furias del infierno se uniesen para castigar mi indigna traición?

IMÓGENA.—Mi esposo, según temo, ha olvidado la Bretaña.

JOAQUIMO.—Y se ha olvidado á sí mismo. No es mi inclinación lo que me induce á preveniros, á revelaros la bajeza de su mudanza; vuestras gracias y encanto atraen á pesar mío del fondo de la conciencia á los labios tan funesta confesión.

IMÓGENA.—No quiero escuchar más.

JOAQUIMO.—¡Mujer adorada! ¡cuánta piedad me inspira vuestra suerte! Una princesa tan bella, y heredera de un trono que duplicaría la grandeza del más alto

rey del universo, hallarse asociada de tal suerte con las más viles criaturas de su sexo, compradas con el dinero suministrado por ella misma, con enfermizas aventureras que por oro se prodigan con todos los males, cuya corrupción y vicio mancillan la naturaleza, pestes contagiosas cuyo virus sobrepuja á los más violentos venenos! Vengaos, hija de reina, si no queréis degenerar de vuestro ilustre origen.

IMÓGENA.—Vengarme ¿y cómo? Si ese relato es cierto (mi corazón debe temer que el oído le engañe con sobrada prontitud) si es cierto ¿cómo puedo vengarme?

JOAQUIMO.—¡Cómo! ¿os haría vivir él cual adicta vestal, pasando las noches en fría soledad, mientras recorre la voluptuosidad bajo todas sus formas, menospreciando vuestra persona y dilapidando vuestra fortuna? Vengaos. Yo me consagro á vuestro tierno amor; amante más noble que ese cobarde desertor de vuestro tálamo, permaneceré fiel á vuestra ternura, siempre discreto, siempre constante.

IMÓGENA.—¡Hola, Pisanio!

JOAQUIMO.—Permitid que selle en vuestros labios mi abnegación á vuestras órdenes.

IMÓGENA.—¡Aparta de mí! Culpables son mis oídos de haberte escuchado tan largo tiempo. Si tuvieses honor, me habrías hecho ese relato por amor á la virtud y no con el fin que te propones; tanta bajeza me sorprende! Ultrajas á un gentilhombre, tan distante de tu retrato calumnioso, como tú del honor, é intentas seducir á una mujer que te desprecia y aborrece. ¡Hola, Pisanio! El rey mi padre quedará enterado de tu osadía; y si tolera que un insolente extranjero ponga á precio la honra de una mujer en su corte, como en el presidio de Roma, y descubra á nuestros ojos sus brutales pensamientos, demostrará tener una corte cuya dignidad le importa bien poco, y una hija á quien estima como á un objeto vil. ¡Hola, Pisanio!

JOAQUIMO.—¡Feliz Leonato! La confianza que tiene en ti, princesa, es muy digna de la tuya, y tu rara virtud merece su tranquila seguridad! Vivid largo tiempo venturosa, vos, la soberana del más digno caballero de su país, vos, su amada digna de inspirar la más noble llama. Perdonadme: mi anterior lenguaje se proponía contrastar la constancia de vuestro amor y ver si eran profundas sus raíces. ¡Ah! esta noticia le hará doblemente venturoso y fiel. Y en verdad, es

el más fiel de los amantes: sus raras cualidades tienen un atractivo que encadenan á su paso todas las sociedades: la mitad del corazón de todos los hombres es suyo.

IMÓGENA.—Veo que reparáis vuestra injuria.

JOAQUIMO.—Sí; parece un dios bajado del cielo entre los hombres: el esplendor del honor atavía su persona toda y da á su rostro los rasgos de la inmortalidad. No os ofenda, princesa, el que haya osado yo probar cómo acogeríais un falso informe. Sólo ha servido

para hacer brillar vuestro criterio exquisito, confirmándolo en la elección que hicisteis de un esposo verdaderamente sublime y que os consta ser incapaz del menor extravío. La amistad que le profeso me indujo á inspiraros esas alarmas; pero los dioses os crearon distinta de las demás mujeres, exenta de reproche y de debilidad: dignaos perdonarme.

IMÓGENA.—Todo queda olvidado, señor. Disponed de mi poder en esta corte.

JOAQUIMO.—Recibid la expresión de mi profundo agradecimiento. Casi había olvidado dirigir á Vuestra Alteza una ligera súplica, que sin embargo es importante, pues interesa á vuestro esposo; varios amigos y yo tomamos parte en el proyecto.

IMÓGENA.—¿De qué se trata?

JOAQUIMO.—Una docena de amigos junto con vuestro esposo hemos contribuído para reunir una suma destinada á comprar un presente para el emperador; yo, agente de la sociedad, he verificado la compra en Francia. Son vasos de finísima labor y joyas de exquisita y rica forma; su valor es considerable, y extranjero yo en este país, quisiera que ese tesoro estuviese en lugar seguro; ¿os dignaríais guardarlo bajo vuestra protección?

IMÓGENA.—Con mucho gusto, y respondo de su seguridad. Ya que en ello va interesado mi esposo, quiero guardar ese tesoro á mi vista en mi propio aposento.

JOAQUIMO.—Va encerrado en un cofre, escoltado por mi servidumbre. Me tomaré la libertad de enviároslo, sólo por esta noche. Mañana emprendo mi viaje de regreso.

IMÓGENA.—¿Por qué tan pronto?

JOAQUIMO.—Es preciso; de lo contrario faltaría á mi palabra. Únicamente crucé los mares de Francia para cumplir la oferta de saludar á Vuestra Alteza en esta Corte.

IMÓGENA.—Os doy gracias por la pena que os tomasteis; pero no partáis mañana.

JOAQUIMO.—¡Oh! sí, señora, es preciso. Así, pues, si queréis darme una carta para vuestro esposo, os suplico que la escribáis esta noche misma; ya he dejado pasar el plazo señalado para mi ausencia, y urge el tiempo para ofrecer nuestro presente.

IMÓGENA.—Esta noche escribiré: enviadme vuestro cofre, será cuidadosamente guardado y fielmente devuelto. Bien venido seréis, sin reserva alguna.

ACTO II

ESCENA PRIMERA

Patio en el palacio de Cimbelina

Entran CLOTEN y dos señores

CLOTEN.—¿Hay hombre más perseguido por la adversidad? Estoy próximo á la cima y de repente resbalo, y caigo al abismo! Tenía apostadas mil libras, y le ocurre á un osado impertinente reprenderme porque juré, como si le pidiera prestados mis juramentos y no fuese yo dueño de prodigarlos á mi antojo!

PRIMER SEÑOR.—¿Qué ha ganado con ello? Le habéis roto la cabeza con vuestra bola.

SEGUNDO SEÑOR (*aparte*).—Si no hubiese tenido más sesos que el príncipe, sin sesos hubiera quedado.

CLOTEN.—Cuando un príncipe tiene el capricho de jurar, no creo que ningún espectador tenga derecho á interrumpirle.

SEGUNDO SEÑOR.—No, monseñor. (*Aparte.*) Ni encontrar nada que oponer.

CLOTEN.—¡Vil bastardo! ¡que yo le dé una satisfacción! ¡yo! Muy puesto en razón, si fuese persona de mi alcurnia.

SEGUNDO SEÑOR (*aparte*). — Hubiera pertenecido al número de los imbéciles.

CLOTEN.—Nada hay en el mundo que tanto me impaciente. ¡Maldita sea la grandeza! quisiera no ser noble, como soy. Nadie osa batirse conmigo, porque soy hijo de la reina; el más ínfimo pechero es libre de batirse á su antojo y á mí me es fuerza estarme ocioso como un gallo que no encuentra su igual.

SEGUNDO SEÑOR (*aparte*).—No reside en la cresta el valor.

CLOTEN.—¿Qué decís?

SEGUNDO SEÑOR.—Que Vuestra Alteza no está creado para medirse contra el primer advenedizo á quien le haya placido insultar.

CLOTEN.—No, en verdad; ya lo sé; tengo derecho á ofender á mis inferiores.

SEGUNDO SEÑOR.—¡Oh, sí! es un privilegio que sólo á vos atañe.

CLOTEN.—Es lo que yo digo.

PRIMER SEÑOR.—¿Oísteis hablar de un extranjero que ha llegado á la corte esta tarde?

CLOTEN.—¿Ha llegado un extranjero? y no lo sabía yo!

SEGUNDO SEÑOR (*aparte*).—También eres tú un necio de marca mayor y tampoco lo sabes!

PRIMER SEÑOR.—Sí, un italiano; dicen que es amigo de Leonato.

CLOTEN.—¡De Leonato, del miserable proscrito! Miserable también su amigo, sea quien fuere! ¿Quién os ha anunciado la llegada de ese extranjero?

PRIMER SEÑOR.—Uno de los pajes de Vuestra Alteza.

CLOTEN.—Me conviene ir á ver qué clase de sujeto es: ¿puedo hacerlo sin rebajarme?

SEGUNDO SEÑOR.—¿ Rebajaros ? eso os es imposible, monseñor.

CLOTEN.—No creo que me sea fácil.

SEGUNDO SEÑOR (*aparte*).—Lo que sois, un imbécil ; y siéndolo, todo cuanto de vos viene, no os rebaja.

CLOTEN.—Vamos, quiero ver á ese italiano ; lo que hoy he perdido en los bolos lo resarciré esta noche con él. Vamos, en marcha !

SEGUNDO SEÑOR.—Sigo á Vuestra Alteza. (*Sale Cloten.*) ¿ Cómo ha podido una furia de tan profundo talento dar á luz un asno semejante ? Una mujer que trastornaría el universo á impulso de su genio, y un hijo, salido de sus entrañas, á quien no se lograría hacer comprender que restando dos de veinte quedan diez y ocho. ¡ Ah ! y tú, pobre princesa, divina Imógena ! ¿ cuánto no has de sufrir, colocada entre un padre gobernado por tu madrastra, una madrastra que á cada instante urde complots, y un amante más odioso para ti que el odiado destierro de tu tierno esposo y que el horrible divorcio que quisiera acarrear ? Preste el cielo su apoyo á tu virtud ; afirme en la tierra el templo frágil donde se alberga tu hermosa alma, á fin de que puedas vivir lo bastante para llegar á poseer un día á tu proscrito esposo y tu vasto reino ! (*Sale.*)

ESCENA II

Una alcoba; en un ángulo hay un gran cofre

IMÓGENA, leyendo en su lecho, y una de sus doncellas

IMÓGENA.—¿ Quién va ? ¿ eres tú, Elena ?

LA DONCELLA.—¿ Qué deseáis, señora ?

IMÓGENA.—¿ Qué hora es ?

LA DONCELLA.—Cerca de las doce.

IMÓGENA.—He leído, pues, más de tres horas; tengo fatigados los ojos. Dobla la hoja del libro, y vete á descansar. No te lleves la luz; déjala encendida, y si puedes despertarte á las cuatro, ven á llamarme. Me invade el sueño. (*Sale la doncella.*) Dioses, bajo vuestra protección me pongo; velad por mí, contra los fantasmas y los malévolos espíritus de la noche.

(*Imógena queda dormida; sale del cofre Joaquimo.*)

JOAQUIMO.—Oigo el canto de los insectos del lugar. Los sentidos del hombre, extenuados de fatiga, se restauran en el reposo. Así, antaño, suspendía nuestro Tarquino sus leves pisadas antes de despertar á la casta beldad que violó. ¡Oh nueva Venus! ¡cuántas gracias añade este lecho á las tuyas! Fresca como los lirios, más blanca que el lino de tus velos, pueda yo tocarte, darte solamente un beso, uno solo! Rubíes incomparables de sus labios, qué tiernos los dáis! Su hálito embalsama este aposento; la luz de la antorcha va inclinándose hacia sus párpados; si su cortina se descorriera, vería brillar dos astros de azur, el mismo azur de los cielos. Pero mi plan es observar esta estancia. He de dar su descripción completa. Aquí, unos cuadros. Allí, ventanas. Adornos del lecho. Los tapices representan personajes, figurando tal hecho histórico. Pero alguna señal tomada de su persona sería un testimonio mil veces superior á esos signos equívocos y enriquecería mi inventario. ¡Oh sueño, imagen de la muerte! entorpece sus sentidos y hazla insensible como una estatua marmórea. (*Tomando el brazalete.*) Ven á mí, ven; cede sin resistencia. Ya lo tengo; y este testimonio herirá los ojos de su marido con la misma fuerza con que la conciencia hiere el corazón, poniéndole fuera de sí. ¡Ah! en su seno izquierdo está marcada una estrella de cinco rayos parecida á las gotas de púrpura que brillan en el cáliz de una primulácea. He aquí una prueba superior á las pruebas más fuer-

JOAQUIMO.—*Ven á mí, ven; cede sin resistencia.*

tes que jamás puedan adquirir las leyes mismas. Estos signos secretos le obligarán á creer que efectivamente forcé la cerradura y robé el tesoro de su honor. ¿Qué más me falta? ¿Necesitaré escribir lo que se halla impreso profundamente en mi memoria? Imógena leía la historia de Teseo; la hoja está doblada en el pasaje donde se rindió Filomela. Basta ya; volvamos á encerrarnos en el cofre. Daos prisa, dragones del carro de la noche; no tarde la aurora en abrir los grises ojos del ciervo. Me encuentro en el seno del temor; para mí el infierno está aquí, aun cuando aquí reposa un ángel celeste. (*Suena el reloj.*) Una, dos, tres; ya es hora, ya! (*Entra en el cofre.*)

ESCENA III

Antecámara contigua al aposento de Imógena

Entran CLOTEN y varios señores

PRIMER SEÑOR.—Vuestra Alteza es el hombre más resignado cuando pierde, el jugador más impasible de cuantos manejan los dados.

CLOTEN.—No hay hombre á quien la pérdida no deje frío.

PRIMER SEÑOR.—Pero no tan tranquilo como á Vuestra Alteza; y en cambio Vuestra Alteza es muy ardiente y arrebatado cuando gana.

CLOTEN.—La ganancia da valor al hombre. ¡Ah! si yo pudiese ganar á esa obstinada Imógena, ya nada me quedaría por desear. El alba se aproxima, ¿verdad?

PRIMER SEÑOR.—Ya amaneció, monseñor.

CLOTEN.—Quisiera que hubiesen llegado ya los mú-

sicos. Me aconsejan que le dé una alborada, diciéndome que le agradaría esta sorpresa. *(Entran los músicos.)* Ea, templad los instrumentos; si con vuestros acordes lográis cautivar á la princesa, ensayaremos también el poder de las voces; si nada la conmueve, paciencia! pero no por ello la cedo á nadie. Imaginad, ante todo, un preludio agradable, y luégo ejecutad un tema de maravillosa dulzura, acompañado de admirables y elocuentes palabras; y después, la dejaremos entregada á sus reflexiones. *(Los músicos cantan una alborada)*. Basta ya; dejémosla. Si la hermosa se conmovió, prodigaré grandes elogios á vuestra música; si quedó insensible á sus atractivos, será un defecto de su oído que ni la armonía de los instrumentos, ni la melodiosa voz del eunuco jamás podrán corregir.

(Salen los músicos.—Entran Cimbelina y la Reina.)

SEGUNDO SEÑOR.—El Rey.

CLOTEN.—Me alegro de no haberme acostado aún; así me encuentro levantado á primera hora. El rey, como buen padre, no puede menos de aprobar el homenaje que he tributado á su hija. Salud á Vuestra Majestad y á mi noble madre.

CIMBELINA.—¿Estáis poniendo sitio á la habitación de mi rebelde hija? ¿no se dejará ver al fin?

CLOTEN.—He atacado su corazón con los encantos de la música; pero ni siquiera se ha dignado prestar su atención.

CIMBELINA.—El destierro de su amante es demasiado reciente; aún no le ha olvidado. Esperad algún tiempo; las huellas de su recuerdo no tardarán en borrarse del corazón de Imógena, y entonces será vuestra.

LA REINA.—Debéis mucha gratitud al rey; no desperdicia ocasión de recomendaros á su hija. Procurad, por vuestra parte, encarrilar vuestro proyecto; aprovechad la ocasión favorable; aumenten vuestro afán sus negativas; los deberes que le tributéis parezcan

inspiración natural de vuestro pecho; mostráos sumiso en todo á sus deseos y no la desobedezcáis sino cuando os ordene alejaros de su presencia: en este solo punto mostráos insensible.

CLOTEN.—Insensible? No tal. (*Entra un mensajero.*)

EL MENSAJERO.—Con vuestra venia, señor; acaban de llegar embajadores de Roma; entre ellos viene Cayo Lucio.

CIMBELINA.—Es un digno romano. Aunque venga encargado de proposiciones enemigas, no le acuso por ello. Quiero recibirle con las pruebas de distinción que debo á quien le envía, y á él en persona. Me ha prestado servicios; he de dar rienda suelta á mi gratitud. Hijo mío, después que hayáis saludado á vuestra princesa, venid á nuestro lado; os necesitamos para recibir á los embajadores. Vamos, señora.

(*Cimbelina, la Reina, los señores y el mensajero salen.*)

CLOTEN.—Si se levantó ya, quiero conversar con ella; si aún está en cama, duerma y sueñe á su sabor. (*Llama.*) ¡Hola! ¿se puede? Ya sé que está rodeada de doncellas; pero doraré sus manos; el oro abre todas las puertas. ¡Oh, sí! á menudo soborna á las mismas guardias de Diana, y le hace entregar su joven cierva en manos del cazador furtivo; á menudo el oro hace condenar á muerte al inocente y salvar al culpable; á veces, también, conduce indistintamente al cadalso al culpable y al inocente, ¿qué cosa no logra hacer ó deshacer? Induzcamos con su auxilio á una de las doncellas á que abogue por mi causa, pues aún no entiendo por mí mismo gran cosa en el manejo de mis asuntos. ¡Hola! ¿hay permiso? (*Llama.—Sale una doncella.*)

LA DONCELLA.—¿Quién va? ¿quién llama?

CLOTEN.—Un gentilhombre.

LA DONCELLA.—¿No más que eso?

CLOTEN.—Hijo de una noble dama.

LA DONCELLA.—Muchas personas vestidas de hábi-

tos tan ricos como el vuestro no podrían jactarse del mismo origen. ¿Qué desea Vuestra Alteza?

CLOTEN.—¿Está en disposición vuestra ama?

LA DONCELLA.—Sí, en disposición de no salir de su aposento.

CLOTEN.—Tomad este bolsillo; vendedme un informe favorable de mí á vuestra ama.

LA DONCELLA.—¡Yo! nada tengo que venderos. ¡Ah! ya caigo! queréis que le diga de vos todo el bien que pienso... Ved, ahí viene la princesa. *(Entra Imógena.)*

CLOTEN.—Yo os saludo, la más hermosa de las hermosas; dejadme tomar vuestra dulce mano.

IMÓGENA.—Salud, señor; os tomáis demasiadas penas para sólo recibir desengaños; las gracias que de mí recibiréis serán deciros que soy muy avara de ellas y que no las tengo para vos.

CLOTEN.—Y sin embargo, os amo; lo juro.

IMÓGENA.—Podíais decírmelo sin jurar; lo mismo sería para mí; pero si os empeñáis en seguir jurándolo, el premio de vuestros juramentos será ver que no les hago ningún caso.

CLOTEN.—Eso no es contestar.

IMÓGENA.—No me dignaría hablaros, si no temiese que mi silencio os autorizara á decir que cedo á vuestras importunidades. Os ruego que me dejéis en paz. ¡Sí! os prevengo que siempre acogeré en el mismo tono vuestros más tiernos cumplimientos. Un hombre de vuestra penetración debería aprender, por fin, á retirarse, cuando tantas veces le repiten la misma lección.

CLOTEN.—¡Cómo! ¡abandonaros en vuestra locura! Fuera un crimen por mi parte, y me guardaré muy mucho de cometerlo!

IMÓGENA.—Nunca un loco curó á otro.

CLOTEN.—¿Me tratáis de loco á mí?

IMÓGENA.—Vos comenzasteis á tacharme de locura,

y como loca os hablo; pero dejad de ser importuno y dejaré yo de ser loca, y así quedaremos los dos curados. Siento en el alma, señor, que me obliguéis á olvidar la urbanidad que requieren mi sexo y mi alcurnia, prodigándoos tan vanas palabras. Retened, pues, de una vez por todas, la sincera confesión que en este momento os hago: me tiene sin cuidado vuestro amor, y me siento dispuesta á faltar á toda clase de consideraciones, diciéndoos que os aborrezco. Hubiera preferido que lo comprendiéseis vos mismo, antes de verme obligada á declaróroslo formalmente.

CLOTEN.—Faltáis á la obediencia que debéis á vuestro padre; y el compromiso que, según pretendéis, os tiene unida con un vil proscrito, un miserable que no tiene mas bienes que las limosnas de la corte, ni más alimento que los restos de la mesa del rey, no es tal compromiso ni cosa que lo valga. Á las gentes de baja alcurnia (¿y puede haberla más baja que la de ese proscrito?) les está permitido encadenarse como se les antoja en los eslabones por ellos mismos labrados; ninguna autoridad les impide asociar su miseria y dar al mundo miserables vástagos. Pero la importancia de vuestro abolengo os veda semejante libertad, y no tenéis derecho á mancillar el precioso brillo de la corona, colocándola en la frente de un oscuro vasallo, de un vil esclavo... y aún menos.

IMÓGENA.—¡Profano! aunque fueses hijo de Inforter, si no fueras más que lo que eres por otra parte, no serías digno de figurar entre los criados de Póstumo. Demasiado te honraría concediéndote el empleo de auxiliar de verdugo en su reino; surgiría la envidia contra ti, y te odiarían viéndote colocado en un cargo superior á tu mérito.

CLOTEN.—Devórenle los apestados vapores del mediodía!

IMÓGENA.—Ninguna desgracia puede sufrir mayor

que la de que tus labios pronuncien su nombre. El más mezquino despojo de tela que cubrió su cuerpo, es más precioso para mí, que lo serían todos los cabellos de tu cabeza. Pisanio!

CLOTEN.—¿El despojo más mezquino? pues bien! el diablo le... (*Entra Pisanio.*)

IMÓGENA.—Corre á llamar á Dorotea.

CLOTEN.—¡El despojo más mezquino!

IMÓGENA.—Me asedia un insensato y su presencia me azota y me irrita. Vé y díle á mi doncella que busque un brazalete que desgraciadamente se ha deslizado de mi muñeca. Es un regalo de tu amo, y el cielo me es testigo de que no lo cambiaría por todos los tesoros del mundo. Me parece que lo he visto esta mañana; tengo la seguridad de que lo llevaba puesto la noche pasada; antes de dormirme, lo he besado.

PISANIO.—No puede haberse perdido. (*Sale Pisanio.*)

IMÓGENA.—Así lo espero; vé, búscalo; te lo ruego.

CLOTEN.—Me habéis ultrajado... ¡Su mas mezquino despojo!

IMÓGENA.—Lo he dicho y lo repito, señor; ¿pretendéis achacármelo á crimen? Llamad testigos y os lo repetiré otra vez.

CLOTEN.—Me quejaré á vuestro padre.

IMÓGENA.—Quejáos también á vuestra madre, que tan benévola es conmigo, y su odio se trocará en furor. Os abandono, señor, á cuánta violencia pueda inspiraros la cólera. (*Sale.*)

CLOTEN.—Me vengaré!... ¡Su más mezquino despojo! ¡Muy bien! (*Sale.*)

ESCENA IV

Roma. Un aposento en casa de Filario

Entran PÓSTUMO y FILARIO

PÓSTUMO.—No abriguéis temor alguno, señor; tan seguro quisiera estar yo de ablandar el encono del rey, como lo estoy de que la honra de Imógena será inviolable.

FILARIO.—¿Qué medios empleáis para calmar al rey?

PÓSTUMO.—Ninguno determinado: someterme á las revoluciones del tiempo, soportar esta rigurosa estación, anhelando por más serenos días. Esta esperanza, anublada por el temor, es la estéril gratitud con que pago vuestra amistad; si me abandona esta esperanza, habré de morir siendo vuestro deudor insolvente.

FILARIO.—Vuestras virtudes, los atractivos de vuestra compañía, cancelan con usura cuanto pudiera yo hacer en vuestro obsequio. Á estas horas vuestro rey debe estar informado de las peticiones del gran Augusto; Lucio desempeñará su cometido puntualmente y pienso que Cimbelina pagará al fin el tributo con los atrasos, antes que su isla vuelva á ver á nuestros romanos, cuyo recuerdo está todavía muy reciente en el dolor de sus pueblos.

PÓSTUMO.—Sin ser hombre de estado, y sin apariencia de que llegue á serlo nunca, opino que esa petición acabará en una guerra. Oiréis decir que las legiones de los galos han desembarcado en nuestra isla belicosa, antes de saber la noticia de que haya pagado un céntimo del tributo que se le reclama. Nuestros pueblos están mejor disciplinados que en los tiempos en que César, aun cuando sonriéndose de su inexperiencia, encontraba que su valor merecía un rostro más

grave. Hoy la disciplina se ha aliado con el valor; los que lo pongan á prueba conocerán que los Bretones son el pueblo del mundo que mejor sabe corregir sus faltas. (*Entra Joaquimo.*)

FILARIO.—¡Hola! aquí está Joaquimo.

PÓSTUMO.—Menester es que todos los vientos hayan hinchado vuestras velas para hacer que volara el buque, y que en tierra los ciervos ligeros os hayan servido de correos.

FILARIO.—Bien venido seáis, señor.

PÓSTUMO.—Presumo que la brevedad de la respuesta que os dieron, ha sido causa de la celeridad de vuestro regreso.

JOAQUIMO.—Vuestra esposa es una de las mujeres más hermosas que he visto.

PÓSTUMO.—Y añadid: de las más virtuosas; á no ser así, la relegaría al montón de esas beldades cuyos ojos, siempre en acecho, esperan el momento de ofrecer un cebo á amantes engañosos, para engañarlos á su vez.

JOAQUIMO.—Os traigo carta suya.

PÓSTUMO.—Confío que su contenido me es favorable.

JOAQUIMO.—Es de presumir.

PÓSTUMO.—¿Llegó Lucio á la corte de Bretaña, mientras estabais allá?

JOAQUIMO.—Le esperé; mas su llegada aún no era próxima.

PÓSTUMO.—Hasta aquí, todo va bien. Veamos, ¿brilla todavía ese diamante en vuestro dedo? ¿no lo encontráis demasiado deslucido para llevarlo en los días de gala?

JOAQUIMO.—Si he perdido la apuesta, debo pagar su valor en oro. De muy buen grado haría un viaje doble más largo para volver á pasar otra noche tan deliciosa como la que saboreé en Bretaña; el diamante lo he ganado.

PÓSTUMO.—Demasiado dura es su piedra, para haber cedido con tal prontitud.

JOAQUIMO.—No tal, puesto que vuestra esposa es tan blanda.

PÓSTUMO.—No toméis así en broma vuestra pérdida, señor. Espero que recordaréis que no debemos quedar amigos.

JOAQUIMO.—Muy al contrario, hemos de seguir siéndolo, mi buen señor, en cumplimiento de lo pactado. Si yo no os trajese muy íntimas noticias de vuestra esposa, confieso que nuestra contienda podría ir más adelante, pero aquí me proclamo como campeón que ha ganado á la vez su honor y vuestra sortija, y no ha ultrajado á ella ni á vos; no he hecho más que seguir la voluntad de entrambos.

PÓSTUMO.—Si podéis probarme que habéis entrado en su tálamo, vuestro es el diamante y ahí va mi mano; si no lo podéis, después de la indigna opinión que formasteis de su virtud, habréis de conquistar mi espada ó yo la vuestra, á no ser que las dos, quedando sin dueño, paren á manos del primer viandante que las halle en la arena.

JOAQUIMO.—Mis pruebas se aproximan tanto á la evidencia que no dudo os persuadirán desde luégo; además, estoy pronto á confirmarlas por juramento, aun cuando estoy seguro que no será menester tal confirmación.

PÓSTUMO.—Seguid.

JOAQUIMO.—En primer lugar, su alcoba (donde confieso que no dormí, viéndome dueño de un tesoro tan digno de mantener despierto á un hombre) está cubierta por un tapiz de seda y plata, representando la aventura de la arrogante Cleopatra al presentarse al Romano; allí se ve el Cydno tan henchido de orgullo como del peso de mil naves. Este fragmento es á la vez tan acabado y tan rico, que la labor y el precio de la

materia rivalizan entre sí; los personajes parece que respiran y viven.

PÓSTUMO.—Es verdad; pero sería posible que supiéseis este dato por mí ó por otro cualquiera.

JOAQUIMO.—Otros pormenores os probarán que me enteré por mis propios ojos.

PÓSTUMO.—Fuerza es, si no queréis que os deshonre.

JOAQUIMO.—La chimenea está en medio del aposento; su capitel representa la casta Diana en el baño; nunca he visto otra estatua tan llena de vida; en su creación, el escultor interpretó magistralmente la naturaleza.

PÓSTUMO.—He ahí otro dato que también podéis saber de oídas.

JOAQUIMO.—Ornan el techo querubines de oro; los morrillos de la chimenea (que olvidaba mencionar) son dos amorcillos de plata, de maliciosa mirada, sosteniendo cada uno un hachón.

PÓSTUMO.—¿Qué tiene eso que ver con el honor de mi esposa? Doy por supuesto que hayáis visto cuanto decís, y admiro vuestra memoria; pero la descripción de lo que contiene el aposento de Imógena no os hace ganar la apuesta.

JOAQUIMO (*sacando el brazalete*).—¡Pues bien! palideced, si sois capaz! sólo quiero mostraros esta joya; mirad y confesad que gané. También quiero tomar posesión de vuestro diamante, y guardaré ambas joyas.

PÓSTUMO.—¡Cielos! dejad que lo contemple una vez más; ¿es el mismo brazalete que la dejé al partir?

JOAQUIMO.—El mismo, señor, y lo agradezco á vuestra esposa. De su brazo lo sacó; aún me parece que la estoy viendo; la gracia con que lo desprendía avaloraba el presente, y al dármelo, dijo: «me fué caro en otro tiempo.»

PÓSTUMO.—Quizá os lo confió para que me lo entregaseis.

JOAQUIMO.—¿Habla acaso de ello en su carta?

PÓSTUMO.—¡Oh! no, no! demasiado cierto es. Tomad también la sortija (*se la entrega*); es un basilisco para mis ojos; su vista me mata. ¡Fatalidad! ¡que nunca se encuentre el honor con la belleza, la verdad con la verosimilitud, y el amor fiel cuando se presenta un rival! Mujer falsa sobre toda ponderación!

FILARIO.—Calmaos, señor, y volved á tomar vuestro diamante; aún no está ganado. Posible sería que vuestra mujer hubiese perdido el brazalete; además, ¿quién sabe si no se lo habrá hecho robar por alguna doncella sobornada?

PÓSTUMO.—Tenéis razón, sí; de ese modo puede habérselo procurado. Devolvedme mi sortija. Dadme una prueba más convincente, algún signo que hayáis visto en su persona. El brazalete se lo quitaron.

JOAQUIMO.—¡Por Júpiter! pasó de su brazo á mis manos.

PÓSTUMO.—¿Lo oís? jura por Júpiter; lo que dice es cierto. Vaya, guardad ese diamante. No hay duda; estoy seguro que no podía perderlo; sus doncellas son todas de confianza. ¡Robarlo ellas! ¡dejarse sobornar por un extraño! Imposible. La pérfida se entregó á él. (*Mirando el brazalete.*) He aquí la prueba de su deshonra; á este precio ha comprado el nombre de prostituta. (*A Joaquimo.*) Tomad, tomad vuestro salario y que todos los demonios del infierno se dividan entre ella y vos.

FILARIO.—Moderaos, señor; todavía no es esa una prueba convincente para un hombre...

PÓSTUMO.—No me habléis más de ella; se prostituyó á él.

JOAQUIMO.—Si deseáis un testimonio más decisivo, recordad que debajo del seno, tan digno de ser opri-

mido amorosamente, hay una peca orgullosa de ocupar aquel lugar de delicias. Por quien soy, besáronla mis labios; y aunque saciado de goces, sentí renacer al momento mi ardor. ¿Decid, recordais aquella peca?

PÓSTUMO.—Sí, y ahora descubro en ella otra tan negra como el abismo de los infiernos.

JOAQUIMO.—¿Queréis saber más?

PÓSTUMO.—Ahorradme esos detalles; no numeréis vuestros triunfos; uno solo, ó un millón, para mí lo mismo da.

JOAQUIMO.—Voy á jurarlo.

PÓSTUMO.—No hace falta; si lo juráis, no hicisteis lo que habéis dicho, y mentís; y ahora te mato si osas decir que no me hiciste cornudo.

JOAQUIMO.—No me vuelvo atrás.

PÓSTUMO.—¡Ah! ¡no tenerla aquí para desgarrarla en mil pedazos! Allá iré, y la destrozaré en presencia de la corte y á vista de su padre. Sí; ejecutaré mi proyecto. (*Sale.*)

FILARIO.—Su arrebato traspasa los límites de la razón. Ganasteis la apuesta. Sigámosle para impedir que desfogue en sí propio el furor que le domina.

JOAQUIMO.—Vamos allá. (*Salen.*)

ESCENA V

Roma.—Otro aposento de la misma casa

Entra PÓSTUMO

¿No podría encontrar el hombre un medio de reproducirse sin el concurso de la mujer? Nadie puede jactarse de ser hijo legítimo; y ese respetable mortal á quien llamé padre, quién sabe dónde se hallaba cuando me concibieron? Tal vez otro cualquiera me

fabricó, bajo nombre prestado. Sin embargo, mi madre pasaba por ser la Diana de su época, como hoy mi mujer pasa por ser maravilla de la suya. ¡Oh, venganza, venganza! ¡Pérfida! Á menudo oponía un freno á mis legítimos ardores; imploraba la abstinencia con un pudor tan lleno de gracias que en aquellos momentos su solo aspecto hubiera enardecido al viejo Saturno. Creíala casta y pura como la nieve reciente que aún no sintió los besos del sol. ¡Por todos los diablos! ese amarillento Joaquimo! y en el espacio de una hora! ¿Y quién sabe? Tal vez en menos tiempo, y á la primera entrevista! tal vez ni siquiera hubo de tomarse la pena de hablar; y en brutal silencio, no hizo más que presentarse, y poseerla! Ningún obstáculo, ninguna resistencia rechazó, ni retardó su osadía! ¡Ah! si la naturaleza hubiese casado en mi persona las facultades de los dos sexos! el hombre no tiene en sí esas propensiones al vicio, no! todas vienen de la mujer! Se trama algún embuste? de ella viene, ¿alguna lisonja? de ella, ¿alguna perfidia? de ella también. Pensamientos lujuriosos, ambición, orgullo, desdenes, caprichos, maledicencia, inconstancia; en una palabra, todos los vicios que tienen nombre y que el infierno conoce, de la mujer vienen, en todo ó en parte; sí, todos! Ni siquiera son constantes en el vicio; á cada instante cambian, trocando el vicio antiguo por otro nuevo. Quiero publicar sus defectos; las detesto, las maldigo. Sí, el medio de odiarlas bien es rogar al cielo que les otorgue todos sus votos, para atormentarlas; su voluntad desordenada es más potente que todos los demonios juntos. (*Sale.*)

ACTO III

ESCENA PRIMERA

Gran Bretaña. — Salón del Palacio de Cimbelina

Entran por la izquierda CIMBELINA, la REINA, CLOTEN y señores; y por la derecha CAYO LUCIO con su séquito

CIMBELINA.—Habla, ¿qué quiere César Augusto?

LUCIO.—Cuando Julio César, cuya memoria el mundo entero recuerda á los hombres y que será eterno tema de sus escritos, se hallaba en esta misma isla que conquistó, tu tío, Cassibelan, tan célebre por los elogios que recibió de César como por las hazañas que los merecieron, sometióse, él y su corona, á pagar á Roma un tributo anual de tres mil monedas de oro, tributo que, desde algún tiempo acá, olvidaste ofrecer.

LA REINA.—Sí, y á fin de aniquilar con una palabra tu extrañeza, lo olvidará para siempre.

CLOTEN.—Muchos Césares han de vivir antes que vuelva otro Julio. La Bretaña forma por sí sola un mundo, y no queremos pagar nada por el derecho de respirar en nuestra tierra natal.

LA REINA.—La misma ocasión que sirvió á los ro-

manos y les ayudó á robar nuestro bien, la tenemos hoy para recobrarlo. Acordaos, señor, de los reyes vuestros antecesores; acordaos del valor peculiar á los pueblos de vuestra isla: ésta, como los dominios de Neptuno, se halla rodeada de inaccesibles rocas, circuída de escollos y mares amenazadores que no tolerarán la presencia de las naves enemigas, y las devorarán hasta la cima de los mástiles. César alcanzó aquí una especie de conquista; pero no realizó aquí su bravata: *Llegué, ví y vencí.* Por vez primera conoció la vergüenza; vióse rechazado de nuestras costas y derrotado dos veces; sus buques novicios, mezquino juguete de nuestros terribles mares, traqueteados por las olas como ligeras cáscaras de nuez, estrellábanse contra las rocas. Por un momento el célebre Cassibelan estuvo á punto de apoderarse de la espada de César. Triunfante y gozoso, hizo brillar en la villa de Lud las fogatas de alegría, y este éxito hinchó de valor el pecho de los bretones.

CLOTEN.—¡Ea! se acabó el tributo. Nuestro reino es más poderoso que entonces, y como he dicho ya, no existen otros Julios Césares. Algunos podrán tener su nariz aguileña; pero lá fuerza de su brazo, ninguno!

CIMBELINA.—Dejad, hijo, que hable vuestra madre.

CLOTEN.—Tenemos aquí más de un bretón de músculos tan fuertes como Cassibelan. No digo yo que me cuente en este número, pero también tengo un brazo. ¿De veras, un tributo? Y por qué lo pagaríamos? Si César puede, con una espesa cortina, ocultar el sol á nuestros ojos ó robar la luna del cielo y guardársela en el bolsillo, entonces le pagaremos tributo para ver de nuevo la luz; de lo contrario, Lucio, no hablemos más de tributo, por favor.

CIMBELINA.—Habéis de saber que antes que los injustos romanos nos hubiesen arrancado ese tributo injurioso, éramos libres. La sola ambición de César,

esa ambición sin cesar creciente hasta el punto de que en breve hubiera devorado el universo, nos impuso ese yugo, sin derecho ni causa alguna; sacudirlo es el deber de un pueblo belicoso, como nos jactamos de serlo. Díle, pues, á César, que tuvimos por predecesor á Mulmutio, fundador de nuestras leyes, que la espada de César mutiló en demasía. En devolver á estas leyes su vigor y su libre carrera, emplearemos la autoridad que está en nuestras manos; tal será nuestra ilustre obra, por más que se irrite Roma. Sí, Mulmutio creó nuestras leyes; fué el primer bretón que ciñó en su frente una corona de oro, el primero que se nombró á sí propio rey.

Lucio.—Mucho deploro, Cimbelina, haber de proclamar enemigo tuyo á César Augusto, que cuenta más reyes á sus órdenes que tú oficiales en tu corte. En nombre del emperador, te anuncio guerra y ruina; dispónte á una tempestad que nada podrá resistir. Después de esta declaración, doyte gracias, en mi nombre, por la atenta acogida que me has dispensado en tu corte.

Cimbelina.—Bienvenido eres, Cayo; tu César me hizo caballero; en su campamento pasé gran parte de mi juventud; prodigóme honor; si hoy intenta arrebatármelo, su violencia me obliga á defenderlo contra toda extremidad. Tengo muy buenos informes de que los Panonienses y los Dálmatas se han levantado en armas, para mantener sus fueros. Si en este ejemplo no leyesen los bretones su deber, darían pruebas de insensibles y cobardes, como de seguro no los encontrará César.

Lucio.—Los hechos han de probarlo.

Cloten.—El rey os acoge: pasad alegremente entre nosotros uno ó dos días, y más si queréis. Después, si volvéis á encontrarnos con otros intentos, nos hallaréis en nuestro cinturón de mares. Si de ellos nos

alejáis, esta isla será vuestra conquista; si zozobráis en la empresa, nuestros cuervos hartarán su apetito á costa vuestra, y se acabó.

LUCIO.—Verdad es, joven príncipe.

CIMBELINA.— Conozco la voluntad de vuestro señor; y él, la mía. Sólo tengo que añadiros una palabra: bienvenido seáis. (*Salen.*)

ESCENA II

Otro aposento del mismo palacio

Entra PISANIO

PISANIO.—¿Cómo? ¿adúltera? ¿Por qué no nombras los monstruos que la acusaron? ¡Ah, Póstumo, mi buen señor! ¿qué extraña ponzoña se infiltró en tu corazón? ¿qué italiano pérfido, de lengua y mano envenenada, se enseñoreó de tu demasiado crédulo oído? ¡Infiel ella! No, al contrario; sino víctima de su fidelidad y resistiendo, más bien como diosa que como débil mortal, asaltos que triunfarían de la virtud misma. ¡Ah, señor! Tu alma, ante la suya, ha caído á nivel tan bajo como lo estaba tu fortuna. ¡Cómo! ¿que la asesine yo? ¿en nombre del cielo, de la fe jurada, de mi adhesión á tus órdenes? ¡Yo! ¡ella! verter su sangre! Si á eso le llamas prestarte un servicio, malditos sean los servicios de tal índole! ¿Qué rasgos ofrece mi fisonomía, para juzgarme desprovisto de humanidad hasta el extremo que tan atroz acción supondría? (*Leyendo.*) «Hazlo; la carta que para ella te remito te ofrecerá buena ocasión y parecerá que sigues sus órdenes.» ¡Detestable escrito, tan negro como la tinta que te cubre, hoja insensible! ¿puedes ser cómplice de esta acción criminal, mientras en el exterior con-

servas la nitidez de la inocencia? ¡Ah! Aquí viene. (*Entra Imógena.*) Ya no me acuerdo de lo que he leído.

IMÓGENA.—¿Qué hay de nuevo, Pisanio?

PISANIO.—Una carta de mi señor.

IMÓGENA.—¿Cómo? ¿de tu señor? De Leonato! ¡Ah! muy sabio fuera el astrónomo que conociese las estrellas como yo los rasgos de su escritura; abierto tendría el libro del porvenir. ¡Dioses propicios! Haced que todo su contenido sólo respire amor, sólo hable de la perfecta salud de mi esposo, de su contento, no de que nos hallemos separados, cuya idea le aflija más bien. Hay pesares saludables; á esta clase pertenece la ausencia, que repara y fortalece el amor... Pero, aparte de este pesar, trate de su contento todo lo restante. Querida cera, permíteme... sed dichosas, abejas, que así proveéis de sello á los secretos. Sean buenas las noticias, clementes dioses! (*Lee.*) «La justicia y el enojo de vuestro padre, si llegara á sorprenderme en sus dominios, no serían para mí tan mortíferos que una mirada de vuestros ojos, esposa idolatrada, no lograse reanimarme. Sabed que me hallo en Cambrie, en la ensenada de Milford; seguid sobre este aviso el partido que os inspire el corazón. Vuestra dicha completa es el voto de quien permanece fiel á sus juramentos y cuyo amor crece de día en día. LEONATO PÓSTUMO». ¡Ah! ¿por qué no he de tener corceles alados? ¿Oíste, Pisanio? Está en la ensenada de Milford. Lee y díme á qué distancia nos encontramos de ese sitio. Si un hombre á quien sólo mueve un interés ligero, puede fácilmente recorrer la distancia en una semana, ¿no podré yo volar allí en un día? Vamos, fiel Pisanio: tú que, como yo, languideces en el deseo de ver á tu señor; sí, tú languideces, aunque no tanto como yo; también deseas verle, pero con menos ahínco... ¡Oh, no, no tanto como yo! pues mi deseo sobrepuja al tuyo, sí... Responde y apresura tus palabras;

un confidente de amor debe precipitarlas, amontonarlas desordenadamente en el oído de una amante. ¿Cuánto hay de aquí á Milford? Y en camino, me contarás por qué dicha el país de Gales posee ese afortunado puerto. Pero, ante todo, ¿cómo evadirnos de estos lugares? Y además, el vacío que deje nuestra ausencia en la corte, desde la partida al regreso, ¿cómo excusarlo? No importa; pensemos sólo en salir. ¿Á qué ocuparnos de la excusa antes de la época en que nos sea menester? ya hablaremos de ello más tarde; ¿cuántos espacios de veinte millas podemos correr en una hora?

PISANIO.—Veinte millas, de sol á sol, son bastantes para vos, y aún demasiadas.

IMÓGENA.—Pero, amigo mío, un desdichado que caminara al suplicio no se arrastraría con más lentitud. He oído hablar de esas apuestas de carreras, en que los caballos eran más ligeros que el grano de arena que en nuestros relojes se desliza; sin duda son fábulas! Vé, díle á mi doncella que finja una indisposición, que pretexte el deseo de ir á ver á su padre, y prepárame al momento un vestido de viaje, sencillo y tal como lo usaría la mujer de un honrado campesino.

PISANIO.—Debéis considerar, señora...

IMÓGENA.—Veo la senda que ante mí se abre, Pisanio, y ni puedo ni quiero ver nada más; mis ojos están cerrados para lo restante. Apresurémonos, por favor, haz lo que te digo. No oigo ni veo ya sino el camino que conduce á Milford.

ESCENA III

El país de Gales. — Sitio montañoso, con una caverna

Entran BELARIO, GUIDERIO y ARVIRAGO

BELARIO.—¡Precioso día! no merece que lo pasemos

encerrados al abrigo de un techo tan bajo como el nuestro. ¡Encorváos, jóvenes! esta puerta os enseña la manera de adorar al cielo. Las puertas de los monarcas tienen arcos tan elevados, que los gigantes impíos pueden pasar por ellas conservando el turbante en su audaz cabeza, sin saludar al sol. ¡Salud, hermoso cielo! Vivimos en una roca, pero no somos tan ingratos contigo como esos fastuosos déspotas.

GUIDERIO.—Yo te saludo, cielo!

ARVIRAGO.—Cielo, yo te saludo!

BELARIO.—Y ahora, á nuestros ejercicios usuales; corred allá, á trepar esa colina. Vuestras piernas son jóvenes; yo me entretendré hollando estas llanuras, y cuando desde la cumbre me veáis pequeño como un pájaro, observad que el sitio es lo que agranda ó achica. Podréis entonces repasar en vuestra memoria cuánto os he referido de las cortes, de los principales y de las intrigas que se urden en la guerra; allá el servicio, aun cuando prestado, no es servicio, sino hasta que es aceptado. Raciocinando así, sacamos provecho de cuantos objetos vemos. Y á menudo, para nuestro consuelo, hallaremos que la cigarra vive en lugar más seguro que el águila de vastas alas. ¡Ah! la vida que hacemos aquí es más noble que la que se emplea en solicitar desprecios, más rica que la que se agosta en vanos trabajos para recompensas vanas, más altiva que la del cortesano que se pavonea en un traje de seda no pagado. No, no hay vida que preferir á la nuestra.

GUIDERIO.—Habláis por experiencia. Nosotros, niños, novicios como pajarillos que todavía no han emprendido el vuelo, ignoramos qué aire se respira lejos de nuestro asilo. Quizá esta vida sea para vos la más feliz, si la más feliz es la más tranquila; la encontráis dulce, habiendo conocido otra más ruda; se aviene más á la pesadez de vuestros años; pero á nuestra edad este género de vida es el estado de un viajero

retenido en el lecho por la enfermedad, una prisión de ignorancia. Vivimos como deudor encarcelado en su morada y que no osa alejarse de ella.

ARVIRAGO.—¿De qué podremos hablar cuando seamos tan viejos como vos? Cuando oigamos la lluvia y los vientos desencadenándose en el triste diciembre, confinados y ateridos en esta fría caverna, ¿cómo animaremos, conversando juntos, las heladas horas de invierno? Nada hemos visto; somos verdaderos brutos; sagaces como el zorro, decididos como el lobo para agarrar nuestra presa; nuestro valor se limita á perseguir á fugitivos, y como pájaro encerrado en su jaula, cantamos nuestra esclavitud con el acento de la libertad.

BELARIO.—¡Qué manera de discurrir! ¡ah! si conociéseis los devoradores desgastes de la capital, por propia experiencia; si conociéseis los artificios de la corte, tan difícil de abandonar como de mantenerse en ella, donde el instante que os transporta á la cumbre es el mismo que os derrumba, donde la pendiente es tan resbaladiza, que el miedo de caer es tan funesto como la misma caída! Si conociéseis las fatigas de la guerra, penosa tarea donde sin cesar se busca el peligro en nombre de la reputación y del honor, y donde el honor espira en la busca y recibe tan á menudo en su tumba un epitafio calumnioso como un monumento de gloria! y cuántas veces el honor es castigado por haber obrado bien! y lo que es más cruel todavía, cuántas veces has de sonreir á los reproches! ¡Oh, jóvenes! esa historia que os cuento, puede el mundo leerla en mí mismo; mi cuerpo está lleno de cicatrices de la espada romana, y mi nombradía alternó antaño con los nombres de los más famosos capitanes. Cimbelina me profesaba afecto; en cuanto se hablaba de un guerrero, al momento salía á relucir mi nombre. Era el tiempo en que el árbol veía encor-

varse sus ramas al peso de los frutos; pero cierta noche sobreviene una tempestad, ó lo asaltan bandidos, sacudiendo al suelo todas sus bellas frutas, hasta las hojas, y lo dejan desnudo, expuesto á las injurias del aire; ese árbol soy yo.

GUIDERIO.—¡Oh instabilidad del favor!

BELARIO.—Y mi falta no fué, como os he dicho á menudo, sino el crimen de dos malvados cuyos falsos juramentos prevalecieron sobre mi honor exento de tacha. Juraron á Cimbelina que yo estaba de acuerdo con los romanos. De ahí vino mi destierro, y desde veinte años acá, han sido mi universo esa roca y esos árboles. Aquí he vivido en honrada libertad, pagando además á los cielos los piadosos homenajes que les debía y que no había satisfecho en el curso precedente de mi vida. Pero estos no son discursos de cazador. Trepemos á esas montañas; quien primero hiera á la presa será el rey de la fiesta; los otros dos le servirán; y no temeremos ninguno de esos venenos inherentes á los rangos de una fortuna eminente. Iré á encontraros en los valles. (*Salen Guiderio y Arvirago.*) ¡Ardua empresa la de sofocar las chispas de la naturaleza! Esos dos muchachos no sospechan que son hijos del rey, ni Cimbelina que estén vivos. Créense hijos míos, y aun cuando educados tan sencillamente en la oscuridad de esa caverna donde no entran sino á gatas, ya sus pensamientos se elevan hasta la bóveda de los palacios. En las cacerías más comunes y vulgares, naturaleza da á sus rasgos un aire de príncipes que deja muy rezagado todo el arte de los demás hombres. Ese Polidoro, heredero de Cimbelina y de Bretaña, á quien su padre llamaba Guiderio ¡oh Júpiter! cuando, sentado yo en mi trípode, refiero las hazañas de mi juventud, toda su alma se enardece, al decirle: «Así cayó mi enemigo; así posé mi pié en su garganta.» Su noble sangre invade y colora sus mejillas; báñale el

sudor; contrae sus músculos, y se coloca en la postura que la acción de mi relato indica. Y su joven hermano Cadwal, en otro tiempo Arvirago, adoptando análoga actitud, anima, inflama mi narración, y muestra que su alma siente mucho más. Atención! su cacería comenzó! ¡Ah, Cimbelina! el cielo y mi conciencia saben que me desterraste injustamente; en desquite, te robé tus dos hijos de tres y dos años de edad queriendo privarte de tus herederos, como tú me despojaste de mi herencia. Su nodriza fuiste tú, oh Euripila; cada día van á saludar tu tumba; y á mí, Belario, ahora Morgan, me toman por su verdadero padre. La cacería acabó. (*Sale.*)

ESCENA IV

Cercanías de la ensenada de Milford

Entran PISANIO é IMÒGENA

IMÒGENA.—Cuando nos apeamos de nuestras monturas me dijiste que estábamos muy cerca del puerto. Pisanio, ¿dónde se halla Póstumo? No fué tan violento el deseo que su madre tuvo, de verle, al nacer, como el que ahora siento yo. ¿Qué te ocurre, que así tiemblas? ¿á qué viene ese suspiro? Un retrato que ofreciese los rasgos de tu rostro, representaría á un hombre poseído de perplejidad indecible. Da á tu fisonomía una expresión menos azarosa, si no quieres que todos mis sentidos se trastornen. ¿Qué pasa? ¿Por qué me presentas ese escrito con tan siniestra mirada? Si me aporta noticias gratas, anúnciamelas con una sonrisa: si son funestas ¡ah! mantén ese aspecto azorado, de sobras elocuente. ¿De parte de mi esposo? Esa detestable Italia, desacreditada por sus venenos, le habrá

tendido algún lazo; sin duda se encuentra en penosa extremidad. Habla, hombre; con tus palabras puedes dulcificar esa desgracia que causaría en mi alma impresión mortal, si la leyesen mis ojos.

PISANIO.—Dignaos leer, os lo ruego. Y veréis en mí un mortal bien despreciable, sin ser bien envilecido, despreciado por el destino.

IMÓGENA (*leyendo*).—«Tu señora, Pisanio, se ha prostituído en mi tálamo nupcial. La prueba yace en el fondo de mi lacerado corazón. No hablo sobre vanas sospechas, sino bajo una convicción tan robusta como la esperanza de vengarme; de mi venganza te encargarás, tú, Pisanio. Si el ejemplo de su perjurio á su fe no corrompe la tuya, quítenle tus manos la vida. Ocasión te facilitaré en la ensenada de Milford. Le escribo que se dirija á ese punto; si, al llegar allá, temes herirla y enviarme la prueba segura de que cumpliste mi orden, serás á mis ojos el agente de su deshonra y te estimaré tan desleal como ella.»

PISANIO.—No habré menester puñal. Ese escrito la asesinó ya. Digamos más bien la calumnia cuyo filo es más agudo que el puñal, cuya lengua tiene más ponzoña que todas las sierpes del Nilo: su impura voz vuela en alas del viento, sembrando la impostura en todos los rincones del universo. Reyes, reinas, imperios, vírgenes, esposas, todo lo ataca, todo lo envenena esa víbora; hasta en los sepulcros se desliza. ¿Cómo os sentís, señora?

IMÓGENA.—¡Infiel á su tálamo! ¿qué significa eso de ser infiel? ¿será acaso el velar allí cada noche pensando en él sin cesar? ¿llorar al toque de cada hora? y si el sueño se apodera de la naturaleza postrada ¿romperlo al momento por una atroz pesadilla cuyo tema es sólo él y despertarme exhalando un grito? ¿es esto ser infiel á su tálamo?

PISANIO.—¡Ah, pobre señora!

IMÒGENA.—¿Infiel yo? Testigo sea tu conciencia, Joaquimo... Á él acusaste de infidelidad y desde entonces fuíste á mis ojos un odiado bribón; hoy tus rasgos me parecen menos horribles. Algún grajo de Italia, que debe al afeite toda su belleza, habrá sorprendido su corazón; y yo, mísera, yo no soy sino una mujer anticuada, un mueble pasado de moda y digno de olvido.

¡Ah! los juramentos de los hombres son lazos para perder á las mujeres! Después de tu perfidia, esposo mío, ya nadie creerá en la sinceridad de los amantes; tu rostro, donde se pinta la ternura, pasará por máscara extraña á la frente que la lleva, alquilada para burlar y ofrecer un cebo á la credulidad de las mujeres.

PISANIO.—Escuchadme, buena señora.

IMÒGENA.—Antaño, después de la traición de Eneas, todos los amantes fieles á su esposa fueron considerados pérfidos como él; antaño, las lágrimas del falaz Simón desacreditaron no pocas lágrimas sinceras y privaron de piedad á los verdaderos desdichados. Así

tu ejemplo, Póstumo, hará calumniar á todos los hombres virtuosos; más de un amante tierno y generoso será tratado de perjuro y traidor, en vista de tu crimen. Ven, Pisanio; sé fiel á tu señor, ejecuta sus órdenes; y cuando le veas de nuevo, atestíguale mi obediencia. Ves? yo misma desenvaino tu espada; cógela de mi mano y húndela en este pecho, inocente asilo de mi amor. No temas; ya no abriga más sentimiento que la desesperación; ya no alberga á tu señor, que antes era su único tesoro. Haz lo que te ordena... Hiere... ¿Vacilas? Tal vez serías más valiente en una causa más justa; pero en este momento te encuentro cobarde.

PISANIO.— ¡Lejos de mí, instrumento vil! no mancillarás mi mano.

IMÓGENA.—Me es fuerza morir, y si no muero por tu mano, desobedeces á tu señor. Hay contra el suicidio una prohibición del cielo, que intimida mi débil brazo. Ven, aquí está mi corazón; ¡ah! todavía un obstáculo! espera... espera; no quiero oponer resistencia ninguna... Ya estoy dispuesta, como la vaina, á recibir la espada. ¿Qué encuentro aquí? las promesas de Póstumo fiel trocadas en perjurios. Lejos, lejos de mí, corruptoras de mi fe! ya no reposaréis más junto á mi pecho! ¿Así se dejan engañar pobres insensatas por los discursos de pérfidos seductores? Pero si la desgraciada que se ve vendida se resiente cruelmente de la traición, el traidor es castigado por males todavía mayores. Y tú, Póstumo, que suscitaste mi desobediencia al rey, tú por quien desprecié á príncipes, mis iguales, tiempo vendrá en que conozcas que no fué de mi parte un sacrificio ordinario, sino un extraño y raro esfuerzo; y me aflijo pensando cuánto atormentará tu memoria mi recuerdo, el día en que tu furor contra tu víctima se halle desvanecido. Apresúrate por favor; la oveja ruega al matarife. ¿Dónde está tu cu-

chillo? Demasiado lento eres en obedecer á tu señor, cuando su orden es mi deseo también.

PISANIO.—¡Bondadosa señora! Desde que recibí la orden de ejecutar semejante atentado, el sueño no ha cerrado mis párpados ni un solo instante.

IMÓGENA.—Cumple tu deber, y luégo reposa.

PISANIO.—Antes bien seguiría velando hasta perder la vista para siempre.

IMÓGENA.—¿Por qué, pues, aceptaste? ¿por qué me hiciste correr tantas millas con fingido pretexto? El lugar, el momento, mi fuga, tu viaje y la fatiga de esta correría, todo te invita; y también el trastorno que mi ausencia habrá producido en la corte. Jamás volveré allá; resuelta estoy. ¿Por qué avanzaste tanto, para aflojar tu arco, cuando tú mismo elegiste el sitio y la cierva se te ofrece sumisa?

PISANIO.—Para ganar el tiempo de eludir tan funesto ministerio, ocupándome durante la vía en hallar un expediente. Bondadosa señora, oídme con paciencia.

IMÓGENA.—Habla hasta que se fatigue tu lengua, habla; me he oído llamar prostituta; mis oídos han sido desgarrados por este nombre infame y no puedo recibir herida más cruel ni bálsamo que cure ésta. Habla!

PISANIO.—Pues bien, señora! Ya pensaba yo que no regresaríais á la corte.

IMÓGENA.—Era de presumir, puesto que me llevabas aquí para matarme.

PISANIO.—No, no! pero si mi inteligencia respondiese á la rectitud de mi alma, mi expediente tendría un éxito feliz. Es imposible que mi señor no esté ofuscado; algún bribón, consumado en su arte, os infirió á entrambos el indigno ultraje.

IMÓGENA.—Alguna cortesana romana.

PISANIO.—No, Póstumo; por mi vida, no te he de obedecer! Le escribiré que estáis muerta, enviándole

algún indicio sangriento, pues así me lo ordenó, y vuestra ausencia de la corte confirmará mi aserto.

IMÓGENA.—Y yo, buen Pisanio, qué haré en tanto? ¿Dónde habitaré? ¿Cómo vivir, ó qué consuelo tendré en mi existencia, después de haber muerto para mi esposo y él para mí?

PISANIO.—Si volvéis á la corte...

IMÓGENA.—No más corte, no más padre! ni tampoco más altercados con aquel indigno noble, con aquel ente nulo, con el salvaje Cloten, cuyas galanterías eran más terribles para mí que un asedio para una plaza indefensa.

PISANIO.—Y si renunciáis á la corte, no podréis ya residir en Bretaña. ¿Á dónde iréis?

IMÓGENA.—¡Cómo, adónde! ¿Luce el sol únicamente para Bretaña? ¿Sólo en Bretaña hay días y noches? En la extensión del mundo, nuestra isla parece formar una de sus partes, pero está separada del resto del universo; la comparo al nido de un cisne en un estanque vasto. No dudes que también existen hombres fuera de Bretaña.

PISANIO.—Me complace que penséis en buscar otra residencia. El embajador de Roma llegará mañana á la ensenada de Milford; si pudiéseis armonizar vuestro exterior con el estado de vuestra fortuna y ocultar bajo un disfraz esa grandeza que no puede exhibirse sin peligro, caminaríais por un sendero grato, y quién sabe si llegando á los lugares donde vive Póstumo, podríais, ya que no ver con vuestros ojos sus actos, al menos saber de hora en hora, por la voz pública, el relato fiel de todos sus pasos.

IMÓGENA.—¡Ah! para lograr eso, aventuraría el decoro de mi sexo, excepto la pérdida de mi honra.

PISANIO.—Pues bien, oíd mi plan. Debéis olvidar que sois una mujer nacida para el mando; habéis de descender á la obediencia, despojaros de ese tímido y

delicado pudor que es patrimonio de vuestro sexo, ó que, mejor dicho, constituye su esencia y sus gracias, y armaros de la osadía de un bufón chancero, ingenioso en la réplica, insolente y de humor tan revoltoso como la comadreja; sí, debéis descuidar esa bella tez, esas mejillas de rosa, y exponerlas á los devorantes ardores de Titán, cuyos besos á nadie exceptúan; debéis renunciar á vuestros elegantes atavíos y á todo ese arte del adorno que coronaba en vos las gracias de una diosa.

IMÓGENA.—Bueno; ahorremos palabras; veo tu objeto y ya casi me figuro ser hombre.

PISANIO.—Comenzad por hacerlo. Como ya lo preveía, dispuse un traje de hombre; aquí está, en mi equipaje, con el sombrero, las botas y todo lo demás. ¿Queréis, en semejante disfraz, y afectando como mejor sepáis el aire de un mancebo de vuestra edad, presentaros ante el noble Lucio, pidiéndole un empleo en su séquito, y detallándole vuestros méritos? En breve los apreciará, si su oído es sensible á los encantos de la música. No dudo que os acogerá gustoso. En cuanto á vuestros recursos ya sabéis que soy rico; nada os faltará para vuestras necesidades presentes y futuras.

IMÓGENA.—Eres el único recurso que los dioses me conceden. Aléjate, por favor; muchas cosas deberíamos considerar aún, pero seguiremos el hilo á medida que el tiempo las desarrolle. Siento en mí el ánimo de un soldado para la empresa, y sostendré mi papel con el valor de un príncipe. Separémonos ya.

PISANIO.—Corta ha de ser nuestra despedida, señora; si observasen mi ausencia, sospecharían que favorecí vuestra evasión. Noble señora, tomad esta caja; es un presente de la reina; contiene un precioso elíxir; si el mar os incomoda, si os sorprende algún desfallecimiento en tierra, una gota del licor disipará vuestras molestias. Idos á un sitio recóndito á trocar

vuestro traje por el masculino. ¡Los dioses os guíen á la felicidad!

IMÓGENA.—Así sea; y cuenta con mi gratitud.

(*Salen.*)

ESCENA V

Un aposento del palacio de Cimbelina

Entran CIMBELINA, la REINA, CLOTEN, LUCIO y señores

CIMBELINA.—Aquí os dejo, y os saludo.

LUCIO.—Gracias os doy, noble rey; he recibido órdenes de mi emperador; véome precisado á partir y me alejo con el pesar de tener que denunciaros como enemigo de mi señor.

CIMBELINA.—Nuestros vasallos, señor, no quieren soportar su yugo, y sería indigno de un rey mostrarse menos celoso de su independencia que sus súbditos.

LUCIO.—He dicho, señor. Concededme una escolta que me conduzca al puerto de Milford. Señora, recibid mis votos por vuestra felicidad y vos también.

CIMBELINA.—Nobles lores, os he elegido para acompañar á este romano. No omitáis ninguno de los honores que le son debidos. Adiós, noble Lucio.

LUCIO.—Vuestra mano, señor.

CLOTEN.—Todavía es la de un amigo; pero desde este momento, será de un enemigo.

LUCIO.—Aun los sucesos no han nombrado al vencedor. Adiós.

CIMBELINA.—Nobles lores, no os apartéis del valiente Lucio hasta que haya cruzado el Severne. ¡Acompañe la ventura vuestros pasos! (*Lucio y los lores salen.*)

LA REINA.—Se aleja de nuestra isla con frente amenazadora; pero su descontento constituye nuestra gloria.

CLOTEN.—Perfectamente! la guerra es el voto general de nuestros valientes bretones.

CIMBELINA.—Lucio ha enterado ya al emperador de nuestros preparativos. Importa que nuestros carros y nuestra caballería se apresten á la batalla. Las fuerzas que tiene ya en la Galia no tardarán en congregarse y desde allí correrán á la lucha.

LA REINA.—Los momentos son preciosos; hay que disponernos á esa guerra con diligencia y valor.

CIMBELINA.—Ya me lo esperaba y tengo tomadas mis medidas. Pero ¿dónde está nuestra hija? No se ha presentado ante el embajador, ni tampoco ha desempeñado con nosotros su deber filial. La creo más revoltosa que respetuosa. Haced que se nos presente; demasiado complacientes somos con sus desdenes.

(*Sale un sirviente.*)

LA REINA.—Señor, desde el destierro de Póstumo, vuestra hija vive muy retirada; sólo el tiempo logrará su curación. Ruégoos que no la maltratéis con palabras severas; es su alma tan sensible á los reproches, que en ella las palabras duras resuenan como golpes, y muy bien pudieran matarla. (*Vuelve el sirviente.*)

CIMBELINA.—¿Viene, por fin? ¿cómo justificará sus desprecios?

EL SIRVIENTE.—Señor; todas sus habitaciones están cerradas y nadie ha contestado á mis reiterados gritos.

LA REINA.—Señor, la última vez que la ví, rogóme que la excusara ante vos de su profundo retraimiento; díjome que á ello la obligaba su débil salud; y que suspendería los deberes que debía prestaros cada día. Me había rogado que os lo previniese, pero las graves circunstancias de nuestra corte me lo hicieron olvidar, falta de que sólo es responsable mi memoria.

CIMBELINA.—Cerradas sus puertas, sin que se la haya visto desde hace días! ¡Cielos! ¡desvaneced mis temores! (*Sale.*)

La Reina.—Hijo mío, seguid al rey.

Cloten.—Tampoco veo, hace dos días, á ese hombre que tan adicto le es, á Pisanio.

La Reina.—Id, seguid sus huellas. (*Sale Cloten.*) Á ese Pisanio, tan adicto á Póstumo, le dí un brebaje; quiera el cielo que su ausencia provenga de haberlo ensayado, pues está convencido de que es un precioso elixir. Pero ella, ¿á dónde habrá ido? Tal vez la sobrecogió la desesperación, ó quizá, arrastrada por su amor, habrá ido á reunirse con su querido Póstumo. De seguro, camina á la muerte ó á la deshonra; y en cualquiera de estos casos secunda mis miras. Suprimida ella, yo soy quien dispone de la corona de Bretaña. (*Entra Cloten.*) ¿Qué hay, hijo mío?

Cloten.—Su evasión es positiva. Id á calmar al rey; está furioso; nadie se atreve á acercársele.

La Reina.—Tanto mejor! Ojalá esta noche le prive del mañana! (*Sale.*)

Cloten.—La amo y la aborrezco, porque es hermosa y nació para el trono; posee todas las brillantes cualidades de la corte, y en mayor copia ella sola que todas nuestras damas y todo su sexo. De cada una tiene el más bello rasgo, y formada de tal conjunto, á todas sobrepuja: he aquí lo que atrae á mi amor; pero, en cambio, sus desdenes para mí, á la vez que prodiga sus favores á ese vil Póstumo, son mancha en su criterio que eclipsa á mis ojos todas sus perfecciones; y eso me induce á odiarla, y más aún, á vengarme de ella... (*Entra Pisanio.*) ¿Quién va? ¡cómo! ¿huyes? Acércate. ¡Ah! eres tú, vil tercero! ¿Dónde está tu señora, miserable? Contesta en seguida, si no quieres ir á cenar con los demonios.

Pisanio.—¡Bondadoso príncipe!

Cloten.—¿Dónde está tu señora? ¡Por Júpiter! no te lo preguntaré tres veces. Discreto bribón, he de sacar de tu corazón ese secreto, ó arrancártelo para leer-

lo en él. Habla, ¿está con ese Póstumo, con ese montón de bajeza, sin un átomo de mérito?

PISANIO.—¡Ah señor! ¿cómo podría estar ella con su esposo? ¡si su esposo se halla en Roma!

CLOTEN.—¿Dónde está tu señora? Vaya; acércate más; nada de subterfugios; responde categóricamente ¿qué es de ella?

PISANIO.—¡Noble príncipe!

CLOTEN.—¡Noble bribón! dime dónde está tu señora. Al grano, con una sola palabra. Habla, ó tu silencio se convierte en sentencia de muerte.

PISANIO (*presentando una carta*).—Este escrito, señor, contiene todo cuanto sé acerca de su evasión.

CLOTEN.—Veámoslo. He de perseguirla hasta junto al trono de Augusto. Da, ó mueres.

PISANIO (*aparte*).—Todo cuanto saque de ese escrito podrá moverle á correr en pos de ella, sin peligro de que la alcance.

CLOTEN.—¡Hem!

PISANIO (*aparte*).—Escribiré á mi señor que está muerta. ¡Oh Imógena! ¡ojalá puedas viajar sin contratiempo, y volver feliz un día á tu patria!

CLOTEN.—Bribón! ¿es cierto lo que dice este escrito?

PISANIO.—Sí, príncipe, así lo creo.

CLOTEN.—Es la mano de Póstumo; la conozco. ¡Desdichado! si no quisieres ser un pillastre, sino servirme con fidelidad, empleando formalmente tu ingenio en los encargos que te confiara, es decir, que cualquiera bribonada que te ordenase, quisieres ejecutarla lealmente al pié de la letra, entonces te creería hombre honrado y no carecerías de oro para subsistir, ni de sufragios para adelantar tu fortuna.

PISANIO.—Seguid, mi digno príncipe.

CLOTEN.—¿Quieres servirme? Ya que eres capaz de agradecimiento y con tanta constancia y paciencia permaneces adicto á la estéril fortuna del miserable

Póstumo, con mayor motivo deberás consagrarte á la mía como celoso servidor. Dí, ¿quieres servirme?

PISANIO.—De muy buen grado, señor.

CLOTEN.—Venga esa mano; ahí va mi bolsa. ¿No conservas en tu poder algún vestido de tu antiguo amo?

PISANIO.—Sí, príncipe; en mi habitación tengo el mismo traje que llevaba cuando se despidió de la princesa.

CLOTEN.—Tu primer servicio será entregarme ese vestido; date prisa.

PISANIO.—Voy á buscarle, monseñor. (*Sale.*)

CLOTEN.—¿*Reunirnos en el Havre de Milford?* Olvidé preguntarle una cosa; pero ya me acordaré luégo. Allí mismo, sí, allí mismo te he de matar, vil Póstumo! Quisiera tener ya en mis manos ese traje. Un día ella me dijo (la amargura de su frase vuelve á despertar en mi corazón, sublevándolo) que hacía más caso del traje de Póstumo que de mi noble persona, ornada de todas mis cualidades. Vestido con ese mismo traje he de abusar de ella, matando antes á él, á vista de su amada, la cual se hará cargo de mi valor, y recordando sus antiguos desprecios, sentirá el alma atormentada. Después de mi arenga insolente sobre el cadáver tendido á sus piés, y saciada en ella mi pasión (cosa que, como he dicho, quiero efectuar con el mismo traje de que hacía tanto aprecio) la obligaré á volver á la corte, andando á pié ante mí. Ella se divertía en despreciarme; también yo me divertiré vengándome. (*Vuelve Pisanio con el vestido.*) ¿Son esas las ropas?

PISANIO.—Sí, mi noble señor.

CLOTEN.—¿Cuánto tiempo hace que partió ella para Milford?

PISANIO.—Aún no debe haber llegado.

CLOTEN.—Lleva este traje á mi habitación; esta es la segunda orden que te doy. La tercera es que te vuel-

vas mudo tocante á mis designios. Procura obedecerme y la fortuna te llegará espontáneamente. En Milford se encuentra mi venganza; y no tener alas para llegar más pronto! Vé, y procura serme fiel. (*Sale.*)

PISANIO.—Me ordenas mi oprobio, pues el serte fiel equivale á convertirme en lo que nunca seré, traidor al hombre más sincero. Ea, corre á Milford, para no encontrar á la que persigues. ¡Cielos clementes! ¡derramad sobre ella vuestras bendiciones! y que los obstáculos se multipliquen y se atraviesen en el ardor de ese insensato! (*Sale.*)

ESCENA VI

Ante la entrada de la caverna de Belario

Entra IMÓGENA en traje de mancebo

Veo que la existencia de un hombre es penosa; estoy muerta de fatiga, y la tierra ha sido mi lecho las dos noches pasadas. Á no sostenerme mi resolución, sucumbiría de seguro. ¡Oh, Milford! cuando, desde la cumbre de la montaña, Pisanio me indicó tu emplazamiento, estabas al alcance de mi vista. ¡Oh dioses! sí, creo que los muros á donde anhelan llegar los desdichados huyen ante ellos, como negándoles el apetecido asilo. Dos mendigos me han dicho que no podía equivocar mi ruta. Dos infelices, agobiados de miseria, ¿pueden mentir? Sí, nada tendría de extraño, pues los ricos mismos faltan á la verdad. Engañar, en la abundancia, es crimen mayor que mentir hostigados por la miseria y mucho más criminal es aún la falsedad en los reyes. ¡También tú, mi querido esposo, te has pasado á las filas de los hombres pérfidos! Al pensar ahora en ti, calmóse mi hambre; y poco há, iba á caer desfallecida. Pero ¿qué veo? ¡este sendero con-

duce á una caverna! Será alguna madriguera salvaje. Mejor haría alejándome de aquí. No me atrevo á llamar. Sin embargo el hambre, mientras la naturaleza no sucumbe, centuplica el valor. La paz y la abundancia engendran los cobardes; la necesidad fué siempre madre de la audacia. ¡Hola! ¿quién hay por aquí? Si es criatura humanitaria, hable; si es un sér salvaje, quí-

teme ó devuélvame la vida. ¡Hola! Nadie contesta! Entremos, pues. Para mayor seguridad, desenvainemos la espada; si mi enemigo teme el acero tanto como yo, apenas osará hacer frente. ¡Concédeme un enemigo de esta índole, propicio cielo!

(*Entra en la caverna.—Llegan por otro lado Belario, Guiderio y Arvirago.*)

BELARIO.— Tú, Polidoro, te has distinguido en la caza, y eres rey de la fiesta. Cadwal y yo estamos dis-

puestos á servirte la comida. Así lo pactamos. En breve la industria perecería, si no la recompensara el salario. Entremos; nuestro apetito dará grato sabor á ese grosero manjar. ¡La paz more en tu seno, pobre hogar, que te guardas tú mismo!

GUIDERIO.—Estoy muerto de fatiga.

ARVIRAGO.— También yo; pero el apetito está muy vivo.

GUIDERIO.—Aún nos quedan en la cueva algunas viandas que apaciguarán el hambre, esperando á que esté cocida la caza.

BELARIO *(mirando al interior de la caverna)*.—Alto, no entréis. Si no le viese comer nuestras provisiones, creería que es un sér sobrenatural.

GUIDERIO.—¿Qué ocurre?

BELARIO.—¡Por Júpiter! un ángel, ó cuando menos el modelo de la belleza terrestre. Mirad á esa deidad bajo los rasgos de un adolescente. *(Aparece Imógena.)*

IMÓGENA.—No me hagáis daño, buena gente. Antes de entrar en esa caverna he llamado, con intención de comprar lo que he comido. En verdad, nada he robado, ni tal hiciera, aunque hubiese visto el suelo cubierto de oro. Ahí tenéis dinero en pago de mi comida; lo hubiera dejado en el umbral, después de acabar mi colación, y habría partido de este sitio rogando al cielo por el huésped que me dió alimento.

GUIDERIO.—¿Dinero, mancebo?

ARVIRAGO.—¡Vuelvan al fango toda la plata y todo el oro de la tierra! No son preciosos sino á los ojos de los que adoran ídolos de barro.

IMÓGENA.—Veo que estáis enojado. Sabed que si me matáis por mi falta, también hubiera muerto yo sin esa falta.

BELARIO.—¿Á dónde os dirigís?

IMÓGENA.—Á la ensenada de Milford, señor.

BELARIO.—¿Cómo os llamáis?

Imógena en la caverna.

IMÓGENA.—Fidel. Un pariente mío parte hacia Italia; debe embarcarse en Milford; iba á reunirme con él cuando, extenuado por el hambre, he cometido mi falta.

BELARIO.—No nos juzgues, mancebo, tan salvajes, ni formes concepto de la bondad de nuestra alma por el aspecto del antro en que vivimos. Tu encuentro es venturoso. La noche va á cerrar; serás mejor festejado antes de tu partida, agradeciéndote que hayas aceptado nuestra mesa y nuestro asilo. Acogedlo como merece, jóvenes.

GUIDERIO.—Mancebo, si fuéseis una mujer, os amaría con pasión, siendo á la vez vuestro fiel y respetuoso servidor, ofreciendo y dando todo cuanto tuviese para poseeros.

ARVIRAGO.—Á mí me satisface que sea hombre. Le amaré como á un hermano. Bienvenido seáis; regocijáos, os halláis entre amigos.

IMÓGENA *(aparte)*.—¡Amigos! ¡ah! así fuesen mis hermanos! ¿por qué no permitió el cielo que sean los hijos de mi padre? serían herederos de su corona y entonces el precio de mi persona habría sido menor y de consiguiente más proporcionado con tu fortuna, caro Póstumo.

BELARIO.—Parece que le aqueja algún infortunio.

GUIDERIO.—¡Cuánto me placería aliviarle!

ARVIRAGO.—Y á mí también, aun á costa de los mayores peligros.

BELARIO.—Escuchad, hijos míos. *(Les habla al oído.)*

IMÓGENA.—Si algunos grandes señores de la corte se viesen reducidos á tener por palacio esta caverna y á servirse á sí mismos, dotados de la virtud que inspira una conciencia tranquila, de seguro no serían superiores á esta amable pareja. ¡Perdonadme, cielos! quisiera cambiar de sexo, para vivir aquí con ellos, ya que Póstumo faltó á su fe.

BELARIO.—Queda convenido. Muchachos, vamos á

disponer la cena. Entremos, gentil mancebo. El hablar fatiga estando en ayunas. Después de regocijarnos te rogaremos que nos cuentes tu historia, si en ello no ves inconveniente, y podrás permanecer aquí ó marcharte á donde te plazca.

GUIDERIO.—Vamos adentro; ven!

ARVIRAGO.—Menos grata es para la golondrina la reaparición de la aurora, que para nosotros tu encuentro.

IMÓGENA.—Gracias, señor.

ARVIRAGO.—Ven. (*Entran en la caverna.*)

ESCENA VII

Roma

Entran dos Senadores y varios Tribunos

PRIMER SENADOR.—He aquí el texto del decreto imperial: «En atención á que la milicia ordinaria está empeñada en la lucha contra los Panonios y los Dálmatas, y las legiones que se hallan en las Galias están demasiado mermadas para emprender nuestras guerras contra los revoltosos bretones, hemos decidido alistar á la nobleza para esta expedición.» Crea procónsul á Lucio, y á vosotros, tribunos, os autoriza para proceder inmediatamente á la leva. ¡Viva eternamente el César!

LOS TRIBUNOS.—¿Es general del ejército Lucio?

SEGUNDO SENADOR.—Sí.

LOS TRIBUNOS.—¿Se encuentra actualmente en las Galias?

PRIMER SENADOR.—Sí, al frente de las legiones mencionadas y que vuestras levas han de reforzar. Los términos de vuestra comisión os fijarán el número de los soldados y el día de la marcha.

LOS TRIBUNOS.—Cumpliremos nuestro deber. (*Salen.*)

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

En el bosque cercano á la caverna

Entra CLOTEN

Heme ya próximo á los lugares donde deben reunirse, si no miente la carta de Pisanio. ¡Qué bien me sienta su traje! ¿ por qué no ha de suceder lo mismo con su querida? Perdóneme el bello sexo; pero, según dicen, el gusto de la mujer es voluble y el más fiel amor tiene sus intervalos de reposo en que es fácil sorprenderlo. He de intentarlo con ayuda de este disfraz. No tengo empacho en confesármelo en alta voz: mi cuerpo está torneado con la misma perfección que el de Póstumo; soy tan joven como él, y aún más robusto; en fortuna, no le cedo; las circunstancias me favorecen sobre él; le sobrepujo en nacimiento; tanto y más que él valgo yo en las circunstancias generales y me porto mejor que él en los combates particulares; y sin embargo esa caprichosuela le ama y me desprecia. ¡En qué estriba la vida de un hombre! Tu cabeza, Póstumo, esa cabeza que ahora se alza orgullosa sobre

tus hombros, dentro de breve espacio será abatida, y tu amante sometida á mi fuerza ; y tu traje, que ella osa preferir á mí, rasgado en mil fragmentos á su vista ; y, realizadas estas tres hazañas, la arrastro á presencia de su padre, el cual podrá guardarme cierto rencorcillo por haber tratado con alguna rudeza á su hija ; pero mi madre gobierna su humor extravagante

y sabrá arreglarlo todo en mi elogio. Dejemos bien atado el caballo. Ea, espada mía, sal á luz para un designio sanguinario. Tráeme á los dos, Fortuna ! Sí, reconozco ahora la descripción que me trazó Pisanio del lugar de su cita ; ese miserable no osaría burlarme.

(*Sale.*)

ESCENA II

Á la puerta de la caverna

BELARIO, GUIDERIO, ARVIRAGO é IMÓGENA aparecen en el umbral

BELARIO (*á Imógena*).—No estáis en disposición de

acompañarnos; quedaos en la caverna hasta nuestro regreso de la caza.

ARVIRAGO.—Quédate, hermano mío; ¿no lo somos acaso?

IMÓGENA.—El hombre debería ser hermano del hombre; y sin embargo vemos que la arcilla y la arcilla difieren en dignidad, aun cuando la tierra que las compone sea igual. No me siento bien.

GUIDERIO.—Id vosotros á la caza; yo me quedo con él.

IMÓGENA.—Mi indisposición no es grave, aun cuando me molesta; pero no soy del número de esos cortesanos afeminados que se creen muertos antes de enfermar; dejadme solo, por favor; id á vuestros cotidianos ejercicios; interrumpir los hábitos de la vida equivale á trastornar su economía entera. Vuestra presencia no me curaría. La sociedad no tiene atractivos para el desventurado que ya no debe pertenecer á ella. Mi dolencia no llegó á su apogeo, pues aún puedo discurrir. Os lo suplico: dejadme solo; nada quitaré de estos lugares sino mi propia persona, y no arriesgáis gran pérdida dejándome morir aquí.

GUIDERIO.—Ya he dicho que te amo y con un amor igual al que profeso á mi padre.

BELARIO.—¿Cómo? ¿qué dices?

ARVIRAGO.—Si esa confesión de mi hermano es crimen, tomo á mi cargo la mitad. No sé por qué he de amar á ese joven; pero os he oído decir á menudo que la razón nada tiene que ver con las causas del amor. Sí; pongan un féretro ante esa puerta y pregúntenme quién lo ha de ocupar, y exclamaré: *Mi padre, antes que ese mancebo!*

BELARIO (*aparte*).—¡Oh noble impulso! ¡dignidad natural hija de un sentimiento confuso de su grandeza! No soy su padre, pero me creen tal; y ¿quién puede ser ese desconocido á quien, por una especie de

prodigio, aman más que á mí? Muchachos, han dado las nueve.

ARVIRAGO.—Adiós, hermano.

IMÓGENA.—Hago votos por el buen éxito de vuestra cacería.

ARVIRAGO.—Y yo por tu salud. Vamos, señor.

IMÓGENA (*aparte*).—¡Qué nobles corazones! ¡Cielos! ¡cuantas falsedades antaño! Nuestros cortesanos decían que fuera de la corte, todo era salvaje. ¡Cómo desmientes, experiencia, sus asertos! El arrogante Océano nutre monstruos inútiles; mas el humilde riachuelo ofrece en tributo, á nuestras mesas, exquisitos peces. Aún sigue doliéndome el corazón. Voy á ensayar tu elíxir, Pisanio!

GUIDERIO.—No he osado interrogarle más; me ha dicho que era de distinguido origen, pero que cayó en infortunio; que le perseguían en su honra, pero que es honrado.

ARVIRAGO.—Lo mismo me ha contestado, añadiendo que con el tiempo sabría más.

BELARIO.—¡Ea! ¡á caza! ¡á caza! Vamos á dejaros un rato solo; entrad en la caverna y reposad.

ARVIRAGO.—No tardaremos en volver.

BELARIO.—Procurad reponeros en seguida, pues habréis de ser el mayordomo de nuestro hogar.

IMÓGENA.—Sano ó enfermo, contad con mi adhesión.

BELARIO.—Y tú con nuestro cariño. (*Vase Imógena.*) Ese joven, aun cuando en el infortunio, parece nacido de noble cuna.

ARVIRAGO.—¡Qué voz tan celestial!

GUIDERIO.—Y con qué pulcritud preparaba nuestra comida!

ARVIRAGO.—Con los troncos de nuestras hierbas formaba letras enlazadas, y sazonaba los manjares con un sabor que hubiera despertado el más insensible paladar.

GUIDERIO. — ¡Con qué nobleza, con qué gracia se mezcla á sus suspiros su sonrisa! He observado que el dolor y la paciencia comparten y se disputan su corazón.

ARVIRAGO.—¡Paciencia, sal triunfante, y ceda el dolor á tus felices esfuerzos!

BELARIO. — Va siendo tarde; en marcha. ¿Quién llega? (*Entra Cloten.*)

CLOTEN.—No acierto á encontrar á esos fugitivos; el villano me engañó. Estoy muerto de fatiga.

BELARIO.—¿Esos fugitivos? ¿lo dirá por nosotros? Paréceme conocerle. Sí, es Cloten, el hijo de la reina. Me temo alguna emboscada; á pesar del largo tiempo transcurrido sin verle, tengo la seguridad de que es él. Nos consideran como proscritos. Alejémonos.

GUIDERIO.—Está solo; id vos con mi hermano á explorar los alrededores, por si álguien le acompaña y dejadme solo con él. (*Salen Belario y Arvirago.*)

CLOTEN.—¡Deteneos! ¿quiénes sois? Sin duda viles montañeses; he oído hablar de bandidos de esa especie. Y tú, esclavo, ¿quién eres?

GUIDERIO.—En mi vida hice acto tan servil como contestar á un esclavo insolente, sin dejarle sentir la fuerza de mi brazo.

CLOTEN.—Eres un bandido, un infractor de las leyes, un cobarde... Ríndete, bribón!

GUIDERIO.—¿Á quién? ¿á ti? ¿no tengo un brazo tan robusto como el tuyo y un corazón tan bravo? Tu voz es más arrogante que la mía, lo confieso; pero yo no llevo mi puñal en mi lengua. Dí, ¿quién eres tú, para que á ti me rinda yo?

CLOTEN.—¡Vil insolente! ¿no me reconoces por el traje?

GUIDERIO.—Ni á ti, ni al traje, ni al sastre que lo hizo; parece que le debes su existencia y que sin él y ese traje, nada serías.

CLOTEN.—¡Insigne malvado! no recibí este traje de ningún artesano.

GUIDERIO.—Pues vé á dar las gracias á quien te lo regaló. Parécesme un insensato; avergonzaríame de luchar contigo.

CLOTEN.—¡Bandido insolente! oye mi nombre, y tiembla.

GUIDERIO.—¿Y cuál es tu nombre?

CLOTEN.—¡Cloten, desgraciado!

GUIDERIO.—¿Cloten? pues bien, tu nombre no me hace temblar; más miedo me darías si fueses un sapo, una víbora ó una araña venenosa.

CLOTEN.—Para confundirte de terror y vergüenza, sabe que soy el hijo de la reina.

GUIDERIO.—Lo siento; no pareces digno de tu cuna.

CLOTEN.—¿No te aterras?

GUIDERIO.—No temo sino á las personas á quienes respeto, á las personas cuerdas y sabias; de los insensatos, me río y no los temo.

CLOTEN.—Muere, pues... Cuando te habré matado con mi propia mano, iré á perseguir á esos miserables que han huído á mi presencia; y clavaré vuestras cabezas en las murallas de la ciudad de Lud. Ríndete, vil montañés.

(*Vanse luchando.—Entran Belario y Arvirago.*)

BELARIO.—No se ve á nadie.

ARVIRAGO.—Á nadie absolutamente; quizá os habéis equivocado.

BELARIO.—No sé; hace muchos años que no le he visto, pero el tiempo no ha modificado ninguno de los rasgos que su rostro tenía antaño; y aquella voz que sale á borbotones, aquel flujo de palabras! ¡Nada; es Cloten; de seguro!

ARVIRAGO.—Este es el sitio donde los dejamos; deseo que mi hermano le haga entrar en vereda; ¡me habéis dicho que es tan feroz!

BELARIO.—Quiero decir que apenas llegó á edad de hombre, no sentía ni pizca de miedo en mitad de los peligros más evidentes; a menudo la falta de juicio es el remedio del temor. Pero aquí llega tu hermano. (*Entra Guiderio, llevando en su mano la cabeza de Cloten.*)

GUIDERIO.—Ese Cloten era un imbécil, un cráneo vacío, sin seso. Y no obstante, si le dejo obrar, hace con mi cabeza lo que he hecho yo con la suya.

BELARIO.—¿Qué hiciste?

GUIDERIO.—Bien me sé yo lo que hice. He cortado la cabeza á un tal Cloten, que decía ser hijo de la reina, me llamaba traidor y montañés, y juraba que con su mano nos cogería á todos, nos rebanaría las cabezas y luégo las plantaría sobre los muros de la ciudad de Lud.

BELARIO.—Perdidos somos.

GUIDERIO.—¿Qué más podemos perder que lo que él juraba quitarnos, la vida? La ley no nos protege: ¿por qué tendríamos la debilidad de sufrir que un insolente montón de carne nos amenazara con ser á la vez juez y verdugo y ejecutar por sí solo lo que podríamos temer de las leyes?... ¿Á quién habéis encontrado en el bosque? ¿qué escolta...?

BELARIO.—Á nadie absolutamente; pero por toda suerte de razones, es imposible que no le acompañara un séquito. Aun cuando su caracter no era más que un cambio perpetuo, y siempre de lo malo á lo peor, la locura más ciega no hubiera podido llevarlo, solo, á este bosque. Quizá corrió la voz en la corte que los hombres que habitaban aquí en una caverna y vivían de su caza en este bosque, eran proscritos que el mejor día podrían formar una facción temible; y él, al oirlo, se exaltaría, jurando que vendría á sorprendernos. No es probable, empero, que haya venido solo, ni que en la corte se lo permitieran; de consiguiente, nuestro temor es fundado, presumiendo que su muer-

te ha de sernos más fatal de lo que pudiera haberlo sido él mismo.

ARVIRAGO.—¡Suceda lo que destinen los cielos! de todos modos, mi hermano ha obrado bien.

BELARIO.—Yo no tenía gran deseo de cazar hoy; la indisposición del joven Fidel me ha hecho encontrar muy largo el camino.

GUIDERIO.—Con su propia espada, que blandía en torno de mi garganta, le he cortado la cabeza; voy á echarla en ese barranco para que ruede hasta el mar y diga á sus monstruos que perteneció á Cloten, hijo de la reina. (*Sale.*)

BELARIO.—Me temo que esa muerte sea vengada. No me agrada que Polidoro haya cometido esa acción, aun cuando el valor le sienta bien.

ARVIRAGO.—Por mi parte hubiera querido ser él, por más que la venganza hubiese de recaer sobre mí solo. Te amo como á hermano, Polidoro, pero te envidio esa hazaña; me la has robado.

BELARIO.—¡Consumado está! Basta de caza por hoy; no busquemos peligros que ninguna ventaja nos ofrecen. Entra en la caverna; Fidel y tú prepararéis la comida; yo aguardo aquí el regreso de Polidoro, y en seguida entraremos.

ARVIRAGO.—¡Pobre Fidel! ¡con qué satisfacción volveré á verte! Si para devolver á tu tez su bello color bastara inmolar á unos cuantos Clotens, sembraría de Clotens el suelo, regocijándome de ello como de una hazaña caritativa. (*Entra en la caverna.*)

BELARIO.—¡Divina y potente naturaleza! ¡cómo resplandece tu huella en esos dos hijos del rey! Su carácter participa de la dulzura de los céfiros, cuando murmuran bajo la violeta sin agitar siquiera su flexible tallo; pero cuando su sangre regia se inflama, vuélvense tan fogosos como el más violento huracán, que derrumba los pinos de la montaña al fondo de los

valles. Prodigio es que un instinto secreto los vaya modelando así para la dignidad real, de que no tienen la menor idea, para el honor, de que no necesitan lecciones, para la cortesanía, de que no han visto ejemplos, para el valor, que crece en ellos como planta silvestre y que ha producido cosecha tan rica como si la hubiese cultivado el arte. Con todo, preveo un acontecimiento funesto en la presencia de Cloten en estos sitios y en las consecuencias de su muerte.

(*Vuelve Guiderio.*)

GUIDERIO.—¿Dónde está mi hermano? Acabo de echar al torrente la pesada cabeza de Cloten, enviándola como embajada á su madre, para que le sirva de rehenes hasta la llegada del cuerpo. (*Música solemne.*)

BELARIO.—¡Mi instrumento! ¡Escuchemos, Polidoro! Pero, ¿por qué causa, Cadwal?... Escuchemos.

GUIDERIO.—¿Está mi hermano en la caverna?

BELARIO.—Acaba de entrar poco há.

GUIDERIO.—¿Qué se propone? Desde la muerte de mi tierna madre ese instrumento ha permanecido mudo... Para emitir esos sonidos solemnes fuera menester un suceso grave... ¿De qué se trata? ¡Arcos de triunfo para nimiedades, y lamentaciones para caprichos! Alegría de monos y pesar de chiquillos. ¿Habrá perdido Cadwal la razón?

(*Aparece Arvirago llevando en brazos á Imógena como difunta.*)

BELARIO.—Aquí llega, conduciendo en sus brazos el triste objeto de esos acentos que excitaban nuestra sorpresa y nuestros reproches.

ARVIRAGO.—Ha muerto, la tan amada palomita. Quisiera, saltando de los diez y seis años á los sesenta, haber trocado mi ágil juventud contra el báculo del débil anciano, y no haber visto lo que he visto.

GUIDERIO.—¡Ah! ¡el más bello, el más tierno de los lirios! Yaciendo en brazos de mi hermano no tienes la

mitad de las gracias que en ti resplandecían cuando respirabas en pié y viviente.

BELARIO.—¡Melancolía! ¿quién logrará sondear tus abismos? Júpiter sabe ¡oh Fidel! qué habría sido de ti, al llegar á edad de hombre, pero yo sé que en ti la melancolía mató al doncel mas perfecto. ¿Y en qué estado le hallaste?

ARVIRAGO.—Tal como le veis; con la misma sonrisa en los labios, como si hubiese sentido, no el profundo dardo de la muerte, sino la tenue picadura de una mariposa que con las alas refrescara su sueño. Su mejilla derecha reposaba en un almohadón.

GUIDERIO.—¿En qué sitio?

ARVIRAGO.—Sobre la roca de la caverna. Creyéndole dormido, me he descalzado, para que el ruido de mis pasos no le dispertase.

GUIDERIO.—En efecto, su muerte no es más que un sueño, y su tumba será su lecho de paz. Las hadas enternecidas vendrán á visitarle á menudo, y jamás los impuros reptiles osarán acercarse á su cuerpo.

ARVIRAGO.—Sí, Fidel; mientras dure el estío, engalanaré tu sepulcro con las más hermosas flores; y en la cruda estación, formaré tu ropa de invierno con finísima capa de musgo.

GUIDERIO.—Cesa, hermano, por favor; no te complazcas en prodigar ese lenguaje afeminado en lance tan grave. Sepultemos á Fidel, pagando á su cadáver esa deuda legítima.

ARVIRAGO.—¿Y dónde vamos á enterrarlo?

GUIDERIO.—Junto á nuestra buena madre Euripila.

ARVIRAGO.—Sí, Polidoro; y al conducirla á la tumba cantaremos como cantábamos al dar sepultura á nuestra madre, repitiendo el mismo tema y sustituyendo el nombre de Fidel al de Euripila.

GUIDERIO.—No puedo cantar, Cadwal; lloraré, repitiendo contigo las palabras.

ARVIRAGO.—Pues bien, las recitaremos.

BELARIO.—Los grandes dolores, bien lo veo, curan los dolores pequeños. Ya está completamente olvidado Cloten. Nació de una reina, hijos míos; y si acá llegó como enemigo, recordad que bien castigado fué. Aun cuando el débil y el poderoso juntos se pudran, y se conviertan en idéntico polvo, el respeto debido á la subordinación establece, sin embargo, una distancia entre los grandes y el pueblo. Nuestro enemigo era un príncipe. Como enemigo, le habéis quitado la vida; pero debéis sepultarlo como conviene á su alcurnia.

GUIDERIO.—Dignaos ir á recoger su cuerpo. El cadáver de Thersita vale como el de Ayax, en cuanto los dos han cesado de vivir.

ARVIRAGO.—Si queréis ir á buscarlo, nosotros, en tanto, recitaremos nuestro himno fúnebre. Empieza, hermano. (*Vase Belario.*)

GUIDERIO.—Coloquemos su cabeza en dirección á oriente; es mandato de nuestro padre.

ARVIRAGO.—Tienes razón.

GUIDERIO.—¡Ea! ayúdame á colocar el cuerpo.

ARVIRAGO.—¡Vamos! Y ahora, empieza.

GUIDERIO *(recitando)*.—«No temas ya los ardores del sol—ni los ultrajes del enfurecido invierno.—Diste fin á tu tarea en la vida;—recibiste el despido y vuelves á tu asilo.—Lo mismo el hijo de las montañas—que el nacido entre oro y púrpura—han de convertirse en polvo.»

ARVIRAGO.—«No temas ya el enojo de los grandes—ya no te alcanzarán los dardos del tirano.—Ni el hambre, ni la necesidad de vestir tu cuerpo, te llenarán de cuidados.—Para ti la humilde caña es igual al roble altivo—y el cetro, la ciencia, las artes—todo debe seguir el mismo sendero—y acabar, como tú, en el polvo.»

GUIDERIO.—«No temas el relámpago deslumbrador.»

ARVIRAGO.—« Ni el choque del temido rayo.»

GUIDERIO.—« Ni la calumnia, ni la censura temeraria.»

ARVIRAGO.—« Gozo y lágrimas acabaron para ti.»

GUIDERIO.—« ¡No perturbe tus cenizas ningún mago!»

ARVIRAGO.—« ¡No profane tu asilo ningún maleficio!»

GUIDERIO.—« ¡Respeten tu sueño las fantasmas irritadas!»

ARVIRAGO.—« ¡Ninguna influencia funesta se aproxime á ti!»

LOS DOS.—« ¡Goza en paz profundo sosiego!»

(*Vuelve Belario con el cadáver de Cloten.*)

GUIDERIO.—Hemos dado fin á las honras de Fidel; acercaos y colocad al lado ese cuerpo.

BELARIO.—He aquí unas cuantas flores; á media no-

che traeremos más; las hierbas que baña el nocturno rocío son las que más convienen á las tumbas.—Derramad esas flores sobre sus cadáveres!—Jóvenes y frescos eran como ellas, y vedlos ya marchitos!—Venid, retirémonos á un lado, y doblemos las rodillas para orar á los cielos.—La tierra que los dió, ha vuelto á tomarlos.—Pasaron sus placeres, y sus pesares también. (*Salen Belario, Guiderio y Arvirago.*)

Imógena (*despertando*).—Sí, señor; voy á la ensenada de Milford.—¿Quisiérais indicarme el camino?—Gracias.—¿Decís que allá, junto al bosquecillo?—¿Falta mucho todavía? ¡cómo! seis millas aún!—He andado toda la noche.—Voy á recostarme un rato y á dormir; pero cerciorémonos de si estoy sola... (*Viendo el cadáver de Cloten.*) ¡Dioses y diosas! estas flores son como los placeres del mundo, y este cadáver como los cuidados que encubren.—¿Si estaré soñando aún?—Sí, en mi sueño, imaginaba ser guardiana de una caverna y encargada del hogar de tres hombres.—Pero no; era una sombra, vana imagen formada por los vapores del cerebro.—Á veces nuestros ojos son bien ciegos, lo mismo que nuestro juicio.—De veras, estoy temblando de miedo.—¡Cielos! si os queda aún una gota de piedad, concededme de ella una partícula!—Conozco que voy despertando de mi sueño, y todavía no me abandona su ilusión; qué digo ilusión! realidad.—Un hombre sin cabeza! el traje de Póstumo! Ah! le conozco! estas son sus piernas; esta su mano; estos sus músculos de Hércules; pero ¿dónde está su rostro, semejante al de Júpiter? ¡Un homicidio á la faz del cielo! cómo! ¿será verdad?—¡Ah, Pisanio! caigan sobre tu cabeza todas las maldiciones que Hécuba lanzó á los Griegos, y con ellas las mías. Tú, sí, tú, de acuerdo con el infernal Cloten, has degollado á mi esposo.—¡Maldito Pisanio, con sus fingidas cartas! Oh, Póstumo! ay! ¿dónde encontraré su cabeza? ¿dónde estará? Bien

hubiera podido el malvado atravesarte el corazón, sin mutilarte así; aún te vería yo! Pero ¿cómo pudiste?... Sí, él y Cloten fueron. Su maldad y su concupiscencia han consumado mi desventura... ¡Ah! visible es su crimen, visible! Ese brebaje que me dió, encomiándolo como un elíxir saludable, ¿no he probado por mí misma que es mortal para los sentidos? Tal rasgo confirma mis sospechas; sí, es una fechoría de Pisanio y de Cloten. ¡Ah! déjame enrojecer en tu sangre mi pálido rostro, á fin de que aparezcamos desfigurados y desconocidos á los que el azar pudiera traer á estos lugares. ¡Oh, esposo mío, mi pobre esposo!

(*Llegan Lucio, un capitán, varios oficiales y un adivino.*)

El Capitán.—Sí, las legiones acantonadas en las Galias han atravesado el mar, siguiendo vuestras órdenes; os esperan en la ensenada de Milford, dispuestas á entrar en acción.

Lucio.—¿Y qué dicen de Roma?

El Capitán.—Que el Senado ha reclutado la nobleza de Italia y de las fronteras, intrépidos voluntarios que prometen los más generosos servicios; y aquí se diri-

gen capitaneados por el valiente Joaquimo, hermano del príncipe de Siena.

Lucio.—¿Cuándo deben llegar?

El Capitán.—Al primer viento favorable.

Lucio.—Ese ardor nos asegura gratas esperanzas. Ordenad la revista de las fuerzas que tenemos aquí. Y bien, señor, ¿qué presagios os indican vuestros sueños sobre el éxito de esta guerra?

El Adivino.—La noche pasada los dioses mismos me otorgaron una visión; había yo pasado el día ayunando y orando, para implorar sus luces. He visto el ave de Júpiter, el águila romana, volando del tempestuoso mediodía hacia esta región de occidente, remontándose hasta perderse de vista en los rayos del sol; este sueño, si mis faltas no ofuscan mi presciencia, anuncia el triunfo del ejército romano.

Lucio.—Tened á menudo sueños parecidos y que jamás sean falaces... Deteneos. ¡Ah! ¿qué significa ese tronco informe? Esas ruinas indican que el edificio era grande y noble. ¡Cómo! también un paje, muerto ó desmayado sobre el cadáver! No debe estar vivo, pues la naturaleza tiene horror al lecho de un muerto y á dormir entre sus brazos. Veamos el rostro de ese mancebo.

El Capitán.—Vive, monseñor.

Lucio.—Él nos dará la clave de esa historia. Doncel, infórmanos de lo ocurrido; parece que ha de mover nuestra curiosidad. ¿De quién es ese cadáver, que te sirve de sangrienta almohada? ¿Qué mano desfiguró tan bella y noble obra de naturaleza? ¿qué interés tienes tú en tan triste desastre? Dí ¿cómo ha acontecido? ¿á quien pertenece ese cuerpo? y tú ¿quién eres?

Imógena.—Yo no soy nada, ó al menos más me valiera ser nada... Este era mi señor, digno y valiente bretón, asesinado por los montañeses. ¡Ah! Ya no existe para mí en el mundo otro que tanto valga!

No, por más que recorra del oriente al occidente, implorando servicio, y ensaye numerosos amos, y encuentre algunos buenos y les sirva fiel, no hallaré otro semejante!

LUCIO.—¡Mancebo! tus quejas me conmueven tanto como el espectáculo de tu señor bañado en su sangre. Dime, amigo, ¿cómo se llamaba?

IMÓGENA.—Ricardo del Campo. (*Aparte.*) Si miento, á nadie perjudico, y espero que los dioses que me escuchan, me perdonarán... ¿Mandáis algo más, señor?

LUCIO.—¿Tu nombre?

IMÓGENA.—Fidel.

LUCIO.—Lo eres, en efecto, y tu nombre se hermana con tu conducta. ¿Quieres correr el riesgo de entrar en mi servicio? No te diré que en mí halles un digno sucesor de tu antiguo dueño, pero ten seguridad de que no has de perder su cariño. Cartas del emperador que me enviase un cónsul no te recomendarían tanto á mis ojos, como tu propio mérito. Ven!

IMÓGENA.—De muy buen grado os seguiré, señor. Pero antes, si los dioses lo permiten, quiero resguardar á mi señor de las profanaciones de las aves, ocultándolo en la tierra tan profundamente como puedan mis fuerzas. Dejadme cubrir su tumba con hierbas y hojas de este bosque selvático y recitar preces y más preces; dejadme gemir y llorar junto á él y cuando así me haya despedido de mi querido señor, os seguiré si os dignáis encargaros de mi suerte.

LUCIO.—Sí, mancebo, y más bien he de ser tu padre, que tu dueño. Amigos, este doncel nos ha enseñado los deberes del hombre. Busquemos por aquí el césped más verde y risueño y abrámosle una tumba con nuestras picas y partesanas. Ea! levantad el cadáver en brazos! Mancebo, tú lo recomiendas á nuestros cuidados; será inhumado como el mejor de los gue-

rreros; consuélate y seca tu llanto. Hay caídas que elevan y desdichas que conducen á la felicidad.

(Salen.)

ESCENA III

Un aposento del Palacio de Cimbelina

Entran CIMBELINA, señores de la Corte, y Pisanio

CIMBELINA.—Id allá y volved en seguida á informarme del estado de la reina! Una fiebre producida por la ausencia de su hijo, un delirio que pone su vida en peligro. ¡Cielos! ¡con cuántas plagas me afligís á la vez! Imógena, mi más dulce consuelo, desaparecida; la reina en un lecho de desesperación, ¿y en qué momentos? cuando una guerra temible amenaza mi trono! Su hijo, que en la actualidad podría serme útil, desaparecido también. Tantos infortunios me abruman, dejándome sin esperanza... Pero á ti, miserable, que debes estar enterado de la evasión de mi hija y que finges no saber nada, hemos de arrancarte tu secreto por las más crueles torturas.

PISANIO.—Vuestra es mi vida, señor, y á vuestras órdenes la someto; pero, en cuanto á mi señora, nada sé del punto donde se encuentra, ni de la causa de su fuga, ni de la época en que piensa regresar. Suplico á Vuestra Majestad que me considere como súbdito leal.

PRIMER SEÑOR.—Noble soberano; el mismo día que vuestra hija desapareció, este hombre se hallaba aquí; me atrevo á responder de que dice verdad y que desempañará fielmente todos los deberes de la obediencia. En cuanto á Cloten, se están practicando activas pesquisas, y es de esperar que en breve se descubra su paradero.

CIMBELINA *(á Pisanio)*.—Agobiado como me encuen-

tro ahora por tanta perplejidad y turbación, accedo á dejarte en paz por algún tiempo; pero mis sospechas sobre ti continúan inciertas.

PRIMER SEÑOR.—Séame permitido informar á Vuestra Majestad que las legiones romanas, congregadas en las Galias, han llegado á nuestras playas con un cuerpo de ejército romano recién-reclutado por el Senado.

CIMBELINA.—¡Cuán necesarios me serían los consejos de mi hijo y de la reina! Sucumbo al peso de tantas contrariedades.

PRIMER SEÑOR.—Noble soberano: las fuerzas que tenéis en pié de guerra se hallan en estado de hacer frente á las que acabo de citar; si llegan nuevos enemigos, dispondréis en seguida de nuevos soldados. Sólo falta dar impulso á todas esas fuerzas que arden en deseo de marchar al combate.

CIMBELINA.—Agradezco vuestras indicaciones... Vamos á la Cámara del Consejo y atengámonos á los acontecimientos. No temo los alardes de Italia, pero deploro mis desventuras domésticas. ¡Vamos! (*Salen*).

PISANIO.—Ninguna carta de mi señor, desde que le participé el sacrificio de Imógena! ¡extraño silencio! ¡y tampoco noticias de mi señora, que me ofreció dármelas á menudo! Ni sé lo que fué de Cloten! Y sin embargo, los cielos obran. Mi perfidia es virtud; la guerra presente demostrará al mismo rey si amo ó no á mi país. Dejemos que el tiempo esclarezca todas las restantes dudas. Á veces, fortuna guía á buen puerto un bajel privado de piloto. (*Sale.*)

ESCENA IV

Ante la Caverna

Salen BELARIO, GUIDERIO y ARVIRAGO

GUIDERIO.—¿Qué rumor será éste?

BELARIO.—Alejémonos.

ARVIRAGO.—¿Qué placer encontramos, señor, en la vida, para escudarla con tantas precauciones contra los sucesos y los azares?

GUIDERIO.—Y además ¿qué esperamos ocultándonos? Si adoptamos este partido, los romanos deben, ó bien matarnos como á bretones, ó acogernos como á ingratos y cobardes desertores todo el tiempo que podamos serles útiles y degollarnos después.

BELARIO.—Trepemos, hijos míos, hasta la cumbre de las montañas, y allí estaremos en seguridad. El partido del rey nos es vedado. La reciente muerte de Cloten, la novedad de nuestros rostros desconocidos, que no aparecieron en la revista de las tropas, despertarán sospechas. Seguirá un interrogatorio sobre nuestra anterior residencia; nos arrancarán la confesión de lo que hemos hecho y el resultado final será la muerte entre torturas.

GUIDERIO.—Esos, señor, son temores indignos de vos en las presentes circunstancias y no nos satisfacen en modo alguno.

ARVIRAGO.—¿Es verosímil que los bretones, aturdidos por el relinchar de los corceles romanos, viendo tan de cerca su orden de batalla, vayan á perder su tiempo examinándonos, informándose de dónde venimos?

BELARIO.—Sobrado me conocen varios soldados del ejército. Ya visteis que á pesar de los años transcurridos, no se habían borrado de mi memoria los rasgos de Cloten, casi niño á la sazón. Por lo demás el rey no ha merecido mis servicios, ni vuestro afecto. Mi destierro os ha privado de la educación, condenándoos á dura existencia, sin esperanza de gozar un día las dulzuras que vuestra cuna prometiera.

GUIDERIO.—Antes morir, que continuar esta vida. Vamos, señor, á incorporarnos al ejército; mi hermano y yo no somos conocidos. Y en cuanto á vos, tan au-

sente de la memoria de los hombres y tan cambiado por la edad, no es posible que se sospeche quién sois.

ARVIRAGO.—¡Por el sol que nos alumbra! me dirijo al campamento. ¡Qué vergüenza para mí, no haber presenciado nunca una muerte de hombre! Apenas he visto manar otra sangre que la de tímidas ciervas, ó lascivos corzos; jamás monté otro caballo que uno solo sin herraduras en los cascos, y sin espuelas yo para aguijonearle. Avergüénzome de alzar los ojos hacia ese sol augusto y de gozar del beneficio de sus rayos, viviendo como un miserable oscuro é ignorado.

GUIDERIO.—También iré yo ¡por los cielos! Señor; si os dignáis bendecirme y permitirme que me separe de vuestro lado, me encargo de los acontecimientos; si no consentís, descargue el romano acero sobre mi cabeza la suerte debida á mi desobediencia.

ARVIRAGO.—Acepto y reitero ese voto.

BELARIO.—Puesto que hacéis tan poco aprecio de vuestros días, no tengo motivo en cuanto á mí, para reservar á otros cuidados mi decadente vida. Os acompaño, muchachos. Si es vuestro destino morir en las guerras de vuestra patria, también está en ellas mi lecho, y anhelo encontrar el ya tardío reposo. Vamos allá. Largo se me hace el tiempo. (*Aparte.*) Su sangre indignada arde en deseos de verterse y demostrar que nacieron príncipes. (*Salen.*)

ACTO V

ESCENA PRIMERA

Una llanura entre el campamento de los romanos y de los bretones

Entra PÓSTUMO, llevando en la mano un pañuelo ensangrentado

PÓSTUMO.—Sí, te conservaré, sangriento velo, pues yo mismo anhelé verte teñido de ese color. Y vosotros, esposos, si siguiéseis mi ejemplo ¡cuántos, por una falta leve, degollaríais á esposas más virtuosas que vosotros! ¡Ah, Pisanio! un buen servidor no ejecuta todas las órdenes de su dueño; sólo debe obedecer las que son justas. ¡Dioses! si me hubiéseis castigado por mis faltas, no habría vivido yo para ordenar ese crimen. Hubiérais entonces conservado viva á la noble Imógena para su arrepentimiento y me hubiérais herido á mí, desventurado, mucho más digno que ella de vuestra venganza... He sido llevado á este campamento, entre la nobleza italiana, para invadir los estados de la princesa. ¡Bretaña! ¡sobrado hice yo con degollar á tu soberana! Tranquilízate; no te inferiré nuevos golpes. Oíd con paciencia, dioses benévolos,

mi decidida resolución. Voy á despojarme de estas ropas italianas, y á vestirme de campesino bretón; de esta suerte combatiré contra los que me han llevado á estos sitios. Así quiero morir por ti, querida Imógena, por ti, cuyo recuerdo, cada vez que respiro, trueca en muerte mi vida. Bajo ese disfraz, objeto de piedad más que de odio, haré frente á todos los peligros. Quiero mostrar á los hombres más valor del que promete vestidura tan vil. ¡Dioses! dotadme de toda la fuerza de los Leonatos! Para avergonzar al mundo y á sus usos quiero mostrarme más grande por mi valor que por mi traje. (*Sale.*)

ESCENA II

El mismo sitio

LUCIO y JOAQUIMO salen por la izquierda al frente del ejército romano; por la derecha, aparecen los bretones. LEONATO PÓSTUMO llega el último, vestido como un pobre soldado. Ambos ejércitos desfilan y salen.—Primer combate.—Aparecen luégo JOAQUIMO y PÓSTUMO luchando; éste, vencedor, desarma á JOAQUIMO y le deja.

JOAQUIMO.—El peso del crimen que grava mi conciencia me quita el valor y el ardimiento. He calumniado á la soberana de esta isla; parece que el aire que respiro la venga robándome las fuerzas; de lo contrario, ¿cómo me hubiera vencido, en mi propio oficio, ese siervo vil, desperdicio de la naturaleza? Los honores y los títulos de caballero, cuando se arrastran como arrastro yo los míos, no son más que títulos de infamia. ¡Bretaña! si tus nobles sobrepujan á este miserable campesino, como él á nuestros jefes, la diferencia entre ellos y nosotros es que nosotros apenas somos hombres, y tus hijos son dioses.

(*Sale.—Continúa la batalla; huyen los bretones; Cimbe-*

lina cae preso, é inmediatamente acuden á su auxilio Belario, Guiderio y Arvirago.)

BELARIO.—¡Alto, alto allá! Tenemos la ventaja del terreno... El desfiladero está guardado, ¿quién nos impele á huir, sino el cobarde miedo?

GUIDERIO Y ARVIRAGO.—¡Alto, alto; luchemos!

(*Llega Póstumo y secunda á los bretones; auxilian á Cimbelina y vanse.—Aparecen luégo Lucio, Imógena y Joaquimo.*)

LUCIO.—Huye, mancebo, aléjate del campo de batalla, ponte en salvo. El desorden es tal, que parece que la guerra tenga los ojos vendados; los amigos matan á los amigos.

JOAQUIMO.—Vienen tropas de refresco.

LUCIO.—La jornada ha cambiado singularmente de faz; apresurémonos á socorrerlos, ó cedamos. (*Salen.*)

ESCENA III

Otro punto del campo de batalla

Entra PÓSTUMO con un señor bretón

EL SEÑOR.—¿Vienes del sitio donde se hicieron firmes?

PÓSTUMO.—Sí, de allá vengo; pero vos, al parecer, llegáis del sitio donde volvían la espalda.

EL SEÑOR.—Verdad es.

PÓSTUMO.—No merecéis reproches, pues todo estaba perdido si el cielo no hubiese combatido por nuestra causa. El mismo rey, abandonado por las dos alas de su ejército, las tropas desbandadas, todos huían por un angosto desfiladero; enorgullecido de su victoria el enemigo, mezclando el insulto á la matanza, no tenía suficientes armas ni brazos para la sangrienta cosecha que se le ofrecía; hería de muerte á unos, y al

azar á otros; el resto caía aterrado por el miedo, de manera que el estrecho pasaje no tardó en verse colmado de cadáveres.

El señor.—¿Dónde estaba ese desfiladero?

Póstumo.—Contiguo al campo de batalla, hueco y profundo, con escarpadas vertientes cubiertas de césped, ventajas que ha sabido aprovechar un viejo soldado, un valiente que al prestar tamaño servicio á su patria ha rodeado de inmortal aureola su nevada cabeza. Seguido de dos mancebos, semi-desnudos, y al parecer más aptos para rústicas danzas que para semejante carnicería, se planta en el desfiladero y grita á los fugitivos: «En Bretaña mueren huyendo los ciervos, no los hombres; caigan en el oscuro averno los cobardes que retroceden. Deteneos, ó vamos á ser, para vosotros, romanos, sacrificándoos como viles reses. Salvados sois, sólo con que os volváis de frente. ¡Deteneos, deteneos!» Y aquellos tres brazos, tan firmes como tres mil, con esta sola palabra: ¡Deteneos! secundados por la ventaja de la posición, y más aún por el potente atractivo de su noble ardimiento, han infundido el fuego del valor en todos los pálidos rostros. Reanimados los bretones, quienes por la vergüenza, quienes por el valor, empiezan á medir con la vista el espacio que el miedo les hiciera recorrer, y a rugir como leones bajo la pica de los cazadores. Desde este instante, el vencedor cesa de perseguir y se detiene; pronto retrocede y muy luégo, ya en derrota, reina en sus filas espantoso desorden. De cada diez hombres que anteriormente un solo romano pusiera en fuga, cada uno ahora inmola á veinte romanos; y aquellos cobardes que poco antes morían sin resistencia, conviértense de repente en los Aquiles del campo de batalla.

El señor.—¡Sorprendente y fausto suceso! Un angosto desfiladero! Un anciano y dos mancebos!

PÓSTUMO.—¡Vaya! no mostréis tanta extrañeza! diríase que sois más á propósito para que os sorprendan nobles acciones, que para realizar una personalmente.

EL SEÑOR.—¡No os incomodéis!

PÓSTUMO.—¿Por qué he de incomodarme? Siempre seré amigo de un hombre que no osa hacer cara á su enemigo, pues, si sigue constantemente su carácter, ya sé que no tardará tampoco en desertar de mi amistad.

EL SEÑOR.—Veo que os incomodáis, y me retiro.

(*Vase.*)

PÓSTUMO.—¡Vaya qué grandes hombres! ¡ilustre bajeza! Encontrarse en el campo de batalla y pedirme, á mí, noticias del combate. ¡Cuántos de sus grandes hubieran dado hoy sus títulos para salvar sus imbéciles cabezas! ¡Cuántos han confiado su salvación á sus piernas y sin embargo han sucumbido! Y yo, en mis males, como si un talismán me hiciese invulnerable, no logré alcanzar la muerte donde la oía gemir, ni encontrar su brazo en medio de los golpes que descargaba! Es singular que ese monstruo horrible se oculte en las copas de la alegría, en los lechos de pluma, en las dulces palabras, y encuentra allí más agentes de sus furores que entre nosotros, que blandimos sus puñales en la guerra! Pues bien, ya sabré encontrarla; ahora, ya no soy bretón, vuélvome romano y me alisto á sus banderas. No quiero combatir; voy á entregarme al primer cobarde que ose tocar mi hombro. La matanza que han hecho aquí los romanos es grande; también debe serlo la venganza de los bretones. Para mí, mi vida es mi rescate, he venido á ofrecerla á uno y á otro partido. No puedo guardarla más, ni arrostrarla más lejos, quiero acabarla por cualquier medio y morir por Imógena.

(*Entran dos oficiales bretones y varios soldados.*)

PRIMER OFICIAL.—¡Loado sea el gran Júpiter! Lucio

está preso. Asegúrase que el anciano y sus dos hijos eran genios enviados por el cielo.

SEGUNDO OFICIAL.—Y aquel otro también, que bajo una capa andrajosa se resistía tan valerosamente contra el enemigo.

PRIMER OFICIAL.—Así lo afirman; y sin embargo no logro encontrar á ninguno de los cuatro.—¡Alto allá! ¿quién sois?

PÓSTUMO.—Un romano, á quien no veríais tan quieto, si los demás le hubiesen secundado.

SEGUNDO OFICIAL.—Detenedle, ¡un odioso romano! Ni uno solo volverá á Roma, para anunciarle á qué casta de cuervos han servido sus hijos de pasto. Y aún se jacta, como si fuese guerrero de nota! ¡llevadle ante el rey!

(*Llegan Cimbelina y su séquito, Belario, Guiderio, Arvirago, Pisanio y prisioneros romanos. Los oficiales presentan á Póstumo á Cimbelina, quien dispone que le entreguen á los carceleros, y sale con todo su acompañamiento.*)

ESCENA IV

Una prisión

Entran PÓSTUMO y dos carceleros

PRIMER CARCELERO.—Ahora no hay peligro de que os roben; estáis bien custodiado.

SEGUNDO CARCELERO.—Con toda seguridad. (*Salen.*)

PÓSTUMO.—¡Con cuánta alegría te saludo, cautividad! Tú, así lo espero, me abrirás el sendero de la libertad ansiada. En esta prisión soy más feliz que el mortal que torturado por los dolores, prefiere gemir sufriendo, á que le cure la muerte. ¡Conciencia mía! más pesadas cadenas llevas tú, que las que traban mis

piernas y mis brazos. Y vosotros, dioses de bondad, concededme el arrepentimiento. Pero ¿me bastará el arrepentirme? Sí, por el arrepentimiento los hijos apaciguan á sus padres, y los dioses son más clementes que los hombres. Para arrepentirme, nunca mejor que aquí, entre estas cadenas voluntarias que yo mismo busqué. Para saldar mi deuda despójome de mi libertad, mi mayor bien: ¡cielos! no exijáis de mí más de lo que poseo. Por la vida de mi cara Imógena, tomad la mía. No vale tanto como la suya, pero siempre es una vida: más que mía, es vuestra; de vosotros vino y á vuestra imagen la formasteis. Así, celestes potencias, si acogéis mis ofertas, tomad mi vida; anulad mi duda y romped estos hierros que me hielan. ¡Oh, Imógena! quiero hablar contigo en el silencio del sueño! (*Se queda dormido.*)

(*Música solemne. Una visión se aparece á Póstumo. Sicilio Leonato, su padre, surge bajo la forma de un anciano, vestido de guerrero y llevando de la mano una noble matrona; es su esposa, madre de Póstumo. Aparecen luégo los dos Leonatos hermanos de éste, con las heridas que en la guerra recibieron, y se colocan en círculo al rededor del durmiente.*)

Sicilio.—Cesa, señor del trueno, en hacer estallar tu enojo sobre los débiles mortales. ¿No obró siempre bien mi malhadado hijo? ¡ay! nunca ví sus rasgos. Abandoné la vida cuando aún reposaba él en el seno materno, aguardando el término marcado por la naturaleza. Si tú ¡oh Júpiter! eres, como los hombres dicen, padre de los huérfanos, hubieras debido serlo de él, y defenderlo contra las plagas que afligen la tierra.

La madre.—Lucina no me prestó su auxilio; quitóme la vida en medio de los dolores del parto; y mi querido Póstumo, arrancado de mis entrañas, exhaló sus primeros vagidos rodeado de enemigos mortales ¡Tierno objeto de piedad!

SICILIO.—Su potente naturaleza le formó tan perfectamente con el noble modelo de sus antepasados, que, digno heredero del famoso Sicilio, ha merecido las alabanzas del universo.

PRIMER HERMANO.—Cuando los años le hicieron hombre ¿quién, en Bretaña, hubiera podido parangonarse á él, ni quién hubiera podido mostrarse su rival á los ojos de Imógena, que tan bien sabía apreciar el mérito?

LA MADRE.—Víctima de su matrimonio imperfecto, fué proscrito, precipitado del puesto ilustre de los Leonatos y arrancado de los brazos de su esposa, la sensible Imógena.

SICILIO.—¿Por qué toleraste que un Joaquimo, un vil italiano, infectara su cabeza y su corazón con el veneno de los celos, y que mi hijo fuese, sin motivo, juguete de la infamia de ese malvado?

SEGUNDO HERMANO.—Los injustos destinos nos indujeron á abandonar nuestras pacíficas moradas; y combatiendo por nuestra patria, sucumbimos valientes.

PRIMER HERMANO.—También como valiente se ha portado Póstumo. ¿Por qué, Júpiter, soberano de los dioses, quisiste que las recompensas debidas á sus servicios se trocaran en penas y dolores?

SICILIO.—Abre las cristalinas puertas de los cielos, concédenos una mirada y cesa de ejercer tu injusto poder sobre una raza de héroes.

LA MADRE.—Ya que nuestro hijo es virtuoso ¡oh Júpiter! pon término á sus infortunios.

SICILIO.—Desde lo alto de tu marmóreo palacio baja tus miradas á la tierra, acude en nuestro auxilio, si no quieres que nuestras sombras apelen al consejo de los otros dioses contra tu divinidad.

(Entre el fragor del trueno y el fulgor de los relámpagos, Júpiter desciende sentado sobre un águila, con un haz de rayos en la mano. Las sombras hincan la rodilla.)

JÚPITER.—¡Débiles espíritus de las regiones subterráneas! acabad de ofender nuestros oídos con vuestras quejas; callaos! ¡Cómo! fantasmas vanos! ¿osais acusar al dios del trueno, cuyos rayos, bien lo sabéis, lanzados de los cielos someten á la tierra revoltosa? Frágiles sombras del Elíseo, abandonad este sitio y volved á gozar el reposo entre las flores de vuestras siempre verdes llanuras; no os aflijáis por los males que hieren á los mortales; semejante cuidado no es de vuestra incumbencia; á nosotros, sólo á nosotros atañe. Yo aflijo al hombre á quien más estimo y aplazo mis beneficios para hacerlos más gratos. Quedad tranquilos; nuestra potencia realzará á vuestro abatido hijo. Nuestra estrella bienhechora presidió á su nacimiento y ante nuestros altares juró él fe á su esposa: ¡levantad y alejaos! Esposo será y dueño de la ilustre Imógena, y sus infortunios exaltarán su felicidad. Colocad sobre su seno este libro donde se encierran nuestros decretos y sus destinos. Desvaneceos. Cesen vuestras quejas y el clamoreo de vuestra impaciencia, si no queréis irritar mi enojo. Llévame, águila, á mi palacio de cristal. (*Se remonta á las celestes esferas.*)

SICILIO.—Descendió con el trueno; su aliento exhalaba un vapor sulfuroso. El aquilón abatió sus alas como si quisiese posarse sobre nosotros. La ascensión del dios llenaba el aire de un perfume más suave que el de nuestras floridas llanuras. Su ave regia agitaba el ala inmortal, y cerraba blandamente el pico en señal de que su dios estaba satisfecho.

TODOS.—Gracias te sean dadas, oh Júpiter!

SICILIO.—Las puertas de su celeste palacio se cierran; ha penetrado en sus radiantes bóvedas; alejémonos, y para ser felices ejecutemos cuidadosamente sus órdenes respetables. (*La visión se desvanece.*)

PÓSTUMO (*despertando*).—¡Oh sueño, me has devuelto un padre, una madre y dos hermanos! pero ¡vanos

prestigios! ya no existen. Tan pronto como se formaron, desvanecióronse. ¡Pobres infortunados que confían en el poder de los grandes de la tierra! Sueñan como acabo de soñar; despiertan, y no encuentran nada. Pero ¡ah! estoy divagando; hay algunos que sin soñar en la fortuna y sin merecerla, se ven colmados de sus favores; así me sucede; véome favorecido por ese sueño dorado y no sé á qué debo tanta dicha. ¿Qué genios favorecen estos lugares? Un libro y de gran precio! ¡Ah! no seas, como en nuestro mundo de nueva creación, una corteza más rica que lo que cubre; no semejes á nuestros cortesanos; respondan tus buenos servicios á tus promesas. (*Lee.*) «Cuando la posteridad de un leon, que á sí misma se ignora, sea encontrada sin buscarla y recibida en los brazos de una criatura tierna y ligera como el aire; cuando las ramas de un cedro augusto, cortadas y muertas por espacio de luengos años, renazcan para reunirse con su antiguo tronco y tomen vida nueva, entonces Póstumo tocará al fin de su miseria y la Bretaña feliz florecerá en la paz y en la abundancia.» Todavía es esto un sueño, ó palabras vanas que pronuncia la lengua de la locura sin participación del cerebro. Frases vacías de sentido y que la razón no puede descifrar. ¡Siga ese caos como está! mi vida le parece, y quiero conservar su movimiento aunque sólo sea por esa semejanza.

(*Llegan los carceleros.*)

PRIMER CARCELERO.—¡Ea, señor! ¿Estáis dispuesto á morir?

PÓSTUMO.—¿Dispuesto? ¡tiempo há!

SEGUNDO CARCELERO.—Es un trance que cuesta caro; pero os queda el consuelo de que ya no tendréis deudas que pagar, ni más cuentas con la taberna que, si al principio servían para poneros alegre, á menudo os ponen triste al salir, entráis hambriento y salís beodo y dando traspiés, sentís haber pagado y más aún ha-

ber ingerido en demasía. ¡Oh! vais á veros libre de todas esas contradicciones. La caridad de un óbolo de cáñamo os salda mil deudas en un abrir y cerrar de ojos.

PÓSTUMO.—Más contento estoy de morir yo, que tú de vivir.

SEGUNDO CARCELERO.—En efecto, el que duerme no siente dolor de muelas; pero imagino que un hombre que debe dormir vuestro sueño trocaría de muy buen grado su papel con el del verdugo que ha de meterle en el lecho; porque en resumen, señor, vos ignoráis qué camino vais á emprender.

PÓSTUMO.—No tal, amigo; lo sé perfectamente.

SEGUNDO CARCELERO. — ¿Acaso tiene ojos vuestra muerte?

PÓSTUMO.—Dígote, buen amigo, que para andar por la ruta que á emprender voy, nadie carece de ojos, sino los que los cierran y se empeñan en no abrirlos.

SEGUNDO CARCELERO. — ¡Vaya una conseja! que un hombre conserve el uso de sus ojos para ver un camino que los ciega! por mi parte, estoy seguro que el cadalso conduce á la ceguera. (*Entra un mensajero.*)

EL MENSAJERO.—Quitadle las cadenas, y llevadle ante el rey.

PÓSTUMO.—Eres portador de felices nuevas; me llamas á la libertad. (*Salen Póstumo y el mensajero.*)

SEGUNDO CARCELERO. — Á muchos he visto, y más malvados que éste, muy apegados á la vida. Al fin y al cabo, es romano; pero también hay romanos que mueren á pesar suyo; lo mismo me pasaría á mí, si fuese romano. (*Vanse los carceleros.*)

ESCENA V

En la tienda de Cimbelina

Entran CIMBELINA, BELARIO, GUIDERIO, ARVIRAGO, PISANIO, señores, oficiales y séquito

CIMBELINA.—Quedáos junto á mí, ya que los dioses os hicieron salvadores de mi trono. Siento en el alma que no se encuentre al oscuro soldado que tan bravamente se portó. Bajo los harapos de la miseria, avergonzaba las doradas armaduras; siempre en lo más rudo del combate, oponía su desnudo pecho al enemigo furor. Feliz será quien logre encontrarle, si su felicidad depende de nuestros beneficios.

BELARIO.—Nunca ví tan noble osadía en soldado tan oscuro, ni tan ilustres hazañas llevadas á cabo por un incógnito cuyo aspecto sólo auguraba la mirada suplicante del mendigo.

CIMBELINA.—¿Y no se tienen noticias de su paradero?

PISANIO.—Se le ha buscado, inútilmente, entre los vivos y entre los muertos.

CIMBELINA.—Muy á mi pesar, continúo siendo heredero de su recompensa. (*A Belario, Guiderio y Arviragо.*) Quiero añadirla á la que os corresponde á vosotros, alma, corazón y cabeza de Bretaña, á vosotros gracias á los cuales, lo confieso en alta voz, Bretaña vive y respira. Llegado há el momento de preguntaros quién sois. Declaradlo.

BELARIO.—Nosotros, señor, nacimos en Cambria, de noble familia. Si de algo más nos vanagloriásemos, ni seríamos veraces, ni modestos.

CIMBELINA.—Doblad la rodilla. Levantaos, caballeros; acompañaréis á nuestra persona en los combates y os

conferiré las dignidades que merece vuestra jerarquía. (*Entran Cornelio y un grupo de doncellas.*) En sus rostros se pinta la tristeza. ¿Por qué saludáis nuestras victorias con aire tan melancólico? Quien, no conociéndoos, os viese, más bien os tomaría por romanos, que por agregados á nuestra corte victoriosa.

CORNELIO.—¡Salud, noble rey! Véome obligado á emponzoñar vuestra felicidad! la reina ha muerto!

CIMBELINA.—Habla, ¿cómo sucumbió?

CORNELIO.—Horriblemente; ha muerto rabiosa. Cruel con los demás durante su vida, acabó como debía acabar, cruel contra sí misma. Si queréis oirlas, os referiré sus confidencias: aquí están sus doncellas; desmiéntanme si me aparto de la verdad; bañadas en llanto las mejillas, asistieron á sus postreros suspiros.

CIMBELINA.—Habla, por favor.

CORNELIO.—Ante todo, declaró que nunca os había amado; que sólo quiso obtener de vos vuestra grandeza; que al casarse, casó con la dignidad real y el trono, pero que odiaba á vuestra persona.

CIMBELINA.—Ese secreto sólo lo supo ella, y si no lo hubiese revelado en el momento de morir, no podría creer tal confesión ni de sus propios labios. Adelante.

CORNELIO.—Hablando de vuestra hija, á quien engañaba con mentidas demostraciones de sincera amistad, ha declarado que la consideraba como una serpiente, y que hubiera cortado su existencia por medio del veneno, si su fuga no se hubiese opuesto á sus intentos.

CIMBELINA.—¡Furia infernal! ¿Quién puede leer en el corazón femenino? ¿ha añadido algo más?

CORNELIO.—Sí señor, y más horrible aún. Ha confesado que os reservaba un veneno mortífero, el cual, en cuanto lo hubiéseis tragado, habría ido minando vuestra existencia, consumiéndoos lentamente y por grados. Durante el período de vuestra enfermedad

proponíase, por sus asiduos cuidados, por su llanto, por sus caricias, subyugaros completamente, y en momento propicio, hacer que adoptarais á su hijo como heredero de la corona. «Pero, añadió, viendo destruído mi proyecto por la incomprensible ausencia de mi hijo, me despojo de toda vergüenza, y en mi desesperación, y mal que les pese al cielo y á los hombres, revelo todos mis planes. Sólo un pesar me llevo á la tumba: que los males que concebí no estén realizados.» Y en un paroxismo de furor, ha espirado.

CIMBELINA.—¿Oísteis vosotras todas esas confidencias?

LAS DONCELLAS.—Sí, señor; no lo dude Vuestra Majestad.

CIMBELINA.—No fueron culpables mis ojos, pues ella era hermosa; ni mis oídos, que siempre lisonjeaba con dulces frases; ni mi corazón, que la creía lo que parecía ser. Desconfiar de ella hubiera sido un vicio de mi carácter. Y sin embargo, tú, pobre hija mía, puedes decir muy bien que mi confianza fué demencia, cuyos efectos sufres cruelmente. ¡Quiera el cielo repararlo todo! (*Entran Lucio, Joaquimo, el Adivino y otros prisioneros romanos; Póstumo llega tras ellos, y en pos de éste Imógena.*) Hoy ya no vienes, Cayo, á exigirnos tributo; abolido queda para siempre por los bretones á costa de la sangre de valientes pechos. Las familias de los muertos me han dirigido una súplica, y es que los manes de tan dignos guerreros sean apaciguados por el sacrificio de vuestras vidas; sois sus cautivos y hemos accedido á su justa demanda; así, pues, disponéos á la muerte.

LUCIO.—Reflexionad, señor, en los caprichos de la guerra. Al azar debéis la victoria presente; si el triunfo hubiese sido nuestro, tened por cierto que, ya enfriado el ardor de la sangre, no habríamos amenazado con la espada á nuestros prisioneros. Pero, ya que así lo

disponen los dioses, y nuestro único rescate es nuestra vida, cúmplase su voluntad. Á un romano le basta saber morir como romano. Todavía vive Augusto, y obrará como debe obrar. Es cuanto tenía que decir por lo que á mí atañe. Sólo me resta una súplica, y es que se acepte el rescate de ese doncel que estaba á mi servicio; nunca hubo servidor más adicto, previsor, sumiso, ágil, fiel y sensible á los intereses de su dueño. Sirvan sus bellas calidades de apoyo á mi demanda, y no podréis rehusarla. Ningún daño ha causado á los bretones, por más que sirviese á un romano; conservad su sangre, señor, y derramad toda la restante.

CIMBELINA.—Ese rostro no es nuevo para mí. Doncel, tu sola presencia cautiva mis simpatías; te tomo á mi servicio. Ignoro qué causa, qué inclinación me mueven á decirte: «Vive, mancebo; sí, vive, y no lo agradezcas á tu dueño.» Pide á Cimbelina la gracia que se te antoje y de él dependa, y tenla por otorgada, sí, aun cuando pidieses la vida del más ilustre de esos cautivos.

IMÓGENA.—Quedo muy agradecido á Vuestra Majestad.

LUCIO.—No te rogaré, mancebo, que pidas la vida para mí, y sin embargo no me cabe duda de que vas á impetrarla.

IMÓGENA.—Otros cuidados ¡ay! me ocupan. Desde aquí percibo un objeto cuya vida es para mí tan cruel como la muerte; en cuanto á vuestra vida, mi buen señor, ved vos mismo de procuraros el modo de salvarla.

LUCIO.—¡Me desdeña, me abandona! Efímero es el gozo de quienes lo fundan en la adhesión de los jóvenes! Pero ¿de qué vendrá su perplejidad?

CIMBELINA.—¿Qué deseas, mancebo? Cada vez me eres más simpático; reflexiona, calcula qué favor te

ha de complacer más. ¿Conoces á ese hombre en quien se fijan las miradas? ¿quieres que viva, es tu pariente, tu amigo?

IMÓGENA.—Es un romano; y no más pariente mío que yo de Vuestra Majestad; y aun yo, que nací vasallo vuestro, soy más allegado á Vuestra Augusta persona.

CIMBELINA.—¿Por qué le miras sin tregua?

IMÓGENA.—Ya os lo diré, señor, en particular, si os dignáis oirme.

CIMBELINA.—Sí, de todo corazón, y cuenta con mi atención completa. ¿Cómo te llamas?

IMÓGENA.—Fidel.

CIMBELINA.—Desde ahora eres mi paje y yo tu señor. Ven acá y habla con toda libertad.

(*Cimbelina é Imógena conversan aparte.*)

BELARIO.—¿No es, por ventura, nuestro joven huésped? ¿habrá vuelto de muerte á vida?

ARVIRAGO.—No son más idénticos dos granos de arena. Sí, es nuestro amigo, de rosadas mejillas, á quien vimos morir y que se llamaba Fidel, ¿verdad?

GUIDERIO.—El que vimos morir es el mismo que ahora vemos rebosando vida.

BELARIO.—¡Poco á poco! reflexionemos! no se fija en nosotros. Dos criaturas pueden parecerse y sin embargo ser distintas; si fuese él, estoy seguro que nos hubiera dirigido la palabra.

GUIDERIO.—La verdad es que le vimos muerto.

BELARIO.—¡Silencio! observemos lo que va á pasar.

PISANIO (*aparte*).—Es mi señora. ¡Ah! puesto que ella vive, colmados son mis votos!

(*Cimbelina é Imógena se aproximan al grupo principal.*)

CIMBELINA.—Ven, ponte á mi derecha. Haz tu petición en alta voz (*A Joaquimo.*) Salid, señor, de ese grupo y avanzad. Contestad á ese mancebo y hablad sin subterfugios; de lo contrario, juro por el honor de

mi corona, que las más crueles torturas arrancarán la verdad del seno de la mentira. Interrógale.

IMÓGENA.—La gracia que pido es que ese caballero me diga quién le dió esa sortija.

PÓSTUMO (*aparte*).—¿Qué le importa?

CIMBELINA.—Contestad: ¿cómo llegó á vuestro poder ese diamante que brilla en vuestra mano?

JOAQUIMO.—¿Te propones someterme á la tortura para arrancarme un secreto que, revelado, te pondrá á ti mismo en un potro?

CIMBELINA.—¡Cómo! ¿á mí?

JOAQUIMO.—Mucho me place que me obliguen á declarar un secreto que atormentaba mi alma. ¡Pues bien! gracias á una perfidia me proporcioné este anillo. Es de Leonato, á quien desterraste; y lo que sin duda te va á causar los remordimientos que me desgarran el pecho, es que nunca mortal más noble respiró bajo la celeste bóveda. Señores bretones, ¿deseáis saber más?

CIMBELINA.—Sí; todo cuanto á ese hecho se refiera.

JOAQUIMO.—Tu hija... esa obra maestra sin igual... cuyo recuerdo abruma mi alma traidora y me arranca lágrimas de sangre... Déjame respirar; desfallezco...

CIMBELINA.—¡Mi hija! ¿qué voy a oir? Reanímate, ¡ah! prefiero que vivas cuanto á la naturaleza plazca, que verte morir antes de quedar enterado de todo. Haz un esfuerzo, ¡vamos, habla!

JOAQUIMO.—Cierto día ¡maldita la hora! en Roma ¡maldita la mansión donde nos hallábamos! y en un festín ¡por qué no estaban envenenados los manjares que llevé á mi boca! el virtuoso Póstumo... sentado entre nosotros y poseído de tristeza... escuchaba los elogios que prodigábamos á nuestras beldades de Italia, encomiando sus atractivos en tal grado, que no le dejábamos alabanzas para su amada, cuando en realidad ésta era la reina entre las reinas.

CIMBELINA.—Prosigue.

JOAQUIMO.—Póstumo, noble y generoso amante, dueño del corazón de una hija de rey, tomó la palabra y sin despreciar á las beldades que habíamos ponderado, comenzó el retrato de su amada. Y ese retrato, brotando de sus labios, lleno de alma, avergonzaba los panegíricos de nuestras hermosas; ante él, éramos nosotros ignorantes novicios en el arte de hablar y de encomiar.

CIMBELINA.—¡ Al grano, al grano!

JOAQUIMO.—La castidad de vuestra hija (aquí comienza el hecho que os interesa) elogióla él como si la misma Diana sólo tuviese sueños lascivos y únicamente los de vuestra hija fuesen castos y puros. Entonces, yo, miserable, hiceme el incrédulo, y aposté un montón de oro contra esa sortija que á la sazón brillaba en su dedo, á que conseguiría obtener un sitio en su tálamo nupcial, siendo la sortija galardón del adulterio de su esposa conmigo. Él, como digno caballero, que tenía en la honra de su bella toda la confianza merecida, depositó la sortija; podía arriesgarla con toda seguridad, aunque hubiese valido todos los tesoros del mundo. Inmediatamente, volé á Bretaña para ejecutar mi designio. Ya recordaréis, señor, que estuve en vuestra corte; y allí recibí de vuestra hija una lección que me enseñó la inmensa distancia que media entre el verdadero amante y el vil sobornador. Extinguida así mi esperanza, mas no mi deseo, mi cerebro italiano maquinó una estratagema de las más cobardes, aunque excelente para mi provecho. En una palabra; mi plan surtió efecto. Regresé á Italia con suficientes pruebas pérfidas para sumir en la desesperación al noble Póstumo; ataqué su confianza en la virtud de su esposa por un sin fin de indicios apoyados en circunstanciados pormenores sobre las tapicerías de su alcoba, los cuadros que contenía, y además este brazalete, que le

enseñé... ¡Con qué astucia infernal había logrado yo procurármelo! Hasta le cité señales ocultas en la persona de Imógena, por manera que le fué imposible no creer que el cinturón de castidad había sido completamente desgarrado, y que yo recogí los frutos de mi infame victoria... Y entonces, en su furor... Todavía me parece verlo...

PÓSTUMO (*adelantándose*).—Sí, le estás viendo en efecto, demonio de Italia! Y yo, insensato, demasiado crédulo, insigne asesino, cobarde bandido, digno soy del nombre de todos los malvados pasados, presentes y futuros! ¡Ah! dadme un lazo, un puñal, un veneno! ¿no hay aquí tribunal que me condene al instante? ¡Oh tú, soberano! llama á los más execrados verdugos. En mí ves un monstruo, horror de la tierra; soy el Póstumo que degolló á tu hija; miento como un cobarde; encargué esa infamia á otro menos cobarde que yo. ¡Ah! tu hija era el templo de la virtud, sí, la virtud misma. Cubridme de oprobio, apedreadme, sepultadme en el fango; sea en adelante Póstumo Leonato el nombre de los malvados; he sobrepujado, he borrado todas sus fechorías. ¡Ah! Imógena, Imógena, Imógena!

IMÓGENA.—Calmaos, señor, y escuchad.

PÓSTUMO.—¿Te burlas de mi dolor, paje insolente?

(Le da un empellón; Imógena cae.)

PISANIO.—¡Señores, socorred á mi señora y vuestra! ¡Oh Póstumo, mi noble señor! Hasta este momento no habíais quitado la vida á Imógena. ¡Socorred, socorred á mi augusta princesa!

CIMBELINA.—¿Se derrumba el mundo en torno mío?

PÓSTUMO.—¡Ah! ¿por qué me asaltan esos arranques de frenesí?

PISANIO.—Recobrad los sentidos, noble señora.

CIMBELINA.—Si lo que dices es cierto, los dioses quieren que yo muera de gozo.

PISANIO.—¿Os sentís mejor, señora?

IMÓGENA.—¡Ah! huye de mi vista. Tú fuiste quien me dió el veneno. ¡Lejos de mí, hombre peligroso; no respires el aire que los príncipes respiran.

CIMBELINA.—¡La voz de Imógena!

PISANIO.—Princesa! fulminen sobre mí los dioses sus mortíferos rayos si no creí que el licor que os daba era un elíxir saludable. Me lo entregó la reina.

CIMBELINA.—¡Nuevo asombro!

IMÓGENA.—Ella me envenenó.

CORNELIO.—¡Dioses! Había omitido otra confesión de la reina, que patentizará tu honradez. «Si Pisanio, dijo ella, ha dado á su ama el brebaje que le entregué con el nombre de cordial, servida queda como quisiera yo servir al maligno reptil de mi casa.»

CIMBELINA.—¿Qué escucho, Cornelio?

CORNELIO.—La reina, señor, me importunaba á menudo para que le compusiese ponzoñas, pretextando siempre el placer de ir extendiendo sus conocimientos á expensas de esos viles animales que inmolamos sin remordimiento; mas yo, temiendo que sus designios no fuesen más funestos, compuse para ella cierto licor que, una vez tomado, suspendía por algún tiempo las facultades de la vida, pasado el cual todas las potencias de la naturaleza recobraban sus funciones. ¿Tomasteis, acaso, de ese licor?

IMÓGENA.—Sin duda, puesto que me dieron por muerta.

BELARIO.—Ved ahí, hijos míos, la clave del enigma.

GUIDERIO.—No hay duda; es Fidel.

IMÓGENA.—¿Por qué rechazasteis de vuestro seno á vuestra esposa legítima? Imagináos, en este momento, que os halláis en la cumbre de un peñasco (*arrojándose á sus brazos*) y precipitadme otra vez.

PÓSTUMO.—Queda, alma mía, queda suspendida de

mi cuello, como fruto encantador, hasta que el árbol caiga y muera.

CIMBELINA.—¿Qué es eso? Tú, sangre de mi sangre, hija mía, ¿dejas á tu padre como estúpido espectador, en medio de tan enternecedora escena? ¿nada tienes que decirme?

IMÓGENA (*prosternándose ante él*).—Vuestra bendición, señor.

BELARIO (*á Guiderio y Arvirago.*)—Ya no os echo en cara que hubiéseis amado á ese doncel; motivos había!

CIMBELINA.—¡Sean mis lágrimas agua sagrada para tu cabeza! Imógena; tu madre ha muerto.

IMÓGENA.—Lo siento de veras, señor.

CIMBELINA.—¡Oh! era una mujer perversa, y muy á pesar suyo nos encontramos aquí reunidos por tan extraño azar; pero su hijo ha desaparecido, no sabemos cómo ni en qué lugar.

PISANIO.—Monseñor; ahora que el temor está lejos de mí, voy á decir la verdad. El príncipe Cloten, después de la evasión de mi señora, llegóse á mí, con la espada desnuda y echando espuma por la boca, y juró que si no le descubría la ruta que mi señora había tomado, mi muerte era ineludible. Por casualidad tenía yo una carta de mi señor en que, bajo falsos pretextos, inducía á Imógena á que fuese á encontrarle en la ensenada de Milford; leyóla y al punto, en un acceso de frenesí y vestido con un traje de mi señor, que me había obligado á cederle, púsose en camino hacia el sitio indicado, meditando un designio criminal y con propósito de atentar al honor de mi señora. Lo que de él ha sido después, lo ignoro absolutamente.

GUIDERIO.—Á mí me atañe acabar esa historia; yo le maté en este bosque.

CIMBELINA.—¡Ah! ¡no lo quieran los dioses! Desea-

ría que tu valor y tus hazañas no recibiesen de mis labios, en salario, una sentencia de muerte; conjúrote, valiente mancebo, á que desmientas lo que acabas de decir.

GUIDERIO.—Lo he dicho; le maté yo.

CIMBELINA.—Era príncipe!

GUIDERIO.—Pero insolente; los ultrajes que me dirigió eran indignos de un príncipe. Provocóme, y en frases que me harían afrontar al mismo Marte si ofendiese mis oídos con tan injuriosas amenazas. Le corté la cabeza, y me felicito de que no se encuentre aquí, en mi lugar, contándoos lo que yo de él os cuento.

CIMBELINA.—Tu suerte me aflige; tu boca te condenó; habrás de sufrir el rigor de nuestras leyes; has de morir.

IMÓGENA.—Yo creí que aquel tronco informe era el cadáver de mi esposo.

CIMBELINA.—Encadenad á ese culpable y apartadlo de mi vista.

BELARIO.—Detenéos, señor rey. Este joven vale más que el hombre á quien mató; es de tan noble origen como vos y os ha prestado más servicios de los que pudiérais recibir de un rebaño de Clótenes. (*A los guardias.*) Dejad en libertad sus brazos; no fueron creados para llevar cadenas.

CIMBELINA.—Anciano soldado! ¿por qué intentas anular tus servicios, aún no cobrados, exponiéndote á mis iras? ¿qué has dicho? ¿de origen tan ilustre como el nuestro?

ARVIRAGO.—En eso, señor, se ha extralimitado.

CIMBELINA.—También morirás tú.

BELARIO.—Los tres moriremos; pero antes os probaré que dos de nosotros pueden vanagloriarse del noble origen que he atribuído á éste. Hijos míos, he de aclarar un misterio peligroso para mí, pero cuya revelación tal vez os sea útil.

ARVIRAGO.—Vuestros deseos son los nuestros.

GUIDERIO.—Y nuestra felicidad, la suya.

BELARIO (*á Cimbelina*).—Préstame tu atención, gran rey; un vasallo tenías llamado Belario.

CIMBELINA.—¿Qué intentas decir? Era un traidor y fué desterrado.

BELARIO.—Pues bien: el mismo soy yo, llegado á edad provecta; sí, desterrado fuí, pero sabe que no fuí traidor.

CIMBELINA.—Apartadle de mi presencia; el universo entero no lograría salvarle.

BELARIO.—Modera ese arrebato. Comienza por pagarme los cuidados que he prestado á tus hijos, y cuando haya recibido mi recompensa, embarga todos mis bienes.

CIMBELINA.—¿Cuidados á mis hijos?

BELARIO.—Déjome llevar demasiado de mi orgulloso y violento humor. Mírame á tus plantas. Antes de levantarme, quiero hacer ilustres á mis hijos; después, no guardes ninguna consideración, si gustas, á su anciano padre. ¡Poderoso rey! los dos jóvenes héroes que me llaman padre suyo y creen ser hijos míos, no me pertenecen; de vos salieron, formados están por vuestra sangre.

CIMBELINA.—¡Cómo! ¿por mi sangre?

BELARIO.—Sí; lo mismo que vos lo estáis por la de vuestro padre. Yo, actualmente llamado el viejo Morgan, soy el Belario que antaño desterrasteis. Vuestra voluntad fué mi crimen; mis sufrimientos, todo el mal que he hecho. Á estos dos amables príncipes, que príncipes son, estuve educándolos desde veinte años há; poseen todos los talentos que les he podido dar, y ya sabéis qué educación fué la mía. Euripila, su nodriza, os robó esos hijos poco después de mi destierro; yo la induje á ese rapto, y en premio de tal acción, me casé con ella. Había yo recibido de antemano, en mi

proscripción, el castigo de una falta; cometíla después; maltratado por mi fidelidad, pensé en la traición para vengarme. Cuanto más dolorosa y sensible debía seros su pérdida, más grato era para mí el proyecto de robároslos. Pero, he aquí á vuestros hijos; os los devuelvo y voy á perder los dos amigos más tiernos que en mi vida tuve. ¡Lluevan como rocío, sobre sus ilustres y virtuosas frentes, las bendiciones del cielo!

CIMBELINA.—Tu llanto confirma tus palabras. El servicio que me habéis prestado los tres es más increíble que esa narración. Perdí mis hijos, y aquí están, ante mis ojos. Es imposible desear progenie más perfecta.

BELARIO.—Dignáos oir algo más: el que yo llamaba Polidoro, es, señor, vuestro verdadero Guiderio; el otro, mi querido Cadwal, es Arvirago, vuestro hijo menor; los recibí en un rico manto tejido por la reina su madre y que, para convenceros, puedo presentaros cuando gustéis.

CIMBELINA.—Guiderio tenía en el cuello una estrella color de sangre; era una señal notable.

BELARIO.—Ved, señor; aún conserva ese sello de nacimiento; la previsora naturaleza al otorgarle ese dón, quiso sin duda que sirviese hoy para identificarlo.

CIMBELINA.—¡Ah! mi corazón experimenta los dulces sentimientos de una madre á quien nacieron tres hijos! No: nunca madre alguna gozó mayor ventura después de los dolores del alumbramiento. Sed felices; después de haber vivido tan alejados de vuestra esfera, volved á ella para reinar. ¡Cara Imógena! acabas de perder un reino.

IMÓGENA.—Pero en cambio gano dos mundos. ¡Tiernos hermanos míos! el azar ya nos había reunido! Convenid en que fuí yo quien os habló con más veracidad. Vosotros me llamabais hermano vuestro, cuando en realidad era vuestra hermana; y yo os llamaba hermanos míos, y en efecto lo sois.

CIMBELINA.—¿Os habíais encontrado antes?

ARVIRAGO.—Sí, mi noble señor.

GUIDERIO.—Y en nuestra primera entrevista nos amamos, y siempre, hasta el momento en que la creímos muerta.

CORNELIO.—Efecto del brebaje de la reina.

CIMBELINA.—¡Maravilloso instinto! ¿Cuándo oiré todos los detalles? Esa narración sobrado rápida ha truncado mil circunstancias que, contadas por orden y sin confusión, deben ser muy preciosas. ¿Dónde estabais? ¿cómo vivías tú, hija mía? ¿por qué casualidad entraste al servicio de ese prisionero romano? ¿cómo te separaste de tus hermanos? ¿cómo los encontraste antes? ¿por qué huíste de mi corte, y en qué dirección? Y á vosotros ¿qué motivos os llevaron á los tres al combate?... Pero, no es esta la hora; ni este el lugar para semejantes pláticas. ¡Ninguno de nosotros deja de experimentar un cambio extraño en su destino! Dejemos esta tienda y vamos á llenar el templo con el humo de nuestros sacrificios. (*A Belario.*) Desde ahora, eres mi hermano, y lo serás siempre para mí.

IMÓGENA.—También sois mi padre, y á vuestra mediación debo la dicha de ver esta jornada de felicidades.

CIMBELINA.—Sí, todos felices, menos esos cautivos llenos de cadenas! Compartan también nuestra alegría; participen de nuestra felicidad.

IMÓGENA.—Mi buen señor, aún estoy dispuesta á serviros.

LUCIO.—¡Vivid dichosa!

CIMBELINA.—¿Y aquel soldado desaparecido, que con tanta valentía combatió y que tan bien figuraría en este cuadro? Su presencia pondría en relieve el agradecimiento de su rey.

PÓSTUMO.—Yo soy, señor, el soldado que acompaña-

ba á esos tres hombres, bajo los hábitos de la pobreza; ese disfraz favorecía mis designios. ¿No soy aquel soldado, Joaquimo? ¡habla! te vencí y podía quitarte la vida.

JOAQUIMO (*prosternándose*). — Vencido estoy aún; pero lo que en este momento hace doblar mi rodilla, es el peso de mi conciencia. Tomadla, os ruego, esta vida que os debo tantas veces; pero antes recobrad vuestro anillo y el brazalete de la princesa más fiel entre cuantas empeñaron su fe.

PÓSTUMO.—No os prosternéis á mis plantas; el poder que deseo tener sobre vos es el de respetar vuestra vida; el resentimiento que contra vos conservo, es el placer de perdonaros. Vivid, y obrad mejor con los demás hombres.

CIMBELINA.—¡Noble fallo! nuestro yerno nos dará el ejemplo de la generosidad. Perdón es la palabra que aquí dirijo á todos.

ARVIRAGO.—Nos auxiliásteis, como si efectivamente creyéseis ser hermano nuestro; pláceme que hayáis llegado á serlo en realidad.

PÓSTUMO.—Príncipes, adicto me tenéis á vuestras órdenes. Noble emisario romano, haced que llegue aquí vuestro adivino. En mi sueño, he creído ver al augusto Júpiter llevado por el águila, con otros fantasmas brillantes bajo la forma y los rasgos de mis padres. Al despertar, encontré este escrito en mi seno. Su contenido es tan impenetrable, que no acierto á darle sentido. Ensayemos la eficacia de su ciencia en el arte de interpretar los sueños.

LUCIO.—¡Filármono!

EL ADIVINO.—Heme aquí, noble señor.

LUCIO.—Leed é interpretad ese escrito.

EL ADIVINO (*leyendo*).—«Leonato, tú eres la posteridad del león; es el sentido de las palabras que componen tu nombre: *Leonatus*. Esa criatura tierna como el

aire (*á Cimbelina*) es tu virtuosa hija: *mollis aer*, de que se formó *mulier;* y esa mujer, la explico por esa esposa tan constante; tú, Póstumo, justificas en este momento la exactitud del oráculo; desconocido de ti mismo, y hallado sin ser buscado, te ves enlazado en sus brazos delicados y ligeros como el aire.»

CIMBELINA. — Su explicación no deja de ser verosímil.

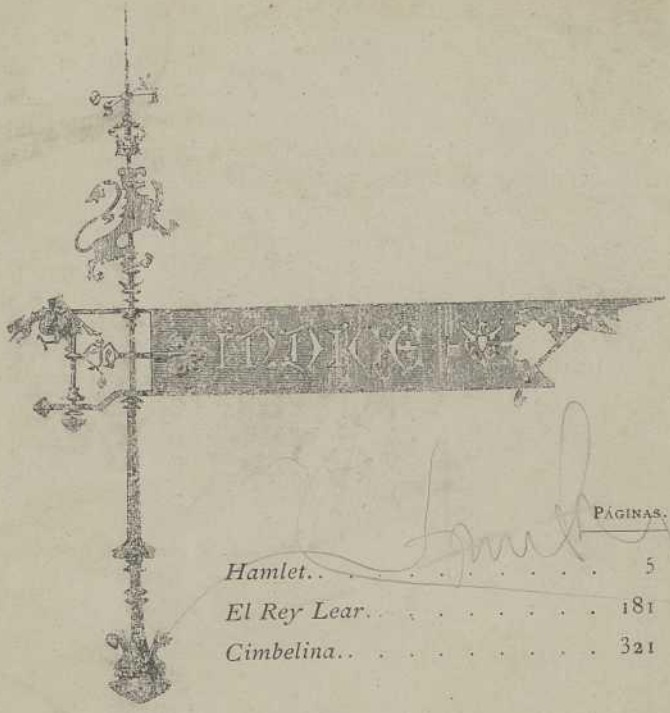
EL ADIVINO.—El cedro altivo eres tú, Cimbelina, y tus ramas cortadas son emblema de tus dos hijos que, robados por Belario y tenidos por muertos durante varios años, reviven hoy y se reunen á su tronco coronado cuyos retoños prometen á la Bretaña abundancia y paz.

CIMBELINA.—Pues que la paz comience. Cayo Lucio, aun cuando vencedores, prestamos nuestro homenaje á César y al imperio romano, prometiendo pagar el tributo acostumbrado; de ello nos había disuadido nuestra culpable reina, pero la justicia celeste descargó sobradamente en ella y en los suyos su brazo vengador.

EL ADIVINO.—Los cantores de los dioses celebran esta paz en el Olimpo. Realiza en todas sus partes la visión profética que anuncié á Lucio antes del choque de la reciente batalla. El águila romana que ví remontarse al cielo, de oriente á occidente, achicándose por grados á mi vista y perdiéndose al fin entre los rayos del sol, indicaba que nuestro emperador César renovaría su alianza con el ilustre Cimbelina, que llena el occidente con el esplendor de su gloria.

CIMBELINA.—Gracias sean dadas á los cielos. Hasta ellos lleguen las nubes de incienso desde nuestros afortunados altares. Anunciemos esta paz á nuestros súbditos. Pongámonos en marcha. Floten, hermanos, el estandarte romano y el estandarte bretón. Atravesemos, así, la ciudad de Lud, en dirección al templo

del gran Júpiter para ratificar nuestra paz. Sellémosla con brillantes fiestas. En marcha! No terminó guerra alguna con tan rápida paz, aun antes de que los guerreros hayan lavado sus ensangrentadas manos.



PÁGINAS.

Hamlet. 5

El Rey Lear. 181

Cimbelina. 321

125

218

DRAMAS
DE
SHAKSPEARE

14.245